



OCULTO

EN LA

SANGRE

MARCOS NIETO
PALLARÉS

DEL AUTOR DE *EL ASESINO INDELEBLE* Y
LOS CRÍMENES POST MORTEM

OCULTO EN LA SANGRE

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Oculto en la sangre

© Marcos Nieto Pallarés

Septiembre de 2020

«Lo malo es que las personas son insaciables. Algunas personas. Muchas veces, así es como empieza todo. No se empieza con el asesinato, con el deseo de cometerlo, ni siquiera pensándolo. Se empieza siendo, sencillamente, avaricioso, queriendo tener más de lo que se ha de recibir.»

A la mujer que ahuyenta a las tinieblas de mi camino.

Al amor de mi vida.

A Marta Martín Girón.

Índice

[Al aire libre](#)

[A orillas del Hudson](#)

[La mitad de cinco](#)

[Ímpetu](#)

[En el peor lugar del mundo](#)

[Propiedad de Liam Jones](#)

[Bonito por fuera, terrible por dentro](#)

[Des - conocidos](#)

[De vuelta al cole](#)

[Hombre de color](#)

[Con Logan y en Cold Spring](#)

[Regresión](#)

[La caja](#)

[Las causas de la muerte](#)

[Demasiado real](#)

[Mientras no estaba](#)

[No miento](#)

[El rostro del ejecutor](#)

[LJ2](#)

[Cómo y cuándo](#)

[Por qué](#)

[El almacén](#)

[Prisioneros](#)

Podría decirse que me parezco al protagonista de una novela negra: un hombre castigado por el pasado, sin demasiadas ganas de vivir y al que todo le importa un bledo —excepto su trabajo, por supuesto—. Me han llamado de todo: tipo duro, amargado, chalado..., pero también eficiente, leal, e incluso astuto. Supongo que tengo dos caras —como todo el mundo—, si bien las mías están más marcadas.

Cundo en mi trabajo precisamente por eso, porque nada se interpone en mi camino. Reúno, pregunto, husmeo..., y lo hago sin descanso. «Un curro como cualquier otro», me digo a veces; los escasos amigos que tengo no opinan lo mismo. «No puedes hundir un barco que descansa en el fondo marino», les contesto cuando me alientan a dejarlo. Además, ellos no saben quién soy: un tipo duro curtido en mil batallas. Bromeo ante los cadáveres porque nada me afecta. Duermo a pierna suelta y jamás tengo pesadillas. Vuelvo a mi piso de noventa metros, enciendo el televisor y me olvido de todas las barbaridades que he visto. Soy, en resumidas cuentas, un hombre que lo tuvo todo y que tras perderlo no encuentra su lugar en el mundo; un hombre que vive por y para su trabajo, mientras a su alrededor todo se tiñe de un color decadente.

Pero hoy, ante la escena de este macabro crimen, advierto que ni de lejos me parezco a una de esas almas atormentadas, a uno de esos lobos solitarios que hacen de tripas corazón ante «espectáculos» como el que tengo delante. Resulta evidente que soy un hombre vulgar. Qué más quisiera yo que parecerme a un personaje de novela negra.

Después de esto me costará conciliar el sueño y puedo asegurar que me despertaré sudoroso en plena noche. Esta jodida atrocidad se grabará a fuego en mi mente; ni la radio ni el televisor evitarán que se repita incesante en mi cabeza.

Y, obviamente, no tengo el cuerpo para bromas.

MARCOS NIETO PALLARÉS
OCULTO EN LA SANGRE

Al aire libre

Me desperté justo cuando el detective David Mills (Brad Pitt) le volaba los sesos al asesino en serie John Doe (Kevin Spacey), ante la resignada mirada de su compañero William Somerset (Morgan Freeman), culminándose así la obra maestra del asesino: las siete muertes basadas en los siete pecados capitales. El cuerpo inerte de Doe representaba el pecado de la envidia por ambicionar la «vida normal» de Mills. Y como culmen a tan sublime *modus operandi*, el acto del detective lo convertía en el símbolo del último pecado capital: la ira.

Adormilado en el sofá, esperé a que Freeman pronunciara en off las últimas palabras que se escuchan en la película, citando una frase de la novela *Por quién doblan las campanas*, de Ernest Hemingway: «El mundo es un buen lugar por el que vale la pena luchar. Estoy de acuerdo con la segunda parte».

«Puede que valga la pena luchar, detective Somerset —cavilé desperezándome, intentando relajar el agarrotamiento que sentía por todo el cuerpo—, pero no por mi mundo.»

Me sorprendió haberme quedado dormido durante aquella maravilla; la había visto más de veinte veces y nunca, ni tan siquiera, me había dignado a bostezar.

«Este cansancio va a acabar conmigo —pensé mientras apagaba el DVD—. Está durando demasiado y va *in crescendo*. Durmiendo un mínimo de siete horas al día no es normal sentirse así, tan derrotado. En fin, no estaría de más hacerme un chequeo. Mañana le haré una visita a la doctora.»

Anduve hacia el dormitorio. Advertí cómo iba dejando un rastro de polvorientas pisadas.

«Este suelo es una puta mierda. Mira que se lo dije a Amber: «Bonito, sí, pero poco práctico».»

Recordarla siempre resultaba doloroso.

Sentado en la cama me limpié los zapatos con el pantalón que acababa de quitarme.

«Y por desgracia volveréis a ensuciaros —cavilé mientras frotaba su negra piel—. Espero que mañana ese capullo de Terence Lee tenga un desliz; sin duda, está siendo el peor trabajo en meses. Estoy harto de espiar a ese gilipollas.»

«Finge, de eso no cabe la menor duda. De lo contrario sería la primera vez que una aseguradora tira su dinero conmigo. He de esmerarme en demostrar su engaño y empezar el encargo de la señora Wilkinson.»

Dejé los zapatos en el armario. En calzoncillos y camiseta interior —como dormía siempre— me metí en la cama.

«Mañana me pondré un chándal y unas zapatillas de deporte; cada trabajo requiere de una indumentaria, joder. «Para lucir hay que sufrir», dicen algunos. Y puede que tengan razón, pero fuera del curro. He hecho el imbécil yendo en traje todos estos días.»

Ya tumbado, contemplé sobre la mesita la última novela de John Grisham; hubiera jurado que me hacía ojitos.

«Lo cierto es que te dejé en un punto de lo más interesante.»

Me sentía cansado, pero tras la cabezada que había dado viendo *Seven*, podía permitirme una última dosis de ambiente policial.

«Un capítulo y a dormir.»

A las siete en punto sonó el despertador.

Abrí los ojos más abatido que al cerrarlos.

—No entiendo nada —murmuré al aire mientras me incorporaba emitiendo un quejido gutural.

«¿Soy un jodido anciano? He dormido siete horas seguidas, por Dios. Lo hago tan profundamente que ni siquiera sueño.»

Resignado, entré en la ducha. Tras despejarme con una buena dosis de agua fría, me lavé los dientes, vestí con un chándal y una sudadera —así, de una vez por todas, iría cómodo y pasaría aún más desapercibido—, y partí al encuentro de mi buen «amigo» Terence.

Antes de cerrar la puerta —con mi cámara fotográfica colgada del cuello— observé el interior de mi piso: sosiego, soledad, tonos grises y apagados; un «hogar» colmado de ausencia. Hacía casi dos años del accidente que cambió mi vida y aún seguía escuchando sus risas «correteando» por los pasillos.

El ascensor me condujo al parking subterráneo. Entré en mi Mustang, dejé la cámara en el asiento del copiloto —la que aquel día sería mi única arma de trabajo— y conduje hasta la casa de Terence Lee.

Iba a mi aire: era mi propio jefe. Me encantaba salir al encuentro de un estafador sin más peso que el de una cámara fotográfica. Sin horarios, sin estrés, sin el deber de informar a ningún superior; sin obedecer las órdenes de ningún comisario.

«Menos acción; más tranquilidad —pensé al tiempo que la puerta automática se elevaba y el mundo aparecía ante mis ojos.»

Aunque lo deduje al despertar —la luz filtrada por las ventanas de mi dormitorio fue una pista clara—, me encontré con un cielo despejado y una temperatura agradable.

Bajé la ventanilla para sentir el aire en la cara —absorber polución, más bien— y percibir los «agradables» sonidos de la ciudad. Disfrutaba del ambiente neoyorquino, del ir y venir apresurado de sus ciudadanos, del incesante sonido de los cláxones, de los vendedores de perritos calientes sobre las aceras, de los carteles publicitarios... Se podría decir que Liam Jones —yo mismo por aquel entonces— era un hombre de ciudad, y eso que pasó su infancia en un pequeño y «bonito» pueblo a orillas del río Hudson. Pero lo poco que recordaba de aquella época y de aquel lugar, le servía únicamente para acentuar su predilección por las metrópolis.

«¿Dónde estarás, desgraciado? —pensé mientras esperaba en un semáforo y las facciones de un transeúnte me recordaban a las de mi padre—. Espero que ya estés «descansando» bajo tierra, cabrón, que hayas sido pasto de los gusanos. —Sentí cómo las mandíbulas se me tensaban—. Me las hiciste pasar canutas...»

Hice la parada de rigor; mi organismo, como un reloj, lo pedía.

Aparqué en doble fila mientras un conductor maldecía mi maniobra y mi estampa.

—¡Me paro donde me sale de los cojones! —vociferé dedicándole una peineta—. ¿¡Cómo está tu madre, bien!? ¡Vete a tomar por culo!

El tipo, gordo y calvo, ignoró mi gesto, pasando de largo con su flamante BMW. Un tipo listo.

«Mejor, sí, no vaya a dejarte los dientes colgando.»

Entré en el *Five cups* arrastrando un alarmante humor de perros. Notaba la mala leche recorriéndome las venas, las ganas de golpear algo, de lanzarlo por los aires.

«He de ir al médico de una puta vez. De hoy no pasa. Finiquito el trabajo y pido hora.»

A esas horas la clientela resultaba escasa. Mejor. En cambio, cuando el sol se acercaba al horizonte el local se convertía en un hervidero de voces, de copas rebosantes de alcohol, de tragos y miradas embriagadoras. Entonces solía visitarlo en compañía del que consideraba mi mejor amigo. Pero hacía mucho que no tomaba un trago con Oliver Baker: desde mi último día en

el cuerpo. La verdad es que echaba de menos esas «reuniones» de placer y trabajo.

Anduve hasta el final de la barra; a mi izquierda, una larga hilera de mesas vacías.

—Buenos días, Liam —saludó Peter, mi camarero habitual.

Me observó de arriba abajo y frunció el ceño; no estaba acostumbrado a verme de aquella guisa.

Me senté en un taburete.

—Hola, Peter. ¿Todo bien?

—Pues igual que ayer.

Su rostro evidenciaba una considerable falta de sueño. Al igual que su pelo rubio, su piel clara y sus ojos azules parecían haber perdido su color. Un aura gris asemejaba envolver su cuerpo. Lo advertí taciturno, más reservado de lo habitual, alejado de su acostumbrado brío.

—¿Y eso de «igual que ayer» es bueno o malo?

—Ni bueno ni malo. Neutro. A veces es mejor no pensar, ¿sabes?, dejar que el tiempo pase sin más.

Obvié su último comentario. Además de parecerme una gilipollez, por las mañanas no solía apetecerme darle a la sinhueso; menos aún sintiendo aquel jodido cansancio. «Si buscas un hombro sobre el que llorar, hoy no vas a encontrarlo en mí; quizá mañana». Me limité a esperar lo que, durante más de dos años, llevaba sirviéndome cada mañana.

—Aquí tienes tu café con un chorrillo de coñac —dijo al tiempo que dejaba la taza sobre la barra.

—Gracias.

—¿Sigues tras aquel tipo del seguro?

—Ya ves. —Me señalé la indumentaria: pantalón gris de chándal, zapatillas de deporte azules y sudadera roja; parecía un pandillero con mal gusto—. Mañana espero tomarme el café con mi habitual traje de Armani. —Peter me escuchaba al tiempo que frotaba la barra con un paño húmedo. De vez en cuando articulaba algún «entiendo» o algún «normal»—. A ese tío le gusta visitar a una tía que vive a las afueras, cerca de una pequeña arboleda. Empiezo a estar harto de perseguirle por según qué zonas. Por eso hoy he decidido vestirme de un modo más adecuado.

—Claro.

Peter, como todo buen camarero, echaba mano de un «selecto» vocabulario plagado de frases como «ya ves», «ya te digo», «a mí me pasa lo mismo», «y tanto», «por supuesto», «¿y a quién no?», y un sinfín de locuciones que no decían nada y lo decían todo, y que, como función principal, tenían la de dejar satisfecho al cliente.

—No lo sabes tú bien —dije en un tono fatigoso, sintiéndome para el arrastre a esas tempranas horas—. Quién me ha visto y quién me ve. En fin...

Suspiré.

Un cliente entró, sentándose también a la barra. Agradecí que lo hiciera lejos. Se acercaba un día de mierda y no me apetecía sentir el calor de nadie; con Peter iba más que servido.

El camarero se alejó para atenderle.

Sorbí el aderezado café mientras observaba alrededor. Un local bonito, de esos que te hacen sentir a gusto. Me abstraí en las botellas apiladas ante el espejo que forraba la pared tras la larga barra. Fijé la mirada en sus reflejos, en aquellas formas de tonos amarillentos y verdosos. Mi agudeza visual se difuminó ante aquella composición de vidrios, provocándome recordar al transeúnte que cruzó la calle justo por delante de mi coche, y esto, a su vez, a mi progenitor. Sin pretenderlo me vi inmerso en una fugaz incursión al pasado, en la que recordé a mi padre

amenazándonos a mi hermano Logan y a mí con una botella de whisky, gritándonos: «¡Sois menos que dos mierdas en la suela de mi...!»

—Te pongo uno para llevar, ¿no?

La voz de Peter me arrancó de aquella desagradable evocación.

—Llevo más de cinco años viniendo cada jodida mañana, pidiéndote lo mismo cada vez y... ¿aún no te has enterado?

Alzó las manos en un gesto pacificador, sonrió de medio lado y prosiguió con sus quehaceres dándome la espalda, ignorando mi bastardad. Un gesto resignado, de esos que esconden un «vete a tomar por el culo».

Era consciente de mis formas, de que a menudo dejaban mucho que desear. Y aquel día — como casi todos— no me apetecía pedirle perdón a nadie.

Tras servirme el segundo café en un vaso para llevar, se retiró con el rostro visiblemente malhumorado.

«Este hoy se ha levantado con el pie izquierdo.»

Tiré sobre la barra un billete de veinte dólares.

—Quédate con la vuelta —dije en voz alta mientras despegaba mi trasero del taburete.

«A ver si la propina te alegra un poco el día.

»Ah, Peter, en esos veinte dólares va intrínseca una disculpa».

Aquel chaval, en el fondo, me caía bien.

—Vaya —dijo al reconocer la cara del presidente Andrew Jackson en el billete —. Gracias, Liam.

—Nos vemos mañana.

Salí del *Five cups* y me dejé seducir de nuevo por el fragor de la ciudad.

Conduje hasta el hogar de Terence Lee.

Llevaba seis días tras los pasos de aquel mentiroso. Por suerte, lo arduo estaba hecho: estudiarle, conocer sus rutinas, lugares que frecuentaba...

Aparqué cerca de la puerta, aunque a una distancia prudencial. Me puse una gorra, unas gafas de sol y bajé del coche. Caminé tranquilo hasta el bloque de pisos donde vivía. Una vez estuve en el portal pulsé el portero automático, el timbre del 8º A.

Silencio.

«¿No estás, Terence?»

Lo intenté de nuevo.

«Piiiiiiiiiii...»

Sin respuesta.

«Mierda.»

—¿Sí? —escuché cuando estaba a punto de desistir.

—¿Walker?

—Aquí no vive ningún Walker, gilipollas.

—Disculpe.

«Menos mal.»

Volví al coche y me dispuse a montar guardia: sin duda, lo más aburrido de mi trabajo. Sin quitarme la gorra ni las gafas, puse la radio entretanto saboreaba el segundo café del día.

Lo contraproducente de estar —entre comillas— sin hacer nada, era disponer de tiempo «libre» para pensar. Estar ocupado, centrando mi atención en algo concreto, me evadía de posibles elucubraciones indeseadas. Quizá por ello mataba las horas muertas leyendo o viendo

películas del género policíaco: mi pasatiempo preferido. Pero entre esas inevitables y necesarias esperas, contener el ayer donde debía estar se me hacía harto complicado. Por eso encendí la radio aquella soleada mañana, para dejar que las ondas me distrajesen, me desligaran de esos sucesos que al menor despiste se me colaban entre los sesos. Odiaba recordar a mi padre y al pueblo de Cold Spring.

«No te portaste bien conmigo —cavilé mientras me percataba de lo mucho que estaban abismándome los recuerdos aquella mañana.

»Debo cambiar el chip o voy a tener uno de mis días depresivos.»

Sin pretenderlo, imaginé sus calles ardiendo al igual que sus habitantes; un festín de llamas y carne calcinada que me provocó una sonrisa.

Subí el volumen, pero ni siquiera las noticias deportivas consiguieron ahuyentar los malos recuerdos.

Vi, a través de la luna de mi Mustang, a una niña de una edad cercana a la que tendría mi hija. Andaba risueña sobre la acera cogida de la mano de su madre.

391 días antes

Lo primero que sentí fue su aroma, esa mezcla de camomila y miel, pelo recién lavado y ‘The one’ de Dolce & Gabbana.

La envolví entre mis brazos provocando que se desvelara. No fue mi intención; aún era temprano.

—Hola, amor —susurró.

Sabía el porqué de aquel tono tan bajo.

—Hola, vida.

La besé mientras sus ojos se esforzaban en abrirse del todo.

—¿Qué hora es?

Me volví para mirar el despertador que descansaba sobre la mesita de noche.

—Pronto: las seis y media.

—Aún nos queda una hora. —Me miró complacida—. Vuélvete a dormir, anda, vida.

Sonreí.

—Eres como un oso, ¿sabes?

—Será como una osa, ¿no?

—Sí, claro: una hermosa osa parda.

—Venga, cierra los ojos y duérmete, adúlador —musitó con voz adormilada—. Aprovechemos que la peque aún no se ha despertado.

—Raro me parece que no haya dado señales de vida.

—Por eso.

Tras la última palabra de Amber escuché unos sigilosos —aunque torpes— pasos acercándose por el pasillo.

—Uy, mira quién pretende asustarnos —bisbiseé guasón, simulando estar muerto de miedo.

—Esta niña nuestra tiene el oído de un perro y el sueño de un caballo.

Reí entretanto mi esposa torcía el semblante resignada.

—¡Susto!

Dalia saltó sobre la cama como una leona sobre el cuello de una gacela.

—¡Por Dios, que me matas del susto! —grité con los brazos en alto.

Amber se agarró del pecho fingiendo sufrir un ataque al corazón.

—¿Y a ti qué te pasa? —Su madre la golpeó con la almohada mientras la pequeña reía como lo que era: una niña despreocupada—. ¿Nunca tienes sueño?

—Os he escuchado desde mi habitación.

—Amor —dije muy serio—, creo que debemos llevar a nuestra hija a que la examine el doctor Charles Xavier. ¿Buscas tú el teléfono de la Mansión X o lo hago yo? Si te ha escuchado desde la otra habitación...

Mi mujer rio; Dalia puso cara de no entender nada.

—¿Quién es ese Xavier, papi?

—Pues un tío calvo en silla de ruedas que enseña a los mutantes cómo controlar sus poderes, además de...

—¡Vamos a desayunar, por Dios! —vociferó Amber al tiempo que se incorporaba—. No le llenes la cabeza de fantasías, que luego va por ahí diciendo que su padre le ha dicho esto y lo otro, y encima, asegurando que es «verdad de la buena».

Solté una estridente carcajada que sin duda oyeron los vecinos que ya estaban despiertos a aquellas intempestivas horas —puede incluso que los dormidos—; las paredes de nuestro piso eran de papel.

—Pues nada. —Salí de la cama casi dando un respingo. Una vez en batín y pantuflas, cogí a Dalia como si fuera un saco de patatas. «Yuuuuuu...», gritó abriendo los brazos, simulando la forma y el sonido de un avión mientras surcaba el «cielo» del pasillo.

Unos golpecitos en la ventanilla del copiloto me libraron de aquel hermoso y doloroso recuerdo.

Presente

—Unas moneditas para un pobre vagabundo —mendigaba un hombre despeinado y sucio.

Justo en ese instante se abrió la puerta del edificio. Ignoré al pedigüeño para comprobar si Terence se había dignado a mover el trasero. Falsa alarma: una señora mayor con su perrito.

Volví de nuevo la vista hacia el hombre andrajoso. Su piel parecía estar tan quemada como la expresión de sus ojos. Una mirada cansada de sufrir las consecuencias de una mala vida —aunque no todos los malaventurados son personas de mal vivir—. «Una limosna para un hombre sin nada», insistió.

«Aunque el cielo ya lo tenga perdido... —cavilé mientras pulsaba el botón del elevador eléctrico.»

Cogí diez dólares de la guantera, me incliné y se los di, soltándole la típica y desafortunada frase: «No te lo gastes todo en vino».

—Gracias, buen hombre. Que Dios te lo pague.

Se fue a dar pena a otra parte.

—¿Dios? —murmuré entretanto le veía alejarse calle arriba—. No entiendo cómo un vagabundo puede creer en Dios.

«Ahí estás, cabronazo.»

Terence pisó la acera apoyándose —como siempre— sobre su muleta; pausado, renqueante y, según la empresa que me había contratado, fingiendo. Miró al cielo usando la mano como visera,

descubriendo las bondades de aquel plácido primer día de la semana.

Vestía tejanos y una camisa blanca. Aquella mañana tampoco se había afeitado. La barba que antes le quedaba «bien» ahora le hacía parecer un pordiosero. Por lo demás, seguía tan desgarrado y delgado como siempre.

Se subió a su *pickup* y condujo, supuse, a la casa de su novia; lo había estado haciendo las tres últimas jornadas.

«Te pica la entrepierna, ¿eh, colega?»

Era sumamente cauteloso, haciéndome dudar incluso a mí de su —hasta que no se demostrase lo contrario— supuesto engaño. Era, hasta el momento —de estar fingiendo, claro—, el mejor «actor» al que había intentado desenmascarar.

Convincente, descansaba su peso en la muleta en todo momento; entraba en su vehículo con dificultad, tomándose su tiempo; andaba sin prisas, achacoso... Nunca dejaba de interpretar su papel de lisiado. Aunque, a decir verdad, un suculento pago mensual bien valía una interpretación de Óscar.

Su camioneta llevaba instalado un sistema de seguimiento. Así, podía rastrearle a una distancia prudencial, incluso desviarme por calles contiguas sin perderle.

Conduje a su estela hasta llegar donde imaginaba: la casa de su novia en la calle Bowery, al sur de Manhattan. Era la tercera vez que estaba allí y hasta el momento solo había conseguido una instantánea con el susodicho acercándole un cubo de agua a su chica para que regase las plantas del jardín: prueba del todo insuficiente. Un lisiado, con esfuerzo y aguantando el dolor, podía lograr aquello. Necesitaba cazarle haciendo algo «imposible», una foto en la que Terence, un hombre —según él— incapaz de levantar más de dos kilos sin sufrir de mala manera, ejecutara algo que demostrara su mentira de forma innegable.

La casa de su novia, amante, «putita» o lo que fuera, se encontraba lindando con una zona arbolada donde los vecinos paseaban o hacían footing; también a cosas mucho más «imaginativas», como descubriría aquella misma mañana.

Lo espiaba desde una ladera cercana a la vivienda. Con el magnífico zoom de mi réflex digital podía controlarle en el jardín y, siempre que se pusiera enfrente de la cristalera del comedor o de alguna ventana, en el interior de la casa. A veces me sentía como un francotirador en busca de una cabeza que volar por los aires.

«Trepé» hasta mi ladera favorita y me coloqué en el lugar perfecto: un punto muerto previamente seleccionado; tumbado no podían verme los viandantes que pasaban por la acera y, lo más importante, tampoco Terence desde afuera o dentro de la casa.

«Si hoy no consigo nada —pensé mientras me acomodaba sobre la hierba—, mañana empiezo el encargo de la señora Wilkinson; no puedo demorarlo más. Desenmascarar a un marido infiel es siempre más sencillo. Lo curioso es que la contratante sea la suegra...»

La casa tenía un amplio terreno cercado por una valla blanca. Era grande y bonita; la «amiga» de Terence tenía un trabajo bien remunerado. La verdad es que no la investigué demasiado; me pareció innecesario. Él era quien me interesaba. De ella conocía el nombre y a qué se dedicaba, poco más: Susan, la abogada de un renombrado despacho. Aunque a decir verdad, en mi fuero interno me gustaba llamarla «la fulana de Terence». No entendía cómo una mujer de su «clase» se había fijado en un don nadie como Lee. Aunque para ser francos, tampoco ella era una hembra para tirar cohetes. Su «gracia» residía en unas largas piernas, unos pechos considerables y una altura cercana al metro ochenta. Sin embargo, no poseía unas facciones hermosas —al menos para mi gusto—; era, más bien, lo que comúnmente se llama una mujer «resultona».

Llevaba mucho sin fijarme en el sexo opuesto. Junto a Amber se marchó mi apetito sexual, mis deseos, todo lo relacionado con el amor. Se largaron sin despedirse siquiera. El querer se me fue al otro barrio con mi mujer y mi hija.

Si esperar en un coche resultaba soporífero, hacerlo entre árboles y arbustos lo era aún más. Por ello, para amenizar la espera —vigilancia que podía durar tres minutos o tres horas—, me saqué el mp3 del bolsillo de la sudadera. Seleccioné a Queen, empezando la ronda de canciones con *Don't stop me now*.

Acerqué el ojo a la mira de la cámara.

Empecé a buscar por el jardín: no estaba.

Enfoqué a cada ventana, a la cristalera del comedor...

«Ahí estás, cabroncete.»

—Don't stop me now (cause I'm havin a good time) —canturreé sin darme cuenta, viniéndome arriba—. Don't stop me now (yes I'm havin' a good time). I don't want to stop at all...

Le vi de espaldas, disfrutando de los rayos solares que entraban a través de la cristalera de la sala de estar.

«No vives bien ni nada a costa del seguro, ¿eh, desgraciado? Sin dar palo al agua, visitando a tu fulana cuando te viene en gana... Pero esto se va a acabar. —Tuve un buen presentimiento—. Y será hoy mismo.»

A ella no podía verla. Supuse que estaría en la cocina, fuera del alcance del objetivo. Apoyado en su muleta, Terence parecía hablarle, gesticulando de vez en cuando. Al fin, tras un tiempo fuera de plano, la morena entró en escena. Entregó algo a mi «presa». No supe identificar el qué. Enseguida vi que se trataba de una taza de ¿café? humeante.

Terence, gozando esta vez junto a su chica de las vistas al jardín, de un cielo atildado y un astro rey exuberante, se acabó la bebida de dos tragos. Parecía tener prisa. Tras intercambiar unas palabras se dieron la vuelta y se alejaron de la cristalera. Despegué el ojo de la mirilla para aumentar el campo de visión. Los perdí de vista durante un par de minutos que se me hicieron eternos.

«Otra vez no —lamenté mientras espantaba a una irritante mosca—. Salid a que os dé un poco el aire, joder, no os quedéis follando en casa.»

De pronto, les divisé en el jardín. Y para mi sorpresa y regocijo, andaban hacia la puerta.

«¿Se van? Cojonudo. Aumentan mis posibilidades.»

Silencié a Freddie Mercury para centrarme en Terence y Susan.

Pasearon de la mano como dos enamorados. Falta decir que el lisiado caminaba renqueante y siempre apoyándose en su muleta.

«Me da a mí que hoy vuelvo al despacho con las manos vacías. De nuevo.»

Sentí ansiedad.

Nada más salir se encaminaron hacia una senda que bordeaba la zona de ocio contigua a la casa de Susan. Sus cuerpos pasaron a menos de diez metros del mío. No me vieron. No podían. Como he dicho, gozaba de una posición inmejorable.

Aquel lugar parecía un pedazo de Central Park: caminos por los que estirar las piernas, terreno arbolado y ajardinado, puentes de madera arqueándose sobre pequeños estanques, fuentes en las que refrescarse... Lo dicho: un lugar agradable para la vista y para el espíritu.

Los seguí durante un largo trecho siempre a una distancia prudencial, fingiendo fotografiar cualquier cosa que se me cruzase: un castaño de indias, una bandada de pájaros, un columpio,

patos deslizándose sobre el agua... No iba a dejarme ver, pero mejor asemejar ser uno más entre los paseantes que disfrutaban de aquel radiante lunes.

Me crucé con una señora que paseaba a su perrito, con un hombre corriendo, con una joven patinando... Les saludé a todos aunque no les conociera de nada; «vil» estratagema para aparentar ser un residente más de la zona. Pequeños gestos que podían salvarme de un desastre: si un investigado te detectaba..., se acabó la fiesta.

Por descontado, ninguno me devolvió la cortesía. Lo chocante hubiera sido recibir un «buenos días», un «hola» o un «adiós». Y esos eran precisamente los detalles que me encandilaban de la Gran Manzana. En aquella ciudad de más de ocho millones de habitantes uno podía sentirse más solo que la una.

Seguía cansado, pero no tanto como al despertar. Ese era el problema: al levantarme juraba acudir al médico, pero con el paso del tiempo mi cuerpo se «engrasaba», se ponía a funcionar a un rendimiento aceptable. Aunque la pesadez prosiguiera y me ralentizara, no impedía que efectuara bien mi trabajo. Por ello, por ese *in crescendo* físico, era por lo que aún no había acudido a ninguna consulta.

Los tortolitos se desviaron de su trayectoria. Antes, Terence miró a izquierda y a derecha, adelante y atrás, asegurándose de no estar expuesto a miradas ajenas. Yo, parapetado tras un chopo, les vigilaba desconcertado.

«¿Dónde cojones vais?»

Giraron a la derecha, adentrándose en la espesura más allá del camino. Les seguí temeroso por perderles.

Zigzagueé entre matas y hierbajos. Coordiné la vista: echaba una ojeada al suelo y otra a los susodichos de forma metódica, avanzando sin prisa pero sin pausa. Mientras les tuviera a «tiro» no debía preocuparme; la distancia no era un problema para mi cámara.

Terence tiró de ella hasta colocarla al resguardo de un grueso tronco. Yo les espiaba del mismo modo que ellos se evadían del mundo: a los pies de un álamo. Aquel pedazo de terreno estaba dejado de la mano de Dios, descuidado, con maleza, arbustos bajos y ramosos. Pero Terence, sonriente y animado, parecía estar en la gloria.

Besó a Susan mientras esta apoyaba su espalda en la corteza. Metió la mano dentro de su pantalón, por la entrepierna, por debajo de su camiseta, dejándola poco a poco como su madre la trajo al mundo; y todo sin soltar la jodida muleta.

«Deja de fingir, joder, «nadie» puede veros.»

—Podrían vernos —le escuché decir a Susan desde unos treinta metros de distancia. Recibía sus palabras como un murmullo entrecortado, suspirante y lascivo; apenas se le entendía—. Volvamos a casa y allí me haces lo que te dé la gana.

—Prefiero hacértelo aquí, preciosa. Nadie va a sorprendernos, mujer —musitó él mientras le lamía el cuello. Ella gemía deseosa y recelosa al mismo tiempo—. No te hagas la remolona, que lo estás deseando tanto como yo.

«Vamos, campeón, tíratela.»

Al fin, su libido le jugó una mala pasada: originó que perdiera un sustancioso cheque mensual.

Tiró la muleta al suelo con desdén, más salido que un mandril en celo —justo ahí eché la primera instantánea—, agarrando a la morena por los muslos —segunda foto—, alzándola como si fuera de papel —tercera—, embistiéndola, follándosela contra el tronco como si no hubiera un mañana —cuarta, quinta, sexta fotografía...—. Saqué mi móvil —nunca estaba de más— y grabé unos segundos de aquella bestial demostración de sexo al aire libre.

Susan pesaba al menos sesenta y cinco kilos y acababa de levantarla un palmo del suelo con la única ayuda de sus brazos.

Le tenía.

Acababa de cazarle.

«Te pillé, cabrón, la has cagado bien.

»Disfruta del polvo, Terence —cavilé mientras les dejaba gozar a solas—. Termínalo con calma; deja a tu fulana satisfecha. Es probable que mañana no te apetezca volver a joder a nadie.»

A orillas del Hudson

Con el trabajo acabado, anduve satisfecho hacia mi Mustang. No pude evitar imaginarme allí con Amber y Dalia, paseando por el mismo camino que lo hacía yo; los dos de la mano, con nuestra hija columpiándose con la ayuda de nuestros brazos. «Yuuuupi... —Escuché su dulce voz en mi cabeza». Fantaseé con risas, miradas felices y sonrisas de júbilo. Y la felicidad que acababa de otorgarme el éxito se desvaneció como un pergamino enrollándose.

«Ojalá pudiera borraros de mi memoria.»

Aquel pensamiento me abismó en un piélago de lastimosos recuerdos, principalmente, porque era una soberana mentira. De volver atrás repetiría cada segundo que compartí con ellas, aun sabiendo el final, conociendo de antemano que su pérdida me transformaría en lo que era: un hombre sin ninguna apetencia.

Entre lucubraciones conduje hacia Manhattan, hacia mi despacho ubicado cerca de Times Square; lugar que solo visitaba cuando necesitaba realizar trabajos de oficina. Requería de un domicilio fiscal y, por lo tanto, aquel piso de apenas cuarenta metros me venía que ni pintado. Lo heredé tras la muerte de mis suegros en un accidente de tráfico, justo tres años antes de que su hija muriera junto a la mía.

La mayoría de los clientes me contactaban vía telefónica o e-mail, por consiguiente apenas necesitaba pisarlo. Otra cosa es que me gustara hacerlo. He de admitir que adentrarme en aquella sombría habitación de puerta rotulada, sentarme a su escritorio de madera añeja y trabajar, me hacía sentir bien y, aunque a mis casi cuarenta años pueda parecer un tanto ridículo, un personaje de novela negra. Supongo que de vez en cuando todos fantaseamos con ser el príncipe azul que salva a la damisela en apuros, el superhéroe que vuela al rescate de un ciudadano atrapado en una casa en llamas, o, como en mi caso, el detective que atrapa a un mediático asesino en serie.

Nada más entrar desplegué el estor tras mi mesa de despacho. Dejé que los rayos solares bañaran la estancia, la desprendieran de sus habituales tonos grises. Luego me aproximé a la taquilla situada a mi izquierda —estando yo sentado—, junto a mi mesa de despacho. Saqué un traje de repuesto que siempre guardaba allí por si requería cambiarme en algún momento. Lo sacudí, observando a contraluz cómo pequeñas partículas se quedaban suspendidas en el aire, abstrayéndome en las motas desprendidas por la tela, sintiendo una sensación de pena inmensa.

«Desde que no estáis todo es tristeza y turbiedad.»

Sin ni siquiera cerrar la puerta, me atavié con mi habitual indumentaria de trabajo.

«Para estar aquí, mejor en traje. Hay que guardar las apariencias. Nunca viene nadie, pero si curro en chándal seguro que tengo mil visitas. ¿Alguna ley de Murphy, tal vez?»

Le eché un vistazo a la habitación.

«Debería pasar el aspirador.»

Aprecié una fina capa de polvo sobre la lámpara de mesa. Deslicé el dedo sobre el metal dorado; la punta se me cubrió de «ceniza».

«La próxima vez. Hoy no me apetece.»

Sabía perfectamente que la siguiente vez volvería a pensar lo mismo. Me había convertido en un dejado.

Me senté en la silla giratoria dispuesto a finiquitar el trabajo. Desplegué el portátil y le introduje la tarjeta de memoria de mi rélfex digital, además de conectar el móvil vía USB. Guardé

las instantáneas y el vídeo en una carpeta llamada «Terence Lee». Busqué el e-mail de la aseguradora y les envié las pruebas. Tras esto, marqué el número del contratante.

—Dígame, detective.

—Acabo de enviarle varias fotografías y un vídeo corto. Pruebas de peso; me atrevería a decir que irrefutables.

—Estupendo. Las reviso y procedo a enviarle el resto del pago.

—Perfecto. Hasta la próxima.

—Hasta la próxima, sin duda.

Colgué.

—Trabajo finiquitado —dije al aire, estirándome como un gato recién levantado.

«¿Y ahora qué?

»¿Me pongo con el trabajo de la señora Wilkinson?

»Ufff... No me apetece una mierda. Mañana lo empiezo. Hoy me tomo el día libre. Me lo he ganado, joder.»

Abrí el último cajón de la mesa de despacho, extrayendo mi petaca —una de tantas que tenía desperdigadas por el mundo—, y la agité ante mis ojos.

«Casi llena —pensé sintiendo un ápice de buen rollo—. Y estamos de celebración...»

Le pegué un generoso trago. El whisky entró por mi garganta como la corriente de un río al encontrar el mar: esparciéndose a lo largo y ancho de mi organismo.

Cerré el cajón dispuesto a terminarme su contenido. Volví a abrirlo al detectar fugazmente algo extraño en su interior; la petaca había dejado al descubierto una fotografía que heló mi sangre: una especie de postal de mi odiado Cold Spring.

«¿Qué demonios...?»

Intenté hacer memoria, pero me resultó imposible recordar cuándo la había dejado allí, y, lo más importante, por qué. Jamás, bajo ningún concepto, hubiera guardado una foto de aquel lugar; el simple hecho de mirarla me aceleraba el ritmo cardiaco. Incluso me costó cogerla, «pinzarla» con los dedos pulgar e índice y dejarla sobre el escritorio.

«Alguien ha tenido que meterla en el cajón —pensé mientras la examinaba—. Pero... ¿quién diantres haría semejante estupidez?»

Ante mí, una simple instantánea del pueblo que me vio crecer. En su reverso, nada: blanco. Contemplé la estampa situada en el anverso: el río Hudson en primer plano y Cold Spring más allá de su ribera. Había visto cientos de imágenes como aquella, de seguro, tomada desde una barca.

«Es como si hoy todo se hubiera confabulado para hacerme recordar cosas que detesto —cavilé sintiendo una agradable modorra. La fatiga seguía adormilando mi organismo y el alcohol no ayudó a espabilarlo.»

Rememoré lo ocurrido aquella mañana infestada de remembranzas al tiempo que me abstraía en el suave oleaje captado por la instantánea. Imaginé el viento y cómo su fuerza mecía el agua, columpiaba con suavidad el cauce del río. Convertí mentalmente aquella fotografía en un mural en movimiento. Y sin pretenderlo —una vez más—, me dejé engullir por tiempos remotos.

28 años antes

Abrí la puerta con el corazón en un puño.

«Que no esté en casa, por favor. Que no esté en casa.»

Empuje la lámina de madera añeja con la intención de dirigirme directo a mi cuarto; en silencio, rezando por que estuviera durmiendo la mona, despistado o, en el mejor de los casos, muerto sobre el sofá —aunque me conformaba con no encontrármelo de cara—. Cualquier cosa era mejor que lidiar con él.

Cerré con sumo cuidado. Anduve por el pasillo cabizbajo. «No parece haber nadie». Tras aquel fugaz pensamiento escuché el televisor, como si acabaran de encenderlo. Se me aceleró el pulso. Sin atreverme siquiera a mirar dentro del comedor, pasé ligero ante la puerta con la mirada fija en el suelo.

—¡Eh, tú!

«Que no tenga un mal día.»

Su voz me petrificó ante la puerta cuando ya acariciaba el pomo, cuando a punto estaba de sentirme a salvo. Estar dentro de mi cuarto no me colocaba lejos de su alcance, pero me hacía sentir seguro. A veces escapaba de su furia escondiéndome bajo la cama; le hallaba tan borracho que ni siquiera era capaz de encontrarme, de coordinar sus pasos.

—¡¿Estás sordo o qué?! ¡Ven aquí ahora mismo! ¡¿Dónde están mis cervezas?! —Sus gritos se clavaban en mis tripas como agujas en un muñeco vudú.

«¿De qué habla?»

Tampoco me extrañó no saber a qué se refería; no era la primera vez que me culpaba de algo sin razón, e indudablemente no sería la última.

—¡No me hagas levantar, muchacho, o te arrepentirás!

Fui a su encuentro. Como un reo avanzando por el corredor de la muerte, anduve hasta detenerme en el umbral de la puerta. Para variar, lo hallé repantingado en el sofá y ante el televisor, con una lata de cerveza en la mano y otras cinco vacías tiradas por el suelo. El muy cerdo parecía haberse vomitado encima.

—¿No te he dicho que al salir del colegio me compraras una caja de cervezas?

—No le he entendido bien, señor. Me he confundido.

No me había pedido que le trajera nada, pero era preferible seguirle la corriente, cargarme con toda la culpa.

—Eres un completo inútil, Liam Jones Jenkins. Tú y tu hermano no valéis para nada. Le prometí a tu difunta madre que cuidaría de vosotros, pero no me lo estáis poniendo nada fácil.

Los ojos de mamá se perfilaron en mi mente y mis oídos filtraron su voz: «Todo irá bien, Liam. Siempre estaré con vosotros». Pero ya no estaba. No podía protegernos. La echaba tanto de menos, que su ausencia dolía incluso más que los golpes de aquel malnacido. La odiaba por habernos dejado con aquella bestia, por no haberle rajado el cuello antes de irse, y al mismo tiempo la amaba con toda mi alma.

—Ven aquí, ponte de rodillas y pídemelo perdón —dijo tras pegarle un buen trago a la lata de cerveza.

Me acerqué alicaído y me humillé ante aquel borracho. Sentí su hedor: repugnante mezcla de alcohol y axila. Cuando mis rodillas ya tocaban el suelo sentí cómo se mojaba mi cabeza, cómo aquel desgraciado que me hacía llamarle «padre» vaciaba el contenido de la lata sobre mi cabeza. Y con el cuerpo empapado en alcohol lloré sin plañir, solo expulsando lágrimas.

—¿Ves? Ahora, por tu culpa, no tengo nada que beber —dijo con retintín.

Me vi tentado de decirle que en ningún momento me había encargado nada. Pero desistí: llevarle la contraria no iba a beneficiarme en absoluto; lo más seguro a hacerme «merecedor» de una de sus palizas.

Me quedé quieto mientras terminaba de mojar mi joven cuerpo.
—¡Ve a por las birras o te muelo a palos, holgazán!
Me alcé y, sin blanca, fui a comprarle las dichas cervezas.
«Al menos no me ha pegado.»

Presente

Mi móvil vibró sobre la mesa de despacho. Tardé en reaccionar. Me había quedado traspuesto mientras... La verdad es que no recordaba en qué momento me había quedado dormido. Pasé de la consciencia a la inconsciencia en un santiamén, de contemplar la extraña postal a despertar con los brazos haciéndome de almohada.

«No puedo seguir así. Cualquiera día me duermo al volante. He de ir al médico de una vez por todas —cavilé mientras el teléfono seguía agitándose sobre la mesa—. Quizá esté enfermo. —No pude evitar pensar en cualquier tipo de cáncer—. Es más, voy a pedir hora en cuanto conteste.»

Cogí el aparato embotado. Al advertir quién me llamaba, una sonrisa se dibujó en mi rostro. Mis cinco sentidos aparentaron despertarse al unísono.

Descolgué.

—No esperaba hablar hoy con el detective Oliver Baker —dije animado, alegre por conversar con un viejo amigo después de tanto tiempo.

—Ni yo con Liam Jones.

Su voz sonó severa. Le advertí más mesurado de lo normal.

—Ha pasado algo, ¿verdad?

Dije aquello sin pensar, como quien tiene un súbito mal presentimiento.

—Sí. Tienes que reunirte conmigo cuanto antes. Te envió al e-mail las coordenadas de mi posición, ¿de acuerdo?

—Sí, claro. Pero... ¿a dónde van a llevarme?

—A la escena de un crimen.

La mitad de cinco

Conduje sin saber muy bien a qué atenerme. «Has de verlo con tus propios ojos», finalizó misterioso mi excompañero. Sus palabras me dieron mucho en qué pensar; no hice otra cosa durante el trayecto que me emplazaría de vuelta a Queens.

«¿La escena del crimen tendrá conexión con alguno de nuestros casos?

»¿El fiambre será algún conocido?

»¿Seré sospechoso de asesinato?»

—A mí que me registren —dije soltando el volante y alzando las manos, simulando rendirme.

Sonreí.

Me alegraba estar a pocos minutos de ver a Oliver, de poder charlar con él, de tener la oportunidad de invitarle a tomar unas copas, de reanudar una relación que echaba de menos.

Según mi GPS tardaría quince minutos en llegar. Aunque, por lo visto, aquel aparato creía que mi Mustang podía saltarse los semáforos. Finalmente invertí más de media hora. Por suerte, mi residencia se encontraba cerca de esa escena del crimen que, por algún motivo que aún no alcanzaba a entender, parecía atañerme. Cumplido mi cometido allí —lo único factible es que necesitaran la opinión «profesional» de un policía «retirado»—, volvería a mi piso para ducharme, comer algo e ir al médico; mi nivel de cansancio empezaba a ser preocupante. Me impuse esas dos simples tareas para lo que restaba de día: ayudar a mi excompañero y pasar por el centro médico.

Aparqué —si se le puede llamar así a dejar el coche en doble fila— nada más advertir las cintas delimitadoras. Pocas cosas proporcionan más ambiente detectivesco que un buen cordón policial, un puñado de coches patrulla y un hervidero de agentes trajinando de aquí para allá.

Anduve deseoso por averiguar qué demonios tenía de especial aquel crimen, por qué la única llamada de Oliver en más de medio año me había conducido hasta allí.

La calle principal estaba cortada, pero el flujo de agentes se concentraba en un callejón que se abría al fondo, a la derecha. Tres policías de tráfico custodiaban la zona, asegurándose de que los curiosos no cruzaran las cintas.

Me colé sin pedir permiso; conocía a casi todos los que trabajan al otro lado.

—Eh, tú, papanatas, ¿dónde te crees que vas? —escuché a mi derecha. En menos de un segundo tenía a un agente agarrándome del brazo—. No puedes estar aquí.

Le miré a los ojos. No le conocía de nada. Sin duda porque era joven y, por fuerza, no llevaba más de un año en el cuerpo.

—Tú debes de ser el nuevo, ¿me equivoco?

Otra voz, a lo lejos, nos hizo volver a ambos. Era Walter Smith, uno de los forenses con los que solía trabajar cuando ejercía de detective de homicidios.

—¡Déjale pasar, Kevin! —vociferó mientras gesticulaba con sus manos enguantadas—. ¡Es Liam Jones, joder!

Quien me agarraba dejó de hacerlo.

—Lo siento, señor Jones —musitó al reconocer mi nombre.

—Escucha, joven —dije moderado, tirando de las riendas de mi malhumor—. Antes de llamar a alguien papanatas deberías preguntarle quién es. Los que ves por aquí cotilleando son los que te pagan el sueldo, y les debes un respeto. Cualquiera puede enfadarse —le dije citando a

Aristóteles—, eso es fácil. Pero estar enojado con la persona adecuada en el grado correcto, en el momento adecuado para el propósito correcto y de la manera correcta, no está en las posibilidades de cualquiera. ¿Entiendes, papanatas? Has insultado a la persona inadecuada en el peor momento. En cambio, para mí eres la persona perfecta en un momento ideal. Me hierve la sangre, ¿sabes?, así que pídemelo perdón y no vuelvas a tocarme los cojones.

El joven agente agachó la cabeza.

—Lo siento, señor. *Mea culpa*.

Le di la espalda y anduve sonriente hacia la estrecha calle, la boca del lobo, el lugar donde se había encontrado un cadáver.

Dos vallas limitaban a forma de embudo la entrada al interior de la calleja. Un agente, carpeta en mano, dio un paso al frente cuando me disponía a superar la barrera.

—Ha de firmar en el registro de entrada, señor.

—Claro.

Dejé constancia de la hora en la que accedía al corazón de la escena del crimen.

Aun acercándonos a las dos del mediodía, aquel callejón sin salida de Nueva York se hallaba bajo un manto de lóbreguez. El sol se veía incapaz de filtrar sus rayos por aquella estrecha arteria de Queens, por lo alto de uno de sus múltiples «pasadizos».

—Cuánto tiempo, Liam.

—Sí, Michael, demasiado.

—Hola, Liam. Me alegro de verte.

—Yo a ti también, Scott.

Avancé saludando uno a uno a mis excompañeros mientras ellos se dedicaban a resolver un crimen: médicos forenses, policía científica, agentes en traje, agentes de uniforme..., hasta vi un pastor alemán. Todos reunidos en aquel callejón con un único fin: ordenar pistas de lo sencillo a lo complejo, enumerarlas sin omitir nada; dar respuesta a múltiples interrogantes: ¿qué ha pasado? ¿Quién lo ha hecho? ¿Cuándo? ¿Cómo y con qué se ha ejecutado el crimen?

Al término de la calle vi la inconfundible estampa de mi excompañero: su cabeza rapada del color del chocolate junto a su metro noventa y sus más de ciento veinte kilos, no engañaban a nadie. Siempre me recordó al actor Idris Elba. El equipo forense examinaba —como siempre silenciosos y convenientemente pertrechados con monos desechables y mascarillas— un cuerpo tirado al costado de un contenedor de basura.

Me acerqué silencioso. Oliver, dándome la espalda, apuntaba algo en su bloc de notas. Al alcanzarle coloqué mi mano sobre su hombro, pero no fui capaz de articular una sola palabra. Aquel gesto cariñoso fue el único saludo que pude dar. Mis ojos se clavaron en el fiambre. Oliver giró el cuello, observándome sin decir nada. Dejó que mirara el cadáver, que degustara ese primer y sobrecogedor impacto que me mantenía petrificado; me otorgó tiempo para digerir lo que estaba viendo: decúbito supino, sobre el arcén, un hombre desnudo con la nariz literalmente partida en dos. La parte saliente y destrozada de su rostro fue lo primero que llamó mi atención; no obstante, al finado le faltaba también una oreja, un ojo y una mano.

Por primera vez en mi vida me sentí verdaderamente el protagonista de una novela negra.

—Déjame adivinar —dije en un susurro—: también le han seccionado la lengua.

—Correcto.

Al fin nos dimos un fuerte abrazo.

—¿Cómo estás? —preguntó sonriente—. Tienes mala cara.

—Falta de sueño, nada más. —Mentí—. ¿Y tú, todo bien? ¿Y Jennifer?

—Sí... Todo sigue igual que cuando te largaste por patas. —Aquello me sonó a regañina—. Dando una vuelta por la escena de un crimen, para variar.

Sonreí, cambiando de tema *ipso facto*.

—Los cinco sentidos: nariz: olfato; oreja: oído; ojo: vista; mano: tacto; lengua: gusto. —Oliver asintió pausado—. Se ha «llevado» la mitad, digamos, de lo que representaría cada percepción y todas del lado izquierdo. Parece obvio que el asesino os está dejando un mensaje.

—¿Os?

—Tú eres el detective de homicidios, ¿recuerdas? Yo uno privado.

—Ya. ¿Y crees que te he llamado para que hagas un par de deducciones obvias?

—Eso digo yo, ¿para qué cojones me has hecho venir?

—Para que te encuentres con el cadáver de tu vida —dijo guasón, un tanto burlesco—. Mira.

Movió el contenedor inmediato al cadáver. Tras este, pintado en la pared con lo que parecía sangre, pude leer: «16-3-1979/16-5-2019. R.I.P., Liam Jones».

«Mierda.»

—Supongo que te suena el nombre y la primera fecha —formuló sarcástico—. Para la segunda solo restan veinticinco días. Un caso a contrarreloj al más puro estilo hollywoodiense, ¿eh? El caso de tus sueños... —«La fecha de mi nacimiento —pensé abducido por una consternación sin igual»—. ¿No te quejabas de la falta de acción, de la monotonía del trabajo? Pues ahora un asesino ha fechado tu muerte, Liam Jones.

Aprecié de soslayo cómo una sonrisa de medio lado se perfilaba en su rostro. Siempre nos gustó el vacile, pero en aquella ocasión sus bromas no me hicieron ninguna gracia.

—No sé a qué viene toda esta mierda —dije confuso—. Llevo medio año sin meterme con nadie, a mi bola.

—Pero has jodido a muchos delincuentes, ¿no?

«No estoy dispuesto a morir a manos de un tarado.»

—Y eso no es todo, Liam. Mira bien el fiambre. ¿No te suena?

El finado tenía la cabeza ladeada. Me acuclillé para fijarme en sus facciones. La herida de su nariz, por la que podía vérsese parte del tabique nasal, me provocó un escalofrío que supe disimular; no quería parecer un novato ante mi excompañero.

«No me jodas. ¿En serio?»

—Sí, le conozco. Vive... Vivía en el mismo edificio que yo. Su piso está justo encima del mío. Juraría que se llamaba James, o Jamie...

—Según su documento de identidad, James Thomas, de cincuenta años. —Oliver se colocó a mi lado, observándome desde una perspectiva elevada—. Aún crees que es «nuestro» caso, detective privado.

Por mi organismo desfiló un acervo de sensaciones: temor al advertir la amenaza de un homicida; perplejidad ante el hecho de que alguien hubiera augurado en sangre el día de mi muerte; fatiga; emoción...

Una mujer se acercó a Oliver con tres vasos de cartón. Vestía de traje negro y camisa blanca. Morena, con el pelo recogido en una cola de caballo.

—Has llegado justo a tiempo, Rebeca. Te presento a Liam Jones, mi excompañero.

La agente clavó sus ojos verdes en los míos mientras me entregaba uno de los cafés. Lo cogí, ofreciéndole mi extremidad libre. Nos dimos un fuerte apretón de manos.

—Un placer, Rebeca.

—Lo mismo digo. He escuchado hablar mucho de usted, ¿sabe?

—Tutéame, por favor. —Asintió—. Espero que hayas oído cosas buenas...

—Un poco de todo.

Sonreí.

—El cadáver estaba cubierto por unos cartones —dijo la joven entretanto yo le echaba un último vistazo al cadáver; sin nariz, sin oreja, sin mano, sin lengua...—. Por aquí no hay demasiado tránsito. Lo ha encontrado una mendiga que rebuscaba en la basura. Ha alertado a un agente de tráfico y..., aquí estamos. Walter cree que lleva muerto unas doce horas, pero habrá que esperar al informe forense para determinar la hora exacta del fallecimiento. A propósito: ¿dónde estabas ayer por la noche, Liam?

—¿En serio? ¿Por eso me habéis llamado, para cargarme el muerto?

Noté cómo la ira me escalaba la tráquea, dispuesta a escapar por mi boca como palabras poco agradables.

—Relajémonos un poco, ¿eh? —intervino Oliver alzando los brazos, poniendo paz—. El fuerte de mi compañera no es el tacto —dejó caer mientras daba un paso atrás. Rebeca arrugó el ceño.

—Solo hago mi trabajo —se justificó Rebeca.

—Ven, Liam, acompáñame —solicitó Oliver.

Tiró de mí, arrastrándome unos metros, alejándome del cadáver y de su brusca compañera.

—¿Quién coño se cree esa que es? ¿Me pedís ayuda y me consideráis un sospechoso? Hoy no tengo el día para gilipolleces, te aviso. ¿Crees que no sé de qué va todo esto? Os aseguráis de mi inocencia y luego... No pienso volver, Oliver. No.

—Discúlpala, tío. Entiéndela. Lleva poco en el cuerpo. Es lista, pero carece de delicadeza. No obstante, has de admitir que solo estaba siguiendo el procedimiento. Y sobre lo de volver... Al menos deberíamos colaborar. Te va la vida en ello, ¿no crees? Además, no soy tonto: sé que vas a investigarlo por tu cuenta. Aún he de hablar con el comisario, pero creo que sé lo que va a proponer.

Tenía razón. La escena del crimen apuntaba a mi persona como una flecha a una manzana. De haberme adjudicado el caso en mis tiempos de policía lo habría iniciado interrogando al sujeto que constaba en la pared tras el contenedor. Era cierto que nos necesitábamos: él a mí por mi aparente nexos con el asesino y yo a él por su cargo y recursos.

—De acuerdo.

Fue lo único que pude decir.

—Hagamos una cosa —dijo enérgico—. Vete a casa, descansa, date una ducha y hablamos más tarde. ¿Quedamos a las ocho en el *Five cups*, nos tomamos unas birras y discutimos los pormenores?

—Vale. Pero tú y yo a solas, ¿de acuerdo?

—Claro. Como en los viejos tiempos.

Ímpetu

Oliver

Volverle a ver consumió de golpe todo el resentimiento que conservaba. Me dejó de un día para otro, sin avisar, en la estacada; o al menos así traduje su marcha del cuerpo. Pero al tenerle delante, lo que experimenté fue cariño y pena. No podía culpar a Liam por romperse tras la muerte de su mujer e hija. Cualquiera en su sano juicio se hubiera venido abajo.

—¿Crees que volverá a matar? —preguntó Rebeca tan al grano como siempre.

Aparqué en mi plaza de garaje. Bajé del coche al tiempo que mi compañera hacía lo mismo. Cerré y anduve pensativo hacia el ascensor mientras ella esperaba paciente una respuesta. Pulsé el botón del piso donde el comisario aguardaba —él, más bien impaciente— los detalles del caso recién abierto.

—Supongo que es su intención —contesté mientras el botón se iluminaba—. La amenaza resulta evidente. El asesino ha dejado las cosas bien claras: «Asesinaré a Liam Jones el dieciséis de mayo, pero entretanto sembraré Nueva York de cadáveres. Evítadlo si podéis».

—¿Te habías enfrentado a algo así?

—Qué va. Esto es nuevo para mí. Hasta ahora los homicidas que he perseguido, muchos junto a Liam, no eran más que tarados que saciaban sus instintos mientras intentaban evadir la ley. Pero quien ha liquidado a James Thomas es diferente: le gusta jugar al gato y al ratón, disfruta con lo que hace y, por lo general, esa clase de perfiles suelen volver a asesinar.

Se abrió la doble puerta metálica del ascensor.

Subimos en silencio.

La comisaría rugía como un león hambriento. Entre sus paredes reinaba sin descanso el descontrol, por lo general, sazonado con abundantes y variopintas voces. Los avances en criminalística no evitaban que allí todo se desarrollara a una velocidad de vértigo.

«Hay cosas que la tecnología no puede cambiar. Un asesino en serie es justo lo que necesitábamos —pensé irónico mientras me acercaba al despacho de Green.»

Las mesas rebosaban portátiles, papeles, discos duros, móviles..., y los cafés estaban a la orden del día tanto o más que las reglamentarias y sus fundas de piel.

Golpeé la madera con los nudillos. Entré. Rebeca, como siempre, siguió mis pasos.

—¿Qué tenemos? —preguntó el comisario sin dignarse a saludar. Se le intuía tan acelerado como siempre.

—Un asesino que deja mensajes tanto en el cadáver como en la escena del crimen —contesté al tiempo que me sentaba ante su mesa de despacho. A mi derecha, Rebeca hizo lo mismo—. Al fiambre le han seccionado la nariz y la lengua, arrancado un ojo y cortado una oreja y una mano, y todo del lado izquierdo del cuerpo. Además, como ya le he comunicado por teléfono, ha amenazado de muerte a «nuestro» Liam Jones.

Green conocía la mayor parte de los datos que acababa de darle. Pero ante lo insólito del caso sus facciones reaccionaron como si lo escuchara por primera vez.

—Un gilipollas que se cree Jack el destripador —soltó negando con la cabeza—. Lo que nos faltaba.

Saqué el móvil del bolsillo interior de mi americana y busqué las fotos que había echado en el callejón. Lo dejé encima de la mesa para que el mandamás pudiera «deleitarse» con las instantáneas; nada como ver las cosas con tus propios ojos.

—Sírvase usted mismo. Deslice el dedo por la pantalla para que vayan pasando las imágenes.

—¿Crees que no sé usar un móvil? —murmuró antes de coger el aparato.

En la primera fotografía pudo ver al fiambre de cuerpo entero, desnudo sobre el arcén. En las cinco siguientes cada una de las heridas; la más impactante, sin duda, la que mostraba su boca abierta de par en par y la ausencia de media lengua. La séptima y última instantánea pertenecía al mensaje que el asesino había dejado tras el contenedor de basura, presumiblemente, usando una de las partes de James Thomas. Sin pretenderlo imaginé a un hombre de mediana edad pintando la pared con la ayuda de un *pincel-oreja*.

—Esto es una soberana mierda —sentenció Green tras devolverme el aparato—. Si no vuelve a matar... —Balanceó la cabeza, pensativo—. Pero si lo hace, la prensa va a asfixiarnos. Y dad por seguro que se harán eco de la noticia.

»Quiero que el tarado de Liam Jones os eche un cable. Ahora es detective privado, ¿no? —Asentí—. Pagadle los honorarios habituales. No podemos permitirnos que investigue por su cuenta. Ese tío es una bomba de relojería, le faltan cuatro o cinco tornillos, pero no he conocido a un policía con más instinto.

Aquello me dolió. Pero debía admitir que durante el tiempo que investigamos juntos demostró unas dotes excepcionales.

—Perdió a su mujer e hija, ¿cómo hubiera reaccionado usted? —Salí en defensa de mi amigo y antiguo compañero.

—No lo sé, Oliver, pero seguro que cargándoles la culpa a los demás, no.

—Hoy le he visto bien.

—Pues me alegro. Si quiere pedirme disculpas por lo que hizo sabe dónde encontrarme. Pero de momento trata tú con él. Eras el único al que escuchaba, y lo sabes.

—De acuerdo.

No quise insistir. El comisario tragó mucha mierda después del accidente de la familia de Liam, de su viaje de ida y vuelta al infierno. Luego vino el puñetazo y... En fin, que su dimisión no pasó desapercibida para nadie.

Me sonó el móvil cuando Green nos mostraba el camino a la puerta con un gesto casi despreciativo, como si estuviera espantando a dos gallinas cluecas. Le eché un ojo a la pantalla con la intención de devolver la llamada al salir del despacho. Pero vi el nombre de Walter Smith, nuestro forense habitual.

—He de contestar. Es Walter.

Green, con un gesto más mesurado, me animó a hacerlo.

—Dime, Walter.

—Tenéis que pasaros por el centro forense.

—¿Qué pasa? ¿No puedes decírmelo por teléfono?

—Claro que puedo, pero el hecho es que he encontrado algo en el cadáver.

—¿Dentro?

—Exacto. Durante un examen superficial he encontrado un objeto.

—¿Y vas a decirme el qué o vas a seguir en plan enigmático?

—Una bala de punta hueca. Se la han introducido por el recto. El asesino ha empleado el proyectil como recipiente; en su interior, enroscado, he hallado un papelito y...

—No jodas —dije cortándole. No quería saber más; prefería verlo con mis propios ojos—. Salimos enseguida hacia el centro forense.

—No pienso moverme de aquí.

—Hasta luego, entonces.

—Hasta luego.

Colgué.

—¿Qué pasa, Oliver? —preguntó Rebeca entretanto Green fruncía el ceño.

—El asesino le ha metido a la víctima una bala de punta hueca por el ano con una nota dentro.

—¿Qué cojones habrá hecho el tarado de Liam? —preguntó retórico Green cuando mi mano ya tocaba el pomo de la puerta—. Ha de ser algo grave de cojones. —Me detuve para escuchar sus espontáneas «deducciones»—. Por lo visto, esta vez le ha tocado los huevos al hombre equivocado. ¿Y sabéis qué?, me chirría bastante que asegure no tener ni idea de quién amenaza con matarle, ¿a vosotros no?

«Entre otras cosas, nuestro trabajo es descubrir si miente, jefe. —No dije aquello en alto, pero me hubiera gustado hacerlo—. No podemos obviar que ahora mismo es nuestro único sospechoso. Pero solo eso, un simple sospechoso. Deje de acusarle sin tener una mísera prueba.»

Aun pensando aquello respondí a su pregunta con un encogimiento de hombros. Hasta que no se demostrara lo contrario creía en la palabra de mi excompañero, en su inocencia; tampoco teníamos motivos para creer lo contrario. Tuvo una mala racha, sí, pero su fondo era bueno y me lo había demostrado en muchas ocasiones; Liam Jones era un hombre incapaz de matar a nadie.

—Lo averiguaremos, jefe —dijo Rebeca rotunda—. Daremos con el culpable.

Asentí más en Babia que en comisaría. Sentía un gran desconcierto ante lo súbito que se había presentado el caso, el gran número de «pruebas» acumuladas en pocas horas, lo siniestro y desgarrador de la escena del crimen y, ante todo, la ausencia de un sospechoso más allá de —por mucho que me doliera considerarle de aquel modo— mi excompañero Liam.

Ni siquiera nos despedimos de Green. Anduvimos taciturnos con un único pensamiento en la cabeza: qué recado nos había dejado el asesino dentro de la víctima.

«Mantenedme al tanto» fue lo último que le escuchamos decir antes de cerrar la puerta, antes de dejarle a solas con sus fantasmas.

—Más mensajes —dijo Rebeca al tiempo que entrábamos a paso ligero en el ascensor.

—Ese hijo de puta pretende divertirse a nuestra costa —formulé airado, presagiando un caso intrincado y traumático—. Pero vamos a cortarle las alas antes de lo que él piensa.

Liam

Entré abatido. Anduve renqueante por el pasillo hasta detener mis pasos ante la habitación de Dalia. Siempre mantenía su puerta cerrada. Entraba únicamente cuando necesitaba «meditar». Hacerlo me causaba un dolor indescriptible, pero también una reconfortante nostalgia; me hacía sentirla cerca. De ella solo me quedaban los recuerdos y unas sábanas fucsia, un puñado de ositos de peluche, ropa, fotografías... Allí dentro el dolor reinaba sobre el consuelo, sin embargo, a veces necesitaba sufrir su ausencia.

«Y qué si he de morir —pensé sentado al borde de la cama—. Todos nos vamos tarde o temprano. Qué más dará un poco más tarde o un poco más temprano. Pero lo que no haré será expirar a manos de un asesino; lo más probable, por culpa del deslizamiento de una cuchilla sobre

mis venas.»

Deshice la cama y me metí. Puse la alarma del móvil a las seis de la tarde; necesitaba dormir al menos una hora y media, pero no podía permitirme hacerlo más tiempo. Me arrojé hasta el cuello sin ni siquiera quitarme el traje. Recorrí aquellas paredes pintadas de rosa y azul con la mirada, las princesas de Disney que las decoraban..., y una lágrima descendió como tantas otras veces.

Apenas soportaba el peso de mis párpados...

El móvil hizo bien su trabajo: me despertó a las seis en punto. Por primera vez en mucho tiempo dormir parecía haberme sentado bien —lo lógico, por otra parte—; aquel descanso me insufló de energía.

Cerré la habitación. Volvería cuando requiriera de una nueva dosis de melancolía.

«Autodestrucción —cavile de camino al comedor—. ¿Tendría que adelantar la visita con mi psicóloga? No. Iré a verla cuando corresponde, cuando ella estimó que era necesario. Me costó mucho salir de aquel bache. Estoy bien —me dije, alentándome—. Estás Bien, Liam.»

De pronto recordé la inscripción en la pared del callejón: «16-3-1979/16-5-2019. R.I.P., Liam Jones.»

«R.I.P., y una mierda.»

Sentí la necesidad de comenzar la búsqueda, de mantenerme ocupado. Fuera lo que fuese que propusiera Oliver en el *Five cups* me defendería de la amenaza. Y siendo detective privado no encontraba mejor forma que atrapando al asesino que pretendía liquidarme. Además, llevaba mucho sin perseguir a un homicida —nunca a uno como aquel— y me apetecía sentirme parte de una investigación.

Me senté en el sofá, desplegué el portátil sobre mis muslos, puse de fondo la banda sonora de True Detective y comencé a indagar con lo poco que tenía: lo visto en la escena del crimen.

«Debería llamar al médico —pensé mientras buscaba en internet, «afectado» por lo reconstituyente de mi hora y media de sueño—. Paso. Que sea lo que Dios quiera.»

Me froté el mentón mientras escuchaba la introducción de mi serie preferida. La canción: *Far from any road*.

«Podría ser un crimen ritual.»

Tecleé «rito satánico cortar partes del cuerpo» en el buscador. A primera vista encontré titulares como: «Dos niños son descuartizados en un ritual satánico en Brasil». «Mató a su madre y desmembró su cuerpo en un ritual satánico en LA». «Vinculan el robo del cuerpo de un bebé con ritos de culto...». «Asesinan a su amigo en rito satánico para convertirlo en...».

Este último llamó mi atención. Cliqué sobre las letras resaltadas en azul. Solo llegué a leer: «Asesinan a su amigo en un rito satánico para convertirlo en vampiro en Chihuahua».

«Hay que ser gilipollas. —Se me dibujó una sonrisa en el rostro—. De todos modos, si se debiera a un crimen ritual, ¿por qué el mensaje en la pared? Lo lógico es que todo forme parte de un asunto personal, y el asesino, al más puro estilo Zodiac, deje pistas sobre su identidad para demostrarle al mundo que es más listo que la policía, un fuera de la ley. La pregunta es: ¿qué me une a ese perturbado? Si encuentro dicha conexión también le encontraré a él.»

Resoplé sentado en el sofá.

«Buscar en internet no servirá más que para matar el tiempo. He de hablar con Oliver. Necesito su ayuda, ver el informe forense cuando esté listo y las pruebas encontradas por la policía científica. Necesito estar dentro del meollo, volver a ser un detective de homicidios el

tiempo que cueste encerrarle. No obstante, la búsqueda no debería prolongarse más allá del dieciséis de mayo.»

Sonreí guasón.

Me pareció escuchar un golpe seco en el piso de arriba. La vista se me fue al techo aunque no tuviera la certeza de su origen.

El que fue hogar de James Thomas, el mío mismo, no era más que una celda entre un amasijo de viviendas donde los sonidos llegaban de todas partes. «Vivimos enjaulados y ni siquiera nos damos cuenta». Aun así, aquel estruendo consiguió que mis pensamientos cambiaran de tema. Al menos por un instante.

«Sé por lo que estáis pasando —cavilé mientras imaginaba el maltrecho rostro del que fue mi vecino, la herida en su brazo, la sangre seca oscureciendo la cuenca de su ojo izquierdo—. Dicen que el dolor es parejo al amor que uno siente por quien ha muerto; quizá por eso nunca conseguiré olvidarlas.»

De pronto, un escalofrío escaló mi espalda.

«Me vigila. —Recorrí la habitación con la mirada de forma instintiva—. Es obvio que le ha matado para intimidarme, para evidenciar que está cerca de su presa, de mí.

»Te daré una mala noticia, asesino: no tengo miedo. Me has dado un motivo para respirar, una meta: tu encarcelamiento. Hoy he conocido tus intenciones, pero es obvio que tú me conoces lo suficiente como para querer matarme.

»Descubriré el porqué de todo.

»Te haré salir a la luz de un puntapié, cabrón.

»Pagarás, te lo prometo. Has señalado un día y no permitiré que cumplas esa promesa. Si vences, el dieciséis de mayo te entregaré mi vida. Pero has de saber, que te atraparé antes de ese día.»

Bajé la tapa del portátil y lo dejé sobre el sofá, levantándome ávido de conocimiento. Todavía faltaba hora y media para la cita con Oliver, pero necesitaba moverme, sentirme de nuevo un agente de la ley.

Cerré la puerta del piso y una vez más escuché al otro lado las risas de mi mujer y de mi hija. Apoyé la cabeza en la madera y sonreí compungido.

«Sois lo mejor que me ha pasado. »

Aun sintiendo esa irremediable pena que llevaba a cuestras a todas partes, percibí cómo después de mucho, el ímpetu también recorría mis venas.

En el peor lugar del mundo

El ambiente distaba mucho del matinal.

Un runrún de voces me acompañó hasta la barra. A mi izquierda todas las mesas estaban ocupadas, repletas de vasos llenos de alcohol.

Me senté en un taburete, al fondo. Peter no tardó en atenderme.

—Hola, Liam. —Parecía estar menos taciturno que durante mi anterior visita—. Me alegra verte por aquí a estas horas.

—Hoy hago turno doble. —Le guiñé el ojo—. He quedado con Oliver, ¿sabes?

—¿Tu antiguo compañero?

—El inimitable.

—Vaya... Hace como medio año que no le veo.

—Sí... A su negro culo ya no le gusta sentarse al lado del mío. —Rio—. En fin... Ponme un whisky doble, que la noche es joven.

—Marchando.

Me lo sirvió en menos de lo que canta un gallo.

—Hoy estás de suerte —me dijo por lo bajini al dejar el vaso sobre la barra, con un gesto que acariciaba lo lascivo—: la morena de ojos verdes te invita a la copa.

Acabó la frase señalándome a la susodicha con el mentón, devolviéndome el guiño que le había enviado no hacía más de tres minutos.

«Morena y de ojos verdes...»

Dirigí la mirada donde Peter indicaba, temiéndome lo peor.

«Bingo.

»¿Y qué cojones hace esta aquí? Y sola.»

Desde allí, sus ojos parecían brillar entre la lobreguez del fondo del local. Llevaba el pelo suelto y ondulado, cayéndole por los hombros como un torrente de aguas negras.

Cogí el whisky y me aproximé entretanto ella me observaba avanzar entre la clientela.

Tomé asiento sin pedirle permiso, quedándonos cara a cara. No dijo nada; esperó a que yo diera el primer paso.

—Me da que esto no es una casualidad.

—Por supuesto que no —dijo con una socarrona media sonrisa—. No voy a permitir que me dejéis al margen. Oliver me ha comentado lo de vuestra reunión «clandestina» y que por el bien de la investigación yo no podía formar parte. En un principio he aceptado a regañadientes, pero luego me he dicho: «Qué diablos. Que les den a esos dos gilipollas». Y aquí me tienes.

«Con un par, sí señora.»

—No puedo recriminarte lo que yo mismo hubiera hecho de estar en tu pellejo.

—Qué más quisieras tú que estar alguna vez en mi pellejo.

Sonreí expulsando el aire por la nariz. Sin duda era una mujer de armas tomar, y prefería a alguien así a una de esas novatas que van ciñéndose a las normas como si no existiera nada más. La academia enseña unos procedimientos que de poco sirven en la calle. El mejor maestro es la práctica, y aunque ella aún estaba verde, poseía lo imprescindible: coraje y un virtuoso compañero que la guiara.

—De acuerdo —dije decidido—. ¿Me vas poniendo tú al corriente o esperamos a Oliver?

Siendo puntual, aún nos quedaban cuarenta minutos de espera.

—Como tú prefieras.

—Entonces, ilumíname.

Rebeca dio un largo trago a lo que fuera que estaba bebiendo. Tras la ingesta, me miró a los ojos y habló:

—No tenemos nada. El cadáver está limpio al igual que la nota. Resta el informe forense, pero me temo que va a aportar lo mismo. Nos enfrentamos a un asesino inteligente, de eso no cabe duda. —Hizo una pausa para degustar de nuevo su bebida—. Creemos que lo abordó en el parking subterráneo donde... Bueno, tú aparcas allí, así que no entraré en detalles. La víctima solía llegar sobre las dos de la madrugada; trabajaba de seguridad en una empresa de alimentación. Lo esperó, lo asaltó y lo metió en el maletero de su coche. Luego buscó un lugar seguro donde saciar sus instintos. Al terminar se acercó al callejón y lo dejó junto al mensaje. Son solo suposiciones, claro, pero no creo que se alejen de lo que realmente ocurrió. Aún hemos de interrogar a los vecinos del fiambre, pero en los bloques contiguos al callejón nadie vio nada. Ya sabes: en Nueva York cada uno va a lo suyo, y más en una zona como aquella.

—Hablas de una nota.

—Mira —dijo cortándome, dirigiendo la mirada hacia algo que se movía a mi espalda.

Rebeca alzó la mano, haciéndose ver.

Me giré para mirar adonde ella lo hacía: vi a Oliver avanzando.

—¿Qué diantres haces tú aquí? —preguntó airado al tiempo que se sentaba al lado de su compañera—. Creía haberte dicho que...

—No pasa nada, Oliver —zanjé decidido—. Nos hemos hecho amigos, ¿verdad, Rebeca?

—Amigos del alma, sí.

—Ya veo. —Oliver nos miró como quien examina a una pareja de estafadores—. ¿Y habéis empezado sin mí?

—Rebeca me ha explicado que el caso está en pañales, como es lógico, y que nuestro amigo el homicida no es precisamente un inepto. Nos hemos quedado en la parte en la que yo iba a preguntarle sobre una nota que ha mencionado.

—Entonces, en la mejor. No hace ni dos horas estábamos con nuestro colega Walter en el centro forense. Durante una exploración preliminar ha encontrado algo dentro del ano del cadáver, no demasiado metido: una bala de punta hueca con un papelito dentro. Falta decir, que la nota está exenta de huellas y escrita con ordenador. Y te diré algo: no va a gustarte lo que llevaba escrito.

—Soy todo oídos.

—«La verdad reside en el peor lugar del mundo, Liam Jones, en el edificio que te vio reír como un zorro». El asesino señala un punto en el mapa, y temo que sabes perfectamente cuál es.

A punto estuve de temblar como una nenaza; un intenso escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Y entonces recordé algo que había olvidado entre el ajetreo de aquel insólito día: la postal hallada en el cajón de mi mesa de despacho.

—Entró en mi despacho para dejarme, digamos, un prelude de lo que encontraríais en el recto del fiambre. Ese hijo de puta me tiene enfilado, entre ceja y ceja.

—¿Qué encontraste? —cuestionó ella con la frente arrugada.

—Una fotografía del lugar donde, según él, reside la verdad.

—En el peor lugar del mundo —susurró Rebeca como si hablara consigo misma.

—Tienes que volver a Cold Spring, Liam —dijo Oliver condescendiente—. Te apoyaremos. No estás solo. Te remuneraremos con tu antiguo sueldo.

—¿Apoyo? —pregunté retórico, en un tono que rozaba lo inapropiado—. Hay cosas que uno ha

de hacer solo, y esta es una de ellas. ¿Sabes cuántas horas de terapia me costó superar aquello? Han pasado más de veinticinco años y ese pueblucho de mala muerte aún sigue incrustado en un oscuro rincón de mi memoria.

—¿Qué pasó? —preguntó Rebeca con cara de no estar entendiendo nada—. ¿De qué diantres estáis hablando?

—Luego te lo explico —respondió su compañero—. Te he dicho que no vinieras, ¿recuerdas? Ahora apechuga. —Dejó de dirigirse a ella para clavarme su penetrante mirada—. Escucha, Liam: esto no solo te atañe a ti. Ojalá no estuvieras involucrado, pero lo estás. Debes dejar de compadecerte de ti mismo y actuar como el detective de homicidios que conocí.

Solo podía pensar en el peor lugar del mundo, en los años que pasé allí junto a mi hermano Logan y mi hermana Alison, con mi madre y..., con él. Oía la voz de Oliver como un murmullo lejano, como un eco que se filtraba a través de un sinfín de turbadores recuerdos.

—¿Me estás escuchando? —preguntó mi excompañero en alto, chasqueándome los dedos ante los ojos—. ¿Estás ahí, Liam?

—Sí, perdona. Ahora mismo me cuesta un poco concentrarme. Pero te advierto una cosa: no vuelvas a chasquearme los dedos en la cara si no quieres que te los aparte como si fueras una jodida mosca cojonera, ¿de acuerdo? No tengo el día para chorradas.

Oliver estaba acostumbrado a mis súbitas subidas de tono. Además, sabía que nunca amenazaba en vano.

—Tranquilo... —Alzó las manos en son de paz—. Solo pido un poco de atención. —Asentí malhumorado—. Como iba diciendo, Green quiere que colabores con nosotros. Será como en los viejos tiempos. Eso sí: juntos pero no revueltos, ¿entiendes?

—¿Es cosa tuya o del comisario?

Rebeca atendía con los ojos muy abiertos, dándole de vez en cuando un sorbo a su bebida. Solo le faltaba un bol de palomitas.

—De ambos. Él aún no ha olvidado tu puñetazo de despedida, pero como buen policía que es, antepone el bien común al personal, y sabe que nos necesitamos; nosotros a ti para resolver el caso, y tú a nosotros para salvar el pellejo. Sabes tanto como nosotros que el asesino volverá a las andadas.

—Cuando alguien está sometido a mucha ansiedad, estrés y sufrimiento —dije sin preámbulos—, ciertas partes del cerebro pueden llegar a dañarse. —Los dos se quedaron con cara de «¿y esto qué tiene que ver con el caso?»—. El trastorno por estrés postraumático o TEPT se caracteriza por la aparición de síntomas específicos tras la exposición a un acontecimiento estresante y extremadamente traumático. Entre sus síntomas, que es a lo que iba, se encuentra la incapacidad de recordar aspectos importantes de los sucesos causantes del trastorno. Pero en mi caso, dicha falta de recuerdos no se debe a una lesión cerebral o al consumo de alcohol o drogas, como es lo habitual, sino a una amnesia disociativa. Vamos, que mi memoria va a su puta bola.

»No recuerdo demasiado de mi infancia, del lugar al que sin duda hace referencia el escrito. Pero os aseguro que lo poco que recuerdo es más que suficiente como para no gustarme la idea de volver a Cold Spring.

—De por sí, de la infancia se recuerda poco —matizó Rebeca. Asentí a su comentario—. Si a ese hándicap le añadimos un problema psicológico... Pero al contrario de lo que muchos creen, enfrentarse al problema suele resultar positivo; tal vez recorrer sus calles se traduzca en la mejor terapia.

«Lo dudo.

»Joder con la poli psicóloga.»

—Puede que aquel monstruo aún siga vivo —me dije en un susurro, sintiendo una ansiedad terrible.

—Has de ayudarnos, Liam —rogó Oliver inclinándose hacia delante—. Eres la clave de este embrollo y el asesino así nos lo ha hecho saber. Me temo que el caso gira entorno a ti, por mucho que nos pese a todos. Puede que la escena del crimen simbolice algo relacionado con tu pasado. ¿Un amigo que dejó de verte, tocarte, olerte...? Supongo que es pronto para conjeturar, pero no cesaremos hasta verle entre rejas. Mañana, Rebeca y yo tomaremos declaración a los vecinos de la víctima, que a su vez son los tuyos, y pronto tendremos el informe forense preliminar. Además, ¿no te quejabas de lo anodino del trabajo de detective de homicidios? —Me sonrió—. Siempre quisiste un caso así, no lo niegues.

Obvié su última pregunta retórica. Mi cabeza rumiaba en otra dirección.

«¿Me conduce hasta allí porque sabe lo que ocurrió?

»Juega conmigo. Y no consentiré que me maneje como a una marioneta.»

Me arrepentí de las últimas palabras que dije aquel día en el *Five cups*: «De acuerdo. Volveré a Cold Spring e intentaré descifrar el jodido acertijo. Pero ahora debo marcharme. Necesito tranquilidad, meditar sobre este embrollo que se me ha venido encima de la noche a la mañana. No olvidéis mantenerme al tanto».

Me levanté y despedí con un pausado saludo militar.

—De acuerdo, Liam. Mañana te llamo —dijo Oliver antes de que le diera la espalda. Rebeca se despidió con un escueto «adiós».

Anduve hacia la puerta con una sola idea en la cabeza: adentrarme en las tinieblas para encontrar el nombre de un asesino.

Fui directo a mi habitación. Abrí el segundo cajón de la mesita de noche y saqué mi antiguo bloc de notas. De vez en cuando me gustaba ojearlo, recordar los casos que habíamos resuelto Oliver y yo. Investigaciones que poco o nada tenían que ver con la que teníamos entre manos: asesinos que mataban para sentirse poderosos, percibir placer o paliar una intrínseca sed de venganza; hombres que no sesgaban vidas con un objetivo final, que se movían por puro instinto, que se alejaban —y mucho— del perfil del asesino que pretendía matarme.

Necesitaba ordenar las ideas.

La última novela de John Grisham seguía tentándome al lado de la cama.

«No es momento de leer historias de detectives —cavilé mientras me tumbaba sobre el lecho —; es tiempo de ejercer como detective.»

Abrí el cuadernillo y escribí en la postrera hoja en blanco:

✓ Nariz, oreja, ojo, mano y lengua, cercenadas: la mitad de los cinco sentidos. Y todas las partes del lado izquierdo del cadáver.

«Es probable que el asesino sea zurdo. ¿Me culpa de haberle despojado de parte de sus sentidos?

»No entiendo nada. Me fui de allí siendo un adolescente. ¿Cómo pude agraviar tanto a alguien como para que ahora, más de veinte años después, quiera vengarse? Es un sinsentido.»

✓ « 16-3-1979/16-5-2019. R.I.P., Liam Jones». Faltan veinticinco días para la fecha límite.

«No es demasiado tiempo para una investigación, pero más que suficiente para que el asesino mate de nuevo.»

✓ « La verdad reside en el peor lugar del mundo, Liam Jones, en el edificio que te vio reír

como un zorro».

«¿Un zorro? Se refiere a una risa astuta, sagaz, despierta... Si consiguiera recordar, seguro que no habría muchas risas que elegir; en mi infancia faltaron sonrisas y abundaron las lágrimas.»

✓ Le conozco y me conoce. ¿Amigo? ¿Familiar? ¿Conocido?

«De no ser así, estamos siguiendo una pista falsa.»

✓ ¿La bala hueca indica que su intención es volarme los sesos?

«Más que probable.»

»Poco se puede hacer si alguien pretende ejecutarte de un disparo. Matar es fácil. Lo difícil es salir indemne del crimen. Pero si el único propósito de un asesino es acabar contigo sin importarle las consecuencias, estás jodido. He de atraparlo antes del dieciséis de mayo. Y solo restan veinticinco días.»

Cerré el bloc. Por el momento no necesitaba apuntar más. Tampoco tenía el qué.

«Seguiré anotando. Con un poco de suerte, mañana.»

Me levanté y anduve hacia el comedor. Resoplé al tiempo que me sentaba en el sofá y encendía el televisor con el mando a distancia.

«No hay más que hablar: volveré al pueblo que me vio nacer y buscaré el lugar donde reí como un zorro —pensé intentando insuflarme ánimos—. Debo dejar la mente en blanco, no pensar, limitarme a proceder como un autómatas sin alma. He de cambiar el chip: vuelvo a enfundar, aunque sea de forma simbólica, el traje de detective de homicidios.»

Miré el mueble bar. Sentí la imperiosa necesidad de echar un trago, de dejarme «curar» por el alcohol. En mi interior se acumulaba un entresijo de emociones con el desazón como máximo exponente.

«Necesito calmarme.»

Me serví una generosa copa de whisky. Dejé la botella al alcance de mi mano. Craso error.

Encendí el DVD y seleccioné la película *Asesinato en 8mm*. Mientras disfrutaba de sus ciento dieciséis minutos de duración me llené la copa al menos cinco veces. El alcohol me ayudaba a sortear los malos recuerdos, a crearme parte de un mundo feliz. Pero su efecto no era más que un parche —y lo sabía bien—, un recurso que a la larga lo empeoraba todo.

Mareado, me levanté mientras la película tocaba a su fin.

«Si no has muerto, volveremos a estar cara a cara. Pero ahora soy más fuerte que tú, cabronazo —cavilé apretando los dientes y los puños—. El destino se empeña en volvernos a reunir, «padre». Puede que te devuelva lo que me diste.»

Sin saber por qué, cogí el móvil y marqué el número de mi hermana Alison; tal vez anhelando una voz afable y familiar.

Descolgó al tercer tono.

—Es muy tarde, Liam. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Voy a volver —musité desconsolado y borracho, al borde del llanto.

—¿Volver adónde?

Durante un instante reinó un largo e incómodo silencio. Me costó pronunciar aquellas palabras, como si temerosas se hubieran aferrado a la campanilla de mi garganta.

—A Cold Spring —dije al fin—, a comprobar si ese hijo de puta sigue vivo.

Escuché su entrecortada respiración. Tres, tal vez cuatro segundos durante los que pude percibir su miedo.

Colgó sin lograr —aunque quizá no lo pretendió en ningún momento— articular una sola palabra.

«Pipipipipipipipi...».

Me quedé de pie en el salón, degustando el mismo pavor que ella.

Propiedad de Liam Jones

Abrí los ojos sin recordar cómo había llegado hasta mi cuarto. En el suelo, tirados de mala manera, estaban mi traje de Armani, mi camisa gris, mis zapatos y mis calcetines negros.

«Menudo pedo pillé anoche —rumié mientras me frotaba las sienes.»

Aquella mañana, para variar, aparte de mi habitual cansancio me acompañaba un fuerte dolor de cabeza.

«No voy a ir —me dije dolorido. No tengo el cuerpo para viajecitos—. Que les den por culo a Oliver, a Rebeca, al comisario y a su puta madre. El dieciséis de mayo me sentaré en el sofá, pondré un maratón de películas policíacas y esperaré al asesino con mi nueve milímetros bien empuñada. A ver si ese cabrón tiene huevos de entrar en mi piso.»

Intentaba autoboicotearme, ponerle obstáculos a mi viaje a Cold Spring. Pero en el fondo deseaba llevarlo a cabo, disociar de una vez por todas el pasado del presente; salir de mi zona de confort, sacar la cabeza del oscuro agujero en el que caí cuando ellas, mi luz, se fueron al otro barrio.

Me «deleité» con una ducha fría.

Al salir me miré en el espejo. Clavé la mirada en las cicatrices de mi pecho, en las marcas que mi padre me dejó para la posteridad, en aquella línea de puntos perfectamente alineados. Cómo iba a olvidar a aquel desgraciado si llevaba su firma impresa en la piel. Nadie, aparte de mi mujer y mi hija, había visto aquellos estigmas que me hacían recordar tiempos peores.

Me vestí con el traje que cubría parte del suelo de mi dormitorio, ingerí un par de aspirinas y me dirigí al parking subterráneo.

Mientras el ascensor descendía pensé en la escena del crimen. Cogí el móvil y marqué el número de Oliver.

—En ti estaba pensando —contestó risueño.

—Oye, necesito algunos datos.

—Claro. Tú dirás.

—La plaza de aparcamiento de la víctima, el modelo de su vehículo y la matrícula. De momento.

—¿Tienes algo?

—No, qué va. Estoy en el parking. Me acercaré a echar un vistazo. Es muy probable que le asaltara aquí, así que...

—Los de la científica no encontraron nada, pero... Dame un segundo; me has pillado en un mal momento. Te llamo enseguida.

—Vale.

Colgué.

Esperé apoyado en mi Mustang. Empezaba a encontrarme mejor gracias a las aspirinas y la reconstituyente ducha fría.

Desde allí imaginé lo que hubiera hecho yo de estar en la piel del asesino. Me vi en aquella inmensa galería atestada de columnas y rayas azules que delimitaban espacios.

«No hay que esconderse. ¿Para qué? Mejor actuar como un vecino cualquiera. Tranquilamente, le esperas dentro de tu coche, le ves llegar, sales y te vas directo al maletero, sacas una silla de ruedas y la despliegas asegurándote de que te vea, le pides que te eche una mano para sacar a tu

hijo paralítico que está durmiendo en los asientos traseros... No le das tiempo a sopesar la situación. Él, ante tu sonrisa, desparpajo y la silla de ruedas, se siente seguro; has creado el ambiente perfecto. Cuando le tienes delante, le inyectas una buena dosis de alguna benzodiacepina potente y..., a dormir. Lo sientas en la silla unos segundos y de ahí lo pasas al maletero. Si no te han visto pincharle, nadie va a sospechar de un hombre que empuja la silla de un impedido. Diez segundos comprometidos como mucho.»

Pero en el fondo no creía que el asesino hubiera procedido así; demasiado rebuscado, demasiado pelicularo. Le figuré agazapado tras un vehículo, abalanzándose sobre su víctima como un drogadicto enganchado a la violencia, golpeándole con un objeto contundente, arrastrándolo al resguardo de dos coches. Le concebí volviendo a su vehículo, arrancando, colocándolo de forma que el maletero quedara próximo al cuerpo, mirando a izquierda y a derecha temeroso de ser descubierto, agarrándole por los pies e introduciéndolo en el maletero.

Mi móvil, extirpándome de aquellas extrañas elucubraciones, me deleitó con la banda sonora de la serie True Detective; canción introductoria que —para bien— me ponía la piel de gallina. Dejé que el tono sonara antes de descolgar, tarareándolo: «From the dusty mesa, her looming shadow grows... Hidden in the branche of..., the poison creosote. She twines her spines up slowly, towards the boiling sun..., and when I touched her skin, my fingers ran with blood...».

—Dime.

—Es un Ford Explorer de color blanco con matrícula FBV1318. La plaza es la treinta y uno de la primera planta. La tienes cerca, ¿no?

—Así es. Se me hace raro pensar que el asesino inició su plan mientras yo dormía a escasos cincuenta metros de distancia. En fin..., te dejo. Hoy tengo por delante un día de mierda.

—Vas a Cold Spring, ¿no?

—Qué remedio. Pocas cosas me hubieran hecho volver, pero hay vidas en juego y un agente de la ley está para defender la vida de los demás, ¿no?

—En efecto. —Oliver se quedó unos segundos en silencio, asemejando rumiar algo—. Oye, ¿por qué no te pasas a cenar esta noche conmigo y Jennifer? Tras la sobremesa podemos ponernos al día con la investigación. Como en los viejos tiempos, ¿eh? ¿Te parece? Puede que no haya demasiado que compartir respecto a la investigación, pero tú y yo tenemos mucho de qué hablar, ¿no crees?

Sentí desdén y apetencia al mismo tiempo; por una vez, lo segundo venció a lo primero.

—De acuerdo. La verdad es que tengo ganas de volver a ver a Jennifer.

—Genial. Pues hasta la noche.

—Sí, hasta después.

Tras colgar, anduve hacia la plaza treinta y uno. En el parking no había un alma.

«Un buen lugar para raptar —pensé mientras avanzaba ante una hilera de capós.»

No hube de caminar demasiado, encontrándome con el morro del Ford Explorer a no más de cuarenta metros del de mi Mustang.

«En realidad no debería encontrar nada —pensé fijándome en todo: coche, suelo, vehículos a ambos lados, techo, interior...—, pero tampoco voy a marcharme sin echar un vistazo.

»No creo que le agrediera aquí. —Me agaché para mirar debajo del coche. Vi algo—. ¿Un gato muerto?»

Al fijarme, deduje que se trataba de una bolsa de plástico.

Bajo las tripas del Ford Explorer la luz brillaba por su ausencia. Me arrodillé, alargué el brazo y cogí lo que fuera aquello. Sentí el tacto de una tela. Me alcé con una especie de saco

negro. Lo manipulé intentando averiguar qué demonios era.

—¡Eh, usted, ¿se puede saber qué busca al lado de mi coche?! —escuché a mi espalda.

Aquella voz me sobresaltó.

Di media vuelta y observé a una mujer de unos veinticinco años. Sus ojos constataban falta de sueño o haber estado llorando, tal vez las dos cosas.

—Buenos días —saludé con el corazón aún palpitante—. Soy detective de homicidios. Estaba...

—No, no lo es —dijo airada—. Deje de molestar si no quiere que llame a un policía de verdad. ¡Estamos de luto, joder!

Me sorprendió su reacción.

—¿Puedo saber con quién estoy hablando?

—No, no puede.

Pulsó el mando a distancia mientras caminaba hacia la puerta del vehículo que había estado inspeccionando. Entró farfullando algo que no entendí, arrancó y se marchó sin despedirse.

«Por la edad, ha de ser la hija de James Thomas.»

Alcé las cejas perplejo mientras el Ford Explorer se alejaba.

Aquel inesperado y desagradable encuentro no iba a quitarme el sueño. Aunque chocante, no era la primera vez que un familiar la tomaba conmigo. Tenía cosas más importantes que hacer que preocuparme por los malos modos de una joven que acababa de perder a un padre. Yo, mejor que nadie conocía lo irascible que se puede llegar a estar cuando se pierde a alguien importante; más, cuando te lo arrebatan de la noche a la mañana y de esas formas.

Volví a inspeccionar la tela que colgaba de mi mano derecha, descubriendo un agujero de unos diez centímetros.

«¿Es un pasamontañas?»

»No, qué va, es una capucha: la de un verdugo, pero sin agujeros para los ojos.»

Dentro encontré una pequeña etiqueta. Escrito con lo que parecía bolígrafo azul, pude leer: «Propiedad de Liam Jones».

«Parece ser, que al final Oliver y yo tendremos algo de qué hablar esta noche.»

Subí a mi Mustang. Dejé la capucha de un solo orificio —el de la boca— sobre el asiento del copiloto. Inspiré profundo, dejando escapar el aire muy despacio por la nariz, «degustando» los nervios que me corroían por dentro.

«La verdad reside en el peor lugar del mundo, Liam Jones, en el edificio que te vio reír como un zorro», recordé.

Me quedaban por delante dos horas de trayecto. Mi intención era encontrar recuerdos desperdigados por Cold Spring, tanto físicos como mentales. A mi madre le gustaba sacarnos fotos cuando Alison, Logan y yo éramos pequeños, quizá en alguna de ellas encontrara una pista fidedigna sobre la identidad del asesino. ¿Lo peor del plan?: de seguir vivo, él tendría sus álbumes.

Bonito por fuera, terrible por dentro

«Hoy faltaré a mi cita matinal con Peter —pensé mientras enfilaba la rampa de salida—. Si me da tiempo, puede que le haga una visita antes de cenar con Oliver y Jennifer; me pillará de camino a su casa.»

La ruta más rápida no pasaba ni de lejos cerca del *Five cups*, y aquella mañana no me apetecía andarme con rodeos. Requería ir al grano: entrar en aquel maldito pueblo de una vez por todas.

«Dado el primer paso, todo será más fácil.»

No tenía ni idea de lo equivocado que estaba.

Conduje tranquilo, despacio, disfrutando de las vistas. La mayor parte del trayecto lo hice por carreteras secundarias, con árboles a ambos lados, bonitos chalets cercados por vallados que protegían y daban intimidad a sus dueños, viendo a los pájaros cruzar por el lugar más seguro: el cielo.

El trayecto se me hizo corto, tal vez porque en mi subconsciente no deseaba llegar.

Las casas de madera desperdigadas por el verde anunciaron que estaba en las afueras. No tardé en divisar una pequeña zona de ocio: un restaurante de comida rápida, un pequeño supermercado, varios locales que vendían de todo y una gasolinera con su habitual tienda. No recordaba nada de todo aquello.

«Veinte años dan para muchos cambios.»

Detuve mi Mustang en la cuneta, cuando a mi espalda empezaban a verse las casas más juntas; cuando el grueso de Cold Spring se abría ante mis ojos.

Dudé en qué hacer, si ir directo a la casa donde pasé mi infancia o parar en alguna cafetería a tomar algo; acostumbrarme poco a poco a aquel hermoso lugar que a mí me ponía el vello de punta.

«No es por ti —pensé como si hablara con sus calles—, sino por lo que sufrí viviendo en ti. No es justo culparte de nada, lo sé, pero por desgracia recordamos los lugares por lo que experimentamos en ellos.»

Puse primera y aceleré en busca de mi padre. Al menos, comprobaría si la casa aún seguía en pie.

No recordaba que fuera tan bonito. Cold Spring irradiaba calma y pulcritud por sus cuatro costados. Cada vivienda que observaba resultaba más agraciada que la anterior, la mayoría con jardines delimitados por vallas de tonos claros, vivos, como la pintura que coloreaba los muros de los hogares.

Allí, los pueblerinos no parecían entender la palabra «aglomeración». Nada se apiñaba en Cold Spring, todo gozaba de gran amplitud; y entre esos espacios predominaba el verde.

Un conocido lugar de visita, casi de peregrinación. Su cercanía con la Gran Manzana lo nutría de un continuo flujo de Neoyorkinos, sobre todo los fines de semana. Y allí estaba yo, en peregrinación para expiar mis «pecados», sanar el pasado y hallar la identidad de un asesino.

Al tiempo que me acercaba dejé de pensar. En mi interior se agruparon tantas sensaciones que mi cuerpo no fue capaz de regularlas. «Disfruté» de aquel placentero vacío, de los instantes de «nada» que me suministraba la turbación; paz que me acompañó durante aquel angustioso tramo final; trayecto que me llevaría de vuelta a «casa».

Sujeté el volante mientras aceleraba sin dejar de mirar al frente, absorto en el horizonte. Conduje ido hasta alcanzar el término de la Avenida Morris, girando en la calle Craigsides Dr.,

llegando sin apenas darme cuenta.

Aparqué en la cuneta.

La casa seguía imperturbable en la esquina de la intersección, más vieja pero igual de aterradora.

Y allí, tan cerca ya del «hogar», afloró la nostalgia y el dolor; y un recuerdo hasta entonces olvidado en mi memoria.

28 años antes

A él siempre le rebotaban. Mis piedras, en cambio, se hundían nada más tocar el agua. Las tuyas saltaban como ranas grisáceas.

—Has de lanzarlas con más fuerza, como si pretendieras rozar el agua. Si lo haces de arriba abajo, se hunden —me explicó Logan por enésima vez—. No es tan difícil, hermanito.

«Es mayor y por eso sabe hacer más cosas —pensé mientras le observaba mover el brazo a contraluz como si sacudiera un látigo.»

Yo tenía doce años y él catorce; Alison solo seis.

El sol se acercaba al horizonte, dibujando sobre la calmada corriente del Hudson una ancha línea ocre: hora de volver a casa.

—Si llegamos tarde, padre se enfadará —puse en sobre aviso sentado en una piedra.

—Se va a enfadar de todos modos. Siempre encuentra una excusa. —Asentí cabizbajo—. Por eso hoy le he dado una buena razón.

—¿Qué has hecho?

—He vaciado sus latas de cerveza en el retrete.

Si un caimán hubiera emergido del río con las fauces abiertas, hubiera sentido menos pavor que al escuchar sus palabras.

—¿¡Por qué has hecho eso!?

—No lo sé. ¿Porque es un cerdo?

—¿¡Pero entrará en cólera!

—Esa es la intención.

—Vayámonos de Cold Spring —dije asustado, soltando lo primero que se me pasó por la cabeza—. No sé... Podríamos andar hasta Nueva York y acudir a un centro de acogida.

Logan me sonrió.

—¿Y dejar sola a Alison? Es demasiado pequeña, Liam. Esperaremos a que crezca y nos iremos los tres juntos. Por suerte, a ella no la odia. Pero si nos marchásemos... No quiero ni pensar qué podría hacerle.

Solíamos acercarnos a la linde del río a pescar, lanzar piedras al agua o simplemente hacer volar nuestra imaginación. En verano nos bañábamos; en invierno, como no era lo más idóneo, explorábamos, cazábamos ardillas —o más bien lo intentábamos— o jugábamos a escalar cualquier cosa, sobre todo árboles.

Planeamos irnos tantas veces... Pero siempre nos faltó el valor. Demasiado jóvenes, supongo; aún no entendíamos que nadie es propiedad de nadie.

«Haz esto o lo otro o le parto las costillas a tu hermana», decía, amenazándonos de la forma más ruin: jugando con el cariño que nos teníamos.

Mientras madre estuvo con vida lo mantuvo a raya. Fue tras su muerte cuando empezó el

martirio. Debimos acudir a alguien, ahora lo sé, pero el miedo nos anquilosó. Como ya he dicho, tardamos en comprender que no éramos la posesión de nadie.

—Cuando lleguemos ve directo a tu cuarto, ¿vale? —dijo Logan.

—Vale.

Por aquel entonces no le entendí, pero con el paso de los años llegué a hacerlo: necesitaba demostrarse a sí mismo que era capaz de plantarle cara; simplemente, se cansó de poner la otra mejilla.

Le vimos a lo lejos, esperando al lado de la puerta. Con la espalda apoyada en la pared, su mirada, aun separándonos más de cien metros, cortaba el aliento.

—Ponte a mi espalda —susurró Logan sin dejar de avanzar—. No has de temer nada. Entra en tu cuarto, enciértrate y todo irá bien.

Me coloqué como ordenó, acurrucándome a su retaguardia como un cervatillo asustado.

Temblaba. Incluso me costaba respirar.

Logan se detuvo a unos metros de la entrada.

—Hola, padre, ¿tomando el fresco? —preguntó en un tono cercano a la provocación.

—¿Quién ha tirado mis cervezas al váter? —preguntó severo, sin medias tintas—. Si vosotros no sois los artífices de semejante desfachatez, por fuerza ha de serlo vuestra hermana. —Al tiempo que hablaba se recogía las mangas de la camisa—. Y está dentro, en su cuarto. No digo más.

—He sido yo —contestó Logan sin titubear. Jamás le había visto enfrentarse así a nadie, mucho menos a nuestro padre—. El alcohol no te hace ningún bien. Cuando no bebas eres otra persona. —Tampoco le había escuchado nunca tutearle—. Al menos no la pagas con nosotros.

—Puto niño de mierda —blasfemó entre dientes—. Tenía cervezas en la despensa, imbécil. ¿Pero sabes qué?: por esta vez voy a perdonarte. Pero que no sirva de precedente, ¿eh? —Nos mandó una amplia y «reconfortante» sonrisa—. ¿Vais a entrar o qué? He puesto tres pizzas en el horno.

Nos dio la espalda, metiéndose dentro.

No tenía duda de que era un ofrecimiento trampa. ¿Hacernos pizza para cenar? Podría haberse inventado una mentira más creíble.

—Ve directo a tu cuarto, ¿de acuerdo? —insistió Logan—. Y no salgas pase lo que pase.

Entró sin decir más, consciente de que aquella noche no cenaríamos nada.

Aún no habíamos completado cinco pasos dentro de aquel «hogar» roto, cuando se nos apareció por sorpresa. «Buh —dijo bromista. Aunque a nosotros no nos hizo ninguna gracia». Tras sonreír, alzó el brazo y le cruzó la cara a Logan con tal fuerza que lo dejó sin conocimiento. Yo corrí hacia mi cuarto. Dejé a mi hermano tirado en el suelo, atrás, solo ante el peligro.

Entré jadeante. Cerré la puerta dispuesto a atrancarla con cualquier cosa, pero enseguida escuché la voz de Alison al otro lado: «Ábreme, Liam».

La dejé pasar.

—Padre está muy enfadado. Ha estado gritando y diciendo palabrotas, rompiendo cosas...

La abracé.

—Quédate conmigo, te protegeré —susurré mientras le acariciaba el pelo. Mis palabras no eran más que mentiras piadosas; no podía defenderla de aquella bestia.

Pasados unos segundos advertí algo que me turbó: silencio. En la casa imperaba una calma desasosegante. Pegué la oreja a la puerta mientras Alison me observaba visiblemente intranquila.

Nada. Ni un mísero murmullo.

Abrí con sumo cuidado. Con un gesto le ordené a mi hermana que no moviera un músculo.

Anduve de puntillas hacia el comedor. Recorrí el pasillo inquieto, tan silencioso como me permitieron los nervios; y lo hice acompañado por un silencio que —por una vez— no presagiaba nada bueno.

Al fin oí algo: lo que parecía cinta aislante desenrollándose.

Me restaban un par de zancadas.

Apoyé la espalda en la pared, justo al lado del marco de la puerta. No me atreví a mirar. Escuché pasos; lentos y débiles. Luego quejidos; leves, apenas perceptibles. Sin duda, estaban dentro. Me asomé lo justo. Y mi ojo derecho se abrió como un paraguas blanco y marrón. Ví a Logan amarrado con cinta americana a una silla, amordazado, aún inconsciente. La cabeza le pendía hacia delante. Aun con todo, pude verle sangre en la nariz y en la boca.

Lo apresaba desnudo.

Mi padre, dándome la espalda y muy pegado a Logan, se encendía un cigarro en apariencia tranquilo.

—Sé que estás ahí, Liam. Lo tuyo no es el sigilo, chaval —susurró tras darle una larga calada—. Si esto sale de aquí, mataré a tu hermana, ¿entiendes?

Se quitó el cigarro de la boca y lo apagó en el hombro de Logan.

Mi hermano volvió en sí.

Presente

Contemplé la casa desde el coche mientras varios recuerdos, cortos e inconexos, me visitaban como destellos en un cielo negro.

«Lo único salvable fueron ellos: madre, Logan y Alison. —pensé sintiendo una gran tristeza.»

La chimenea de ladrillos anaranjados seguía trepando por el lateral de la vivienda, aunque ahora la adornaba una larga enredadera. El vallado trasero no se había movido un solo milímetro. Las ventanas seguían otorgándole un aura siniestra, como ojos acechantes. Todo seguía igual y todo estaba diferente; las paredes parecían haber recibido una lluvia de barro y las vallas la visita de una colonia de termitas.

Dispuesto a bajar del coche vi a un chico haciendo footing por la cuneta.

—Perdona —dije en alto, sacando la cabeza por la ventanilla. El joven se detuvo para atenderme—. ¿Sabes si en esta casa vive un hombre de unos sesenta años?

—Sí: Bernard Jones. A veces lo veo sentado en el porche.

—Gracias. Buen día.

El muchacho continuó haciendo deporte mientras mis tripas se retorcían.

Me apeé del Mustang.

Mientras andaba hacia la puerta lo imaginé esperándome con una cerveza en la mano —no sé cómo se las apañaba, pero siempre llevaba una encima—, mirándome con esos ojos que, aun habiendo pasado más de dos décadas, todavía me provocaban escalofríos.

Recordaba poco de aquellos traumáticos años. De por sí, olvidamos parte de nuestra niñez, pero yo dejé demasiadas cosas por el camino. No solo borré parte del maltrato, sino lo que viví junto a mi madre y hermanos. Pero ahora estaba dispuesto a echar la vista atrás. El «hijo prodigo» volvía a casa.

Llamé al timbre. Al otro lado de la madera se escucharon unos pasos tranquilos. La puerta se

abrió chirriando como un gorrino afónico en día de matanza.

Y allí estaba él, más viejo, pero igual de aterrador.

Des - conocidos

Me miró y en sus ojos no vi la rabia de antaño, sino temor. Lo hizo durante unos segundos en los que yo me limité a esperar; le di tiempo para que adivinara a quién tenía delante. Con la espalda corva —parecía haber menguado medio palmo—, el pelo más blanco y la piel arrugada y flácida, me observó sin prisa pero sin pausa. Su ropa, desteñida, lucía tonos oscuros: pantalón de pinzas negro, camisa gris y un jersey de lana también de color plomizo, además de unas gastadas zapatillas de ir por casa.

«El alcohol no perdona, ¿eh, padre? Te ha mustiado sin clemencia.»

—¿Has venido a matarme? —preguntó con voz rasgada.

Por primera vez en mi vida le vi realmente asustado.

—En principio no —contesté mirándole fijamente a los ojos—. ¿Guardas las cosas de mamá?

No me apetecía andarme con rodeos.

—Están en mi cuarto, en el armario caoba.

Le eché a un lado de un empujón; entré sin pedir permiso.

Verle marchito y débil no me produjo ninguna pena. De haberle dado un ataque al corazón me habría demorado lo suficiente en llamar a emergencias como para que llegasen «demasiado tarde».

Había imaginado aquel reencuentro mil veces, y en todas se producía de forma violenta. En cambio, allí estaba Liam Jones andando hacia la habitación de sus padres. Quién se lo hubiera dicho un par de días antes. Además, aquel viejo que andaba con dificultad a mi espalda, ya no podía ser violento ni causarle daño físico a nadie.

Estuve concienciándome durante años. Aun así, se me pasó por la cabeza encerrarme allí con él y ajustar cuentas, con calma y sin clemencia. Me imaginé amarrándolo a una silla con cinta americana, amordazándolo, meándolo sobre su escuálida cara, soltándole un par de hostias y unas cuantas patadas. Pero de hacerlo estaría rebajándome a su altura, y yo no era como mi padre. Le odiaba, y ese rencor era lo único que iba a recibir de su hijo.

Al adentrarme por el pasillo sentí un alivio inconmensurable, como si el abismo se cerrara ante mis ojos.

«Tendría que haber vuelto antes.»

—Ya no bebo, hijo —escuché a mi espalda justo cuando pasaba ante la puerta del comedor, miraba dentro y los recuerdos —una vez más— se colaban en mi mente—. Llevo más de seis años sobrio.

«Y a mí qué coño me importa.»

Me di la vuelta con cara de pocos amigos.

—Enhorabuena, maltratador —dije sarcástico—. ¿Has avisado ya a los del Premio Nobel de la Paz? Y deja de llamarme hijo si no quieres que te cruce la cara.

Agachó la cabeza consciente de que no obtendría mi perdón, por mucho que hubiera «enderezado» su vida.

«Eres una maldita mierda»: las dos últimas palabras que le escuché decirme.

Seguí hasta su cuarto ignorándole por completo. Fui directo al armario donde, según él, guardaba lo poco que nos quedaba de su difunta esposa. Al abrirlo encontré varias cajas, además de algún vestido que no recordaba haberle visto nunca puesto a mi madre.

—¿Hay álbumes?

—Sí, todos los que tenía —contestó desde el pasillo, guardando las distancias—. Cinco. En la caja azul, la que tienes a la derecha.

La detecté enseguida, y la abrí para confirmar lo que aseguraba. Y en efecto, en su interior hallé cinco álbumes fotográficos: dos con las tapas de piel en tonalidades granate, uno de plástico, otro azul de cartón y un último muy austero, de cartulinas cosidas. No recordaba haberlos visto en la vida.

—Perfecto —me dije en un susurro.

—¿Qué pretendes, Liam?

—No te importa, maltratador.

Resultaba claro que aquel hombre no era capaz de matar a nadie. Si le costaba mantenerse erguido, no digamos secuestrar, torturar y arrojar a alguien a un sucio callejón. No, no era nuestro hombre.

Con la caja entre las manos pasé ante su cara arrugada dispuesto a marcharme sin despedirme, pero me agarró del brazo.

—Siento lo que os hice —musitó cariacontecido, sin soltarme—. No hay un solo día que no lamente todo aquello. Si pudiera volver atrás... Eras un niño difícil, sí..., pero no actué como se espera de un padre.

«¿Un niño difícil?»

Sacudí el brazo con vehemencia; me deshice de su agarre apretando los dientes, mirándole como un rottweiler a un pedazo de carne sanguinolenta.

—Pretendía largarme sin despotricar sobre los años que pasamos al cobijo de tus vejaciones, pero no has sido capaz de dejarme marchar en paz. ¿Un niño difícil, dices? No, no lo fui. Solo uno que sufría maltratos y que no se sentía querido, sino un estorbo. Eres el único causante de que no haya tenido una infancia feliz, de que echar la vista atrás me duela como una puñalada trapera. Te deseo una muerte agónica y en soledad, «padre». Y tienes suerte, te lo aseguro; suerte de que no sea como tú. —Las tres últimas palabras las pronuncié con un asco sin igual.

Le escupí a la cara y no hizo absolutamente nada, ni siquiera limpiarse. La saliva le resbaló casi tanto como a mí sus palabras, esos «avances» de los que se vanagloriaba.

Salí de aquel «hogar» que no me traía más que malos recuerdos.

Entré en el coche, dejé la caja sobre el asiento, encima de la capucha de un solo agujero y me derrumbé sobre el volante. Lloré como el niño que fui, sintiendo una dejadez extrema, el abandono y el dolor que mi propio padre me suministró durante años; pena que solo mi mujer, acompañada por mi hija, supieron aliviar.

Pero tras la purgación, tras el llanto, llegó la paz; una sensación de calma inmensa.

En el mismo coche ojeé las primeras páginas de uno de los álbumes con las tapas de piel. Viendo aquellas instantáneas advertí que había olvidado demasiadas partes buenas de mi infancia. En esas encuadernaciones no encontré más que bonitos recuerdos. Cuando ella falleció se llevó consigo todo lo bueno, y allí estaban las pruebas, el único testimonio. La gran mayoría —al menos en aquel primer álbum— estaban tomadas en la parte trasera de la casa, en el jardín que ella adornaba con flores y árboles frutales. En las imágenes descubrí muchas sonrisas, tanto mías como de Logan y Alison, pero a ningún zorro.

Miré mi reloj de pulsera: la una y veinte. No tenía demasiada hambre, pero decidí continuar la investigación en una cafetería.

Me sentía bien. Llevaba años sin percibirme tan ligero; y es que me había quitado un gran peso

de encima. Seguía soportando ese incesante cansancio, ese sueño que parecía inagotable y que no me dejaba despegar del todo, sentirme pleno tras haber superado uno de los mayores escollos de mi existencia: volver al lugar donde sufrí maltratos, donde se me denigró tanto física como psicológicamente. Si en aquel preciso instante hubieran resucitado mi mujer e hija, el mundo se hubiera convertido en —citando al detective Somerset—: «Un buen lugar por el que vale la pena luchar». Gozaba de un humor —tratándose de mí— por encima de la media. Y lo notaba. Cuando se vive entre tinieblas, se advierte mejor la luz.

Me detuve en la primera cafetería que encontré. En su fachada, además de una gran cristalera que permitía observar su interior —agradable a la vista—, ondeaba la bandera americana. De pronto, aquel pueblo no parecía tan amenazante.

Entré con los álbumes bajo el brazo. Más que un detective parecía un repartidor. Los dejé sobre una mesa y me senté. Enseguida se acercó la camarera, una señora con el pelo blanco como una nevada invernal.

—¿Qué desea, caballero? —preguntó con un bloc y un bolígrafo en las manos.

—Un buen trozo de su mejor tarta y un café con coñac, por favor.

Lo apuntó y tras formular en alto un «marchando una de queso y un café», anduvo hasta meterse detrás de la barra. Yo, mientras tanto, proseguí revisando las fotografías.

«Si encuentro algo en estos álbumes —cavilé mientras abría el segundo con las tapas de piel—, significará que estoy donde el asesino quiere que esté. Dedujo que regresaría a mi antigua casa y que buscaría en los álbumes. Ha de ser alguien que conozco y mucho. Pero he olvidado a tanta gente...»

La clientela, al igual que yo, disfrutaba de unos instantes de distensión: en una mesa, un señor barbudo leía el periódico mientras sorbía lo que asemejaba una infusión; en otra, dos chicas sonreían mientras miraban sus móviles; en la más alejada, una pareja se hacía arrumacos. Un ambiente jovial, acorde con la inusitada e inesperada concordia que existía entre Liam Jones y Cold Spring.

El segundo álbum empezaba con unas fotos dentro de la casa. En todas aparecíamos mis hermanos y yo, y en ninguna nuestro padre. De vez en cuando aparecía ella, pero entonces faltaba uno de nosotros.

«Ese cerdo no tenía tiempo para nadie, solo para él y sus putas cervezas.

»«Ya no bebo, hijo. Llevo más de seis años sobrio». —Recordé sus viejos labios pronunciando cada palabra; boca que durante mi niñez mintió más que habló—. Me importa un bledo lo que hagas ahora, padre; lo que te reprocho sucedió hace mucho tiempo.»

La camarera me sirvió la tarta y el café mientras yo seguía pasando las páginas sin dejar de sonreír, inmerso en un pasado olvidado, en buenos momentos; instantes que en realidad fueron los menos, pero que evocarlos me sentaba de maravilla.

Fue degustando la deliciosa tarta de queso, durante la inspección del cuarto álbum, el azul de cartón, cuando me vi riendo como un zorro.

«Claro: una fiesta de disfraces —pensé mientras observaba una instantánea en la que un joven Liam Jones aparecía caracterizado de El Zorro. Junto a mi persona, un variopinto número de niños también disfrazados: fantasmas, payasos, brujas, vikingos, vaqueros..., y una mujer de unos treinta años: mi maestra por aquel entonces, supuse—. El asesino ha de tener esta misma foto, y saber que mi padre aún la conservaba.»

«Muy extraño.»

Me sentí observado.

«¿Logan?». No quería creerlo, pero tampoco descartar ninguna posibilidad, y mi hermano se perfilaba como un más que posible sospechoso.

El antifaz, el gorro..., no resultaba fácil distinguirme entre aquel acervo de disfraces —y con casi treinta años menos—, pero debajo de la fotografía podía leerse: «Liam disfrazado de El Zorro».

«Gracias, mamá. Gracias por querernos.»

Parecía tomada en un pasillo. Podía verse la pared del fondo, blanca y lisa, y el suelo grisáceo, y también parte de una ventana.

Llamé a la camarera. Se acercó diligente.

—Dígame, caballero, ¿más tarta?

—No, gracias, aunque estaba deliciosa. —Cogí el álbum y se lo acerqué. Aquella mujer rondaba los sesenta años; nadie mejor para indicarme dónde se había tomado la fotografía en cuestión: según el asesino, donde residía la verdad—. ¿Sabe en qué lugar se hizo esta foto? — Señalé la instantánea con el dedo índice.

Se frotó el mentón, pensativa.

—¿De qué año estamos hablando?

—Sobre 1980.

—Juraría que es la antigua escuela. Reconozco a algunos de esos niños. Muchos aún vienen aquí a tomar café. ¿Sale usted en ella?

—El mismísimo Zorro.

Sonrió.

—No puedo creerlo —musitó achinando los ojos—, ¿el joven Liam Jones? ¿No te acuerdas de mí, muchacho? Aunque, claro..., han pasado muchos años.

—Tuve un accidente y perdí parte de mi memoria. —Mentí.

—Vaya, lo siento. Pues venías a esta misma cafetería con tu madre y tu hermano, del que no recuerdo el nombre, y tu hermana..., ¿Melisa? Y sí, ahora que te miro mejor, tampoco has cambiado tanto.

—Logan y Alison.

—Eso: Logan, Alison y Liam. Tengo buena memoria, pero la edad no perdona.

Aquel inesperado «reencuentro» me insufló de buenas vibraciones. Estar ante una mujer que conoció a mi madre, que nos atendió hacía tanto tiempo... Curioso. Muy curioso.

«A veces la vida nos depara agradables sorpresas.»

—¿Y dónde está la escuela que me comenta, señora? —pregunté cambiando de tema; al que — por mucho que el regreso me estuviera sentando de lujo— me había arrastrado a Cold Spring.

—La escuela se quemó parcialmente poco después de que se tomara la instantánea. Ahora mismo no recuerdo el año exacto. Aún sigue en pie, pero está bastante dañada. La actual no está lejos de aquí, por si le interesa acercarse.

—No, necesito ir a la antigua.

—La encontrarás a la salida del pueblo, al final de la avenida Morris. No hay pérdida.

«Cerca de mi antigua casa.»

—Muchas gracias...

—Astrid. —Se señaló un distintivo que llevaba enganchado en la camisa, y que yo había pasado por alto.

—Gracias, Astrid —dije levantándome de la mesa—. Ha sido bonito encontrarme con una conocida, aunque no te recuerde. —Le sonreí.

—Para mí también ha sido agradable, Liam. Espero que volvamos a vernos.

Dejé caer sobre la mesa un billete de veinte dólares, remunerando así el tentempié y las indicaciones.

—Oh, muy generoso.

—Hasta otra, Astrid.

«Volveremos a vernos.»

Salí. Alcé la vista al cielo. El sol brillaba con fuerza.

«El clima idóneo para seguir trabajando.»

Subí a mi Mustang y deshice el camino recorrido. Según Astrid, no demasiado lejos de mi antiguo «hogar» hallaría mi antigua escuela, el lugar donde según el asesino me esperaban indicios que debían ayudarme a evitar nuestra futura cita mortal. Y ya que me venía de paso — aunque no me apeteciera un ápice—, podría aprovechar para hacerle un par de preguntas al viejo.

De vuelta al cole

«Más de veinte años sin hablar con él y en un mismo día lo haré dos veces —cavilé ante la puerta.»

Llamé. Volví a escuchar sus pesarosos pasos al otro lado.

—¿Has vuelto a ver a Logan? —le pregunté cuando aún no había abierto del todo—. Necesito saber si te ha visitado alguien de forma..., digamos, extraña, si te ha sucedido algo anómalo últimamente.

—¿Y puedo saber a qué se deben tantas preguntas?

—No.

Tras mi tajante respuesta me invadió una sensación agri dulce. Disfrutaba tratándole como al desgraciado que era, pero estaba allí con un fin concreto y no era el de fastidiarle. Por mucho que le odiara, debía contarle el porqué de mis «visitas».

—Un asesino pretende matarme —aclaré sin más dilación—, y las pistas me han conducido hasta aquí. Uno de los álbumes contenía una fotografía que el asesino quería que viese. Y la verdad, todo me huele a chamusquina. ¿Quién sabía que existía ese álbum, que lo encontraría en Cold Spring? ¿Entiendes?

—Primero os fuisteis Logan y tú, y años más tarde Alison. Y hasta hoy no he sabido nada de mis tres hijos. —Se quedó unos segundos pensativo—. Hace cosa de un mes forzaron la puerta: es todo lo chocante que me ha pasado. Y digo chocante porque ni me enteré ni robaron nada.

«Puede que en vez de sustraer, dejaran.»

Di media vuelta y anduve hacia mi Mustang. Le di la espalda como si fuera un perro recién abandonado y yo su desalmado dueño.

Siguiente parada: el colegio donde reí como un zorro.

Como dijo Astrid, no tenía pérdida. Podía divisarse desde la misma carretera, pero se accedía por un camino de tierra.

«Voy a dejar el Mustang hecho unos zorros.»

La cercaba un muro bajo rematado por una malla verde. Desde la puerta doble de metal que la presidía —cerrada con un grueso candado— no podían apreciarse los efectos de las llamas. No recordaba nada de un incendio, y eso que ocurrió cuando un joven Liam Jones aprendía en sus aulas. Dentro, en el patio exterior donde antaño jugaron los niños a la hora del recreo —yo mismo—, la vegetación campaba a sus anchas. La desatención reinaba; mejor que nadie, sabía el daño que provocaba el abandono.

Extraje la foto del álbum para contrastar que se hubiera tomado dentro del colegio. La guardé en el bolsillo interno de mi americana y salí del coche.

Busqué un punto por el que colarme. Anduve pegado al muro hasta encontrar un tramo de malla doblado.

«Este lugar debe atraer a muchos jóvenes —cavilé mientras trepaba como un perezoso. Como a todos, la edad no me perdonaba, y en mi caso, había que sumarle ese jodido cansancio que me acompañaba a todas partes—. Sin duda aporta intimidad; buen lugar donde hacer botellón y zumbarte a tu novia.»

Bajé de un salto. A punto estuve de caerme de morros.

«Joder, Liam, estás más quemado que los ceniceros del Challenger.»

Anduve entre la maleza hasta situarme en el centro del patio. Desde allí sí pude apreciar los vestigios del fuego; huellas negras en las ventanas que aparentaban rímel corrido en unos ojos dejados de la mano de Dios.

Entrar no resultaría complicado; la mayor parte de las ventanas estaban abiertas o tenían los cristales rotos. Los daños externos no presagiaban un gran incendio, pero a veces es mejor abandonar lo malogrado y empezar de cero; también en eso era todo un experto.

El edificio era muy básico: un alargado cubo de hormigón con grandes ventanales recorriéndolo en horizontal y un acceso en su centro a forma de porche, compuesto de una puerta doble de color azul custodiada por dos columnas. Si no tuviese aquella entrada, cualquiera podría haber pensado que estaba dentro del pabellón de un centro penitenciario.

Me metí por una de las tantas aberturas que adornaban la fachada, por la inmediata a la puerta de entrada. La ventana, sin hojas y con evidentes signos de haber sido pasto de las llamas, se encontraba a más de metro y medio de altura, así que tuve que «trepar» como un allanador de moradas. Una vez dentro, lo primero que encontré fue una pared negra. Aunque a mi espalda entraba luz, en el interior de la escuela predominaban las sombras. Por suerte, a los pocos segundos mis ojos se adaptaron, permitiéndome distinguir entre la penumbra: me encontraba en un cuarto estrecho, de no más de diez metros cuadrados.

«¿Un pequeño despacho? ¿Tal vez el cuarto de las ratas?»

De pronto, un recuerdo irrumpió en mi mente. Escuché la voz de una mujer, de la maestra que me impartió clases en ese mismo lugar: «¡Pórtate bien, Liam, o te mando al cuarto de las ratas!».

Tras aquella repentina evocación me sentí extraño.

«¿Cómo puedo recordar una voz y no el rostro de quien la emitía? ¿Y cómo, entonces, sé que fue mi antigua maestra quien pronunció dichas palabras?»

»Cold Spring, sin duda estimulas mi memoria.»

Me quedé unos segundos pensativo, pero no podía permitirme el lujo de perder más tiempo ahondando en el pasado.

Mirara donde mirara, todo se hallaba carbonizado; logré diferenciar únicamente lo que parecían las patas de un pupitre. Nada. Objetos quemados imposibles de identificar.

Salí de aquel cuarto angosto que no aportaba nada a la investigación, encontrándome en un largo y ancho pasillo. «¿Cómo es posible que no recuerde nada de esto?». A mi derecha, la puerta de entrada; a mi izquierda, un corredor con puertas a ambos lados. Catorce aulas: siete enfrente de otras siete.

Una botella de whisky entre la suciedad confirmó mis primeras sospechas. «Menudas juergas se han montado aquí.»

El sol no iluminaba tanto como en las aulas, pero alcanzaba para teñir el corredor de un tenue beige y distinguir las cosas con claridad. Vi cascotes de yeso desprendidos por el suelo, cables, pedazos de tela y de lo que fueron cuadros o fotos enmarcadas, ahora sustituidas por grafitis nada artísticos. En definitiva: de noche, el lugar idóneo para grabar una película de terror.

No había que ser bombero para entender lo que había sucedido allí. Cada puerta —agujero de entrada, más bien— se encontraba forrado por las características marcas del fuego. Pero cada una, desde mi posición hasta el final del pasillo, menguaba en intensidad. Las tres últimas ni siquiera parecían haber ardido.

Las dos primeras salas se encontraban bastante quemadas, al igual que las dos siguientes. En cambio, la quinta y la sexta se conservaban más enteras. Al asomarme en la que quedaba a mi izquierda, ante un grupo de pupitres rotos y oxidados, vi, en la pizarra, un mensaje escrito con

tiza: «Me privaste de demasiado tiempo, Liam Jones».

«He de avisar a la policía científica —cavilé mientras le echaba una foto con el móvil a la grafía.»

«¿Estamos ante un delincuente al que trinqué? Pero..., de ser así, ¿cómo sabe tanto de mí? ¿Ha estado figoneando en mi vida? Hoy en día, usando internet no es tan difícil. Y tuve un cargo público, además.»

Pasé a la siguiente aula. Y de nuevo, un escrito en la pizarra: «Solo cuando sepas quién soy, darás conmigo».

«Menuda obviedad.»

Volví a immortalizar su mensaje, y aunque a esas alturas resultara ya innecesario, comparé las paredes de la fotografía hallada en el álbum de mi difunta madre con las de la sala en la que estaba, con el marco de una ventana que también se apreciaba tras los niños que posaban disfrazados junto a mí, confirmando lo obvio: en una de esas aulas reí como un zorro.

Las clases posteriores no exhibían las secuelas del incendio. Por lo visto, el siniestro se inició en el centro y arrasó el edificio en dirección a la puerta. «¿Qué ocasionaría el fuego?». Lo que sí presentaban las aulas era dos recados más, también apuntados sobre piedra oscura: «Liam Jones me ha convertido en lo que soy, y solo Liam Jones puede desenmascaramme» y «Esta misma noche arrojaré la otra mitad donde podáis encontrarla».

«¿A qué mitad se refiere? ¿Las partes que le arrancó al primer cadáver?»

Lo fotografié todo.

En las posteriores salas no descubrí nada anómalo. En cambio, al final del pasillo, rasgada en la pared, detecté una flecha que señalaba hacia arriba o, en todo caso, a la parte trasera de la escuela. Alcé la vista para revisar el techo del pasillo: no vi más que yeso.

«¿Habrá sido el asesino o los mismos que han grafiteado los muros? He de averiguarlo.»

Deshice el camino recorrido. Una vez fuera, rodeé el edificio hasta colocarme al otro lado del muro en el que descubrí la señal. No vi nada extraño, solo un pedazo de terreno; simple y llanamente, la parte trasera de una escuela de pueblo.

Anduve escudriñándolo todo, olisqueando como un sabueso tras un rastro.

«No puedo irme sin subir al tejado.»

Como el mejor ladrón, busqué cómo alcanzarlo. En una esquina del edificio discerní un canalón contiguo a una de las ventanas. Me acerqué, agarré el conducto y lo zarandé.

«Parece resistente. Una de dos: o aguanta y subo, o me doy la hostia de mi vida.»

Apoyé mi pierna derecha en la ventana y la izquierda en las sujeciones que ceñían el canalón a la pared. Por suerte, la edificación no era demasiado alta. Aun así, una mala caída cerca de la «cima» me enviaría sin duda al hospital, y con un poco de «suerte», al cementerio.

Apreté los dientes, tensé los músculos y ascendí como el peor de los alpinistas. Tras varios resbalones angustiosos mi mano derecha hizo cumbre. Ya arriba, resoplando como un mulo tozudo, miré alrededor: una plana superficie grisácea. Busqué el lugar donde —supuestamente— señalaba la flecha. El pulso se me aceleró al identificar lo que parecía una gran bolsa de deporte negra.

«Mierda.»

Desenfundé mi arma en un acto reflejo. Anduve hacia aquella especie de macuto que contrastaba entre el gris. Estaba sudando como un cerdo. Nada, nunca, me había dado tan mala espina; mal augurio que se incrementó cuando vi moscas zumbando alrededor, cuando un tufo insoportable se coló por mis fosas nasales.

Cada paso dado parecía darle cuerda a mi corazón. Escuchaba sus latidos como si el más

poderoso de mis órganos bombeaba pegado a mi oreja: «Bum-bum, bum-bum, bum-bum...».

Me detuve justo cuando la punta de mi zapato izquierdo tocaba el tejido negro. Le propiné una sutil patada por si guardaba algo vivo dentro. No obtuve respuesta.

Me sequé el sudor de la frente con el dorso de la mano que empuñaba el arma. Una gota cayó sobre la bolsa.

«Has de hacerlo, Liam. Si vuelas por los aires el mundo tampoco perderá demasiado.»

Inspiré profundo.

Espiré mientras me agachaba lentamente.

Abrí la cremallera mientras soportaba un olor nauseabundo.

Separé la tela y miré adentro; y lo que vi y olí me tiró de espaldas.

«Esta misma noche arrojaré la otra mitad donde podáis encontrarla.»

Apenas ojeé el contenido un mísero segundo, pero resultó más que suficiente.

Una niña.

La mitad de una pobre niña.

Hombre de color

Cogí el móvil y marqué el número de Oliver. Lo hice apartado de la bolsa, sentado en el borde del tejado, de espaldas al cadáver y de cara a la carretera, observando pasar los coches mientras mis piernas colgaban en el «vacío».

—Menuda casualidad: nos pillas en el ascensor de tu bloque de pisos —explicó nada más descolgar—. Pretendemos hablar con los vecinos del fiambre y tomarle declaración a la viuda.

—Me temo que eso tendrá que esperar.

Mi voz sonó cansada, lenta.

—¿Has dado con algo importante?

—Con demasiadas cosas, Oliver. Tengo pistas, pero también el cadáver de una niña en el interior de una bolsa de deporte.

—¿Qué?

—Bueno, solo medio.

—¿Medio qué? ¿Estás en Cold Spring?

—Sí, en el tejado de mi vieja escuela.

—¿En el tejado?

—Es una larga historia. Cuando llegues te la cuento de cabo a rabo, ¿vale?

—De..., acuerdo, sí. —La voz de mi excompañero se entrecortaba, y no precisamente por la cobertura—. Mándame tu ubicación por e-mail. Aviso al comisario. Nosotros salimos enseguida.

—Aquí os espero.

Colgué.

Sin apenas darme cuenta, giré el cuello para mirar lo que permanecía impertérrito y siniestro a mi espalda.

«¿Qué clase de monstruo es capaz de hacerle algo así a una niña tan pequeña e indefensa?»

Oliver y Rebeca tardarían aproximadamente dos horas en llegar, y a mí no me apetecía bajar de la azotea —si lo hacía, luego tendría que volver a subir y el cuerpo me pedía a gritos un respiro—; la bolsa y el agotamiento habían apuntillado un ya de por sí ajetreado día.

«Qué poco me ha durado el buen rollo.»

Deambulé despacio por la azotea en busca de alguna pesquisa. Lo hice más por hacer tiempo que por necesidad; los miembros de la científica le darían aquella misma tarde un buen repaso. Aparte de esa bolsa que parecía acecharme, únicamente encontré cemento. Estuve más de cien minutos observando el terreno yermo que envolvía la escuela, viendo a los vehículos pasar, divisando a una bandada de estorninos que dibujaban formas en el cielo, y pensando, meditando en lo acontecido aquella jornada de investigación en Cold Spring, en su sorpresivo final: en la supuesta pista en forma de una niña fragmentada.

«No es mi culpa. No es mi culpa —me decía una y otra vez». Y aun sabiendo que era cierto, no pude evitar sentirme culpable.

Con el tiempo, mi mente transformó aquella calurosa tarde de finales de abril en un conjunto de diapositivas, en imágenes que resumían momentos: la primera, el coche de Oliver acercándose por el camino de tierra; la segunda, un agente acordonando la zona; la tercera, la llegada del equipo forense; la cuarta, el tejado atestado de agentes, trajinando de un lado para otro; la quinta, Rebeca a punto de echar su primera papilla; la sexta, Walter extrayendo una nota ensangrentada adherida a la media espalda de la niña, que, como en la pared cercana al primer cadáver, fechaba

mi muerte: «16-3-1979/16-5-2019. R.I.P., Liam Jones»; la séptima, Oliver y Rebeca inspeccionando el primero de los cuatro mensajes escritos en las pizarras: «Me privaste de demasiado tiempo, Liam Jones»; y la octava y la novena, agentes peinando la zona contigua a la escuela mientras Oliver, Rebeca y yo hablábamos fuera del cordón policial dispuestos a volver a Nueva York. Nueve diapositivas que sintetizaban una tarde de pesadilla.

—Aquí aún queda mucho por hacer —dijo Oliver cariacontecido—. A ver si hay suerte y encuentran algo útil. Si cumple con su amenaza, esta noche encontraremos la parte restante del cuerpo. La jornada aún no ha acabado. —Oliver miró la pantalla de su móvil—. Son las siete y media —dijo con la mirada puesta en mí—. Aún llegamos a tiempo para la cena. —Terminó la frase con un elegante guiño de ojo.

—Estoy para el arrastre, pero necesito enumerar las pistas, darles un sentido. Además, en el asiento del copiloto tengo una pista sorpresa. —Parpadeé mi ojo izquierdo devolviéndole el guiño.

Sonrió.

—Te espero en casa, entonces.

—Eh, eh, eh..., machotes —dijo Rebeca en un tono más que chulesco, alzando los brazos—. Esperadme para el café o tendréis que véros las conmigo. Ya os lo dije: no voy a consentir que me dejéis de lado.

—No era mi intención —dijo Oliver con cara de guasa.

Su comentario provocó que en nuestros rostros se perfilaran dos medias sonrisas. No obstante, aquellos ufanos gestos escondían una intensa amargura. Un crimen no era plato de buen gusto, pero cuando se trataba de niños resultaba indigerible.

Oliver y Rebeca entraron en su coche. El primero, a los mandos, arrancó, puso primera y pisó el acelerador. Se despidieron con un gesto al pasar por mi lado. Yo les dije «adiós», aunque no sé si pudieron escucharme.

No tardaría en volver a verlos.

Les vi alejarse, cambiar la tierra por el asfalto.

Antes de seguir sus pasos eché un último vistazo al tejado: mis excompañeros trabajaban sin tregua.

«Gracias, chicos.»

Emprendí el camino de vuelta a casa.

Esta vez, a mi verdadero hogar.

Me gustaba conducir de noche, durante las horas que preceden al amanecer, mientras el cielo está cubierto de estrellas y el sol espera su momento.

Cuando las «tinieblas» me envolvían al volante —no demasiado a menudo en los últimos tiempos—, gozaba de sus monocromáticos tonos y sus silencios, de su fluir despacio, de su negro horizonte truncado solo por los faros de otros coches. Todo acontece a otro ritmo cuando la luna vigila. Muchos aprovechan la oscuridad para dormir o refugiarse en el hogar, y el mundo es más amplio para los que no censuran sus bondades. La noche era y es la antesala de la confusión que otorga el día, y mi vida ya era bastante confusa.

«Llevo demasiado sin disfrutar de un largo y reconstituyente paseo nocturno. Este maldito cansancio...»

Y amparado por la noche, entre pensamientos, llegué a Manhattan.

Interrumpí el trayecto para echar un trago en el *Five cups*; necesitaba «doparme», levantar un

ánimo venido a menos. Pero no demoraría la parada; hacerme de esperar no entraba en mis planes. Pensé en darles un pequeño margen de tiempo a Oliver y a Jennifer para que ultimaran los preparativos de la cena, para que él se diera una ducha si lo deseaba, para que charlaran mientras preparaban la comida con una copa de vino, la besara, rieran..., lo que yo hacía con Amber no demasiado tiempo atrás.

Los buenos agentes separan el trabajo de la vida privada. Aparcan «el caso» en la puerta de entrada y no lo recogen hasta el día siguiente. Yo lo hice mientras fui detective de homicidios, y creo que Oliver también lo conseguía, al menos la mayor parte del tiempo; hay días que nada puede quitarte una imagen de la cabeza. Días como aquel.

A mí, una ducha me hubiera sentado de maravilla, pero mi piso pillaba demasiado lejos; no podía permitirme un desvío de más de una hora. Por ello, tras saludar a Peter con un escueto «hola», me fui directo al baño del *Five cups*.

Me desabroché los primeros botones de la camisa para poder olerme los sobacos. No inspiré demasiado hedor, cosa que me sorprendió. «He sudado como un puto puerco en ese jodido tejado». Aun así, humedecí un trozo de papel y me froté las axilas, refrescándome también la cara. En el espejo observé el rostro chorreante de un hombre castigado por el pasado, de un hombre que tuvo y perdió, de un hombre que vivía por inercia, de un hombre que respiraba sin más anhelo que el de ver pasar el tiempo.

Volví a fijarme en las cicatrices de mi pecho. Las contemplé absorto justo antes de hacerlas desaparecer. Me abroché la camisa y un fugaz e hiriente flashback se me coló en la cabeza mientras observaba aquellas cansadas facciones: vi carne y piel desgarradas.

«Ahora tengo un propósito: detener al asesino que ha acabado con la vida de esa pobre niña y de mi vecino, antes de que cumpla con la amenaza de llevarse la mía. Debo centrarme, enfocar toda mi atención en este asunto, mantener la mente en calma.

»Uniré el puzle —me dije mientras, esta vez, el cristal mostraba a un hombre convencido—. Esta misma noche empezaré a juntar las piezas que me has dado, asesino. Tengo lo suficiente para empezar, para darles a Oliver y a Rebeca un hilo del que tirar.»

Salí de los servicios.

—Un whisky doble, Peter —pedí mientras me sentaba en un taburete.

—Marchando. —Peter colocó el vaso sobre la madera oscura y le abocó el alcohol. Estuvo generoso—. ¿Un día duro, Liam?

—Ni te lo imaginas —dije mientras me bebía el licor de dos lingotazos. Con un gesto le indiqué que me sirviera otro—. Creo que si te lo contara no me creerías.

—Puedes intentarlo. No creo que haya sido peor que el mío. Seguro que no es para tanto.

Sonrió de medio lado.

«¿Qué sabrás tú, soplapollas?»

Le miré a los ojos mientras vertía whisky en el vaso por segunda vez. Estaba harto de las personas que se creían con potestad para decirle a uno cómo debía sentirse, qué le pasaba por la cabeza o cómo de jodido había sido su día.

—He tenido que volver a mi antigua casa en Cold Spring —expliqué malhumorado—, donde me he encontrado con mi padre, quien me maltrató durante más de ocho insufribles años. ¿Por qué has vuelto?, te preguntarás: porque las pistas dejadas por un asesino conducían al lugar en el que pasé mi «dulce» infancia. Por cierto: ese asesino, además, pretende matarme, e incluso ha fechado el día de mi muerte. —Peter me miraba como si estuviera ante el mismísimo Demonio—. Y la guindilla de la jornada, por si recordar maltratos y volver donde se produjeron no fuera

suficiente, el homicida ha guiado mis pasos hasta el cadáver de una niña. Ahora bien. ¿Te parece un día lo suficientemente malo, Peter, o el tuyo ha sido peor?

Me bebí la copa de un trago, dejé un billete de diez sobre la barra y me largué tras un escueto «adiós». Peter, petrificado y con la boca entreabierta, no pudo ni despedirse.

«Has de controlar el mal genio, joder —me dije ya en la calle, arrepentido—. Ese chico no tiene la culpa de que tu vida se esté yendo a la mierda.»

Oliver

—Entonces..., ¿hoy Liam ha tenido un mal día? —me preguntó Jennifer mientras colocaba el pollo en el horno—. ¿Cuánto llevabas sin verle? ¿Cinco meses?

—Desde que dejó el cuerpo. Debí llamarle, pero... —Me encogí de hombros—. No me vi con fuerzas, la verdad.

—Bueno, se largó sin más, sin ni siquiera despedirse.

—Ya. Pero yo soy de los pocos, quizá el único aparte de sus hermanos, que conoce lo mal que lo ha pasado en esta vida. Luego, el accidente de Amber y Dalia resultó la gota que colmó el vaso.

Jennifer se movía por la cocina como pez en el agua. Le gustaba el arte culinario tanto o más que a mí; incluso teníamos que pedir vez para colocarnos ante los «fogones».

Saqué una cerveza de la nevera. Al salir de la ducha encontré al amor de mi vida con una copa de vino, así que decidí acompañarla.

—¿Y vas a contarme esa historia?

—¿Qué historia?

—Los motivos por los que actuó como lo hizo.

—¿El porqué de su descenso al infierno?

—Sí.

—Supongo que es mejor que sepas a qué atenerte. Sus cambios de humor son míticos. —Sonreí—. Pero a cambio de su historia, quiero un beso.

—Eso está hecho, bombón.

Se acercó, metiéndome la lengua en la boca.

—Umm... Crees que nos daría tiempo a... —alcé las cejas libidinoso.

—Propuesta denegada, detective. No vaya a ser que se presente en plena faena y nos toque quedarnos a medias. Quizá antes de acostarnos... —Me guiñó el ojo.

—Conociéndole, habrá parado a echar un trago en el *Five cups*. Le encanta ese sitio, y la verdad es que no entiendo muy bien por qué.

—Entonces, ¿sigue bebiendo?

—Menos. Eso seguro. Estos días le he visto más centrado.

—No nos desviemos del tema, amor. Cuéntame qué le hizo ser como es. Aparte de la pérdida de su familia, claro, que de por sí ya es motivo más que suficiente para que un hombre se venga abajo. Esas cosas marcan. ¿Porque hay más, no?

—Sí, hay mucho más.

Ella bebió de su copa de vino; yo, de mi botellín de cerveza.

—Te escucho.

—Ahora mismo viene, venimos, de Cold Spring, lugar donde sufrió terribles maltratos por parte de su padre. Por lo visto, tras la muerte de su madre, este les propinaba palizas casi a diario,

llegando a atar a su hermano a una silla para quemarle con un cigarro. —Los ojos de mi esposa se empañaron en un segundo. Lo vi en su mirada. La vi reproduciéndolo en su mente, imaginando a niños sufriendo la ira de su propio padre. Sin duda se imaginó a ella misma de pequeña sufriendo esos maltratos.

»Por fortuna, recuerda poco de todo aquello. Algún tipo de trastorno ha borrado parte de ese traumático pasado; una suerte para él; una desgracia para la investigación. —Me detuve para beber cerveza. Jennifer hizo lo propio con su vino.

»Con catorce años, creo, junto con su hermano Logan, reunió las fuerzas para irse de casa y empezar de cero. Estuvo unos años viviendo con un amigo de su hermano, hasta que cumplió la mayoría de edad y se independizó. Trabajó en unos grandes almacenes y por las noches se preparaba para entrar en el cuerpo. Aprobó los exámenes de acceso con las mejores notas de su promoción, ascendiendo rápidamente hasta convertirse en detective de homicidios; en el mejor que he conocido, a decir verdad. Luego encontró el amor con Amber, tuvieron a Dalia y..., cuando el trauma parecía superado llegó el accidente. No soy capaz de imaginar cómo tiene que sentirse un marido que ha perdido, de la noche a la mañana y de una forma tan brutal, al amor de su vida, un padre que conoce el tormento que padeció su hija antes de morir. Y hoy, para colmo, ha encontrado el cadáver de una niña dentro de una bolsa de deporte. —Omití que se trataba de la mitad del cuerpo.

Jennifer resolló tras escuchar aquel cúmulo de desgracias aunadas en un mismo ser.

—No me extraña que se encontrara tan perdido y se refugiara en el alcohol, que no tuviera fuerzas para seguir ejerciendo como detective; no hablamos de un trabajo cualquiera, precisamente. Debió sentirse muy desamparado, una persona olvidada de Dios. Amber era una mujer excepcional, una buena amiga, y Dalia era una niña buena y preciosa. Fue una verdadera tragedia.

Su rostro manifestó lo mismo que sus palabras: empatía.

—No eligió el mejor camino, eso seguro, pero es el que decidió recorrer. Intentamos que asistiera a terapia y que dejara el alcohol, pero solo conseguimos insultos por su parte. Eso sí: si yo me pongo en su lugar, no sé cómo hubiera reaccionado. Quizá del mismo modo.

»Y ahora hemos vuelto a reunirnos, a cooperar como antaño, y me alegro; nunca pretendí dejarle atrás.

—Lo sé, amor. No fue fácil para nadie. Le protegiste, pagando incluso por sus errores. Luego se fue y, ya sabes, a veces las personas se distancian sin saber muy bien por qué.

—Fue duro, sí. Pero por suerte, le he visto cambiado, más entero; y eso que de la noche a la mañana se ha visto envuelto en un caso de asesinato.

—Puede que ese sea el motivo: echaba en falta sentirse parte de algo.

—Sí. Supongo que tener un propósito sirve para evadir problemas. En fin. No creo que tarde demasiado. Y mientras tanto, ¿por qué no bailamos al son de la nada?

—¿Bailar? En el instituto me llamaban Ginger Rogers, deberías saberlo.

—Y lo sé. Y tú deberías saber que a mí me llamaban Fred Astaire.

La atraje tirando de su mano entretanto ella sonreía picarona.

Y bailamos en medio de la cocina, sin más música que la del horno asando un pollo.

—Que no nos amarguen las penas de otros —le susurré al oído—. Que cada cual lidie con sus propios demonios. Nosotros solo podemos tenderle la mano, nada más.

»¿Sabes que te amo con toda mi alma?

—Lo sé. ¿Y sabes tú que eres lo más importante que tengo?

Liam

Llamé al interfono.

—¿Sí?

—Soy yo, Liam.

Oliver me abrió.

Subí las escaleras algo nervioso. Llevaba tanto sin estar con ellos... Aun así, me sentía feliz por el reencuentro, por, después de mucho, pasar unas horas en buena compañía.

Mi excompañero esperaba en la puerta.

Nos dimos la mano.

—Vamos a la cocina, Jennifer está acabando de preparar la cena. —Se acercó, susurrándome al oído: «Omitamos detalles escabrosos. Es más, no hables del caso si yo no saco el tema, ¿de acuerdo?».

—No tenía ninguna intención. Aunque esta noche vayamos a hacer una excepción, sabes de sobra que los temas del trabajo han de quedarse abajo, en la puerta de entrada.

—Lo sé. Por eso ahora nos tomaremos unas cervezas y hablaremos de trivialidades.

—Perfecto —musité a su espalda, andando por el pasillo que daba a la cocina. Yo, más que andar arrastraba los pies sobre el parqué—. Me apetece una birra bien fresca.

—He comprado la marca que te gusta.

—Pues muchas gracias, hombre. Se agradece el detalle.

Me sentía a gusto. No es que hubiera estado demasiadas veces en aquel piso, pero las que estuve —con Amber y Dalia, además— se me trató como a uno más de la familia.

El pasado embadurnaba cada esquina de aquellas paredes, y por un instante creí ser otro hombre: su compañero, el padre de una niña preciosa y el marido de una mujer única.

«Nada de eso volverá. Tampoco quien ellas me hicieron ser.»

—Hola, Liam —saludó Jennifer efusiva cuando entramos en la cocina—. Cuánto tiempo. ¿Cómo te va la vida?

—Bien. Manteniéndome ocupado.

Oliver fue directo al refrigerador y sacó dos cervezas; una para él y otra para mí.

—Eso es bueno. Entonces, ¿te va bien siendo detective privado?

—La verdad es que no me falta trabajo. Es más tranquilo que serlo de homicidios, eso seguro. Además, te organizas como mejor te conviene y no has rendir cuentas a nadie. Aparte de los clientes, claro.

—No se lo vendas tan bien —dijo Oliver sonriente—, que mañana me pide que deje el cuerpo. Los tres reímos.

—Podemos montar una dupla —manifesté de cachondeo—: Detectives L & O, por ejemplo.

—En todo caso —corrigió Oliver no menos guasón—, O & L; la cabeza pensante delante, por favor.

—Ya... —Jennifer parecía estar en un teatro, mirándonos con una media sonrisa pintada en el rostro, bebiendo cada poco de su copa de vino—. ¿Le has contado a tu mujer lo del sordomudo, cabeza pensante?

—No jodas, tío, ¿otra vez con lo del puto sordomudo de los cojones?

Reí como no hacía tiempo.

—¡Dios! —exclamó Jennifer siguiéndome el rollo—. ¡Cuenta, cuenta!

—Recuerdo que nos dirigíamos a interrogar a un sospechoso, al típico cabrón escurridizo — dije enérgico mientras mi excompañero ponía cara de «tierra, trágame»—. De pronto, tu marido, aquí la cabeza pensante, salió del coche en un semáforo al grito de «¡es él, es él!». Corrió detrás de un muchacho, lo alcanzó, lo tiró al suelo, lo esposó y empezó a hacerle preguntas. Yo ni siquiera bajé del coche; me limité a observarle con cara de asombro. El supuesto delincuente no dijo una sola palabra. Emitía unos extraños sonidos que aquí, insisto, la cabeza pensante, tradujo como burlas hacia su persona. Lo metió en la parte trasera del coche ante mi cara de estupefacción. «¿Seguro que es él?», le pregunté en un par de ocasiones. Yo no estaba convencido, pero el superdotado de mi compañero lo tenía muy claro. Al llegar a la comisaría, resultó ser, como ya habrás deducido, un sordomudo que se parecía un poco al sospechoso. El joven intentó comunicarse con el lenguaje de signos, pero como estaba esposado, solo pudo transmitir sus quejas a forma de gemidos. Imagina el cachondeo que hubo en comisaria una buena temporada. «El cazador de sordomudos», llamábamos a tu maridito.

Jennifer, apoyada en la encimera, dio una palmada mientras se descojonaba sin clemencia; a punto estuvo de derramar el vino.

—¿Cómo has podido ocultarme tu mejor detención, amor?

—Joder con el cachondeo —murmuró Oliver tras dar un buen trago de cerveza—. Si lo sé, no te invito a cenar.

El horno emitió un «pip-pip, pip-pip, pip-pip...» indicándole a la cocinera que el plato fuerte de la noche estaba listo.

—Señores —dijo Jennifer enérgica—, a la mesa.

Sin duda una pareja encomiable, tan distintos y al tiempo tan bien avenidos: él, un hombretón de color de ojos marrones y pelo negro —aunque siempre iba rapado—; ella, de no más de metro sesenta, piel blanca y pelo rubio. Juntos contrastaban y combinaban como pocos.

Verles reír mientras disfrutábamos de la cena, de una variada tanda de «batallitas» detectivescas de boca de Oliver —de recuerdos, al fin y al cabo—, propició que en mi interior aflorara una amalgama de sentimientos: feliz por ellos al verles tan unidos; envidia, por haber perdido lo que ellos tenían; arrepentimiento, por lo mal que se lo hice pasar a Oliver y supongo que también a ella; nostalgia, al recordar los buenos tiempos que pasamos juntos; enojo, por haber deteriorado algo que echaba de menos: ser su amigo, su confidente, su compañero; ilusión, porque tal vez aquella cena era un punto de partida.

Y entre anécdotas y risas le llegó el turno al postre —riquísimo, por cierto— y luego al café: momento en el que Oliver propuso trasladarnos al sofá y desplegar todo el «armamento» que teníamos sobre una gran mesa de centro colocada ante dos canapés.

—Bueno, chicos, os dejo a solas —indicó Jennifer—. Mañana recogemos y fregamos, ¿vale, cielo?, ahora estoy molida.

—Claro —confirmó Oliver mientras dejaba su café sobre nuestra improvisada mesa de despacho.

—Que os sea leve, detectives —se despidió la anfitriona—. Me voy a la cama a leer un rato.

—Dulces sueños —dije en alto—. Y gracias por la cena, estaba todo riquísimo.

Me sonrió de camino a la puerta.

—Luego nos vemos... —Oliver le guiñó el ojo. No hacía falta ser muy listo para intuir por dónde andaban los tiros.

—En la cama te espero, amorcito —dijo tras lanzarle un beso al aire.

Oliver no pudo evitar sonrojarse. Y yo, ante su sorpresa —que tampoco pudo evitar exteriorizar con las cejas—, no aproveché el «amorcito» para guasearme como solía hacer —en realidad nunca desaproveché una oportunidad tan clara como aquella— cuando éramos compañeros.

«No soy el hombre que fui y que conociste —cavilé mientras le observaba sentándose, como si hablara con él mentalmente—. No me apetece lo mismo que antes. Tampoco tengo motivos para tomarle el pelo a nadie. Siempre he considerado que las bromas son para hombres felices. Por ello, cuando mi mujer e hija respiraban me reía de mi propia sombra, y ahora es mi sombra quien parece reírse de mí.»

Escuchamos sonar el timbre.

—Esa debe de ser Rebeca. Siempre puntual. La verdad es que se toma muy en serio su trabajo.

—Como ha de ser. Y eso que no hemos quedado a ninguna hora. Igual ha oído el café desde su casa...

—No es un perro, Liam.

—En todo caso sería una perra, ¿no?

—Bueno, a veces lo es un poco, la verdad.

Su comentario provocó que se me escapara una risa cansada.

Un segundo aviso del interfono hizo que Oliver, tras un «voy a abrir o es capaz de tirar la puerta abajo», abandonara el salón. Yo aproveché para acomodarme en el sofá, empezar a colocar «mis» pruebas: la foto donde reía como un zorro y la capucha sin agujeros para los ojos. Las fotografías tomadas por los forenses en las dos escenas —en ambos casos aún era pronto para informes detallados—, así como lo hallado por la policía científica, corrían a cargo de Oliver y Rebeca. Y al margen de las pruebas físicas —pero no menos importantes— las almacenadas en nuestros cerebros, sobre todo en el mío.

«Debería intentar una regresión —cavilé mientras escuchaba cómo Oliver y Rebeca avanzaban por el pasillo—. Hablaré con la doctora Hoshi a ver qué me recomienda.»

Mi excompañero apareció con la mujer que me suplió cuando «hui» del cuerpo.

—Hola, Liam —saludó vestida de elegante traje negro y camisa blanca.

—Hola, Rebeca. —Aun cansado por lo extenuante del día, le devolví la cortesía con una gran sonrisa—. ¿Lista para investigar?

—Siempre.

—Pues entonces, empecemos —dijo Oliver enérgico—. ¿Y eso? —Señaló la capucha con el mentón.

—Es mi prueba sorpresa. La he encontrado debajo del vehículo de James Thomas. Es, en apariencia, la capucha de un verdugo sin agujeros por los que mirar. Supongo que mantiene algún tipo de conexión con el asesino. Además, el muy cabrón ha escrito lo siguiente en la etiqueta. —Alcé el trozo de tela, mostrándoles el mensaje: «Propiedad de Liam Jones»—. Obviamente, no la había visto en mi puta vida.

—Interesante. —Oliver sacó su bloc de notas—. Voy a enumerar las pruebas y nuestras deducciones. Luego os haré una fotocopia, tranquilos. —Rebeca y yo asentimos.

Me encontraba en mi salsa. Nada más empezar a distribuir las pruebas sobre la mesa advertí cuál debía ser mi lugar en el mundo: junto a otros detectives investigando asesinatos. El ambiente, las sensaciones, cómo el tiempo pasaba volando, los cafés humeantes, los ceños fruncidos... Nada, aparte de ellas —y ya no estaban—, me llenaba como aquello.

«Quizá deba volver, aceptar lo que soy y dejarme de gilipolleces.»

La mesa parecía un collage fotográfico. En su parte izquierda podían verse las fotografías de las víctimas halladas en la primera y en la segunda escena del crimen. También el mensaje que se repetía en cada una de ellas: «16-3-1979/16-5-2019. R.I.P., Liam Jones», y los escritos a forma de enigma en las pizarras del colegio donde, precisamente, aprendí a leer.

Sobre el lado derecho de la mesa descansaba la capucha a «mi nombre»; una bolsita con la bala hueca y el papel donde el asesino nos remitió otra de sus pistas: «La verdad reside en el peor lugar del mundo, Liam Jones, en el edificio que te vio reír como un zorro». Por último, la fotografía donde yo mismo posaba junto a otros doce niños «enmascarados».

En el centro de la mesa el resto de papeles, prevaleciendo los informes forenses preliminares.

Examiné todo con detalle menos las instantáneas del segundo escenario, las del medio cuerpo de la niña. No me atreví ni siquiera a cogerlas, me limité a observarlas a distancia, alejado de todo detalle. Además, tampoco lo necesitaba: mi mente se encargaba de evocar la escena que presencié en vivo una y otra vez.

—¿Han identificado a la niña? —pregunté.

—Aún no —explicó Rebeca. Y lo hizo concentrada en lo que había sobre la mesa, sin ni siquiera mirarme. Ella, Oliver y yo, tras mi pregunta, entramos en una especie de narcosis: en modo detective.

El silencio se adueñó de la habitación. Solo podía escucharse el sonido de las hojas pasando, del papel de las fotografías al manipularlas, de nuestros cuerpos, de nuestras bocas sorbiendo café. Pero ni una sola palabra. Nuestras mentes se dedicaron durante un largo lapso única y exclusivamente a evaluar. «El sonido del batallar», solía llamarle cuando me dedicaba a detener homicidas.

—¿Qué os parece si cada uno expone sus conclusiones? —propuso Oliver—. Puede que así encontremos la mejor forma de proseguir con la investigación. Tenemos muchas pistas, pero ninguna evidente. —Señaló la mesa—. No recuerdo una investigación que reuniera tantas en tan poco tiempo.

Rebeca carraspeó para aclararse la voz. «Ahí va». Siendo primeriza, no me extrañó que quisiera mostrar su decisión ante dos curtidos —yo ex— detectives de homicidios.

—La nota, los mensajes..., todo indica que el asesino mantiene alguna conexión contigo. —Me apuntó con la mirada—. La frase «me privaste de demasiado tiempo, Liam Jones», da a entender que podría ser un delincuente al que trincaste. En la base de datos de la policía están todas tus detenciones; habrá que revisar los informes de cada desgraciado al que enchironaste. —Oliver y yo la dejamos hablar, respetando su turno como dos buenos caballeros—. Obviamente, el asesino quería que vieras una foto en concreto y que acudieras a la escuela, por tanto, también habrá que investigar a los doce niños que salen en la instantánea, y a los que no tengan una coartada sólida habrá que visitarlos, vivan donde vivan. Sobre la capucha sin agujeros... Un verdugo que se la pusiera ejecutaría sin ver, ¿no? ¿Nuestro hombre es ciego? —Se quedó unos segundos pensativa—. No, eso es una soberana gilipollez. Se necesita ver para hacer lo que ha hecho. Un momento. —Sacó su móvil y tecleó mientras nosotros la observábamos expectantes—. Fijaos qué dice la Wikipedia de los verdugos: «El trabajo se heredaba por lo general de padres a hijos. Debido a la mala reputación del oficio, los matrimonios se celebraban entre familias de verdugos, llegándose a dar famosas sagas como los Samson en Francia».

»Creo que tienes un hermano, ¿no, Liam?

—Sí: Logan.

—Nuestro hombre habla de un pasado en común, de Cold Spring, de tu antigua escuela, del tiempo que le hiciste perder... Al primer cadáver le arrancó la mitad de los sentidos, por así decirlo, y la niña está partida en dos. Es como si su firma fuera dividir los cuerpos. Sin duda es un patrón conductual que se repite en las dos escenas, y el más llamativo. Quiere decirnos algo, pero no sé el qué. ¿Y sabéis qué? Me temo que el quid de la cuestión está en tu cabeza, Liam. Creo que deberías probar con una regresión o algún método que te ayude a recordar. Y aunque es nuestra obligación investigar todas las líneas, no creo que nuestro hombre sea un exconvicto, sino más bien alguien que conociste cuando vivías en Cold Spring.

—Pero... —dije confuso—. ¿Qué puede hacer un niño que merezca ser castigado con la muerte?

»No lo sé. No olvides que nuestro hombre es un psicópata sin escrúpulos. Lo que resulta evidente es que el asesino es alguien que te conoce bien, que estuvo unido a ti, que fue parte de tu vida. Y la capucha de verdugo con tu nombre en la etiqueta, una profesión sumamente familiar, no hace más que incrementar mis sospechas. No podemos obviar que tu hermano es ahora un sospechoso. ¿Dónde reside en la actualidad, Liam?

—No tengo ni puta idea. Le perdí el rastro cuando nos marchamos de Cold Spring. Pensé en buscarle, pero estoy seguro de que no quiere que le encuentre. Sé que mi hermana Alison intentó localizarle usando las redes sociales sin obtener resultado. Por lo tanto, se habrá cambiado de nombre. Y respeto su decisión. Tuvimos una de esas infancias que marcan de por vida, y él, aparte de ser mayor que yo, supongo que no tiene la «suerte» de padecer un trastorno que borre parte de sus recuerdos.

—¿Le hiciste algo?

Rebeca parecía tener intención de hurgar en la herida.

—No, qué va. Querrá olvidar, dejarlo todo atrás: uno de los motivos por los que yo tampoco me he visto con fuerzas para seguirle el rastro. Preferí dejarle en paz, pensar que es feliz junto a una mujer y un par de hijos.

—¿Manteníais una buena relación?

«La mejor que se puede tener cuando se vive en el infierno, soplapollas.»

—¿Me estás sometiendo al tercer grado, o me lo parece a mí? ¡Ni siquiera sabemos si está vivo, joder!

—Calma —dijo Oliver—. Estamos lanzando suposiciones al aire. Aún es pronto para acusar a nadie de nada.

—Y luego está tu extraña implicación —soltó Rebeca echando más sal en la herida, como si no hubiera escuchado las palabras de su compañero—. Por comisaría se baraja la posibilidad de que seas cómplice. Puede que ni siquiera seas consciente de ello. Creo que es mejor dejar las cosas claras, ¿no?

—¿Por comisaría? —pregunté retórico y con cara de pocos amigos, inmerso en un ambiente tan denso que podía cortarse con un cuchillo—. ¿O por tu cabecita de chupatintas?

—¡Basta, joder! —desgañitó Oliver. Seguro que Jennifer pudo escucharle desde la cama—. ¡Si uno de los dos vuelve a abrir la boca le echo a la puta calle de una patada en el culo! ¿¡De acuerdo!? —Ambos asentimos; yo, con la mandíbula aún apretada—. Rebeca ha hecho una buena exposición y, a falta de más pruebas, tenemos dos flancos claros por los que continuar la investigación: por un lado, hay que localizar y tomar declaración a los doce niños que salen

disfrazados en la fotografía; por otro, encontrar a tu hermano y hacerle las preguntas adecuadas. Como bien dice Rebeca, es un indudable sospechoso y no vamos a obviar eso. Así que nos repartiremos las tareas: Rebeca y yo volveremos a Cold Spring a buscar a esos doce niños, y tú encontrarás a tu hermano y le interrogarás. Hablaré con el comisario para que tengas vía libre. Habla con Arnie Smith, él te ayudará a dar con la actual dirección de Logan. Cuando la tengas, procede como ya sabes. Asimismo, dos agentes de refuerzo entrevistarán a los vecinos de la primera víctima. Esto es una carrera a contrarreloj; necesitamos toda la ayuda posible. Y para que quede bien claro —dijo firme, sin dejar de mirarme a los ojos—: creo en tu inocencia.

Que me defendiera ante su impulsiva compañera fue todo un detalle.

—No hay pruebas que te inculpen directamente, eso es cierto —musitó Rebeca cabizbaja—, pero no me disculparé por hacer mi trabajo. —Tras un resignado suspiro dirigió la mirada hacia su compañero—. ¿Negarás que de ser otro no sería el principal sospechoso? —Oliver puso la misma cara de póker que al empezar los razonamientos de su implacable compañera. Esta, tras observarle unos segundos, giró el cuello en mi dirección—. Creo en tu inocencia, en serio, pero no te conozco de nada. Y en comisaría, incluso los que te conocen, dudan de ti. No van por ahí gritándolo a los cuatro vientos; más bien susurran de oreja a oreja. Hay que ser muy cínico para no ver que todo apunta en tu dirección.

«Mientes como una puta bellaca. Dudas de mí desde el principio. Y es lógico. Pero si me llamas asesino a la cara, por muy racionales que sean tus deducciones, me defenderé con uñas y dientes.»

—No espero una disculpa, Rebeca —formulé fingiendo más comprensión de la que sentía—. Si os va a hacer las cosas más fáciles, me someteré al polígrafo. No he matado a nadie, así que no temo a la verdad.

»Ah, Oliver: ya sé con quién debo hablar para encontrar a Logan. No sé si lo recuerdas, pero tú y yo fuimos compañeros no hace tanto.

—No hace falta que te sometas al polígrafo —dijo ella mostrándome una sonrisa claramente forzada. Oliver obvió mi comentario sobre con quién hablar para encontrar a Logan—. Aun así, gracias por ofrecerte. A mí, al menos, me dejas más tranquila.

—Yo no necesito que hagas nada. —Oliver sorbió su café, guiñándome el ojo por encima de la taza.

«Claro que lo necesitas, Oliver. Si no dudaras de mí no serías un buen detective, y lo eres. Bien lo dijo René Descartes: «Para investigar la verdad es preciso dudar, en cuanto sea posible, de todas las cosas». Pero gracias por tu confianza.»

Mientras los tres —dejado atrás el mal rollo— revisábamos de nuevo las pruebas, sonó el móvil de Rebeca.

—Mierda —susurró al ver quién la llamaba.

Tras aquel «mierda» reinó el silencio, troncado únicamente por dos «sí», un «de acuerdo» y un «vamos para allá de inmediato».

Oliver y yo nos miramos. No hacía falta que explicara lo que acababan de comunicarle. Pero lo hizo.

—Un agente de tráfico ha encontrado una bolsa de deporte con la otra mitad de la niña. —Me miró, pero esta vez sus ojos brillaron y su boca efectuó una sonrisa más que sincera—. Un testigo dice haber visto a un hombre de color tirándola en una callejuela.

—Pues os daré una noticia de última hora —dije irónico—: como podéis ver, no comparto tono de piel contigo, Oliver, y tampoco mi hermano.

Rebeca me miró y sonrió compungida.

—Lo siento, Liam. A veces hablo demasiado.

—Walter aventura que a la niña la cortaron con una motosierra —dijo Oliver al volante, de nuevo camino a un callejón de Queens—, y esos aparatos hacen un ruido de cojones. Aún ha de confirmarlo en la sala de autopsias, pero de ser así, es imposible que el asesino lo hiciera en un piso céntrico. Apuesto por una casa independiente con garaje. Creo que es un factor a tener en cuenta, ¿no?

—Por supuesto: cada elemento es fundamental —respaldé acomodado en el asiento trasero del coche. Por una vez preferí viajar de «paquete», por aquello de no perderme nada—. Habrá que ver si alguien ha interpuesto una denuncia por «ruidos».

—Bien pensado —dijo Rebeca.

Tras sus palabras y durante un buen rato nos quedamos callados. Los sonidos de afuera entraron en el habitáculo, reuniéndose con nuestros silencios.

Pensamos; teníamos mucho en qué pensar.

«Estoy despierto —medité mientras mis párpados se empeñaban en bajarse, las luces del exterior perfilaban borrosas líneas multicolor—, pero me muero de sueño. El mundo gira y yo parezco anclado, preso de este abatimiento que no presagia nada bueno. No puedo seguir así. No puedo con la vida. Parezco un anciano en la antesala de la muerte. Se me cierran los ojos, joder.»

Miré hacia arriba. Encontré a Logan erguido sobre la rama de un árbol. Asemejaba un marinero en proa divisando la costa tras años alejado de tierra firme. Sonreía. A nuestro alrededor todo parecía fluir despacio, en calma. Los rayos solares se filtraban entre las ramas como filamentos, forrando la piel de mi hermano. Desde arriba él me miraba feliz, satisfecho, pero yo no podía devolverle la sonrisa. Un miedo desmedido me atormentaba. Imaginaba a mi padre oculto en la vegetación, esperando el momento idóneo para abalanzársenos como un depredador hambriento. No pensaba en otra cosa, solo en él, en que se enfadaría si nos veía felices, en que nos lo haría pagar. Siempre estaba disgustado, por nada en concreto y por todo; porque existíamos, porque respirábamos en un mundo que él odiaba.

Advertí cómo una escalera de cuerda descendía junto al tronco, se desenrollaba como un manuscrito antiguo. «¡Sube, Liam, aquí estaremos a salvo!», gritó Logan desde las alturas. De pronto, brotó de la copa una cabaña de madera.

«¡Sube, vamos!».

No sentía frío ni calor, y los colores del bosque combinaban como nunca con el azul del cielo; como si estuviéramos en un cuadro inacabado de Monet. Y aun así, con tal belleza envolviéndome, tenía miedo.

Coloqué un pie en el primer peldaño y ascendí hasta alcanzar una altura «inatacable». A mitad del trayecto miré abajo, y mi corazón se detuvo: le vi a mis pies, quieto, frente al árbol. No hacía nada y lo hacía todo: su simple presencia bastaba para que mi sangre se helara en mis venas.

Trepé ligero, alcanzando la rama donde me esperaba Logan, recogiendo la cuerda apresurado. «Aquí estamos a salvo», repitió mi hermano sin dejar de sonreír.

«No hay lugar seguro.»

Volví a mirar nervioso hacia abajo: ya no había nadie; nuestro padre se había esfumado como la espuma en un mar en calma.

Logan sonreía de forma desmesurada, como si a su espalda alguien tirara de unos hilos imaginarios sujetos a las comisuras de sus labios, como si alguien amarrara las riendas de su

conducta. «Mira qué bonita es», dijo mientras señalaba con el mentón la cabaña encastada en las ramas. Y sí, era preciosa, de techo piramidal, tablonos grisáceos y robustos, y una puerta en el centro de dos ventanas que la hacían parecer una cara sorprendida. Una mesa redonda con colores de cera y una hoja en blanco aguardaba adentro. «La he construido para que vengas a pintar cuando estés triste. Será tu refugio». Logan me observaba complacido mientras yo entraba en la cabaña. «Gracias», susurré entretanto deslizaba las yemas por el tablero circular. Estaba a punto de coger uno de los colores, dispuesto a dibujar sobre el papel, cuando escuché afuera la terrible voz de nuestro padre. Salí angustiado. Ambos nos asomamos para descubrirle sobre las sobresalientes raíces del árbol.

«¡No escaparéis! ¡Una cabaña de mierda no va a salvaros!», vociferaba inmóvil, de cara al tronco. «¡No! ¡Siempre estaré ahí, vayáis donde vayáis! ¡Formaré parte de vuestras vidas eternamente!».

«No puede subir, Liam. Estamos a salvo».

Percibía a Logan extrañamente tranquilo.

«Subirá. Talará el árbol si es necesario.»

Al tiempo que la inquietud crecía, mis peores augurios tomaron forma: en las manos de nuestro progenitor apareció un hacha, y en su rostro una sonrisa diabólica.

Golpeó el tronco con el filo, talándolo como un experimentado leñador.

«Tranquilo, LJ, estamos a salvo», aseguró Logan por enésima vez.

Sus palabras, su gesto alegre y siniestro, el sonido de los hachazos, se revolvieron en mi mente; un incesante y doloroso repiqueo que taladraba mi cabeza de adentro afuera. Logan empezó a reírse, incrementando la insania.

Risas y hachazos.

Hachazos y risas.

Me tapé los oídos para no escuchar, pero los sonidos se metían entre mis sesos como un millón de termitas devoradoras de cordura. «Pum, pum, pum...». Y el tronco vibraba con cada golpe.

«Pum, pum, pum...».

Grité. Grité tan alto que solapé todos los ruidos. Tan alto, que al final solo quedó un desasosegante silencio. Y entre aquella extraña calma emergió otra vez la voz de mi hermano: «Aquí estamos a salvo».

«¡Calla!»., chillé mientras él me miraba con cara de bobo. «¡Calla, calla, calla de una puta vez!».

«Pum, pum, pum...».

Volví a taparme los oídos.

Y noté cómo el árbol se inclinaba.

«Vamos a caer.»

«¡Queda poco, Liam!»., La voz de mi progenitor parecía escalar el tronco. «¡Pronto estaréis conmigo!».

«Pum, pum, pum...».

«Tranquilo, LJ. Aquí estamos a salvo».

«¡Calla de una puta vez, Logan! ¡Deja de decir eso!».

«Estamos a salvo».

«¡Ah!».

Le empujé. Tiré a mi hermano del árbol. Le vi caer sonriente y a cámara lenta.

Su cuerpo golpeó el sotobosque, quedándose inmóvil al lado de mi padre, su padre, que dejó

de talar para clavarle el hacha en el pecho.

«¡No!».

Logan no se movió: sangró abundantemente por la hendidura. No tardó en formarse un charco oscuro a su alrededor.

De un fuerte tirón extrajo el hacha del cuerpo inerte de Logan, y con el rostro salpicado de sangre envistió de nuevo el tronco.

«Pum, pum, pum...».

Cerré los ojos.

Percibí cómo el árbol empezaba a vencerse.

Al abrirlos, vi el mundo cayendo de lado.

Grité.

—¿Liam?

—¿Qué?

Ni siquiera sabía dónde estaba. Tardé unos segundos en entender que me encontraba en las inmediaciones de una escena del crimen. Aunque a decir verdad, más bien en el cincuenta por ciento de una: dos bolsas para completar un cuerpo y dos lugares para encontrar a una niña muerta.

—He tenido un sueño de lo más extraño —dije aún aturdido, padeciendo los remanentes de aquella extraña ¿evocación?

«¿Estará el sueño relacionado con algún suceso real?»

Salí del coche al mismo tiempo que Oliver y Rebeca.

—¿Y qué has soñado? —preguntó ella con una larga cinta policial a su espalda. Más allá de aquella línea amarilla un callejón se abría a la derecha; dentro encontraríamos al grueso de agentes y la bolsa.

—Logan y yo estábamos en la rama de un árbol —expliqué trayéndome las imágenes a la memoria—. Éramos tan solo unos niños, pero mi padre intentaba talarlo dispuesto a molernos a palos. Yo me estresaba y empujaba a Logan. Él, ni siquiera cayendo dejaba de reír como un tarado. Luego el árbol cedía y..., justo cuando iba a golpearme contra el suelo me habéis despertado.

—Supongo que el hecho de que tengas que hablar con él después de tanto tiempo —comentó Rebeca mientras superábamos la cinta con el aviso: «Línea policial. No pasar»—, ha propiciado que soñaras eso. Estás sometido a mucha presión, compañero. Es lógico.

—¿Compañero? —Me extrañó que usara dicho apelativo.

—Aunque sea de forma temporal, trabajamos juntos, ¿no?

—Sí, supongo.

«Ahora sí, ¿eh? Ahora que un testigo dice haber visto a un hombre de color tirando la bolsa soy tu compañero. Pruebas. Necesitamos pruebas. Hoy en día nadie se fía de nadie. Vivimos tiempos oscuros, de falsedad, de mentiras y de corrupción. Pero creerme un asesino de niñas... No tendrías que haber necesitado ningún testimonio para creer en mi inocencia. He detenido asesinos, salvaguardado la vida de otros durante mucho tiempo; yo no mato: evito muertes. Y si dejé de hacerlo es por el bien de todos, porque no me veía con fuerzas de cumplir con mis deberes.»

Avanzamos mientras saludábamos —a casi todos con una mirada y un sutil movimiento de cabeza— a los compañeros que íbamos cruzándonos. A la mayoría no los había vuelto a ver desde mi salida del cuerpo, y en apenas veinticuatro horas a algunos los había visto tres veces.

«Qué de vueltas da la vida.»

Anduvimos silenciosos y expectantes, aunque supiéramos lo que íbamos a encontrar en aquel callejón de Queens: lo mismo que hallé en el tejado de una escuela abandonada de Cold Spring. Caminábamos vigilantes porque la esperanza es lo último que se pierde —o eso se dice—. La ilusión de hallar, de avanzar, era lo que nos mantenía animados a pesar del sueño y el cansancio. Un pelo, un trozo de tela, una huella..., o una vaga descripción como la que nos prometieron. El más mínimo detalle puede cambiarlo todo, suponer un paso de gigante. Y necesitábamos dar esa zancada cuanto antes; gozábamos de muchas pistas, pero de ningún sospechoso. ¿Mi hermano?, sí, pero Logan no era más que una medida desesperada. No teníamos una sola prueba fehaciente que lo incriminara. Asimismo, hubiera puesto la mano en el fuego por quien fue mi único amigo, además de sangre de mi sangre.

Me moría de ganas por volverle a ver, y al mismo tiempo me moría de miedo. Verle se traduciría en echar la vista atrás, en lo que había estado evitando —intentando más bien— desde que me marché de Cold Spring.

Nos colocamos —casi un ritual antes de acceder a la escena de un crimen— bolsas en los pies para no dejar «huellas» y guantes de látex para no contaminar.

Vimos la bolsa nada más entrar en el callejón, al fondo, y un gran número de agentes. Sin duda, el caso merecía tal implicación: el modus operandi, la firma, las amenazas de continuidad, la celeridad entre los asesinatos...

«Putos chalados —cavilé avanzando entre la «multitud».»

Incluso echando uso de hemeroteca costaba recordar a un homicida semejante. Edmund Kemper, El carnicero de Rostov, Ted Bundy, Zodiac..., sí, estaban locos de remate, pero a ninguno se le ocurrió «diseminar» a una pobre niña. Aunque, creo recordar, que Kemper mató a su progenitora a martillazos mientras dormía, le cortó la cabeza y eyaculó en su boca.

«Quizá Edmund sí sea comparable. —Sentí náuseas al recordar el cadáver de la pequeña y lo que Kemper le hizo a su propia madre—. Un tiro en la nuca: la única medicina capaz de curar a tipos como él.»

A uno se le revolvían las tripas con solo pensar en lo que hicieron algunos de esos degenerados sin alma.

Allí, entre el ajeteo, también evoqué las palabras que Oliver me «ofrendó» en la primera escena del crimen: «Un caso a contrarreloj al más puro estilo hollywoodiense, ¿eh? El caso de tus sueños... ¿No te quejabas de la falta de acción, de la monotonía del trabajo? Pues ahora un asesino ha fechado tu muerte, Liam Jones».

«Bien que lo advierte un viejo proverbio chino: «Ten cuidado con lo que deseas, porque puede que se cumpla.»

Una mampara de plástico —por aquello de darles «intimidad» a los forenses— protegía el cuerpo de miradas y fotografías ajenas. Y de nuevo, al igual que ante un puñado de pruebas en el piso de Oliver, me sentí a gusto. Y por un instante, un peculiar pensamiento rondó mi cabeza: «Puede que el asesino me haya hecho un favor, que esto sea justamente lo que necesito para levantar cabeza: sentirme útil, parte de un todo». Y aunque fuera yo quien pensara aquello, sentí vergüenza de mí mismo. A veces —supongo que le pasara a todo el mundo— meditamos cosas que no parecen nuestras. «La muerte de una niña no puede arrojar nada bueno.»

A nuestra izquierda —de ahí la mampara—, varias escaleras de incendios zigzagueaban fijas al lateral de un gran bloque de pisos. Algunos vecinos las utilizaban como «improvisados»

tendederos, confiriéndole al lugar una atmósfera barriobajera. Varios agentes las vigilaban por si algún curioso salía «casualmente» a tomar el aire o a fumar. El morbo les puede a muchos.

Alrededor de la bolsa revoloteaba la policía científica, destacando entre sus miembros nuestro forense habitual. De haber cambiado la mitad de la pequeña por el cuerpo entero de James Thomas, la primera y la tercera escena —aunque sería más correcto decir «segunda y media»— no hubieran diferido demasiado. Incluso al lado de la niña «enfundada» hallamos un contenedor de basura idéntico al del primer callejón. ¿La diferencia, lo que tal vez otorgara una pista provechosa? En la primera no existían «ventanas indiscretas», orificios por los que «espíar» a asesinos.

—¿Veinte dólares a que detrás del contenedor hay un mensaje con la fecha de mi muerte?

Oliver y Rebeca sonrieron ya cerca de Walter, que inspeccionaba la bolsa y lo que guardaba dentro. A juzgar por su silencio, aquella noche mis «socios» no estaban por la labor de perder dinero.

Walter, de cuclillas y ataviado con su acostumbrado mono blanco, la mascarilla puesta, el «biombo» a no más de un metro de su cabeza y con las manos enguantadas manipulando el cuerpo y la bolsa, nos saludó como pudo: alzando las cejas y mirándonos durante medio segundo.

Esperamos pacientes a que acabara. Si algo había aprendido durante mis años de policía, era que a los forenses es mejor no apremiarles demasiado; meterles prisa no significaba necesariamente recortar tiempos. Asimismo, la mayoría gastaba muy malas pulgas. Atosigándoles, el premio más probable era un «vete a tomar por el culo», o equivalente. Al menos así funcionaba en la Gran Manzana, y supongo que en todo el mundo.

El medio cuerpo de la pequeña seguía metido en la bolsa. La mayor parte de su sucia y mortecina piel se mantenía oculta, y para nosotros fue todo un alivio; los detectives de homicidios no estamos acostumbrados a todo, como muchos se creen.

Tras inspeccionar la cremallera unos segundos, Walter se alzó mientras se desprendía de la mascarilla.

—Este asesino va a conseguir que se me revuelvan las tripas, y eso que mis retinas han filtrado de todo. Es un jodido chapucero —lamentó señalando la bolsa—. No hablamos de un tío fino como descuartizador, aunque no tiene un pelo de tonto: el hijo de puta no deja una sola huella, al menos de momento. Lo que sí puedo confirmaros es que la cortó con una motosierra. Y adelantándome a vuestra primera pregunta, es imposible averiguar el modelo basándome en un simple corte. Imposible. Además, es un tajo de lo más irregular. Una auténtica salvajada.

—¿Estaba viva cuando la seccionó? —preguntó Rebeca con el semblante triste.

—Es muy probable. Aunque difícil de asegurar.

Nadie comentó nada. Tampoco es que hiciera falta: nuestras caras hablaban por sí mismas.

—¿Tenemos algo? —cuestioné intentando no mirar en dirección a la bolsa—. Quiero decir: algo que no viéramos en el tejado o en la primera escena. Creo que tenemos por ahí un testigo ocular, ¿no?

—De momento, ni aquí ni en el tejado hemos encontrado una puta mierda. No hay huellas en las bolsas ni en la niña. Tampoco signos de violación. Y sí, una señora dice haber visto a un hombre de color tirando la bolsa. Justo desde ahí. —Señaló una ventana que no estaba a más de cinco metros de altura.

«Tuvo que verle bien.»

—¿Y dónde tenemos a la susodicha?

—En su casa. Pero tranquilos: un agente custodia la entrada.

—Iremos a hacerle una visita, entonces —dije deseoso por tomarle declaración a la pista más importante hasta la fecha.

De pronto, me fijé en un detalle: a mi derecha, el contenedor de basura estaba ligeramente separado de la pared. Me acerqué y eché un vistazo entretanto Oliver y Rebeca me observaban. Escudriñé la pared donde, poco antes, el receptáculo había estado pegado. Y vi, escrito en sangre, lo que esperaba encontrar: «16-3-1979/16-5-2019. R.I.P., Liam Jones».

«¿Crees que tengo la memoria de un pez, asesino? Te repites más que el ajo. No recuerdo lo que ocurrió hace veinte años, pero sí los sucesos de hace tres días.»

Sentí ganas de golpear la pared con los nudillos. Tanta amenaza empezaba a ponerme de los putos nervios, a desestabilizarme.

—¿Y esto? —cuestioné descontento y retórico, mirando a Walter mientras señalaba el mensaje oculto tras el contenedor—. ¿Cuándo esperabas decírnoslo?

—Tú me has preguntado si había algo anómalo, algo que no hubieras visto en el tejado o en la primera escena, ¿no? —bromeó arrodillado de nuevo junto al medio cuerpo—. Pues eso.

—Eres muy tonto, Walter.

El forense me guiñó el ojo al tiempo que me lanzaba un jocoso beso al aire y un «yo también te he echado de menos».

—Bueno, chicos —dije esta vez en dirección a Oliver y a Rebeca—: os habéis ahorrado veinte dólares.

—Esa apuesta la teníamos perdida de antemano, capullo —dijo él—, y yo no arriesgo sin un mínimo de garantías.

Sonreí.

Oliver se dirigió al forense:

—¿Y los padres de la pequeña?

—Eso mejor preguntádselo a Green. —Hizo un gesto con la cabeza, señalando a nuestra espalda—. Por suerte no tendréis que esperar mucho.

Al girarnos, vimos al comisario hablando con un inspector de la policía científica. Nos lanzó una mirada, advirtió que le esperábamos y zanjó la conversación con un «hablamos». Anduvo a paso ligero hacia nosotros. «Es momento de pedir perdón». Me adelanté decidido, interceptándolo a medio camino.

—Siento mucho lo ocurrido, señor. —Me disculpé ofreciéndole mi mano, estirándola con la única pretensión de que me la estrechara—. No tengo excusa. Perdí el control, pero no volverá a ocurrir. —Green me examinó sin cortarse un pelo, de arriba abajo y de abajo arriba, como si buscara un atisbo del hombre que le rompió la nariz—. He estado acudiendo a una psicóloga y estoy recuperado: al cien por cien, señor.

«Si no nos llevamos bien, jefe, no podré investigar como mandan los cánones, y el asesino tendrá mucho ganado.»

Alzó la mano mientras me obsequiaba con una sincera aunque comedida sonrisa. Parecía estar satisfecho.

—Olvidemos el pasado —propuso mientras nos dábamos un fuerte apretón de manos—. Centrémonos en detener al hijo de perra que va por ahí matando a niñas.

Asentí e, inmediatamente, recorrimos el corto trayecto que nos separaba de Oliver, Rebeca, Walter y la mitad de aquella pobre cría de la que ni siquiera conocía el nombre.

—Buenas noches, caballeros y señorita —saludó el comisario con la vista puesta en la bolsa. Todos los allí presentes nos fijamos en el «envoltorio», en cómo Walter sacaba uno de los brazos

de la pequeña, lo examinaba y lo volvía a meter en la bolsa con sumo cuidado. La malograda criatura asemejaba estar pidiendo auxilio mientras se hundía en un mar de tela—. Se llamaba Keishla Henderson —explicó el comisario con un tono de voz calmado—. Tenía seis años y residía en El Bronx. Sus padres denunciaron la desaparición ayer mismo. Jugaba en un parque con sus primos, la perdieron de vista y...

—Busca cuerpos con los que mandar mensajes —expuso Oliver—. Estoy convencido de que las víctimas no guardan ninguna conexión. Para él son solo carnaza. Sale a cazar sin una víctima prefijada, busca el momento idóneo y ataca sin más. Esperó en el parking y secuestró al primero que se le puso a tiro, y de igual modo procedió en el parque. Las víctimas no importan, no significan nada, son solo una herramienta. Hay que buscar en el trasfondo de las pistas que va dejándonos, qué es lo que intenta decirnos.

—La cuestión es —profirió Green firme ante los tres—, ¿tenéis algo que darme?

—Demasiado y demasiado poco —dijo ambiguo quizá cuando tendría que haberme quedado callado—. Una fotografía repleta de sospechosos a los que hay que identificar e interrogar. Y no será fácil, pues en la instantánea solo hay críos disfrazados y está tomada en los años ochenta, cuando las bases de datos brillaban por su ausencia, y para más inri, la foto se echó en un pueblucho. Luego está mi hermano, poseedor de una más que probable fuente de información, al que también hay que encontrar e «interrogar», además de unos cuantos mensajes que el asesino ha ido dejando en las escenas, que, principalmente, dan a entender que nos conocemos, que me odia y que pretende hacerme pagar por algo que le hice en el pasado, supuestamente en Cold Spring, el pueblucho en cuestión.

—Bien. ¿Y cómo pretendéis enfocar el caso? Si no atinamos bien, puede írsenos de las manos. La prensa va a echársenos al cuello.

«Y yo a palmarla.»

Oliver dio un paso al frente, tomando la iniciativa que tal vez yo no debería haber tomado.

—Necesito que envíe a un par de agentes a interrogar a los familiares y vecinos de la primera y segunda víctima. Rebeca y yo viajaremos a Cold Spring para localizar a los niños que aparecen en la instantánea y Liam se dedicará a indagar en su pasado; y nadie mejor que su hermanopara ayudarle a hacerlo.

—Yo, además —dijo Rebeca exteriorizando ese agotamiento que todos sentíamos a esas horas de la madrugada—, recomiendo que Liam se someta a una regresión. Esas cosas funcionan, en serio. Y no se pierde nada intentándolo, ¿no?

«Suelen funcionar, sí —pensé sarcástico y extenuado, sintiéndome las piernas muy cansadas—. Eso sí: tal vez durante el proceso el paciente pierda la poca cordura que le queda, pero supongo que eso no le importa a nadie. El fin justifica los medios, ¿eh, Rebeca? Y no puedo estar más de acuerdo contigo. Pero pídemelo a la cara; no hables de mí como si fuera un conejillo de indias. Te pierden las formas, «compañera».»

—Propongo que vayamos a tomarle declaración a la testigo —sugerí tras asentir con desdén a la propuesta de Rebeca, con las fuerzas al mínimo y el sueño al máximo—. Puede que ahora recuerde algo más que el color de su piel.

—Lo dudo —formuló Walter con la mirada fija en el cadáver y, por lo visto, la oreja puesta en nuestra conversación—. «Solo he observado a un jodido negro tirando una bolsa», han sido sus palabras textuales.

Lo de «jodido negro» provocó que Oliver efectuara una mueca de desagrado.

—Aun así, debemos tomarle declaración —insistí—. Si la señora reafirma que nuestro hombre

es de color, podremos reducir la búsqueda y crear un perfil inicial.

—Puedes irte a tomar un café, compañero —invitó Oliver al agente apostado en la puerta—. Tienes veinte minutos.

El joven asintió y, tras un «gracias, enseguida vuelvo», partió en busca de la bebida. Oliver oprimió el timbre y esperamos mientras observábamos alrededor. El bloque, antiguo y al borde del abandono, con algún que otro grafiti adornando los rellanos y un extraño olor a rancio, no prometía unos inquilinos «finolis».

«Igual la testigo va ya por el quinto sueño. Es tardísimo.»

A punto estaba de volver a llamar cuando escuchamos pasos.

—Ya he hablado con la policía —protestó la supuesta testigo nada más abrir, en tono irascible—. No puedo estar repitiendo lo mismo una y otra vez, tengo cosas que hacer, ¿saben? La culpa es de los negros, punto, que no saben hacer otra cosa que delinquir y dar por el culo.

«Ya le gustaría a usted que un negro le reventara el culo, vieja racista.»

Oliver alzó las cejas y sonrió. Obviamente, la avanzada edad de la «señora» y sus pintas, bata rosa y pantuflas azules, no ayudó a que la tomásemos en serio, si bien, su forma de pensar no era para tomársela en broma. El problema estaba en que necesitábamos un testimonio fiable, efectuado por una persona cabal y coherente, y aquella vieja detestable no parecía ni lo uno ni lo otro.

—¿Podemos pasar? —preguntó Rebeca con suma amabilidad.

—Aunque en realidad no necesitamos permiso, ¿entiende? —apuntillé cansado de aquella jornada que parecía no acabar nunca—. ¿Puede decirnos su nombre y dejarnos entrar de una puta vez?

La aparté sin ningún miramiento, accediendo al piso —como le advertí— sin requerir de su autorización. Oliver y Rebeca se miraron, evidenciando sorpresa ante mi falta de tacto. Sin embargo, no tenían por qué: con los groseros la mejor forma de actuar es descortésmente.

«Toma un poco de tu propia medicina, puta.»

—Pasen, pasen... La poli siempre tan cordial y respetuosa —farfulló mientras nos guiaba, supuestamente, a la sala de estar—. Mi nombre es Anne, ya que lo preguntan.

El pasillo era estrecho y de un amarillento que inducía al vómito. No supe identificar si a causa de una mala decisión a la hora de elegir pintura o al desgaste de la vivienda. Los muros, aparte de pálidos y vómicos, mostraban moho y partes desconchadas. Y no era de extrañar: allí dentro el ambiente resultaba cálido y húmedo al mismo tiempo, como si se hubiera subido la calefacción al máximo y enchufado un par de aspersores. Punto aparte era el olor que rezumaba la vivienda: mezcla de urinario de bar y ambientador barato.

Una vez dentro de la sala de estar —aunque allí no podía estarse— nos invitó a sentarnos en un sofá más viejo que la sarna. Ya «acomodados» —ella en una silla que apartó de una gran mesa cerezo—, nos habló en apariencia dispuesta a colaborar.

—¿Vuelvo a explicarles lo que vi, entonces?

—Sí, por favor —musitó Rebeca.

Las arrugas surcaban su blanca y rosada piel apiñándosele en la frente, la mandíbula y el cuello. Su pelo, de un desteñido bermejo, se mantenía firme gracias a un moño, y sus labios, pintados de un rojo intenso, la hacían parecer una fulana de tres al cuarto. Intentaba, sin conseguirlo, quitarse unos años de encima. Ojos marrones y tristes, nariz aguileña... No parecía haber tenido una vida fácil. Tal vez de ahí su mala baba.

—Puse a secar un trapo de cocina en la ventana y le vi tirando la bolsa —explicó calmada—. Pensé que se trataba de algún trapicheo de drogas. Nada extraño, por otra parte: en ese callejón se meten toda clase de maleantes. Volví al comedor y puse la tele. No le di mayor importancia. Luego llegó la policía y pensé que podría serles de ayuda. Lo que haga falta para encerrar a esos desgraciados de piel oscura.

—Hizo bien, Anne —dije intentando distender el ambiente. Se avecinaban curvas; conocía bien a mi compañero.

—¿Desgraciados de piel oscura, dice? —preguntó Oliver, confirmando mis temores. Aunque a decir verdad, aunque necesitábamos de su testimonio, aquella vieja se merecía una buena reprimenda. Así que dejé que Oliver se desfagara a gusto. Rebeca tampoco intentó frenarle.

—A los de su raza, agente —contestó provocativa, mirándole fijamente a los ojos—. Por aquí no hacen más que traficar, beber, robar... Nada bueno.

—¿Solo los negros, señora, los blancos se portan bien por aquí? —Oliver apretó los dientes.

—No me gustan los negros, punto, ni los latinos, ni los judíos, ni los asiáticos... Este país estaría mucho mejor sin ellos.

—Este país estaría mucho mejor sin personas como usted. Los de su calaña son el cáncer de este mundo, no solo de Estados Unidos. Odiar a alguien por el color de su piel es deleznable, y tendría que estar penado por la ley. Ninguna raza es superior a otra, vieja del demonio.

Oliver negó con la cabeza mientras se levantaba del sofá.

—Os espero en la calle —dijo alto y claro para que todos, especialmente ella, pudiéramos escucharle—. Acabad de interrogar a esta racista de mierda. Necesito tomar el aire. El olor a podrido de esta casa está empezando a marearme.

Ambos asentimos, lanzándole dos miradas cargadas de empatía. Anne, por el contrario, ignoró hasta la última palabra de Oliver. Hizo oídos sordos, como si aquello no fuera con ella.

—Díganos lo que recuerda —solicité tras el sonoro portazo que Oliver dio al abandonar el piso—. El más mínimo detalle puede ser importante. Intente recordar, Anne.

La vieja se quedó pensativa, frotándose el mentón mientras miraba una maceta por la que asomaba una planta mustia. Se abstrajo en el recipiente de cerámica colmado de tierra, que intentaba, sin lograrlo, dar algo de vida a la estancia.

—El hombre entró en el callejón, caminó, se miró la hora y soltó la bolsa. Evitó en todo momento la luz de las cuatro farolas...

—¿Dice que miró la hora en su reloj de pulsera? —pregunté tajante, cortando su explicación. Anne asintió—. Dónde lo llevaba.

—¿El reloj?

—Sí.

—Pues... Agarraba la bolsa con la derecha, así que... En la mano izquierda. Sí, seguro, en la muñeca izquierda. Ese negro del demonio alzó el brazo, miró la hora y soltó la bolsa. Luego se largó a paso ligero. Es todo.

—¿Estatura? —cuestionó Rebeca.

—Era bastante alto. Como su compañero el sensible.

Aquello nos hizo sonreír.

—¿Ropa? ¿Algún tatuaje? ¿Peinado? ¿Color de los ojos...?

—A ver cómo se lo explico, agentes. El negro andaba por una zona poco iluminada, ¿entienden? Era negro sobre negro. Vi una silueta, el gesto con el brazo y la bolsa caer, nada más. Tampoco me fijé demasiado. En aquel momento no sabía que era un delincuente, ¿entienden? A

propósito: ¿qué había en la bolsa? Un niño muerto, ¿verdad?

Me levanté raudamente ignorando su pregunta, sacándome de la cartera una de mis tarjetas de detective de homicidios que aún conservaba. Ni siquiera advertí que los datos —mi número de placa, por ejemplo— carecían de todo «poder». Aunque el número de teléfono que constaba seguía siendo el mío, así que no reculé.

—Si recuerda algo más, llámenos.

—Claro, agentes. Vayan con Dios.

Rebeca también le ofreció su tarjeta; la de ella, «genuina». «Mejor llámeme a mí», dejó caer antes de enfilarse al pasillo.

—Vayan con Dios —se despidió la vieja, mientras abandonábamos aquel apestoso «hogar» sintiéndome más cansado que el caballo de un bandido.

«¿Con Dios? ¿Cómo alguien que alberga tanto odio puede creer en la palabra de Dios? Pocos devotos entienden lo que procesan. Jesús nos envió un mensaje de confraternidad, pero salta a la vista que lo ignoramos. Yo mismo conozco su doctrina y no creo en Él, y me parece de lo más sensata e instructiva, aunque no la defiende a pies juntillas. Lo que no soporto es la parte fantástica del relato y lo relacionado con la Iglesia Católica. Joder, el mundo está plagado de creyentes que no han leído una sola página de la Biblia, más falsos que un dólar con la cara de bin Laden.»

Ya en el rellano inspiré profundo.

—Al fin un poco de aire fresco —musité mientras Rebeca, sonriente, comenzaba a bajar las escaleras.

Al llegar abajo encontramos a Oliver —sorpresivamente— hablando con Walter. El forense habló nada más tenernos delante:

—Como le estaba comentando a Oliver, el cuerpo, como ya deberíais saber, es la parte izquierda de la pequeña. Pues bien, dentro de la bolsa descansaba sobre su lado derecho, donde el corte secciona su nariz, labios..., ¿me seguís?

—Sí, claro —aseguré decidido—. La parte derecha de la parte izquierda descansa sobre la parte...

Me detuve al percatar que mi explicación sonaba como un trabalenguas.

Todos me miraron con cara de guasa, de «basta ya, por Dios, es tarde para gilipolleces».

Me sentí como un completo idiota.

—La cuestión es —prosiguió Walter tras mi lamentable intervención—, que al mover el cuerpo he detectado que le falta el cerebro. —Aquello me aceleró el pulso incluso a mí, acostumbrado a perseguir a gentuza sin escrúpulos—. Por lo tanto, nuestro asesino se ha quedado con algún que otro recuerdo, y todos del lado izquierdo de las víctimas: media nariz y media lengua, una oreja, una mano y un ojo de James Thomas, y el hemisferio izquierdo del cerebro de Keishla Henderson.

Con Logan y en Cold Spring

¿El asesino nace o se hace?: la cuestión por la que expertos discutían por aquel entonces y discutirán hasta el fin de los tiempos. ¿Pero sabéis qué?, creo que no es una cuestión tan difícil de argumentar. A veces, las cosas no son blancas o negras, sino grises. Y no siempre la respuesta idónea es un «sí» o un «no», sino un «quizá». Y no todo es invariablemente bueno o malo, sino «ni bueno ni malo». Y, por ende, un asesino no nace siéndolo y tampoco se hace si no llega al mundo como tal: un homicida se moldea a partir de un tipo especial de arcilla. Si a Charles Manson le hubiera adoptado una familia de budistas y adoctrinado en las bondades de su religión, seguro que no hubiera creado «La Familia Manson» y causado la muerte de siete personas. La maldad que requiere el asesinato de una niña —como era el caso— se lleva dentro, sí, pero no siempre se manifiesta. Engendrar una salvajada de tal calibre está solo al alcance de unos pocos, de los que yo denomino ‘los portadores del gen maligno’. La chispa está en sus mentes, pero no siempre prende. Para que arda han de coexistir ciertos componentes internos, complejas interacciones que fluctúan entre las predisposiciones biológicas y los factores sociales.

Y cuando esas circunstancias se dan, cuando el «gen maligno» se apodera de un individuo, es cuando los detectives de homicidios salimos a la palestra dispuestos a apagar las llamas.

—El hemisferio izquierdo rige la función verbal —leyó Rebeca en la pantalla de su móvil mientras Oliver conducía—, además de otras funciones como la capacidad de análisis, de efectuar razonamientos lógicos, abstracciones, resolver problemas numéricos, aprender información teórica, hacer deducciones... Es como si el asesino nos alentara a..., ¿hablar? ¿Tal vez a interrogar a alguien en concreto?

—O a usar la lógica, simplemente —dije a punto de quedarme dormido, dando más cabezazos que un melencólico en un concierto de heavy metal—. Creo que en el fondo quiere que le encontremos. Casi todos los asesinos en serie anhelan mostrar su obra. Son muchos los que se han entregado cuando nada apuntaba hacia ellos. Eso sí: no antes de culminar sus planes.

Me vino *Seven* a la cabeza, la escena en la que John Doe se entrega ante la atónita mirada del veterano teniente Somerset y el ambicioso e impulsivo detective Mills.

«Quién me iba a decir que perseguiría a un asesino en serie de película.»

—Pues que se entregue de una puta vez, que está robándome mucho sueño —murmuró Oliver al volante, bromista.

—Yo, si te sirve de consuelo, no me tengo en pie —lamenté inmerso en mi particular burbuja de debilidad—. Cuando el asesino venga a buscarme puede que se encuentre con un muerto por cansancio, y se quede con las ganas de asesinar.

—Y es zurdo —musitó rebeca dándole vueltas al caso, al margen de nuestra conversación.

—Tenemos mucho —expuso Oliver—. Aparte de los mensajes, sabemos que es de color, zurdo, y que mide sobre un metro noventa, y que residió en Cold Spring al mismo tiempo que tú. Luego está la foto con los niños disfrazados y tal vez alguno coincida con la descripción: alto, zurdo, de color..., no creo que en Cold Spring hayan vivido o vivan demasiados tipos con esos rasgos. Puede que en la instantánea encontremos a un chaval alto y oscuro con «motivos» para odiarte, y..., ¡boom! caso resuelto. Si no fuera por los putos disfraces... A la mayoría no se les ve ni un centímetro de piel. Sin embargo, podemos buscar otras fotos de tus compañeros de clase por aquel entonces. Digo yo que las habrá. Aunque habiéndose quemado la escuela, vete a saber. En

fin, será cuestión de investigarlo a fondo.

»Luego está tu hermano, que quizá aporte datos interesantes, o que saquemos algo en claro de los familiares y vecinos de las víctimas. Para llevar tres días escasos de investigación no podemos quejarnos por falta de pruebas, ¿no creéis? De brazos cruzados no vamos a esperar su próximo paso, eso seguro. Tarde o temprano daremos con él. Está dando demasiadas pistas.

—No va a ser tan fácil —medité en alto, ya cerca del piso de Oliver—. Sabe que tenemos la foto y dudo que aparezca en ella, aunque tal vez contenga alguna pista. O puede que solo la utilizara para hacerme investigar la escuela. Ese tipo ha planificado los asesinatos al detalle, de ahí que no encontremos nada sólido. Tengo la amarga sensación de que dirige nuestros pasos hacia mi final. —El cansancio era tal que mis palabras parecían los delirios de un hombre desesperanzado—. Es como si nada fuera a servir, como si un vacío nos separara del «16-5-2019», como si todo nos avocara a ese momento, como si la única forma de identificarle fuese alcanzando ese día.

—Joder, Liam —dijo Oliver en un tono enojado—. ¿Pretendes amargarnos la puta existencia? Si no hay solución, suicídate y ahórranos el puto esfuerzo, hostia. ¡Sé positivo o mantén la puta boca cerrada, joder!

Me sorprendió su reacción, aunque no era la primera vez que degustaba su mala leche. Esperaba que no fuera la última.

—Ahora entiendo a la racista Anne: los negratas sois un puto incordio.

Oliver y Rebeca sonrieron sabedores de que intentaba distender el ambiente, guasearme un poco de mi compañero.

—Un poco sí, la verdad —secundó ella expandiendo la sonrisa de ambos.

—Iros a cagar —finalizó su compañero «oficial».

—Y sobre tu positivismo, Oliver, sobre lo de «tarde o temprano daremos con él»... —dije elevando el tono cuando a lo lejos podía divisarse el bloque donde vivía—. Por la cuenta que me trae, mejor pronto que demasiado tarde.

Bajamos del vehículo. Yo anduve en dirección a mi coche y Rebeca al suyo, un Chrysler Pacifica; Oliver, fatigoso —como lo estábamos todos—, hacia el bloque donde residía.

—Os aviso cuando localice a Logan —dije en voz alta abriendo la puerta de mi Mustang, deseoso por llegar a casa y descansar un poco mi cuerpo exhausto.

«¿Seguirá vivo?»

Rebeca se despidió con la mano antes de colocarse al volante; Oliver articuló un «hablamos» y se metió en esa «colmena» a la que él llamaba hogar; yo arranqué y conduje por las nocturnas calles de la Gran Manzana.

«Puede que ni siquiera siga entre nosotros.»

Hasta entonces no había barajado la posibilidad de que Logan hubiera muerto, pero eran tantas las «cosas» que podían matar a un hombre...: una enfermedad, que las había a puñados y de todos los colores; un accidente de tráfico o de cualquier otra índole; a manos de otro hombre —mi especialidad—; quitándose la vida, que tampoco era un método desconocido para mí... Con tantos peligros acechando, quien moría de viejo podía considerarse un ganador de la lotería de la vida; y yo esperaba que el nombre de mi hermano aún estuviera dando vueltas dentro del bombo.

Cada uno se fue por un lado, aunque ellos no tardarían en reunirse de nuevo. Yo descansaría unas horas y volvería tras más de medio año a la comisaría que me vio crecer como detective de homicidios. Un papelón después de tanto tiempo y sobre todo después de mi salida «por la puerta

grande».

Ni siquiera recordaba esos turbulentos días que ahora me sonrojaban. No lograba reproducir los momentos que precedieron al derrumbe de mi existencia, al accidente que carbonizó a mi mujer y a mi hija en el interior de nuestro coche familiar. Gracias a Oliver conocía los sucesos más relevantes —como mi puñetazo de despedida al jefe—, pero nada por mí mismo. A partir de la joven voz del agente de tráfico que me comunicó sus muertes, todo se volvía una nebulosa. El primer recuerdo que tengo, meses después de la tragedia, es una cuchilla acercándose a mis venas.

«Me contuve tantas veces... Me obligué a seguir; y uno no debería forzarse a respirar.

»Una infancia borrosa y una madurez a pedazos —pensé ya cerca de casa.»

A veces pensaba que mi mente era un portento, una máquina bien engrasada de borrar recuerdos; que me permitía ver solo lo que ella consideraba oportuno, que me protegía de acontecimientos terribles estancándolos en algún punto de mi cerebro. Y tal vez fuera lo mejor. Todo tiene su lado bueno, supongo. Además, me permitía recordarlas a ellas: lo único rescatable de mi existencia.

En ocasiones deseaba averiguar qué escondía la muerte, si al otro lado esperaban al padre y al marido.

«Sin memoria no hay vida, dicen. —La vista se me nublaba al volante—. Entonces he vivido menos que un adolescente.»

«No entiendo cómo logré «superar» sus muertes; época que tampoco recuerdo del todo. Supongo que la psicóloga hizo bien su trabajo, haciéndome entender que la vida es un don preciado —además de alejarme de la bebida—. Pero ni siquiera hoy en día logro ubicar el día que decidí tratarme. Tras las sesiones aprendí a sobrellevarlo en soledad. O puede que, como algunos piensan, seguí adelante porque las cosas pasan por algo, porque «aquí y ahora» es donde debo estar.

»Formar parte de una investigación me sienta como la mejor de las terapias —medité bajando la rampa que conducía a mi subterránea plaza de garaje—. No puedo seguir engañándome por más tiempo, ignorar lo evidente: soy un detective de homicidios.»

Tumbado en la cama encendí el televisor. Puse Netflix y seleccioné la serie *Mindhunter*, que se inició por el segundo capítulo. Basada en hechos reales, narra la historia de dos agentes del FBI que se entrevistaban a finales de los años setenta con asesinos y violadores encarcelados con la intención de desarrollar conjuntos de rasgos psicológicos. Una serie que ilustra de forma excelente los inicios de la utilización y el desarrollo de perfiles criminológicos.

De vez en cuando me gustaba reposar con la tele encendida, quedarme dormido con alguna película o serie policíaca: *Mindhunter*, *Seven*, *True Detective...*, cualquiera me valía si su temática era la de «policía persiguiendo a asesino». Pero esa madrugada, antes de caer rendido al cansancio, decidí echar mano de mi bloc de notas y continuar con las anotaciones.

Releí lo escrito para refrescarme la memoria:

✓ Nariz, oreja, ojo, mano y lengua, cercenadas: la mitad de los cinco sentidos. Y todas las partes del lado izquierdo.

✓ «16-3-1979/16-5-2019. R.I.P., Liam Jones». Faltan 45 días para la fecha límite.

«43 y bajando.»

✓ «La verdad reside en el peor lugar del mundo, Liam Jones, en el edificio que te vio reír como un zorro».

✓ Le conozco y me conoce. ¿Amigo? ¿Familiar? ¿Conocido?

✓ ¿La bala hueca indica que su intención es volarme los sesos?

Empecé a anotar las novedades, que no eran pocas:

«Quizá el día más intenso de mi vida.»

✓ Capucha de verdugo con inscripción en la etiqueta: «Propiedad de Liam Jones». Creemos que hace alusión a temas familiares: he de buscar a Logan y hablar con él, averiguar si sabe algo.

«No he visto esa tela en mi puta vida. No obstante, no puedo fiarme demasiado de mi memoria.»

De pronto sentí ilusión, como el niño que se acuesta sabiendo que visitará un parque de atracciones al día siguiente. Después de tanto, al fin encontré una «excusa», el empuje para buscarle.

«Espero hallarte vivito y coleando, hermano.»

✓ Fotografía tomada en mi antigua escuela: doce niños disfrazados a los que hay que identificar, localizar e interrogar. De eso se encargan Oliver y Rebeca.

✓ Cadáver de una niña (Keishla Henderson) partida en dos, en vertical. Partes halladas en lugares distintos: Cold Spring, lado derecho; Queens, lado izquierdo. Corte efectuado con una motosierra. Le falta el hemisferio izquierdo del cerebro.

✓ Testigo (puta vieja racista) afirma que un hombre alto y de color, presuntamente zurdo, tiró la bolsa que contenía la segunda mitad del cadáver.

«Creo que ya está todo. Un buen puñado de pistas. Si las seguimos bien, seguro que conducirán a algo. Mañana mismo empezaré a buscar resultados.»

Metí el bloc en el cajón y me acomodé sobre el somier. Hice amago de meditar sobre los nuevos hallazgos, pero a duras penas pude poner el despertador. Los ojos se me cerraban mientras los protagonistas de Mindhunter intentaban ahondar en la mente del asesino en serie Edmund Kemper.

Tras sonar el despertador, me levanté como si un Teleñeco lo hiciera de una cama de velcro.

«De hoy no pasa —cavilé por enésima vez, temeroso—. Este cansancio ha de deberse a alguna enfermedad. He de visitar a un médico antes de que sea demasiado tarde.»

No quería morir hasta, como mínimo, atrapar al asesino que amenazaba con matarme.

Apagué el televisor y anduve renqueante hasta el cuarto de baño. Entré en la ducha como un somnoliento zombi, empapándome de agua fría. Cerré el grifo y salí flemático, aunque algo más espabilado. Me miré al espejo: ojos caídos, cara hinchada, piel apagada... Y esas putas marcas en el pecho.

«Estoy para el arrastre.

»Un afeitado no me vendría nada mal.»

Experimenté una apatía desbordante.

«Paso. Así parezco mayor e inculco más respeto. Además, tampoco pretendo interesarle a nadie. A quien no le guste, que no mire.»

Me vestí y salí por la puerta. Como siempre, escuché sus risas antes de cerrar. Aquella mañana incluso desde el ascensor; traspasaron las paredes hasta colarse en mis oídos.

Bajé hasta el parking y entré en mi Mustang. No pude evitar echar un vistazo alrededor, debajo del coche, en su techo... Pero esta vez no encontré ningún «regalo» del asesino.

Conduje con la ventanilla bajada hasta mi habitual primera parada.

Accedí al *Five cups* como si cargara con una mochila llena de plomo.

—Buenos días, Liam —saludó Peter alegre, obviando que la noche previa abandoné el local

de mala manera. Así era Peter: un tipo carente de rencor. O al menos su conducta era lo que dejaba entrever.

—Hola. ¿Cómo va todo?

—Pues como siempre.

—Imagino que eso es bueno.

Nuestras conversaciones parecían calcos, un continuo *déjà vu*. Supongo que aún no nos conocíamos lo suficiente como para entablar charlas más profundas, y eso que llevaba acudiendo allí cada mañana desde hacía unos cuantos años.

—Sí, claro.

—Me alegro, entonces.

El camarero depositó sobre la barra mi café con coñac.

—¿Hoy también pretendes desenmascarar a algún capullo? —preguntó mientras limpiaba con el trapo varias gotas derramadas sobre la madera vengué.

Le dediqué una sonrisa apenas perceptible.

—Esa es la intención.

—Ah, por cierto, Liam, ¿has visto el Times? Por lo visto, un asesino en serie actúa en la ciudad. Y como tú fuiste detective de homicidios... —Se giró y cogió de un estante el rotativo más importante de la ciudad—. Mira. No se había visto nada parecido desde El asesino del calibre 44.

«David Berkowitz. Un puto tarado que tiroteaba a sus víctimas dentro de coches. Además, al más puro estilo Zodiac, enviaba cartas desafiantes a la policía con el seudónimo de El hijo de Sam.»

Cogí el periódico.

Peter se marchó a atender a otro cliente.

Intuía lo que iba a encontrar, pero ansiaba saber si en el artículo constaba mi nombre.

El titular rezaba así: «Un asesino en serie descuartiza a sus víctimas en Nueva York».

«Técnicamente no puede considerársele un ‘asesino en serie’, no al menos hasta que cometa un tercer asesinato. Pero si no le atrapamos, es cuestión de tiempo que alcance dicho estatus. Ese hijo de perra mata con la única motivación del disfrute, y sigue un evidente modus operandi, además de firmar las escenas con el puto mismo mensaje: «16-3-1979/16-5-2019. R.I.P., Liam Jones». Eso sí —aunque no sea tan popular ni mediática—, ahora mismo la acuñación correcta sería la de ‘asesino relámpago’: múltiples asesinatos en un corto período y en lugares distintos.»

Los reporteros del Times no tenían demasiado. Leí la noticia de cabo a rabo y solo conocían los pormenores: dos asesinatos y dos cuerpos cercenados. Nada más, aunque no era poco. Al menos, en la crónica no constaba ningún nombre, ni siquiera el de los detectives al cargo de la investigación. Nombres, por otra parte, que no tardarían en salir a la luz.

«Putas filtraciones. Tendrían que cortarles la lengua a los agentes que hablan con la prensa.»

—Cerré el periódico y me despedí de Peter con un «hasta pronto».

Una vez ingerido mi jugo matinal y leído el New York Times —un pequeño roto en mi monotonía mañanera—, conduje hasta comisaría. Tardé menos de diez minutos en llegar; aquella mañana los semáforos parecían tener fija la lucecita verde. Lo tomé como un buen presagio.

«¿Oliver y Rebeca estarán ya de camino a Cold Spring? —me pregunté mientras aparcaba lo más cerca posible de la entrada. No llevar placa tenía ciertas desventajas, y una era carecer de plaza de aparcamiento—. ¿Y sabrán que el caso ha dado el salto a los medios? Seguro que sí. Es inevitable —lo extraño es que hayan tardado tanto en hacerse eco—, pero aun así no creo que estén contentos; se les viene encima una maraña de reporteros sedientos de primicias.»

Entré. Saludé a Winston, uno de los «repcionistas» encargados de vigilar el acceso a la primera planta. Un hombre de color entrado en kilos, con la cabeza rapada más grande que había visto en mi vida. Si se hubiera tatuado los cinco continentes en la sesera, le habrían confundido con un globo terráqueo andante.

—¿Qué tal, Winston?

—Hola, Liam. Pues aquí estamos, vigilantes.

—Voy arriba, ¿vale? —Le guiñé el ojo.

Asintió a mi solicitud con su descomunal testa. A tenor de su permisividad, debía estar avisado de que iba a pasarme por las instalaciones.

Subí a la primera planta. Abrí la puerta que daba acceso a la gran sala donde antaño tuve una mesa de despacho. Al acceder, un súbito silencio me detuvo en el umbral. Conocía a cada uno de aquellos agentes, pero en ese instante me hicieron sentir como un auténtico desconocido. Observaron mi estampa paralizados, serios, algunos visiblemente sorprendidos. «A saber a cuántos de estos habré enviado a tomar por culo». Por fortuna, el corte duró poco. La mayoría acabó sonriéndome, saludándome con la mano desde su silla. Y al avanzar entre las mesas se incrementaron las cortesías: «Cuánto tiempo, Jones»; «¿Estás de vuelta, Liam?» «Bienvenido, tío»; «Pórtate bien, ¿eh?». Algunos «cumplidos» fueron acompañados de un guiño o un leve saludo militar. Supongo que un par de desastrosas semanas no consiguen trincar años de buen hacer como detective y compañero. Sara Collins y Adrian White hasta se levantaron para estrecharme la mano.

—¿Qué te trae por estos lares, Jones? —preguntó desde su silla Arnie Smith, un antiguo compañero con el que había colaborado en varios casos y quien debía ayudarme a encontrar a Logan—. ¿Vas a volver al lío?

—Como si no supieras a qué he venido, capullo.

Ignoré su segunda cuestión.

Arnie me sonrió, guiñándome el ojo en plan «me has pillado».

El parqué oscuro bajo mis pies, un buen montón de mesas colocadas en tres largas hileras perpendiculares y un largo pasillo donde una puerta gris marengo lucía el rótulo «Comisario Jason Green», además de encontrarse los urinarios y la sala de descanso en la cual esperaba mi adorada máquina de café; tras mi marcha, no conseguí probar un «caldo oscuro» como el que tomaba en comisaría. Decenas de ufanos separadores de cristal disociando los pequeños despachos, que en realidad otorgaban poca o ninguna intimidad; si bien, allí nadie debía esconder nada, y lámparas tipo plafón colgando del techo de hormigón. En resumidas cuentas, el que fue mi lugar de trabajo y el que pretendía que volviera a serlo.

Golpeé con los nudillos la puerta del despacho de Green. Tras escuchar un «adelante», abrí. Asomé la cabeza.

—¿Podemos hablar, señor?

—Claro, pasa.

Green permanecía sentado en su elegante silla de piel negra, ante su portátil. Me acerqué pausado a su mesa, hablándole de pie mientras él miraba la pantalla.

—Voy a ir al grano.

Alzó la vista.

—Dime.

—Me gustaría volver.

—¿Volver a ser detective de homicidios?

—Sí.

—¿Y a qué se debe ese repentino cambio? Cuando te fuiste, cuando me diste un puñetazo rompiéndome la nariz, dijiste literalmente: «No pienso volver a esta mierda de comisaría». Y ahora estás aquí y me pides volver.

—El hombre que dijo esas palabras ya no existe. No tengo excusa, pero no podemos obviar que estaba pasando por un mal momento. Terrible, diría yo. Me escudé en el alcohol y... Solo espero que me perdone, que me deje desempeñar el único trabajo que sé hacer.

—Te veo bastante recuperado, sí, aunque parece que no has dormido en una semana. Te seré sincero: eres buen detective, de los mejores. «Eso ya lo sé». Por eso te daré otra oportunidad. Estarás a prueba unos meses y así podré comprobar si el demonio que llevas dentro se ha dormido del todo. —Me costó no sonreír ante su «satánico» comentario—. Si cumples, volverás a ser detective de homicidios. Si no, detective privado. Ah, y aféitate, joder, que pareces un puto vagabundo.

«Ya sabía yo que mi look de *cutrehipster* no iba a gustarle.»

—Una medida razonable, señor. Gracias. No se arrepentirá.

Di media vuelta y anduve satisfecho hacia la puerta.

—Espera. No tan rápido. ¿Cómo va la investigación? Estoy al tanto, pero me gustaría saber qué opinas.

—Tenemos abiertas dos vías de investigación. Puede que ambas conduzcan a un callejón sin salida, pero a mi parecer darán algún fruto importante. Ahora mismo me disponía a localizar a Logan, mi hermano, para hablar con él e intentar descubrir al asesino. Creemos que nos incita a hablar con ciertas personas relacionadas con mi pasado. A ese hijo de puta le gusta jugar a «frío o caliente». Si le soy sincero, juraría que es alguien a quien no recuerdo, y eso es una putada, pero al mismo tiempo demuestra que conoce mi amnesia, y por ende es alguien cercano. Por suerte, disfruta dándonos pistas y eso es bueno. Aún faltan veintidós días para la supuesta fecha límite. El problema es que no parece tener intención de suspender los asesinatos. Pero todo avanza muy rápido. Si seguimos así, daremos con él. Una vez hable con mi hermano pretendo someterme a una regresión. No creo que funcione, ya que el periodo que debo «revisar» es demasiado dilatado, pero debo intentarlo. Parece obvio que hablamos de alguien a quien, de una forma u otra, de manera intencionada o no, fastidié la vida. Quizá un sujeto que conocí en mi infancia en Cold Spring y que acabé llevando ante la justicia en Nueva York; ya sabe, el mundo es un pañuelo. Intentaré localizarlo en mi memoria. Mis recuerdos van refrescándose tal cual avanza la investigación; al ver una edificación, un paisaje, una cara familiar... Y tarde o temprano evocaré el momento clave. La descripción que nos dieron ayer, bueno, más bien hace unas horas, será de gran ayuda.

—De acuerdo. Procede, entonces. Y no olvides mantener la comunicación con Oliver y Rebeca en todo momento. Has de informar de inmediato, ¿de acuerdo? Cíñete a las normas y todo irá bien.

—Así será.

Abandoné el despacho.

Me detuve nada más salir.

Durante unos segundos observé cómo curraban mis excompañeros. Los cafés humeantes sobre las mesas, el sonido de los dedos oprimiendo los teclados, el runrún de unas voces que eran música celestial para mis oídos.

Anduve decidido hasta el centro del murmullo, alzando la voz con la intención de zanjar un asunto pendiente:

—¡Chicos! ¡Escuchadme, por favor!

Poco a poco, los sonidos fueron apaciguándose, hasta quedarse en un silencio casi absoluto.

—Bien, gracias. Solo quería disculparme por mis últimos días en el cuerpo. Si ofendí a alguien, lo lamento.

Escuché de fondo un «no pasa nada, hombre». Algún compañero se acercó a darme unas palmaditas en el hombro. Arnie Smith, por ejemplo, me «honró» con sus halagos: «Le diste una hostia al jefe, compañero; tienes todos mis respetos».

Todos conocían el motivo de mi trastorno temporal, aunque no me preguntaran por cómo sobrellevaba sus muertes. En sus ojos aprecié la pena que sentían por un hombre que lo había perdido todo.

«Bueno, ha ido bastante bien.»

No fui el detective más sociable del mundo, pero siempre intenté ser cordial con mis compañeros. «Respétame y te respeto». Si no congenié con alguno —nadie es Santo de la devoción de todos— era porque existía esa falta de consideración. Siempre he pagado al prójimo con la misma moneda; menos cuando las perdí a ellas y empecé a pagar sin haber recibido nada. De ahí lo que acababa de hacer; de ahí mi reciente —y por lo visto aceptada— petición de indulto.

Me sentí liberado: volvía a tratar con Oliver; el comisario había accedido a considerar mi oferta de trabajo; mis excompañeros parecían dispuestos a olvidar mis últimos y truculentos días en la «oficina»... Desde la muerte de Amber y Dalia, el momento más alentador lo estaba sintiendo en aquella comisaría.

«Puede que aún haya esperanza. Ellas querrían verme feliz.»

—Tú, *carachancla* —dije mirando a Arnie Smith, nuevamente envuelto por un sinfín de voces—. Necesito tu ayuda.

Me acerqué a su mesa, quedándome de pie a su lado.

—Háblame con respeto, soplapollas —contestó bromista—, que ya no eres un agente de la ley. Ponte tonto y te empapelo.

Sonreí.

Arnie era un cachondo, un flacucho calvo, con bigote y gafas que basaba su encanto en no hablar nunca en serio. Siempre me recordó al actor que tecleaba los nombres de La lista de Schindler.

—Necesito que busques la dirección de una persona.

—Lo sé. Esta mañana, a las seis y media nada más y nada menos, Oliver me ha enviado un Whatsapp avisando de que te pasarías. Aunque no hacía falta. Para mí siempre serás un cabronazo, pero también un colega.

—Se agradece lo de cabronazo. Pero dejémonos de gilipolleces. El tiempo apremia y como sabrás, un asesino me tiene enfilado.

»Busco a mi hermano. Acudo a ti porque se ha cambiado el nombre, puede que incluso los apellidos, y ya sabes lo jodido que es localizar a alguien sin contar con ciertos datos.

—Si cambias de identidad, dejas un rastro, y yo soy un puto sabueso. Dame su antiguo nombre y te daré el actual.

—Un poco perro sí eres... En fin: Logan Jones Jenkins.

—Vaya: los dos teníais las mismas iniciales.

—Sí. De pequeños solíamos bromear con el tema.

Después de decir aquello evoqué un pequeño pasaje en el que mi hermano, cerca del río

Hudson, me llamaba justo así: «LJ». Como en el sueño.

«Los recuerdos afloran poco a poco.»

Sentí el irremediable deseo de estrecharlo entre mis brazos.

—Pero déjame trabajar en paz —solicitó Arnie pulsando en su teclado, ya en busca de la supuesta nueva identidad de Logan—. Ahí de pie me pones de los putos nervios. Vete a tomar por culo, o a beberte un café. Lo que sea, pero lejos.

—Vale, tío. Te espero en la sala de descanso.

Anduve hacia el cuarto donde me esperaba una máquina de café, un microondas, una nevera, una pila, y juraría que seis sillas frente a una mesa rectangular y tres taburetes ante una redonda. En realidad, aquella habitación estaba tan equipada o más que la cocina de cualquier hogar; era incluso más bonita que la de mi propio piso.

«Mmm... Vuelvo a ti, cafetera celestial.»

Abrí la puerta y el inconfundible aroma a ‘café de comisaría’ se adentró por mis fosas nasales como un demonio en un alma débil.

—Me cago en sus putas madres. —No pude evitar soltarlo en alto.

«Mi» adorada cafetera había dado paso a una más sofisticada, con tres «grifos» y más capacidad; pero dudaba si con más «talento» para satisfacer mi paladar.

«Serán hijos de la gran puta.»

Por suerte, aquella mañana estaba de buen humor. Así que, resignado, decidí —ya que en adelante pretendía hacerme allí muchos cafés— probar las cualidades del nuevo «cacharro». Pero Arnie apareció justo cuando me disponía a determinar cuál, si la nueva o la vieja, hacía mejores bebidas.

—¿Ya?

—Sí. Tengo el nombre completo y su dirección. Y, oye... —La cara de guasa de Arnie no tenía parangón—. ¿Hace mucho que no te confiesas?

«No me jodas.»

—No me digas que...

—Pues sí: cuando veas a tu hermano, el padre Gavin Harries Jenkins, podrás pedirle que te absuelva de todos tus pecados.

«La madre que me parió.

»Claro, hermanito: solo has mantenido el apellido de mamá.»

Oliver

—Pues Liam le tendrá manía a este pueblo, pero a mí me parece bonito de cojones —dijo Rebeca mirando ensimismada por la ventanilla—. Igual cuando me retire vendo mi piso en la Gran Manzana y compro una casita en un lugar como este.

En verdad, Cold Spring no era, como aseguraba Liam, un pueblucho de mala muerte. Me imaginé junto a Jennifer viviendo en alguno de aquellos preciosos chalets individuales y me entraron ganas de darle la razón a mi compañera. Pero no dije nada; me mantuve en silencio mientras conducía hacia el 85 de Main Street.

Durante el viaje decidimos iniciar la investigación por el lugar más coherente: el departamento de policía. Lo lógico era pedirle ayuda a quien mejor conocía a los habitantes del pueblo: al sheriff de Cold Spring.

No le vimos en la azotea de la escuela, pero seguro que se pasó a husmear en algún momento. Por otra parte, era su obligación: estar al tanto de lo que sucedía en su «casa», aunque no estuviera a cargo del caso. El problema es que acudíamos sin cita previa. Pero la gravedad del asunto y su reciente salto a los medios aseguraba que nos abriera las puertas de su oficina. Y si no, tendríamos que obligarle a «colaborar»; si bien esperaba no verme forzado a llegar a tal extremo.

—Espero no encontrarme al típico palurdo pasado de kilos —dijo Rebeca en referencia al sheriff, ya cerca de nuestro destino—. No me apetece lidiar con un pueblerino que se cree Harry el sucio. Nos ven y sacan pecho, marcan territorio, creyéndose criminólogos expertos.

—Aquí las personas no son peores que en Nueva York. Joder, tía, empieza a parecerte a mi «amiga» Anne...

—No me refiero a eso, joder. Solo digo que en los pueblos todo fluye a otra velocidad, que no están acostumbrados a investigar homicidios.

—Puede que aquí se lleve la velocidad correcta, ¿no crees? Correr no siempre te hace llegar antes a los sitios, ni a las resoluciones.

—¿Te has levantado filosófico, o qué?

—Ya ves. —Aunque llevara horas despierto, me sentía amodorrado. Y la falta de sueño me convertía en un ser propenso a las gilipolleces—. Si Platón levantara la cabeza me haría su discípulo sin pensárselo dos veces.

—Lo que tú necesitas es un Platón de lentejas, que te veo empanado.

Rebeca puso cara de estar ante quien no tiene remedio. Yo sonreí mientras estacionaba en la misma puerta del edificio. Daba gusto tener mil huecos donde hacerlo.

Las dependencias del sheriff se hallaban en el interior de un edificio de fachada beige donde ondeaba la bandera americana.

Anduvimos hacia la puerta, que ni siquiera estaba cerrada.

Entramos.

Previo a su despacho —en la puerta podía leerse sheriff Alan Campbell—, encontramos dos mesas, que dedujimos serían las de sus ayudantes. Y silencio. Una tranquilidad que me hizo sentir inquieto.

«Estamos acostumbrados a la vorágine de la ciudad, a los ires y venires apresurados de sus ciudadanos, al descontrol, a los ruidos, a las aglomeraciones, a los rascacielos que no nos permiten ver el sol... Estamos muy malacostumbrados.

»¿Tres agentes para todo un pueblo? —pensé justo antes de golpear la puerta con los nudillos—. Y seguro que se las apañan de puta madre. Menuda tranquilidad rezuma por aquí. Si hasta se escucha el canto de los pájaros. Supongo que es lo bueno de trabajar en un «pueblucho»; ¿lo malo?: la falta de medios, supongo.»

Recordé las quejas de Liam cuando éramos compañeros.

—Adelante —escuchamos.

Al acceder encontramos a un hombre de unos cuarenta años —le imaginé mayor—, moreno y de ojos claros. Al ver las placas asidas a nuestros cinturones —nuestra habitual carta de presentación— se levantó de su silla de piel marrón y nos mostró su más de metro ochenta de firme corpulencia.

Me gustaban las mujeres —la mía, más bien—, pero sabía diferenciar a un palurdo pasado de kilos de un hombre bien plantado. Y por la sonrisa de Rebeca, ella también.

—Hola. No esperaba visita —saludó jovial mientras estiraba la mano por encima de la mesa. Ambos se la estrechamos mientras procedíamos con las presentaciones de rigor—. Supongo que

vendrán en referencia al suceso de ayer. —Asentimos—. Pues lamentablemente no estamos al corriente de casi nada. Sé más por la prensa que por ustedes. Sus colegas no fueron..., digamos, demasiado cordiales.

«A veces los garrulos llegan de la ciudad.»

—Siento oír eso —dijo Rebeca—. Si nos lo permite, procederemos a ponerle al tanto.

—No me hables de usted; me hace sentir un carcamal.

Mi compañera sonrió como una quinceañera con las hormonas desatadas.

Durante más de veinte minutos lo estuvo «iluminando». Ni el más mínimo pormenor quedó sin explicarse. Rebeca tenía buena memoria. Alan no abrió la boca ni una sola vez, limitándose a escuchar mientras alzaba las cejas, las fruncía, entreabría la boca y la cerraba, se movía sobre su silla y se frotaba el mentón.

—Me dejan de piedra —manifestó al término de la información—. He leído el Times, pero lo que ustedes me cuentan es..., como poco preocupante. ¿Y dicen que el exagente amenazado vivía en Cold Spring?

—Sí —contestó Rebeca—. ¿He obviado su nombre?

—Así es —zanjé—. Todo el tiempo te has referido a él como a «un exagente que vivió aquí».

—Liam Jones —solventó Rebeca de forma seca.

—¿Liam Jones? ¿En serio? —La cara de Alan mezcló sorpresa y fastidio—. ¿Qué hará, veinte años?

—¿Le conoce? —pregunté desconcertado.

—No. Bueno, ni me acuerdo de su cara. Pero cómo olvidarle del todo. —Estiró la mano, abriéndola, mostrándonos su dorso—. Antes de marcharse me dejó «su marca». Menuda prenda estaba hecha el muy...

Entre el dedo gordo y el índice, perfectamente perfilada, podía vérsese la marca de unos dientes. Parecían haberle dibujado un arco iris a dentelladas.

—¿Se lo hizo Liam?

—Sí. Me metí con él y...

—Pero ha dicho que no le conocía bien.

—A ver, agentes, Liam y yo no éramos amigos, ni siquiera nos soportábamos, pero en este pueblo todos nos conocemos, ¿entienden?

»No irán a creer que tengo algo que ver con los asesinatos, ¿no? Puedo facilitarles tantas coartadas como deseen, si eso va a dejarles más tranquilos. —Sonrió de medio lado. Su tono rozó lo socarrón.

—Por supuesto que no, Alan. —Mi compañera intentó tranquilizarle.

«Pues sí que se ha tomado esta en serio lo de tutearle.»

—No hemos venido aquí para acusarle de nada —insistí, secundando a Rebeca—. ¿Recuerda la fotografía con los niños disfrazados que mi compañera ha mencionado? —Asintió—. Necesitamos localizar a esos críos. El asesino es supuestamente de color, alto y zurdo.

—Pues yo no soy zurdo, y tampoco de color —inquirió aún molesto. Figuro que a nadie le gusta que le llamen —aunque sea de refilón— asesino—. ¿Pueden enseñarme esa foto?

—Por supuesto.

Le mostré la pantalla de mi móvil, donde podía verse una fotografía de la fotografía, valga la redundancia. Alan la observó detenidamente.

—No van a creérselo: soy el fantasma, el segundo por la izquierda. Mi madre tiene la misma instantánea. ¿Puede enviármela al correo?

—Claro. Démelo y procedo.

Deletreó su e-mail y se la mandé.

—De todos modos, puedo asegurarles que en la foto solo aparece un niño de color, además, alto y zurdo. Liam y yo compartíamos aula con un solo alumno negro, que además era mi mejor amigo y en parte aún lo es. Su nombre es Chris Foster.

No me gustaba el apelativo «negro», pero se lo dejé pasar porque un racista nunca sería amigo de un hombre de color.

—¿Igual que el jugador de baloncesto que arruinó su carrera por darle a las drogas? — pregunté.

—No, agente: es ese mismo jugador de baloncesto que no supo lidiar con la fama. Y están de enhorabuena: hace un par de años volvió al pueblo que lo vio partir en busca del éxito, y regresar tras dilapidar una pequeña fortuna en sus vicios. Una pena, ¿no creen?

«De color, alto, zurdo... Ha de ser él.»

Liam

«Cura. Tócate los huevos.

»¿Sentiste el llamado de Dios, hermano. Creíste que una vida de celibato y de devoción te haría comprender el mal que nos hizo, superarlo? ¿Le perdonaste? —Me resultaba imposible nombrarlo por su «verdadero» nombre: padre Gavin—. Respeto tu decisión, Logan, aunque no crea en tu dios. Yo mismo encontré la «fórmula» para seguir adelante, para olvidar lo poco que recuerdo de aquel infierno. Al menos durante un tiempo.»

Conecté el manos libres, seleccionando el número de Oliver.

Un tono.

Dos.

Tres...

—Sí, Liam, ¿cómo vas?

—De camino a Filadelfia.

—¿A Filadelfia? ¿Tu hermano vive allí?

—Así es.

—Pues has tenido suerte: te pilló a un par de horas.

—La verdad es que sí. ¿Y vosotros? ¿Cold Spring sigue dando tanto miedo como siempre?

Me sentía bien, tanto incluso como para bromear de mi truculento pasado.

—Vamos a hablar con un sospechoso. De color, alto, zurdo..., e iba contigo a clase cuando se echó la fotografía.

Estuve a punto de frenar en seco en medio de la carretera. El pulso se me aceleró.

—¿Quién?

—¿Te suena Chris Foster?

—Sé de un jugador de baloncesto con ese mismo nombre. Pero creo que murió de sobredosis hará como unos cinco años.

—No, Liam, no murió.

—¿El sospechoso es Chris Foster, el base de los Knicks?

—Vaya, pues aprovecha y pídele un par de autógrafos. Que te firme la placa, la mano, o una tetilla..., no sé. Las firmas de estrellas venidas a menos están al alce.

Se me escapó una risita.

—Vete a tomar por el culo, anda. —Escuché de fondo la risa de Rebeca. Por lo visto, también llevaba puesto el manos libres—. ¿Y tú hermano?, cuéntame. ¿A qué se dedica? ¿Está casado, tienes sobrinos...?

«Mierda.»

»Debería haberme ahorrado las bromitas.

»Están a punto de llover guasas y voy a empaparme.

—Es cura —dije escueto.

Hubo un silencio que sin duda precedía a una tormenta de risas.

—¿Cura? ¿En serio? —Otra vez volví a escuchar las risas de Rebeca, pero esta vez alto y claro. Parecía estar desternillándose sobre su asiento—. Eso es cojonudo: podrá hacerte un exorcismo y sacarte al demonio que llevas dentro.

«Me lo tengo merecido por gilipollas.»

—Iros los dos a cagar. —Sonreí—. Y en referencia a Chris Foster, dudo que sea nuestro hombre. El asesino es más inteligente que un jugador de baloncesto que no sabe controlarse.

—Pero todo cuadra. ¿No crees que son demasiadas coincidencias?

—¿Y si el mismo asesino nos está conduciendo a él? ¿Y si estáis donde él quiere que estemos? Puede que esconda algo, pero dudo que sea el autor de las muertes. En fin... ¿Hablamos esta noche y compartimos novedades?

—Claro. Ve con Dios, hermano. —«Cabrón». Reí para mis adentros—. Ah, y que sepas que ahora mismo estoy con alguien a quien mordiste en una mano.

—¿Qué? ¿Yo?

—Nada, tranquilo. Esta noche te cuento.

Colgó. Pero antes pude escuchar otra risotada de su compañera.

El viaje a Filadelfia se me hizo relativamente corto. Estar entretenido, aunque fuera con mis propios pensamientos, propició que el tiempo pasara volando.

Volqué en mi navegador toda la responsabilidad de llegar hasta Logan. Seguí sus instrucciones al pie de la letra, sin desviarme, obedeciendo ciegamente la voz que surgía del aparato. Sin el GPS, alcanzar el 20 de American Street me hubiera resultado un tormento. Aunque lo cierto es que di más vueltas que un tonto, llegando incluso a pensar que el navegador se había «liado». Pero no. Lo dicho: sin aquel jodido y útil invento me habría perdido.

—A cien metros encontrará su destino. —Aquella voz femenina, casi sensual, consiguió acelerarme el pulso.

«Ya era hora, joder.

»Siendo cura supongo que estará en casa, ¿no, hermano?; en la casa del Señor...

»Nada más y nada menos que veinte años y pico sin vernos.»

Resoplé mientras estacionaba. Me apeé nervioso, pero sabedor de que estaba haciendo lo correcto. No tenía por qué guardar ningún recelo. Me disponía a reencontrarme con mi hermano, no con mi padre; ese trauma estaba superado. Además, se hacía llamar padre Gavin, y eso, en principio, era buena señal. El tipo de persona en la que se había convertido solía predicar la bondad, lo de poner la otra mejilla y esas chorradas.

No era un devoto, ni mucho menos; más bien todo lo contrario. En realidad, ni siquiera era «fan» del gremio. Pero conocía a mi hermano y sabía que era un buen hombre. Me propuse redescubrirle a él, no a su profesión.

Pisé una acera ancha y despejada, una zona de edificios bajos —si los comparábamos con los

rascacielos de Nueva York—, con árboles a ambos lados de la calzada y bastantes tiendas.

Localicé la iglesia donde —aún, supuestamente— mi hermano daba misa. Crucé la calle. Me detuve a contemplar la fachada, sus puntiagudos contornos, su piedra gris, su puerta con arco de medio punto de madera oscura con una gran cruz tallada en el centro, sobre la que permanecían tres vidrieras de apagados colores y un pequeño reloj que marcaba la una en punto. Una iglesia austera anclada en las afueras de Filadelfia.

«Un buen lugar para el recogimiento. Un buen lugar para empezar de nuevo».

Entré, cruzándome con una señora que parecía orar en susurros.

El interior resultaba igual de austero que el exterior. Más allá de los bancos, donde un único feligrés rezaba de rodillas, contemplé un altar precedido por cinco peldaños de piedra beige, sobre el que descansaban dos candelabros. La pared del fondo, apenas ornamentada con tres santos de piedra, o vírgenes, o lo que fueran —aún estaba lejos—, gozaba de dos puertas de madera; supuse que las «dependencias» del cura, de mi hermano.

Miré alrededor, pero en la iglesia solo estábamos el devoto que oraba en los primeros bancos y yo.

De pronto una de las puertas se abrió, mostrando a Logan. El pulso se me disparó y un escalofrío recorrió mi espalda. Su mirada, sus andares, su forma de mover los brazos, su pelo... Allí estaba mi hermano.

Me escondí tras una de las columnas que adornaban y sustentaban aquel templo.

Me eché a llorar.

Y sin darme cuenta le tuve delante.

Agaché la mirada.

—¿Puedo ayudarte? —«La misma voz que gritaba «¡corre!» cuando nuestro padre se acercaba correa en mano». Me enjuagué las lágrimas con la manga de la camisa—. Mírame a los ojos, hermano, no te escondas. —Aquello me confundió. ¿Hermano de sangre o de congregación?—. Liam, alza el rostro.

Le miré a los ojos. No pude evitar que la vista se me fuera a su alzacuello. Como yo, lucía más arrugas, pero la misma esencia.

Nunca antes había visto a un hombre tan al borde del llanto, contenerse de aquel modo. Parecía estar acumulando montones de emoción, de recuerdos, de cariño. Sus ojos se enrojecieron hasta el punto de estallar en lágrimas; ambos explosionamos con «Dios» como único testigo.

Nos abrazamos.

Me sentí como en casa.

Oliver

El sheriff insistió en acompañarnos. «Será mejor que os acerque con mi todoterreno», aconsejó. Foster vivía en las afueras, en una pequeña casa con forma de cubo y de acceso complicado. Y llevaba razón: durante un largo tramo, el camino no estuvo falto de baches.

A través de la luna pudimos ver una cochambrosa vivienda de madera. Alejada del camino, entre dos grandes pinos, parecía una caja de zapatos desgastada; daba la sensación de haber llegado allí remolcada desde un camping de mala muerte.

—¿Vive ahí adentro, en serio? No entiendo cómo un deportista profesional puede acabar en semejante cuchitril.

—Supongo que se adentró en una espiral nociva —explicó Alan con las manos asidas al volante—. Su ritmo de vida conllevaba una gran presión y estrés, y buscó la «mejor» forma de aliviarse. Luego, los que creía sus amigos le dieron la espalda, y si a eso le sumamos un par de malas inversiones... Su carrera, el dinero, la familia, los que le apoyaban cuando estaba en la cima, se fueron, dejándolo en la estacada, a solas con el vicio. He intentado ayudarlo, pero se niega en redondo a escuchar. —El sheriff agachó la cabeza—. No esperen a un hombre dispuesto a colaborar, sino todo lo contrario.

Las palabras de Alan provocaron que mi tío Mike se perfilara en mi mente: hermano de mi madre; alcohólico redomado.

«La adicción a las drogas y al alcohol es una enfermedad. Se apodera del comportamiento, de la percepción, del juicio, de las emociones..., esclavizando la voluntad al tiempo que desplazan necesidades básicas como el comer o el dormir. El adicto pierde todo concepto de moralidad, y actúa bajo el influjo de los narcóticos: miente, roba, se prostituye..., e incluso mata. La droga se convierte en el centro de la vida del drogadicto, y el alcohol —como en el caso de mi tío Mike— en el núcleo del alcohólico.»

Bajamos del vehículo con tracción a las cuatro ruedas. A la estela del sheriff, que caminaba pausado por el camino de tierra que nos había alejado más de cinco kilómetros de Cold Spring, nos aproximamos a la vivienda del sospechoso. Alrededor predominaba el verde de las hojas, el marrón y el ocre de la tierra, el azul del cielo y el blanco de las nubes.

«Inmejorable día para hablar con una estrella estrellada.»

—¿Estará? —pregunté mientras avanzábamos en fila india: Alan, yo, y en último lugar Rebeca, que parecía haberse quedado muda.

«¿Estás tensa, compañera?»

—Seguro: detrás de la casa he visto asomar el morro de su furgoneta. —Andaba tan concentrado en la entrada que obvié ese detalle—. Se pasa el día ahí metido, rebozándose en su propia mierda. Y os advierto una cosa: tiene una escopeta y a veces su cerebro no carbura bien.

—¿Y eso qué cojones significa? —Rebeca rompió al fin su silencio—. ¿Le crees capaz de dispararnos?

—Si está sobrio, no, pero suele ir hasta el culo de mierda. Aunque, por suerte, hoy aún es temprano...

»Además, os aseguro que ahora mismo nos está observando.

«Cojonudo.»

Le eché un ojo a mi compañera. La descubrí agazapada, andando detrás de mí con su reglamentaria bien sujeta entre las manos. También desenfundé.

«¿Un drogadicto armado? —pensé a menos de cinco metros de la puerta. Alan, en cambio, andaba con las manos desnudas—. No voy a morir por el disparo de un yonqui. Si la cosa se pone fea, antes él que nosotros.»

La casa —por llamarla de algún modo— parecía una caravana sin ruedas; dos palos y unas telas raídas le hacían de porche. Lamentable.

La puerta estaba abierta, pero una mosquitera con más agujeros que un queso gruyer procuraba que los bichos no entraran.

Alan golpeó el marco con los nudillos.

De inmediato y desde adentro, como si hubiera estado esperándonos —dándole la razón al sheriff—, escuchamos una voz ronca y varonil.

—¿Qué quieres, Alan?

Este se mantuvo firme ante la puerta. No se parapetó contra la fachada como nosotros.

«Demasiada confianza, amigo.»

—¿Estás armado, Chris?

—Claro que no. ¿Por qué iba a estarlo?

La voz de Foster se atendía serena. Tras la mosquitera pudimos estudiar su silueta: una mancha negra de casi dos metros.

—Dos detectives de Nueva York quieren hablar contigo.

—¿Para qué?

—No tengo ni idea.

El sheriff mintió, supuse que para no inquietarle.

—¿Y si me niego a hablar con ellos?

Se me hincharon las pelotas. Así, sin más. No estaba dispuesto a negociar con un papanatas.

—Vamos a entrar —dije en alto. Alan me miró; sus ojos mostraron un absoluto desacuerdo con mi forma de proceder—. Si no quieres que te vuele la tapa de los sesos o te quemé dentro de tu puta casa, sal con las manos en alto, despacito y en silencio.

«Los yonquis solo entienden un idioma: el directo y amenazante.»

Alan se apartó. Rebeca y yo apuntamos a la puerta.

—No he hecho nada, agentes.

—Entonces, porque tanto misterio. Sal, muéstranos tus manos desnudas y entraremos a hacerte unas preguntas. Estamos aquí para aclarar un asunto. No somos de la DEA, joder.

—Vale.

La mosquitera se abrió. Doblando la cabeza para no golpearse con el marco, el que fue base de los Knicks al fin disfrutó de la luz solar. En bóxer y camiseta de tirantes, le advertí demacrado y lento; como mucho, estaba para encestar papel en la taza del váter.

Se le apreciaba tranquilo, sonriente, nada preocupado. Quizá el efecto de las drogas le suministraba aquella siniestra calma. Aun así, no me cuadraba que un asesino investigado por dos detectives de homicidios reaccionara con tal parsimonia.

Enfundé el arma y eché mano de las esposas.

—Las manos en la espalda. Rápido.

Obedeció mientras Rebeca me cubría y el sheriff observaba patidifuso.

Procedí mientras le susurraba por la espalda: «Pórtate bien y te las quitaré pronto, grandullón».

—No entiendo a qué viene todo esto —quejumbró mientras le empujaba suavemente hacia el interior de la casa—. ¿Suelen ir por ahí esposando a hombres inocentes?

—A sospechosos de asesinato que consumen drogas y tienen armas de fuego —aclaró mi compañera.

Le miré a los ojos. Aparte de unas pupilas dilatadas, solo advertí sorpresa.

«Pupilas dilatas: síntoma inequívoco de un consumo de cocaína, marihuana o anfetaminas.»

—Entremos, pues —invitó con las muñecas forzosamente unidas.

Tuve, al igual que Foster, que doblar el cuello para traspasar aquella puerta estrecha y baja. En cambio, mi compañera lo hizo erguida, muy pegada a mí, visiblemente tensa. Rebeca llevaba poco ejerciendo de detective, y por si eso fuera poco, dicho tiempo lo pasamos en una balsa de aceite, sin casos como el que nos traía de cabeza. Podría decirse que aquel fue su «destete», la primera vez que desenfundaba con verdadera intención de usar su arma. Por desgracia, no sería la última.

—Esperaré afuera, si no les importa —solicitó el sheriff.

Asentí, concediéndole un permiso que en realidad no necesitaba.

—Les advierto de que tengo visita —avisó Foster una vez dentro de su mierda de domicilio.

—¿Visita?

Mi pregunta quedó sin respuesta. Tampoco llegué a necesitarla: a mi derecha, una mujer descansaba —o eso parecía— sobre un sofá de cuero rojo a juego con su minifalda. Tumbada de cara al respaldo, no se movía.

«O duerme o está muerta.»

El interior resultaba de lo más básico: una cocina diminuta, un cuarto de baño que me recordó al de los aviones comerciales, un frigorífico y un sofá de dos plazas junto a una butaca, en frente de un televisor de plasma.

Empujé al sospechoso, sentándolo en la butaca. Aquella mañana no tenía el cuerpo para galanterías.

Definitivamente, la mujer estaba durmiendo la mona. Más de cerca pude apreciar cómo respiraba. Aparte de una minifalda que permitía «disfrutar» de sus celulíticas piernas, llevaba unas botas de cuero negras y un top que le cubría media espalda. Era rubia. De bote, claro.

—¿Y esta quién coño es? —preguntó Rebeca—. ¿Está colocada o qué?

—¡Mía! —gritó Foster—. ¡Espabila, joder, que la policía ha venido a vernos!

—Menos cachondeo —dije mirando al sospechoso, con cara de pocos amigos—. Será mejor que no me cabrees, ¿o crees que no sé dónde guardas la mierda? La entierras en el bosque, ¿verdad? No es el lugar más original, pero sí el más lógico. Y al vernos llegar, la que tenías por aquí desparramada, la que se metió anoche tu amiguita Mía, ha rodado por el retrete, ¿cierto? La policía no es tonta, Foster. —Le guiñé el ojo mientras su rostro confirmaba que había acertado de pleno.

La mujer parecía ir volviendo al mundo real.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras se incorporaba.

Durante mi carrera había entrevistado a putas, camellas, travestidos..., personas de toda clase y condición, pero jamás a una mujer tan demacrada. El pelo le descendía por la cara como evacuaciones negruzcas, y el rímel por los pómulos como café descolgándose por una taza desgastada. Se tambaleaba sobre el sofá. Ni siquiera tuve claro si sabía dónde estaba. Si en ese preciso instante se le hubieran caído las bragas hasta los tobillos, el espectáculo hubiera sido incomparable.

—Somos detectives de homicidios —le anunció Rebeca a la recién incorporada—. Hemos de tomarle declaración a su amigo. ¿Puede dejarnos a solas?

—Que te follen, puta de mierda.

Rebeca subió las cejas, observándola con rabia en la mirada.

Alzó su mano derecha y le cruzó la cara con el dorso, volviéndola a recostar sobre el asiento.

«Joder.»

Aquella reacción me pilló por sorpresa.

—¡Eh! —gritó Foster mientras intentaba levantarse.

—¡Putá! —soltó ella agarrándose la mandíbula, «repantingada» sobre el sofá.

Apliqué la indignación de Foster con ambas manos, manteniendo su culo pegado a la butaca.

—Quietecito —le susurré—. Si vuelves a moverte de la butaca llamo a mis colegas de la DEA para que vengan a registrar la casa y los alrededores; y tienen unos perritos preciosos, ¿sabes? ¿Quieres pasarte una buena temporada en la sombra, Foster?

El exbaloncestista me miró, relajando los nervios. Su amiga, entretanto, volvía a mirar

amenazante a mi compañera.

—Puedes pegarme todo lo que quieras, puta de mierda, pero eso no va a cambiar que seas una madera *comepollas* de negros.

Rebeca la agarró por los pelos, arrastrándola por el mugriento suelo de la vivienda. Mía gritaba y pataleaba como un niño malcriado.

Aún no sé por qué la dejé excederse de aquella manera. ¿La verdad? A punto estuve de sonreír. Me limité a vigilar a Foster, que contenía los nervios; su mandíbula apretada me mantenía en tensión también a mí. Finalmente, ambas salieron por la puerta: una de pie y la otra a rastras.

—¡A la puta calle! —escuché. Ya no podía verlas—. ¡Sheriff, asegúrese de que vuelve andando al pueblo!

—Sí, claro. —La titubeante voz de Alan reflejó su inquietud.

«Esto le viene grande al sheriff de Cold Spring —pensé con ambas manos sobre los anchos hombros de Foster.»

—¡Si te veo cerca de la casa, te vuelo la cabeza, zorra! ¡A mí nadie me llama puta, y menos una drogadicta de mierda!

—¡Que te follen, madera *chupapollas*! —La voz de Mía se escuchaba cada vez más lejana—. ¡Ojalá te peguen un tiro a ti, pero en el coño!

Agradecí que estuviéramos en medio de la nada. Una reacción así, de llegar a las altas esferas, podía costarte un expediente disciplinario. No eran formas, pero tampoco podía negar que allanarían el camino; Foster no volvería a vacilarnos.

—Ala, ya podemos empezar la entrevista —dijo Rebeca al entrar.

Ni Foster ni yo nos atrevimos a recriminarle nada.

«Supongo que bajo presión es cuando mostramos al verdadero detective que llevamos dentro. Esta tía promete.»

Miré al sospechoso desde una perspectiva elevada, dejándole entrever con la mirada que el interrogatorio iba a comenzar:

—Anoche, ¿dónde estabas?

—Aquí.

—¿Alguien puede corroborarlo?

—Mía.

«Esa, por una raya de cocaína dirá lo que tú le mandes decir.»

—¿Nadie más?

—No. Vivo aquí para estar tranquilo, ¿entiende? Nadie, aparte de Mía, puede asegurar que ayer por la noche estuviera en casa.

—A ver, Foster, sabemos que estás relacionado con la muerte de una niña. Por lo tanto, voy a darte dos opciones: decir la verdad o atenerte a las consecuencias. Si sigues mintiendo tendré que llamar a mis amigos de la DEA y a sus fieles mascotas. Y un hombre alto y fuerte como tú, una exestrella del deporte, ha de poner muy cachondos a los presidiarios. Seamos realistas: si pisas la cárcel, en dos días tu culo parecerá un abrevadero de patos. —Hice un paréntesis, permitiéndole imaginar lo que le sucedería si no contaba la verdad—. Si no empiezas a soltar por esa boquita, pronto tendrás que ducharte con tipos duros, salidos y dispuestos a lamerte la oreja.

—Yo no sé nada de una niña muerta.

—¿Nos juras que ayer por la noche no dejaste una bolsa negra en un callejón de Queens?

—Repito: ayer por la noche estaba aquí, tirándome a Mía.

El simple hecho de imaginarlo me hizo tragar saliva.

—Hay que tener estómago, joder —susurró Rebeca.

—Cada cual —dijo el sospechoso— hace con su vida lo que le da la gana.

—Siempre y cuando no incumpla la ley —le respondió esta con el tono apropiado, más calmada.

—En fin —expuse cansado de darle vueltas al tema—. Voy a marcar el número de mis colegas de la DEA. De todos modos, si no van a encontrar nada puedes estar tranquilo. Mira. —Le acerqué la pantalla de mi móvil, mostrándole un contacto que rezaba: «Mike Jarrison, DEA». Foster no se inmutó.

Marqué.

Un tono.

Dos.

Tres.

—¡Espere!

Colgué.

«Ahora Mike me devolverá la puta llamada. Cuánto paripé hay que hacer para acojonar a un puto sospechoso.»

—Suéltalo todo.

—¿Me jura que si les cuento lo que sé no hablará con la DEA y que si no he matado a nadie me dejará en paz?

—Claro.

«No juraré ante un criminal, a no ser que sea ante un juez. Haré lo que tenga que hacer, Foster. Mentir, por ejemplo.»

—Entró un tipo. —Se echó hacia delante y miró al suelo, como si aún guardara en su interior resquicios de la dignidad que le arrebataron las drogas. La postura, teniendo las manos esposadas a la espalda, resultaba del todo antinatural—. Estaba viendo antiguos partidos de baloncesto cuando... Ni siquiera le vi entrar, joder. Su voz me sobresaltó desde esa esquina. —Señaló con el mentón la pared detrás de Rebeca—. El tipo llevaba un mono negro y un pasamontañas, y sujetaba una bolsa de deporte, además de empuñar un arma. Me quedé petrificado. Iba colocado, pero entendía perfectamente lo que estaba pasando. En principio pensé que era un colgado que quería robarme la droga que escondo en el bosque. —«Sabía que la ocultabas ahí, cabronazo. Siempre hacéis lo mismo: los drogatas sois unos putos clones»—. Pero no. Quería otra cosa. Supongo que deducen el qué: un trabajo sencillo y bien remunerado.

Rebeca y yo nos miramos. De creernos cerca de resolver el caso pasamos a estar como antes de viajar a Cold Spring. En un minuto cambió todo.

—¿Cuánto dinero te ofreció?

—Dos mil dólares.

—A ver si lo entiendo —formuló Rebeca con nervio—. Vino un tipo, te ofreció pasta para que transportaras una bolsa a un lugar concreto y ¿accediste sin más? ¿Sin preguntar? A ver, tío, que a lo mejor crees que somos imbéciles: esa puta bolsa olía a muerte.

—Accedí y punto.

»Antes de marcharse como una jodida sombra, me advirtió de algo: «Has aceptado mi dinero, Foster. Si no cumples con tu parte, volveré para matarte.

Foster seguía cabizbajo, sin reunir el valor suficiente como para mirarnos a la cara. Me entraron ganas de golpearle con la culata de mi reglamentaria, abrirle la cabeza como si fuera una piñata llena de residuos.

Hablé con la ira por las nubes, en un tono que superaba lo exasperado.

—¿Y no se te ocurrió llamar a la policía, puto gilipollas? Hasta un yonqui de mierda que se folla a putas yonquis de mierda sabe lo que es turbio o no, lo que es bueno o malo. ¿Pretendes hacernos creer que no dedujiste lo que había dentro de la bolsa, que no supusiste que quien te ofrecía el «trato» estaba incumpliendo la ley? ¿Qué cojones pensabas que había en la bolsa? ¿Tripas de cerdo?

—Droga. Pensé que la había rociado con algo para evitar que los perros la detectaran.

—¡Y una mierda! ¡Miraste dentro, cabrón! ¡Tu jodida obligación era comunicarnos un suceso a todas luces sospechoso!

»Eres cómplice de asesinato, Foster, la has cagado bien.

—Pero usted me ha jurado —dijo alzando al fin la vista, mirándome con sus pupilas dilatadas—, que de no haber matado a nadie me dejaría en paz.

—¿Yo he dicho eso? —Miré a mi compañera con cara de guasa—. ¿Cuándo? Yo no recuerdo haber pronunciado las palabras «te lo juro». ¿Tú sí?

Me encogí de hombros mientras Rebeca sonreía de medio lado.

—Sois unos hijos de puta. ¿Qué cojones llevaba la bolsa?

—Oh, sí, y tanto que somos unos hijos de puta. Pero no tanto como un toxicómano que le tiende la mano a un asesino. La bolsa que dejaste en el callejón llevaba la mitad de una pobre niña.

Foster se levantó gritando como un poseso. No me dio tiempo a reaccionar. Su cabeza voló hacia mi papada como un cohete a reacción, golpeándola con rabia. Caí de espaldas. La siguiente en recibir su furia fue Rebeca, que voló por los aires tras un fuerte empujón. El sospechoso, con las manos esposadas a la espalda, corrió encorvado hacia la salida.

—¡Sheriff, deténgale! —balbuceé desde el suelo, con la boca ensangrentada; ese hijo de perra logró que me mordiera la lengua.

Ambos nos levantamos y corrimos tras aquel hombre de color, zurdo y alto que sorpresivamente no era el asesino que buscábamos.

Una vez fuera de la vivienda nos encontramos a Alan de pie, inmóvil, superado por la situación.

—¿Por dónde?

Nos señaló un punto en el bosque.

Prestos, casi en paralelo, corrimos hacia el lugar indicado por el sheriff, que no se movió un milímetro.

«Maldito cobarde.»

Penetramos en la maraña de troncos como un ejército que arremete contra otro.

—¡Ahí! —gritó Rebeca, señalando al frente.

Foster corría a unos cincuenta metros de distancia, esquivando ramas y piedras como si al final del bosque alguien regalara *farlopa*.

—¡Detente! —vociferó mi compañera.

Desistí de intentar convencer a Foster mientras corría entre los árboles, sobre aquel mullido suelo colmado de hojas, ramas y hierba. No iba a parar. Un cervatillo hostigado por lobos nunca deja de avanzar; conoce lo que le espera si se detiene; y Foster sabía que en nuestras manos le esperaba la cárcel.

«No conseguiremos despistarnos: él corre con las manos en la espalda y nosotros libres de ataduras.»

Empecé a sentir flato.

Rebeca tomó la delantera.

Decidí cambiar el rumbo al ver que Foster torcía levemente hacia su derecha, buscando la protección de una gran roca cubierta de musgo.

«Pretende despistarnos. Las esposas le hacen más lento, y lo sabe.»

—¡Síguele! —le indiqué a Rebeca.

Asintió sin dejar de correr. No parecía estar cansada.

«Está en forma, la jodida.»

Aceleré sin perder de vista la gran roca que ya escondía a Foster.

«Intentará confundirnos utilizándola de «mampara» natural.»

Aligeré tanto como pude a pesar de padecer un intenso dolor abdominal.

Llegué exhausto. Jadeante me apoyé en un extremo de aquella roca que de cerca parecía más bien una colina.

No vi a nadie; ni a Rebeca ni al sospechoso.

«He tardado demasiado, joder. Los he perdido.»

Escuché un ruido a mi izquierda.

Vi a Rebeca tumbada en el suelo, inmóvil. Foster, sobre ella, golpeaba la cara de mi compañera con su cabeza. Lo hacía con rabia, a un golpe por segundo, insultándola a viva voz: «¡Putade mierda!».

«Va a matarla. —Se me heló la sangre.»

Todo ocurrió en segundos. Sin embargo, tuve tiempo de computar las opciones, de valorar la situación. Y tomé una decisión «precipitada».

Estaba lejos, a unos cincuenta metros, pero aquel día mi pulso no estaba por la labor de perder a una compañera. Alcé mi reglamentaria y apunté a la cabeza que minutos antes había golpeado mi mentón —aún podía saborearme la sangre— y ahora maltrataba la cara de Rebeca.

Entre pinos, al lado de una gran roca teñida de verde, bajo un cielo que parecía nublarse, maté a una exestrella del deporte.

Foster cayó sobre Rebeca, que no se movía, aparentando estar dándose el lote a la sombra del montículo.

Corrí para quitárselo de encima.

—¡Rebeca!

No quise moverla.

Cogí el móvil y llamé a Emergencias. Fue un milagro que tuviera cobertura. Foster no iba a necesitar una ambulancia —más bien un coche fúnebre—, pero de cara a Asuntos Internos creí apropiado solicitarle una también.

Mi compañera respiraba, aunque su boca y su nariz sangraban abundantemente, y su pómulo izquierdo parecía estar algo hundido.

No quise tocarla; ni siquiera me atreví a limpiarle la cara.

El sangrado parecía ir disminuyendo. Estaba quieta, con los ojos cerrados, aunque su pecho se dilataba y contraía. Sus nupias estaban tan hinchadas...

«Está herida de consideración, pero está dejando de sangrar. Ha perdido el conocimiento, nada más, podrán curarla.»

Intentaba insuflarme ánimos.

—Saldrás de esta, compañera —dije con la única compañía del bosque, un hombre muerto y una mujer desfallecida—. Menudo «destete», ¿eh, compañera?

«Por qué has tenido que hacerlo —pensé mirando la sien abierta de Foster—. Me has obligado

a matarte, cabrón. Y me has metido en un buen lío.»

Volví al lugar donde había empezado todo. Alan seguía esperando ante la casa como un puto pasmarote. Anduve en su dirección mientras él me observaba expectante; receloso, diría yo. Al tenerlo «a tiro» le propiné un puñetazo que lo mandó de bruces contra el camino de tierra. No hizo intención de devolverme el golpe.

«Atrévete si puedes, gallina.»

Ni siquiera se levantó.

—¡Puto cobarde! ¡Por tu culpa casi matan a Rebeca! Como le queden secuelas... —Alcé el puño—. ¡Volveré a buscarte y te molere a palos, sheriff de mierda!

—¿Y Foster? —preguntó con los ojos empañados, sin aparente intención de incorporarse.

—Muerto.

—¿Y ella?

—He pedido dos ambulancias. Usted quédese aquí y haga algo provechosos de una puta vez: cuando lleguen, indíqueles dónde estamos. Prefiero no moverla. Podría tener dañada la columna o vete tú a saber. Vuelvo con ella.

—Lo siento, Oliver —se disculpó sentado sobre la tierra.

—No me llames por mi nombre, cobarde. Para ti, detective. ¡Y levántate del puto suelo, joder! ¡Un poco de dignidad!

Agachó la cabeza.

Le di la espalda y anduve a paso ligero hacia el bosque.

Rebeca seguía inmóvil al igual que Foster, pero ella respiraba con una cadencia esperanzadora. Advertí que le faltaban las dos palas de arriba; aparentaba una niña con la cara pintada de rojo, dormida sobre la hierba.

—Lo siento —susurré.

Y aunque no se movió ni abrió los ojos, de cada uno de ellos salió una lágrima. Aquella imagen se grabó para siempre en mi mente.

La tensión actuó como calmante, haciéndome olvidar el corte de mi lengua. Saqué la sin hueso y la presioné contra el dorso de mi mano, que se manchó de rojo; nada comparable al rostro de mi compañera que me hizo recordar a la protagonista de la película *Carrie*.

«Putas de mierda.»

Mientras esperaba a los sanitarios recibí una llamada de Liam.

Liam

Nos sentamos en el antepenúltimo banco, pegados a una de las seis columnas que delimitaban las dos hileras de asientos. Logan me invitó a conversar «más tranquilos» en la sacristía, pero decliné el ofrecimiento. Sobre aquella larga banca con respaldo se estaba bien, y casi a solas. Además, dentro de una iglesia es «tradicional» hablar en susurros, y yo demandaba sosiego a gritos. El asesino que me empujó a estar donde estaba disfrutaba también poniéndome de los nervios, acojonándome con sus proféticos mensajes. Necesitaba paz, la compañía de un ser querido en un lugar con buenas vibraciones.

Gozábamos de tres horas para ponernos al día. Tras dicho tiempo yo continuaría con la investigación esperando hacerlo con alguna pista suplementaria, y él oficiaría el entierro de una

anciana. Con el padre Gavin sentado a mi derecha —nunca me oiría llamarle por ese nombre—, comencé el «interrogatorio». Tenía tanto que preguntarle...

—Entonces, hermano, ¿sentiste la llamada de Dios?

—Así es. Tras marcharnos de casa trabajé de jardinero en un convento, y allí, mientras cotilleaba en una pequeña capilla, Él me habló.

—Y qué te dijo, si puede saberse.

—Que debía profesar la fe, que ella me salvaría. Por aquel entonces acumulaba demasiada rabia, y el Altísimo me condujo por el sendero correcto. La fe muestra la realidad de lo que esperamos, Liam; es la evidencia de las cosas que no podemos ver.

—Si así eres feliz... Me alegro por ti, Logan.

—Llámame hermano, hermano.

Sonreí.

—Sí, mejor. Llevo demasiado tiempo recordándote como a LJ. Es tarde para cambiar el chip. —Le guiñé el ojo—. Además, tampoco me apetece llamarte de otro modo. Para mí tu nombre siempre será el que te puso nuestra madre. —Asintió, consintiéndome nombrarle como me diera la real gana—. Supongo que te lo cambiaste para empezar de cero, olvidar...

—Sí. Por aquel entonces no quería conservar nada del hombre que nos separó, de quien nos hizo unos desdichados.

»Y aun así le he perdonado. No le guardo rencor. ¿Le has perdonado tú, Liam? Perdonar liberará tu espíritu.

—Ni lo he hecho ni pienso hacerlo. El odio que siento es demasiado grande. Y voy a proceder como me plazca, como tú. —Hablé de una forma clara y directa. Aunque fuera mi hermano y cura, mis principios eran más férreos que sus monsergas—. Si quieres perdonarle, exonerar a un maltratador inclemente, haya tú; yo no lo haré. Tuvo suerte de que el otro día no le partiera la cara.

—¿El otro día?

—Sí: me vi obligado a hacerle una visita.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tal está?

—Ha dejado de beber, o eso dice. —El simple hecho de hablar de aquel degenerado me enturbiaba el alma. Hice un silencio, percibiendo que era el momento de cambiar de tema, de tratar el asunto que me había encauzado hasta allí. Ya tendríamos tiempo de recordar viejos y truculentos tiempos—. He de serte sincero, hermano: a él no quería verle, pero a ti llevo tiempo deseando localizarte; y aun con todo, no estaría aquí de no ser por un asunto policial.

—Me alegró mucho saber que te dedicabas a perseguir criminales, que tenías mujer e hija, que, al igual que yo, intentabas ayudar al prójimo. También sé que tu familia murió en un accidente de tráfico. Y lo siento mucho, hermano, no sabes cuánto. Los designios del Señor son inescrutables. Sé que a veces son difíciles de entender, pero todo sucede por algo. Dios tiene un plan para ti, Liam, para cada uno de nosotros.

»He esperado con ansia este momento, Liam. Y ha ocurrido como debía suceder: tú encontrándome a mí, ¿entiendes? Tenías que estar preparado.

«¿Cómo sabes tanto sobre mí, Logan? ¿Rebuscaste en mis redes sociales?»

Resultaba chocante verle vestido de negro, con alzacuello, pero lo más curioso era ver al joven que recordaba como a un muchacho jocosos y desvergonzado que no se postulaba en absoluto hacia la profesión que acabó desempeñando.

«Los hombres cambian. Yo mismo no soy el mismo de entonces.»

—Un asesino quiere matarme —solté sin más, dispuesto a contarle los sangrientos sucesos de las últimas jornadas—. Ya ha ejecutado a un hombre y a una niña, y ha fijado la fecha de mi muerte: firma las escenas con un escrito en sangre: «16-3-1979/16-5-2019. R.I.P., Liam Jones». Creemos, a juzgar por las pistas, que busca venganza, que es un antiguo conocido, supongo que de ambos, con el que convivimos en Cold Spring. Además, alguna de las pesquisas parecen insinuar que para cazarle he de «apoyarme» en la familia, que los lazos familiares son importantes a la hora de alcanzar una resolución. Ya he descubierto una fotografía que puede estar dando frutos en este mismo instante.

»Ese es el verdadero motivo de mi visita, hermano, aunque sobra decir que estoy encantado de volver a verte. —Asintió sonriente, pausado. Había cambiado —supongo que él también me veía diferente—; el Logan del pasado hablaba y se movía con calma, midiendo cada palabra, cada gesto—. Ah, se me olvida un dato importante: mi memoria falla; no recuerdo demasiado de mi infancia. Evoco los momentos dichosos que pasamos con mamá, quizá semanas enteras, pero muchos fragmentos se han difuminado y otros se han perdido.

—Entiendo. Pues..., déjame pensar. Eras un niño tranquilo, pero de vez en cuando sacabas tu vena guerrera. —Alzó las cejas—. A veces incluso provocabas a padre. Y la verdad, nunca entendí por qué te empeñabas en irritarle.

«Eras un niño difícil, sí..., pero no actué como se espera de un padre. —La voz de mi progenitor se presentó en mi cabeza.»

—Bueno, tú una vez le escondiste las cervezas, ¿recuerdas?

Sonreí.

—¿Yo? No, Liam. Es cierto que la memoria te juega malas pasadas. Fuiste tú, pero yo recibí el castigo. Aquel día pensé que padre me mataba. Me marcó de por vida: las quemaduras de los cigarros en mi hombro me recuerdan que un día fui infeliz. Pero no permitiré que el pasado se entrometa en el presente. Ahora soy un hombre nuevo, dichoso y con un propósito en la vida. — Me dedicó una triste y compungida sonrisa—. Te protegí al igual que a Alison, tanto como pude. Eras y sois mis hermanos pequeños. He rezado cada día por vosotros, y nunca dejaré de hacerlo.

El cansancio y las emociones me procuraron un extraño y armónico estado. Quizá por eso volví a abrazarle. No pude contenerme. Sabía que sus palabras eran ciertas, por mucho que me costara digerirlas, por mucho que un día me sintiera abandonado por él.

«Llevo toda la vida creyendo cosas que no sucedieron, o que ocurrieron de forma distinta a como las recuerdo. No puedo fiarme de mi memoria.»

—La verdad es que no sé quién podría desear tu muerte —continuó Logan mientras negaba con la cabeza—. No recuerdo que hicieras nada tan grave como para enfadar a un psicópata; fuiste un niño bajo los efectos de un maltrato físico y psicológico, «nada más». A veces estabas triste. Te escuchaba llorar en tu habitación. Y aun con todo conseguíamos hacer una vida relativamente normal, al menos fuera de casa. Padre mostraba dos caras: una dentro y otra fuera. Recuerdo cuando se mostraba cariñoso con nosotros delante de sus amigos. —Se quedó pensativo, sin duda rememorando aquellas falsas caricias—. Eran otros tiempos, supongo. Por fortuna, los niños de ahora tienen más opciones de las que tuvimos nosotros.

»Hay algo que debes saber. La verdad es que no puedo contarte mucho, pues casi todo se me reveló en confesión: deberías hablar con Alison.

—¿Alison ha estado aquí?

«Claro, por eso sabes tanto sobre mí.»

—Sí. Viene a visitarme de vez en cuando.

—¿Desde?

Me sentí fuera de lugar, engañado, parte de un grotesco complot.

—Desde hace mucho.

—¿Por qué? ¿Por qué ha estado mintiéndome? Según ella no conseguía localizarte.

Intuía el porqué, pero me costaba admitirlo; lo había enterrado en los confines de mi memoria. Tampoco entendía por qué nunca recibí ningún reproche. Nuestro reencuentro fue jovial, sin rencores... Estaba confuso.

«¿Me sonríes de frente y me maldices por la espalda, Alison? ¿Qué le has contado a Logan? ¿Qué es tan grave que ha de relatarse en confesión? ¿Que te abandoné? Como mucho, te abandonamos.»

Sentí el impulso de huir, de dejar a Logan plantado en su iglesia, pero apacigué mis ganas; no podía echar por tierra aquel deseado reencuentro. Asimismo, sabía que mis hermanos eran buenas personas, y que si habían actuado de aquel modo era por algo.

—Alison padece un gran trauma —explicó Logan con la mirada fija en el suelo—. Ella no lo ha superado, Liam. Puede que sonría cuando estáis juntos, pero en su interior se fragua una lucha sin cuartel. Ha estado acudiendo a mi iglesia en condición de feligresa, en busca de ayuda y consuelo, y necesitaba hacerlo sola y en el anonimato.

«Mi familia se ha vuelto beata y yo sin enterarme.»

—No puedo contarte más. Lo siento. No creo que guarde relación con el caso, pero no estaría de más que hablaras con ella. A lo mejor puede ayudarte. ¿Cuánto hace que no charláis?

«Me extraña que no lo sepas. —Sentí una extraña mezcla de celos, rabia e incompreensión.

»Me dejasteis de lado.»

—En persona hará como un año. Más que nada hablamos por teléfono.

—Pues tal vez sea hora de que volváis a veros.

Hablamos de trivialidades, de cómo habíamos conseguido salir adelante, incluso del tiempo — que por cierto, pasó volando—, pero ambos omitimos los sucesos que —intuí por su silencio que también a Logan—, aún nos avergonzaban: lo que hicimos, o más bien no hicimos, cuando nos largamos de Cold Spring. Aquella parte de mi vida —curiosamente— la recordaba con pelos y señales; supongo que a mi memoria le interesaba que así fuera.

«Quizá sea ese el motivo por el que ha estado mintiéndome. Pero entonces, ¿por qué llora en el hombro de Logan, si él la perjudicó tanto o más que yo?»

—Pásate cuando quieras y te invito a cenar —dijo Logan a modo de despedida—. Tengo una botella de vino reservada para una gran ocasión, y habernos encontrado es una ocasión inmejorable.

—Dalo por hecho, Logan. —No pude evitar «recordarle» con picardía su verdadero nombre.

Sonrió.

Nos dimos un último abrazo antes de que la iglesia se llenara de familiares y amigos de la mujer que iba a recibir cristiana sepultura.

Llevaba a Alison incrustada en la cabeza. No podía pensar en otra cosa. Necesitaba descifrar el interrogante surgido en referencia a su conducta, pero antes debía informar a Oliver y a Rebeca de los escasos avances aportados por Logan. Esperaba que ellos hubieran avanzado más. Incluso recé por que el culpable de todo fuera ese tal Foster, que su frustración, unida al devastador efecto de las drogas, le hubiera arrastrado a la locura y a buscar venganza. A pesar de no conseguir entender qué motivos de odio podría tener ese tal Foster hacia mí, pensé que tal vez él me viera

como el origen de sus males, como el culpable de su descenso a la «mediocridad» tras rozar la gloria.

«Puede que en algún momento detuviese al camello o cualquier otro que le mantenía « cuerdo ».»

Todo resultaba tan extraño, que cualquier posibilidad me parecía factible.

Dando por hecho que Green me devolvería la placa, comenzaba a sentir la necesidad de cambiar de caso, de perseguir a alguien que no tuviera asuntos personales conmigo, que no matara a niñas ni intención de matarme a mí.

Abatido, me senté en un pequeño banco situado enfrente de la iglesia, lo suficientemente alejado como para observar sin ser visto cómo los asistentes más precavidos entraban en busca de asiento; el templo no disponía precisamente de muchas «localidades».

Corría una agradable brisa.

Necesitaba digerir lo escuchado en la iglesia e intentar estimular algún recuerdo usando como apoyo las frases de Logan: «Puede que sonría cuando estáis juntos, pero en su interior se fragua una lucha sin cuartel», «¿Yo? No, Liam. Es cierto que la memoria te juega malas pasadas. Fuiste tú, pero yo recibí el castigo», «A veces incluso provocabas a padre. Y la verdad, nunca entendí por qué te empeñabas en irritarle».

Eché la vista atrás tanto como pude. Hurgué en mi memoria a la caza del motivo por el que Alison parecía estar molesta conmigo. Reminiscencias, momentos, lugares... Alcancé tal relajación que a punto estuve de quedarme dormido sobre el banco. Y sí, conseguí «restaurar» algún que otro recuerdo, si bien la mayoría no derivó en nada. Sin embargo, una corta y difusa escena caló más que las otras.

28 años antes

«Maldito hijo de perra —pensé al despertarme en plena noche—. Vas a pagar por cada uno de los correazos que me diste ayer.»

Aún sentía las nalgas escocidas.

Anduve de puntillas por el pasillo.

Me detuve en la puerta de la habitación de Alison, observando su infante cuerpo tendido.

«Al menos a ella no la castiga —pensé sintiendo un gran alivio.»

En el dormitorio contiguo dormía mi hermano y, enfrente, el demonio que nos hacía la vida imposible.

Me asome al primer cuarto: Logan, abrazando su almohada, descansaba plácidamente.

«Yo aún soy demasiado pequeño para buscar adónde ir. Has de hacerlo tú, hermano. Busca un lugar donde refugiarnos de este demonio.»

Continué sigiloso. El dormitorio de nuestro padre se encontraba parcialmente iluminado; no era la primera vez que se quedaba dormido con la luz encendida. A su lado, sobre la mesita donde reposaba la lámpara que alumbraba, descubrí ocho latas de cerveza supuestamente vacías. Aunque eran bastantes, ni de lejos había batido su «plusmarca» personal.

Sonaba como la moto escacharrada de un hippie, asemejando estar a punto de ahogarse con sus propias babas. Dejaba a medias los ronquidos, quedándose «colgado».

«Dios —recé mientras juntaba las palmas de las manos—, cárgatelo mientras duerme. Asfíxialo. Nadie se va a enterar. Sabes de sobra que se lo merece.»

«Debería coger un cuchillo y clavártelo en la garganta —cavilé al observar el narcotizado cuerpo de mi padre despatarrado en calzoncillos sobre la cama. Imaginé las sábanas manchadas de rojo carmesí al igual que mi rostro, manos y pecho; su organismo retorciéndose mientras se presionaba agonizante la herida; sus ojos abiertos sin rastro de iris ni pupilas; la sangre colándosele por entre los dedos; el cuchillo sanguinolento sobre el lecho—. Debería hacer lo que madre no tuvo valor de hacer, seguro que me lo agradecería desde el cielo. Además, le haría un favor al mundo además de a lo que queda de esta familia.»

Proseguí hasta la cocina.

Abrí la nevera.

Como siempre: poca comida y mucha cerveza.

Saqué los cinco packs de seis birras que encontré en su interior. Nada más y nada menos que treinta latas que no le durarían ni el fin de semana. Los dejé sobre la mesa. Caminé con uno en cada mano hasta el cuarto de baño. Una vez allí fui desprendiendo las latas del envoltorio, abriéndolas con cuidado de no hacer ruido y, una a una, las vacié en el retrete.

Volví a por doce más. Tras «descargarlas» anduve a por las seis restantes.

Me entraron ganas de orinar cuando el último recipiente soltaba las últimas gotas amarillentas.

Tuve una brillante idea; y una media sonrisa se perfiló en mis labios. Cogí una de las latas, una que aún conservaba el abridor y oriné dentro, cerrándola con sumo cuidado, presionando la pestaña para que aparentara no haberse abierto; aunque resultó imposible disimularlo del todo. «Se levanta tan pedo como se acuesta; capaz de no darse cuenta». Regresé a la cocina y metí la lata llena de meados en el refrigerador. También tiré las vacías a la basura.

«No creo que se la beba. Sería demasiado bonito; el olor a meados le hará darse cuenta. Pero un buen cabreo sí va a pillarse, eso seguro. Él se lo ha buscado. Veremos quién se cansa primero: si él de pegarnos o yo de joderle.»

Sentí remordimientos, pero sabía que unas horas de sueño borrarían todo atisbo de arrepentimiento.

«Nadie nos creerá —pensé mientras regresaba a mi cuarto y me metía satisfecho en la cama—. Nadie hará nada. Es un falso mentiroso que consigue engañar a todo el mundo. Delante de la gente es distinto, es un hombre normal. Bebe, pero ante los demás nunca llega a perder los papeles. Es un mal bicho que merece todo lo malo que pueda pasarle. Pero pronto nos largaremos de aquí; lo sé. Me encantaría dejarle atado a su cama y hacer arder la casa, alejarme sin mirar atrás mientras el fuego lo quema todo. —Le imaginé ardiendo como un pedazo de carne a la barbacoa, pero vivo y gritando—. Debemos marcharnos lejos, muy lejos, y así evitar sus locuras. Sin embargo, aún tenemos que aguantar un poco más. Sé que Logan encontrará la forma de escapar sin que nos volvamos unos mendigos. No podemos permitirnos salir de aquí para acabar como vagabundos. Sería un infierno. Pero hasta que llegue el día... Se las devolveré todas. Si me pega, le joderé; si me insulta, responderé.

»No soy como ellos. Yo no voy a estar sin hacer nada.»

Intenté conciliar el sueño, que no tardó en llegar.

«Espero que no me pase nada por lo que acabo de hacer.»

Me desveló la luz del amanecer.

Frotándome los ojos, desperezándome, me puse unos pantalones de chándal, unas bambas y una camiseta de tirantes.

Fui hasta la habitación de Logan. Aún dormía. Le zarandeé por los hombros.

—Déjame en paz, Liam. Es sábado. ¿No puedes irte a jugar solo?

—No seas dormilón. Hace un día estupendo. Aprovechemos que padre aún duerme para ir a jugar al río. —Se dio media vuelta, ignorándome—. Venga, hombre, ya descansarás cuando estés muerto. Presiento que hoy será un gran día, ya verás. Hoy voy a hacer rebotar las piedras sobre el agua más veces que tú. ¿Apostamos?

Giró el rostro, mirándome sorprendido.

—Pero si tú no sabes hacer ranas, atontado.

—Pues enséñame.

—Vaaaaaale. —Se levantó despeinado, con legañas y malhumor, sentándose en el borde de la cama—. Eres muy pesado, ¿sabes, hermanito?

—Sí, lo sé. Pero gracias a mí no vas a desaprovechar la soleada mañana de un sábado.

Le sonreí mientras él me devolvía el gesto.

Presente

El recuerdo, aunque confuso, me provocó cierta disparidad emocional.

«Solo era un niño —pensé».

Por un lado sentí orgullo: no me dejaba ningunear por un ser despreciable; por otro, un turbador recelo por provocar a un maltratador, con lo que ello conllevaba.

«No recuerdo esas provocaciones, aunque tampoco otras partes de mi infancia. Ahora soy un hombre hecho y derecho, con dos cojones, y supongo que siempre fui así, aunque mi mente haya logrado hacerme creer lo contrario. Las personas no cambian, dicen. Sin embargo, yo creo que algunas poseen la capacidad de evolucionar ante ciertas adversidades. Cuando ellas murieron no supe adaptarme; fui incapaz de cambiar ante aquel súbito e inclemente giro que dio mi vida. Pero ahora estoy aprovechando esas vueltas a mi favor; no le permitiré a mi existencia volver a marearme. Luciré de nuevo una placa. El cambio espera a la vuelta de la esquina, pero esta vez será positivo. Ya es hora de que el detective deje de compadecerse de sí mismo.»

—En fin —musité mientras me levantaba del banco. Seguían entrando feligreses en la iglesia—. Debería hablar con Alison.

«Llamar a Oliver, hablar con Alison, visitar a mi psicóloga en busca de una regresión que refresque mi memoria... Poco más puedo hacer. El caso se estanca, al menos por mi parte. Espero que Oliver y Rebeca hayan avanzado más que yo.»

Ya dentro del coche, marqué el número de mi excompañero.

Descolgó al cuarto tono.

Sorpresivamente, estaba en un bosque.

Regresión

«Menudo panorama —cavilé al volante, de camino al Hospital presbiteriano de Nueva York—. Rebeca con la cara partida y quien la agredió, nuestro único sospechoso, muerto de un disparo; y efectuado nada más y nada menos que por Oliver. Los de Asuntos Internos van a tocarle mucho los cojones.»

Me contó lo justo. Mi excompañero no estaba para dar explicaciones. Le percibí afectado y era lógico: Rebeca estaba a su «cuidado» y ahora se encontraba en la UCI; y un suceso así puede hacerle sentir culpable al policía más duro de la ciudad.

Rememoré su voz mientras conducía:

«Casi la mata, tío. Ese hijo de puta se ha ensañado. No dejaba de golpearle la cabeza. Pum, pum, pum... Unos segundos más y... Pero aún respira. Tiene pulso. Creo que las heridas no son tan graves. La sangre es muy escandalosa, ya lo sabes. Pero no vuelve en sí, joder».

Ni siquiera les dio tiempo a pedirle una descripción del presunto asesino. Foster aseguraba no haber visto la cara de aquel tío que fue a verle a su caravana, ni conocer el color de su piel o de su cabello; aun con todo, detalles como su altura nos hubieran venido genial.

Mientras andaba hacia el acceso principal saqué el móvil del bolsillo interior de mi americana y marqué el número de Alison. No tardó en contestar.

—Hola, Liam. ¿Qué te cuentas?

—Hola, Alison. Tenemos que hablar.

Fui al grano.

—Dime.

—En persona. Llamaba para quedar.

—¿En persona? ¿Tan importante es? Lo cierto es que... Tengo el coche en el taller y...

—Tranquila, yo me acerco; Trenton no pilla tan lejos, ¿no?

—Pues te vemos poco el pelo por aquí.

Estaba claro que sus palabras no eran más que excusas, que en realidad no deseaba verme. ¿El coche en el taller? Qué casualidad.

—No creo que te moleste no verme, la verdad —dije sin pensar—. Por eso vas a...

—¿A dónde? —Tuve suerte de que me interrumpiera. Deseaba analizar su reacción al contárselo de tú a tú—. ¿De qué diantres hablas, Liam?

—De nada. —Pude rectificar a tiempo—. Te llamo por un caso.

—¿Un caso? ¿Has vuelto a la policía?

—Podría decirse que sí.

—¿Y cómo diantres voy a ayudarte yo en un caso?

—Mañana te lo explico. ¿Te viene bien?

—Sí, claro. —Sonó resignada—. Sobre el mediodía estaré en casa.

—Entonces nos vemos en unas horas.

—Hasta mañana.

—Sí, hasta mañana.

Tras colgar tuve una extraña sensación. Alison era mi hermana, pero nos tratábamos como a desconocidos. Achaqué dicha falta de complicidad a la distancia, a la casi ausencia de roce, al terrible pasado que compartimos y que, inevitablemente, evocábamos al mirarnos a la cara. Pero el verdadero motivo no era precisamente el distanciamiento.

Enfermos, heridos y sus acompañantes; médicos, enfermeras, personal auxiliar y de servicios técnicos: lo que a grandes rasgos alberga un hospital. Muchos creen —entre los que me incluyo— que son, seguido por las escuelas, los lugares más importantes del mundo. En las aulas se enseña y en los hospitales se prevé, diagnostica y trata a enfermos; o al menos esa es la teoría. Pero algunas dolencias, como la ignorancia de muchos, son incurables.

El mundo siempre estará gobernado por miserables y, para variar, dichas instituciones no estaban exentas de «taras»: la más preocupante, las desigualdades. Resultaba triste que en muchas ocasiones la vida de un ser dependiera de su estatus social, que el trato variara según la «clase», de los ceros que tuviera tu cuenta bancaria. Cada día morían personas porque su seguro no cubriría el tratamiento adecuado. Resultaba irónico y desesperanzador andar tras la pista de un asesino y que la gente muriera por no poder pagarse una póliza decente. No obstante, aun con dichos inconvenientes, sin escuelas ni hospitales el mundo se vendría abajo.

Un hospital es un lugar a evitar; exceptuando la planta de maternidad, nada bueno se encuentra entre sus paredes. Admito que en los hospitales suceden cosas bonitas. Sin embargo, cada cual describe los lugares según sus experiencias.

Lo habitual es ver pasillos plagados de puertas, profesionales vestidos de blanco, camas con enfermos y familiares: una combinación de elementos que a mí me ponía el vello de punta.

No hay mejor noticia que la recibida en un hospital, sí, pero asimismo las malas no pueden ser peores. Si se acerca un médico al pie de tu cama y te suelta un «Tengo malas noticias», ve rezando lo que sepas. Para muchos, el hospital es la antesala del purgatorio; el lugar más triste: el de la despedida. Y aunque a veces signifique salvación —muchas, en realidad—, es mejor no pisarlos.

«Hacia una eternidad que no entraba en un jodido hospital —pensé nada más entrar.»

Fue uno de los escenarios más explotados por mis pesadillas. De pequeño soñaba con mi madre postrada en la cama de uno. La observaba consumiéndose a una velocidad aterradora; la piel de su rostro derritiéndose, asemejando ser mil gotas de cera, dando paso a una calavera.

Por si no ha quedado claro, sentía aversión por los hospitales: su aroma a muerte me traía malos recuerdos. En la habitación de uno, en la 46 de la planta de oncología, murió mi madre, y su ausencia trajo consigo los maltratos.

«Si existe Dios —pensé mientras subía por el ascensor a la planta de cuidados intensivos—, todo esto es innecesario. El Altísimo decide quién vive y quién no. Dios, por lo tanto, es la misma Parca. ¿O la Muerte es solo un subcontratado del Señor?»

Arrugué el ceño y sonreí mientras se abría la puerta del elevador.

Encontré a Oliver en la sala de espera.

Se levantó al verme.

Nos dimos un fuerte apretón de manos.

—¿Cómo está? —pregunté mientras él volvía a sentarse y yo me acomodaba en la butaca inmediata a su derecha.

—Mejor. Los médicos dicen que mañana la bajarán a planta.

Resoplé, expulsando por la boca todas las inquietudes que atesoraba.

—Un alivio.

—Sí, y tanto.

—¿Qué pasó?

—La cagué. Debí inmovilizarlo, pero no imaginé que fuera a volverse loco.

»Corrió hacia el bosque. Le perseguimos. Nos separamos para cubrir más terreno. Y aun yendo

esposado logró derribar a Rebeca. Con las rodillas sobre su estómago empezó a golpearle la cara con la cabeza.

»Se encarnizó, tío. Ese desalmado quería matarla. Se olvidó de huir para centrarse en acabar con su vida. El mundo está lleno de locos, Liam. No vi más opción que volarle los sesos.

—Hiciste lo correcto —aseguré a sabiendas de que se sentiría confuso—. Le salvaste la vida a tu compañera. Punto. Foster era un asesino en ciernes, no merecía seguir respirando. Además, según dicen, en el mundo sobramos como unos dos mil millones de personas, así que solo has limpiado un poco el planeta.

Pretendí distender el ambiente.

—No debimos llegar a tanto.

—Pero llegasteis, y usaste el sentido común: antes ellos que nosotros. Cualquiera en su sano juicio habría hecho lo mismo.

—Mañana tengo una «entrevista» con los de Asuntos Internos.

Oliver me miró con cara de «la que se me viene encima va a ser tremenda».

Sonreí.

—Bueno, de esos no se escapa ni Dios. Menudos hijos de la gran puta. —Oliver sonrió compungido—. Tu compañera está en la unidad de cuidados intensivos, joder. Que les den por el culo. Tú diles la verdad y todo irá bien.

—¿Que les diga la verdad? Ya sabes cómo funciona Asuntos Internos. Si quieren buscarte las cosquillas...

—Demasiado que lo sé. Pero siempre puedes maquillarla un poco.

Se quedó pensativo, como si le hubiera venido algo a la cabeza.

—A propósito —dijo frunciendo el ceño—. ¿Conoces a un tal Alan Campbell?

—Así de primeras, no.

—Es el sheriff de Cold Spring y un cobarde de mierda.

Alcé las cejas sorprendido por la parte final del comentario. No entendía muy bien a dónde quería llegar.

—¿Debería conocerle?

—Él sí te conoce a ti, y no te tiene precisamente en un pedestal. Es más, en una de sus manos lleva las marcas de tus dientes.

—Pues que no se hubiera metido conmigo —bromeé—. No, en serio, no recuerdo a ningún Alan, menos haberle mordido. Logan dice que de pequeño era un niño tranquilo, pero que si me buscabas las cosquillas solías encontrarlas. Supongo que me provocaría y respondí.

»Podemos descartarle como sospechoso, ¿no? Dudo que busque venganza por un mordisco.

—Sería el móvil más lamentable de la historia.

Reí sin ganas; él sonrió recostándose sobre su asiento.

—Que nuestro hombre fuera un agente de la ley ya sería el colmo.

Nos quedamos pensativos unos segundos. Yo pensé en mi psicóloga; él supongo que en Rebeca.

—Bueno, y cuéntame —dijo cambiando el tono por uno más «divertido»— ¿Cómo te ha ido por la iglesia? ¿Le has pedido a Logan que te exorcice? Dime que sí, por favor.

Por lo visto, cuando se trataba de mí, ni el más traumático de los días le quitaba las ganas de bromear.

—Nada destacable. Que provocaba a mi padre y que se ha estado viendo a «escondidas» con Alison; por lo visto sigue traumatizada por lo que nos pasó en Cold Spring.

—¿A escondidas? ¿Pero tu padre a ella no la pegaba, no?

—Ahí está el misterio.

»Logan ha sugerido que hable con ella. Alison le reveló algo en confesión que podría guardar relación con los crímenes, aunque lo dudo. Te aseguro que mi hermana es incapaz de matar a una mosca.

—Una vez que Rebeca esté en planta, me acercaré al centro forense. El informe preliminar de James Thomas está listo y me gustaría revisarlo con Walter, y el de la niña no tardará en estar. Por otra parte, las entrevistas a los vecinos del fallecido están esperándome en comisaría. No he recibido ninguna llamada de los agentes encargados, así que supongo que tampoco aportarán una mierda. Aun así, no pierdo la esperanza de hallar algo interesante. Les pedí que grabaran las entrevistas, como supones. Con tanto trajín ni siquiera sé qué compañeros las han llevado a cabo. —Resolló—. Y habrá que volver a Cold Spring. He estado pensando mientras esperaba el diagnóstico de los médicos. Debemos hablar con tus antiguas amistades, conocidos, maestros... El asesino nos envió a tu antigua escuela y sus mensajes no hacen más que confirmar que Cold Spring es el epicentro del caso, el lugar donde ocurrieron los hechos, donde, me apuesto lo que quieras, nos aguardan las respuestas.

—El caso está en pañales; normal a estas alturas. Apenas llevamos tres días investigando. Ni siquiera tenemos los informes forenses. Hay unos tiempos, ya lo sabes. Por desgracia, a veces solo queda esperar mientras se indagan pistas que no conducen a nada. Si no fuera por el puto ultimátum...

Oliver asintió.

—Le atraparemos —aseguró mientras miraba a una que salía del ascensor.

No pude evitar visualizar mentalmente los «recados» del asesino: su firma, el papel dentro de la bala hueca, la etiqueta, los mensajes en las pizarras...

«16-3-1979/16-5-2019. R.I.P., Liam Jones». «La verdad reside en el peor lugar del mundo, en el edificio que te vio reír como un zorro». «Propiedad de Liam Jones». «Me privaste de demasiado tiempo». «Solo cuando sepas quién soy, darás conmigo». «Me has convertido en lo que soy, y solo tú puedes desenmascaramme». «Esta misma noche arrojaré la otra mitad donde podáis encontrarla».

—Yo me encargo —dije decidido, aunque tremendamente cansado—. Una vez indague el tema de Alison viajaré a Cold Spring. Estaré un par de días investigando. Buscaré un hotel decente y basándome en las pistas trataré de encontrar a alguien que me refresque la memoria. Te mantendré al tanto en todo momento, tranquilo.

—Es una buena idea.

»Hoy ha sido un día de mierda, ¿eh? —Pocas veces había visto a Oliver tan abatido—. Y pese a todo, tú te has reencontrado con Logan; sé que era una espina que tenías clavada. Me alegro.

—Quizá lo único rescatable de hoy, sí.

Tenía el ánimo por los suelos, por mucho que hubiera vuelto a ver a Logan.

—¿Entonces, vas a llamar a Alison?

—Hemos quedado para mañana.

—¿Te vas a Trenton? Últimamente viajas más que Willy Fog.

El símil me hizo sonreír.

—Hay asuntos que han de tratarse a cara descubierta, ¿no crees?

—Cierto.

—Y ahora —dije mirando mi reloj de pulsera— voy a llamar a mi psicóloga. «Solo» son las

siete y media, y el tiempo se nos echa encima. Intentaré conseguir una cita aludiendo a asuntos policiales. El día señalado se acerca y he de ir quemando todas mis naves.

—Pero tú ya no eres poli, Liam Jones. —Me miró con cara de guasa.

Le encantaba tocarme las pelotas.

—Un hándicap perecedero. —Le guiñé el ojo—. Recuperaré mi antiguo puesto. De momento estoy a prueba, pero volveré a ser detective de homicidios.

Oliver asintió sonriente, pero sin duda aún atribulado. Y pese a que su mirada transmitió la culpa que sentía por lo ocurrido, también mostró satisfacción.

—Me alegra mucho oír eso, compañero.

—¿Liam?

—Hola, doctora. Necesito verla. Es un asunto de vida o muerte.

No me anduve por las ramas.

Hubo un silencio. Me pareció oírla suspirar.

—Estaba a punto de marcharme, pero te espero.

—Tardaré veinte minutos.

—Tranquilo. Te dije que me llamas si necesitabas algo, ¿no?

—Sí. Gracias.

La doctora Satsuki Hoshi era una reconocida psicóloga especializada en los trastornos por estrés postraumático o TEPT. Ejerció de profesora en la Universidad de Columbia hasta los cincuenta y tres años, cuando abandonó la docencia para abrir una consulta privada.

Hoshi me ayudó a superar el trauma causado por los maltratos y la posterior muerte de mi familia. Le debía mucho, aunque ella «solo» estuviera haciendo su trabajo. De las sesiones surgió una especie de complicidad, que, aunque no podía considerarse amistad, sí una simpatía mutua. Por aquel entonces me trataba una vez cada dos meses para comprobar que mi tiempo discurría «estable»; «sesiones de control», las llamaba ella. Sin embargo, mi existencia volvía a estar patas arriba. La siguiente cita, por mi bien y el de la investigación, debía adelantarse.

«¿Qué cojones pretendo conseguir con una puta regresión? —No me sentía precisamente positivo. Además, de dicha técnica solo conocía lo visto en series y películas. Sabía que consistía en acceder mentalmente a un punto traumático del pasado, poco más. Empezaba a tener serias dudas, a sentir ansiedad, a reconsiderar mis opciones—. ¿Y si no consigo «aparecer» en el lugar correcto? ¿Y si los recuerdos se han perdido del todo? ¿Y si desentierro algo sumamente desagradable?»

Sentí pavor: mis recuerdos olvidados no podían albergar más que turbación. Temí perder lo conseguido, que los avances con Hoshi se desvanecieran de un plumazo, que volviera a padecer el malestar psicológico que martirizó mi vida durante años. Sin embargo, aun muerto como estaba de miedo, sabía que nada impediría que lo intentara. Tenía una opción y no seguirla no era una alternativa; estaba dispuesto a sufrir con tal de atrapar al asesino que se había atrevido a fechar mi muerte.

Trataba a sus pacientes en la planta dieciocho de un bloque de pisos ubicado en el Bajo Manhattan. Sabía de antemano que no sería el primer detective que llamaba a su puerta, que había estado trabajando para el cuerpo en temas relacionados con la extracción de recuerdos. Nunca imaginé que acabaría necesiéndola al margen de mis problemas personales. Hoshi, por ende, estaría «curada de espanto» y conocería —aunque de forma global—, el procedimiento policial: factores que debían servirme para acortar la visita, ir al grano. Estaba harto de repetir una y otra

vez la misma historia, de describir los mismos sucesos, las mismas escenas, de hablar de las mismas pistas, de mi truculento pasado con todo al que necesitaba poner al tanto.

«Debería hacerme un resumen por escrito y entregárselo a quien me interese» —pensé mientras llamaba al telefonillo.»

—¿Sí?

—Liam.

—Sube.

Fui directo al ascensor, dejando a mi izquierda un gran espejo que me devolvió la imagen de un hombre cansado; mis ojeras parecían estar a punto de rozar el lujoso suelo de mármol.

Pulsé el botón que me elevaría hasta el piso dieciocho. Alcanzada dicha planta, caminé apenas cinco metros hasta situarme ante la puerta con el rótulo «Satsuki Hoshi. Psicóloga colegiada». Llamé golpeando la madera con los nudillos. La consulta gozaba de un visible timbre, pero preferí darle a mi visita un toque «íntimo», de encuentro «especial». Satsuki estaba haciéndome un favor, sí, pero yo no estaba allí para salvar mi culo —que también—, sino para frenar los crímenes de un psicópata; y tratándose de un caso así, todos teníamos que arrimar el hombro. Ni siquiera tenía intención de pagarle.

—Pasa —dijo al abrir, en un tono cálido—. Hablaremos en mi despacho.

«Nunca he estado en su despacho.»

—Gracias por recibirme.

—Has dicho que se trataba de un asunto de vida o muerte, ¿no? —preguntó ante la mesa de la recepcionista, que brillaba por su ausencia.

—Así es.

—Entonces, cómo iba a negarme.

Con el brazo me marcó el rumbo a seguir: un pasillo de paredes blancas que se abría a nuestra izquierda.

Nunca había pisado aquella zona de las instalaciones. En mis anteriores visitas, al entrar y ser atendido por la recepcionista, esta siempre me despachaba a la sala de espera, situada en sentido contrario al señalado por la psicóloga.

«Por lo visto ella también se lo ha tomado como un encuentro informal.»

La seguí. Satsuki medía poco más de metro y medio. De pelo moreno, liso y largo, siempre me recordó a Yoko Ono. Ese día vestía un pantalón de pinzas negro y una camisa a juego. ¿Lo más llamativo de su indumentaria? Sus zapatos: unos zuecos blancos que desentonaban más que un monje en una orgía.

«Lo importante es ir cómodo.»

—Vuelves a ser policía, entiendo —dejó caer cuando ya estábamos en el fondo del pasillo, delante de la supuesta puerta de su despacho.

—Aún no es oficial, pero sí.

—Me alegro. Uno ha de ser lo que es, ¿entiendes?

Asentí.

«Soy lo que soy: detective de homicidios. Y hago lo que hago porque es mi naturaleza: ayudar a los demás y detener a personas que han matado a otras. O, mejor aún, evitar nuevos crímenes.»

Entró en su despacho, ofreciéndome asiento. Ella se acomodó tras una gran mesa caoba. Sobre la madera reposaban varios papeles, dos marcos de plata y el típico adorno con las bolitas metálicas oscilando y golpeándose; aquel puto ornamento, si lo mirabas fijamente, podía llegar a «hipnotizarte» por sí solo.

Aunque Satsuki era una mujer tranquila, de movimientos pausados y voz calmada, aquel día la atendí algo más «acelerada» de lo normal.

—Y bien —dijo la psicóloga sentada en su gran silla de piel marrón, con las manos cruzadas y los codos apoyados en el reposabrazos—. Cuéntame los entresijos de ese caso de vida o muerte.

Resoplé, frotándome las sienes con todos los dedos de mi mano derecha.

Me concentré dispuesto a realizar una deficiente «regresión».

—A ver por dónde empiezo...

Como es obvio, empecé por el principio. Narré los sucesos durante más de media hora, intentando —esta vez sí resultaba de vital importancia— no eludir el más mínimo detalle. Por suerte, nadie conocía mi pasado mejor que Hoshi: mi relación con Alison y Logan, los maltratos, mi carencia de recuerdos, la muerte de mi mujer e hija, los errores que me llevaron a abandonar el cuerpo... Solo tuve que centrarme en los asesinatos y transmitirle las pesquisas.

Durante mi exposición Satsuki no abrió la boca ni una sola vez. Se limitó a prestar atención mientras anotaba en un folio en blanco. Asintió, arrugó el ceño y apuntó de vez en cuando, nada más.

«Da gusto hablar así, sin interrupciones —pensé una vez terminada mi «declaración», esperando las deliberaciones de la doctora, que, pensativa, se estaba tomando su tiempo.»

Rompió un pedazo de folio. Silenciosa, lo deslizó sobre la mesa.

«Lee», dijo.

Lo cogí, leyendo para mí mismo: «Hermanos, compañeros de trabajo y amigos íntimos».

—He leído sobre el caso —dijo sin ni siquiera darme tiempo a preguntar por lo enumerado en el escrito—, pero no pensé que fuera tan grave. No me extraña que estés preocupado. En el papel constan las personas que deberías investigar. El asesino no es alguien a quien dejaste atrás, alguien a quien no ves desde hace tiempo. No cuadra. Es alguien cercano. O al menos es lo que interpreto basándome en las pistas. ¿Para eso estás aquí, no, para escuchar la opinión de una experta?

—En parte. Entonces, ¿no cree que sea alguien a quien detuve en el pasado? El mensaje «Me privaste de demasiado tiempo, Liam Jones», parece claro.

—No habla de cárcel, sino de tiempo. En cambio, estos mensajes sí son esclarecedores: «Solo cuando sepas quién soy, darás conmigo» y «Liam Jones me ha convertido en lo que soy, y solo Liam Jones puede desenmascaramme». Estabas a solas con el asesino cuando ocurrió lo que ahora le lleva a buscar venganza, de ahí ese «solo Liam Jones puede desenmascaramme» y ese «solo cuando sepas quién soy, darás conmigo». Solo vosotros conocéis los motivos y por ende, solo tú sabes quién es.

»Otro factor a destacar es que tarde o temprano saldrá a la luz. Da pistas y te ha dado una fecha límite: juega al gato y al ratón. Es algo así como el final de la película Seven. —La doctora conocía bien mi fanatismo por las series y películas policíacas—. No pretende escapar, sino salirse con la suya. Es más que probable que al término de su «obra» se entregué tan campante. Además, ya sabes lo ególatras que son los asesinos en serie: necesitan que el mundo conozca sus «fechorías».

»Si su obra alcanza el clímax, prepárate para lo peor. No es un hombre que haga las cosas al tuntún. Yo diría que lleva años maquinándolo todo.

»¿Tienes imágenes de los mensajes que ha ido dejando?

—Sí. Un momento.

Busqué las fotografías en mi móvil y luego se lo entregué. La doctora deslizó el dedo por su

pantalla táctil, viéndolas una a una.

—Además de inteligente es culto: su ortografía es impecable. No hablamos de un criminal de medio pelo, sino de un hombre de clase media-alta con conocimientos básicos en criminalística y probablemente una carrera universitaria. De ahí la falta de huellas o restos biológicos. Y por lo que comentas, aparte de una vieja que vio a un «recadero» suyo, no deja testigos.

Oliver, Logan, Alison, mi padre, Rebeca, Walter, Green, incluso Peter y mis cuñados Olivia y Roy pasaron por mi mente como posibles culpables.

«No pueden ser ellos. No tiene ningún sentido —pensé obnubilado.» No obstante, sabía que la mente humana era imprevisible, que las personas, aun resultando difícil de creer, podían volverse locas de la noche a la mañana.

Me vino a la mente ‘El justiciero’, responsable del asesinato de nueve drogadictos, a quienes acribilló entre 2009 y 2011 en Curitiba, Paraná. Su psicosis fue detonada por la muerte de uno de sus hijos, asesinado en un asalto; el asesino, como el nuestro, buscaba venganza. También me acordé de uno de prostitutas del que no recordaba nombre ni número de víctimas, pero sí que actuó entre 1991 y 1996 en venganza al ser estafado por una fulana.

«Venganza. Y no siempre pagan los culpables: suelen pagar justos por pecadores.

»Un detonante. Solo es necesario un motivo que encienda la chispa contenida en un ‘portador del gen maligno’. Así de simple; personas corrientes que pasan de ser vecinos modélicos a matar sin piedad.»

—Ahora que sabe lo ocurrido —dije dispuesto a adentrarme en el meollo de la cuestión—, ¿cree que una regresión podría ayudarme? Si el asesino busca venganza y yo no recuerdo merecer ningún castigo, ¿podríamos retroceder y «resucitar» algún recuerdo que me oriente? Ahora mismo no tenemos una mierda. —Sabía que a Hoshi no le gustaban las palabrotas, de ahí que me regañara con un marcado gesto irritado—. Perdón, doctora. —Asintió. Satsuki era una terapeuta experimentada y sumamente profesional, y no le complacían las guasas; no al menos durante las sesiones—. Lo que quiero decir, doctora, es que estamos en un callejón sin salida.

—Supongo que no perdemos nada intentándolo. —Formuló las palabras que deseaba oír—. Pero hay varios conceptos que debes tener en cuenta.

—La escucho.

—Tenemos regresiones todos los días. Regresiones parciales, no tan completas como las que logra la hipnosis. Ante ciertos factores las personas reaccionamos de modos muy distintos; factores regresivos, que provocan modificaciones en algunas características de la personalidad, que nos hacen sentir de un modo diferente. Cuando dichos factores se amplifican en un proceso hipnótico estructurado, aparecen con fuerza y precisión con respecto al momento que estamos buscando. Ahora bien, cuando hablamos de regresión tenemos que tener en cuenta un hecho fundamental: la regresión no es exacta en la mayoría de los casos. Por una parte se produce un aumento del recuerdo, sí, pero por otra se produce una mayor tendencia a la fabulación. —Dejé que se explayara, actuando como ella lo había hecho conmigo. Además, sus explicaciones eran del todo esclarecedoras, aunque me perdiera de vez en cuando—. Por eso es importante trabajar esos factores, especialmente cuando nos condicionan o tiene un origen no deseable, como pueda ser el dolor ocasionado por una situación traumática del pasado, que está condicionando la forma que percibimos nuestra vida actual. Las regresiones a vidas pasadas o hipnoterapia regresiva permite liberar y sanar ese dolor, esas energías que nos desequilibran. Pero debido a esos condicionantes que comento, cuando se encuentra un dato muy marcado, muy importante, se debe constatar. Que un paciente lllore o reaccione emocionalmente no significa que dicha rememoración sea cierta. Puede

que lo sea, o puede que no. La imagen popular de la hipnosis es que las regresiones siempre proporcionan recuerdos verídicos, pero eso no es cierto. En esta misma consulta he presenciado a personas reviviendo abducciones por platillos volantes o asegurando haber vivido otras vidas: hechos que no pueden constatare. Eso sí: no por eso han de ser inciertos. Sin embargo, en muchos casos sí encontramos fabulaciones, del mismo modo que a veces encontramos sueños. En general, la persona que quiere una regresión no engaña deliberadamente, pero sí puede estar falseando los datos sin ser consciente. En la mayor parte de las patologías psicológicas el paciente presenta una serie de sugerencias negativas que debemos cambiar de signo. Estas sugerencias son ideas o creencias, como se diría desde un punto de vista racional, emotivo o cognitivo, que han sido introducidas en determinados momentos de su vida y que ejercen una influencia negativa en su funcionamiento psicológico. En la regresión y en otros abordajes con y sin hipnosis empleamos sugerencias y técnicas dirigidas a eliminar el efecto de dichas sugerencias negativas. Al buscar un momento del pasado, lo que buscamos es el inicio de sus síntomas, de sus preocupaciones, para no solo conocer la causa, sino reestructurar la situación, las reacciones de la persona y las secuelas psicológicas que el hecho inicial haya causado, descondicionando cualquier condicionamiento adquirido y desbaratando cualquier sugestión posthipnótica que se hubiera producido, en esos o en posteriores momentos.

»Resumiendo: recordar un trauma puede resultar desestabilizador, y en ocasiones el recuerdo es falso.

«Haber empezado por ahí, joder. Menudo *rollazo* me ha soltado, doctora. Se habrá quedado a gusto.»

Me quedé en silencio. No había entendido de la misa la mitad. Pero eso no importaba: quien debía conocer el procedimiento era ella.

«Solo quiero revivir algo que me sirva para atrapar al asesino. Punto. Déjese de monsergas y pasemos a la acción.»

—Es tarde —observó Satsuki mientras miraba su reloj de pulsera—. ¿Te doy cita para mañana y empezamos con la regresión? Creo que necesitas descansar, Liam. No tienes buena cara. Aparte de lo obvio, ¿todo va bien?

—Mañana no —dije tajante, ignorando su última pregunta. Los ojos rasgados de la doctora me enviaron una mirada cargada de sorpresa—. Hay vidas en juego. Intentémoslo ahora.

—Un día que me propongo no trabajar hasta tarde... —Hoshi sonrió mientras se levantaba de su asiento—. Vamos, entonces.

Aquella estancia sí la conocía bien. Diplomas colgados en unas paredes atildadas; un diván de diseño que había escuchado muchas historias, sobre el que me eché nada más entrar; tres plantas y un par de adornos tribales que armonizaban la atmósfera; un sillón de piel blanca en el que Hoshi acomodó sus posaderas con la intención de empezar con la hipnosis regresiva... Minimalismo y pulcritud en estado puro; allí uno se sentía en total armonía con el universo.

—Esto será como una meditación guiada —dijo en un tono bajo y calmado—. Te hablaré en todo momento. Tú límitate a dejar que las imágenes se manifiesten.

Me serené tanto como pude, intentando dejar la mente en blanco. Durante unos minutos la doctora me indujo un profundo estado de relajación mediante ejercicios de respiración y visualización.

—Sigue con los ojos cerrados. Respira profundamente y exhala. Inspira; espira. Inspira; espira. Imagínate en la orilla de una gran superficie de agua. —Me concebí ante un remanso del

río Hudson que conocía bien; lugar donde Logan y yo solíamos ir para evadirnos del mundo—. Voy a contar desde diez, y mientras lo hago te meterás en el agua. Diez, nueve... El agua moja tus pies. —Sentí cómo se empapaban mis piernas; un líquido templado, agradable—. Ocho, siete, seis... Te sumerges poco a poco. —El fluido subía por mis piernas centímetro a centímetro, y la sensación de inmersión aumentaba—. Cinco, cuatro... Estás casi dentro. Tres, dos...

Me sumergí.

No podía respirar.

—Puedes respirar, Liam, estás a salvo.

Cogí una larga bocanada de aire.

Estaba a salvo.

—Deja que un primer recuerdo aflore. —La voz de Hoshi se escuchaba clara, aunque lejana—.

¿Qué ves?

A través de la puerta entreabierta de mi cuarto vi a Logan pasando por el pasillo.

—Veo a mi hermano. Creo que va a salir de casa. Parece nervioso.

—¿Dónde estás?

—En Cold Spring.

—¿Cómo te sientes?

—Furioso. Confuso. Intrigado. No sé. —Sigiloso, seguí a Logan hasta el exterior de la casa—.

Voy tras él, a escondidas. Quiero saber dónde va. —De pronto estaba metiéndome en el bosque.

Un característico olor a pino se adentró en mis fosas nasales—. Sigo. Le veo al frente, zigzagueando entre los troncos. Es una sombra. Sé dónde estamos, reconozco la zona del bosque.

Él no puede verme. Soy invisible. Ni siquiera yo puedo verme.

—¿Adónde va Logan?

—No lo sé. Se acerca a una gran roca. Se mete en una especie de grieta. Le pierdo.

Desaparece en su interior. No, no... Intento acercarme, entrar, pero un tronco obstruye la entrada.

De súbito pasé a estar frente a la puerta de mi antigua casa.

—Estoy entrando en casa. Algo va mal.

—¿Qué sientes?

—Avanzo por el pasillo. Oigo a Alison. Tengo miedo. Siempre tengo miedo. Algo espantoso está pasando. Alison me llama. Sigo avanzando.

»Estoy ante la puerta de su cuarto. La abro. —Vi a mi padre con una de sus manos metida dentro de las bragas de mi hermana—. Dios mío.

Todo mi cuerpo empezó a temblar. Lloré en el recuerdo y lloré sobre el diván. Sentí que el alma se me escapaba por la boca. Y aun con todo seguí experimentando aquella pesadilla.

—Estoy en una tienda. Solo. El dependiente sonríe mientras me devuelve el cambio. No sé por qué estoy recordando esto.

—No te preocupes. Una regresión es como un sueño, y no podemos controlar nuestros sueños. Sigue, Liam. Sigue soñando.

—Ahora estoy en el comedor, atado a una silla. Desnudo. Mi padre se acerca. Me grita a la cara, aunque apenas le entiendo. Gesticula fuera de sí. Espera, sí, ahora le escucho: «Te mataré si hablas, puto mocososo. Mantén la boca cerrada o la ahogaré en el río, te doy mi palabra». Se está quitando la correa. Vuelca la silla de una patada conmigo encima. —Mi miedo empezaba a convertirse en pánico—. Le miro desde el suelo. Alza la mano. Sacude la correa.

Me incorporé gritando, sobresaltando a la doctora.

No conseguía hacerles llegar aire a mis pulmones.

Las lágrimas seguían brotando de mis ojos.

Satsuki me ayudó a mantenerme reclinado.

—Tranquilo, respira —susurró con dulzura—. Calma. Sigue respirando. Estás a salvo, Liam.

«Voy a matarte por lo que hiciste, padre —pensé entre sollozos.»

26 años antes

—Despierta, Liam.

La voz de Logan me hizo pasar del letargo al aturdimiento, y sus zarandeos abrir los ojos, escapar de un sueño que no prometía acabar bien; como siempre, protagonizado por nuestro padre.

—¿Qué pasa?

—Es la hora —anunció acucillado al lado de la cama.

—¿La hora de qué? Si aún no ha salido el sol.

«Padre.»

La circunspección con la que actuaba Logan me llevó a pensar que ocurría algo malo; y en aquella casa lo malo siempre llevaba el mismo nombre.

—Nos vamos.

—¿Adónde?

Aún estaba confuso y adormilado.

—Levántate. Nos vamos de aquí.

Me incorporé nervioso. Los latidos de mi corazón se dispararon. «De aquí»: esas dos palabras no dejaban lugar a dudas.

—¿Adónde? —insistí.

—A un lugar seguro.

La noche previa se pelearon como tantas otras noches. Mientras me hablaba podía contemplar las consecuencias de esa riña en su ojo izquierdo.

—No voy a obligarte; yo me voy.

Me aterrorizaba el hecho de pasar un solo día sin él. Si había sobrevivido en aquella casa, si aún seguía cuerdo, era por su constante protección.

Las palizas disminuyeron en concordancia con nuestro crecimiento, pero padre siempre encontraba la forma de amargarnos la existencia. El físico de Logan se desarrolló temprano e «hicimos» uso de él —lo mismo que hacía padre con nosotros—; mi hermano empezó a no consentir ciertas cosas. Pero el maltratador era fuerte y testarudo; nuestras vidas seguían siendo un tormento, aunque hubiera guardado la correa.

—¿Vienes o no? —preguntó mientras me agarraba la cabeza con ambas manos y me miraba fijamente a los ojos—. No hay demasiado tiempo.

Asentí. El miedo me anquilosaba, no permitiéndome pensar con claridad.

—¿Y Alison?

—Volveremos a por ella más adelante. Si viene con nosotros nunca dejará de buscarnos. A ella sí la quiere. A nosotros, con un poco de suerte, nos dejará marchar en paz.

—Pero...

—Vístete —susurró palpablemente nervioso. Imposible que lo estuviera más que yo—. Nos vamos con lo puesto.

Me atavié con un pantalón de chándal, una sudadera y unas zapatillas de deporte. Ni siquiera

tuve tiempo de lavarme la cara. Legañoso y de la mano de Logan anduve por el pasillo hasta alcanzar la puerta de salida. Durante unos minutos fui una marioneta dirigida por uno de los pocos seres que me querían. No he vuelto a sentirme tan predispuesto a dejarme llevar.

—Espera —dije cuando Logan ya giraba el pomo.

—¿Qué pasa, Liam?

—Un momento.

Me deshice con cuidado de su agarre y anduve de puntillas hacia la habitación de Alison. «Vuelve aquí, joder», escuché a mi espalda. Le mandé callar colocándome el dedo índice ante los labios. Sabía que padre no iba a despertarse: el efecto narcótico del alcohol jugaba a favor de nuestra huida.

Me acerqué a su cama, besándola en la mejilla. La vi tan frágil que se me hizo difícil dejarla atrás, por mucho que fuera durante un tiempo y a ella la tratara bien. Lo que dolía era la despedida, saber que tardaría en volver a verla, entender que durante un tiempo se sentiría sola. Me dolía la sensación de estar abandonándola.

Volví a la entrada. La puerta estaba abierta. Logan esperaba en el porche.

—¿Ya? —preguntó en un tono un tanto airado.

—Sí.

—Pues sube a la furgoneta.

Señaló hacia la carretera. En la cuneta, con las luces apagadas, vi un vehículo que pasaba totalmente desapercibido.

—¿Tú no vienes?

—Conviene que estemos separados un tiempo. ¿Recuerdas a Kevin, a mi amigo que se fue a vivir a Nueva York? —Asentí—. Vivirás con él hasta que se calmen las aguas. Te buscará un trabajo. —Me sonrió—. Volveré a buscarte, ¿de acuerdo?

—No quiero irme sin ti. —Empecé a sentir agobio. A punto estuve de echarme a llorar.

Logan me abrazó. Aún recuerdo los acelerados latidos de su corazón.

—Lo sé. Yo tampoco quiero separarme de ti. Pero irá todo bien. Es una temporadita de nada, ¿vale?

Asentí con los ojos al límite del llanto.

Me cogió de la mano y llevó casi a rastras hasta la furgoneta. Su puerta derecha trasera estaba abierta. Logan me levantó a pulso y me metió dentro. Yo me dejé manejar como si fuera un títere. Confié en él. Creí cada una de las palabras que mi hermano dijo aquella noche.

—Hola. —Kevin me saludó mientras me observaba por el retrovisor interior—. Tranquilo, Liam, cuidaremos de ti.

Todo el mundo se empeñaba en calmarme, pero yo me sentía como un perro al que están abandonando en una cuneta.

El corazón me trepaba por la tráquea. Nunca imaginé que el momento de nuestra emancipación sucedería de una forma tan triste. Siempre soñé que nos iríamos juntos. Siempre, hasta el final. Pero supongo que siempre fui un iluso.

—Podéis marcharos —le dijo Logan a su amigo, seco y rotundo. Supongo que quería acabar cuanto antes con el mal trago.

Me besó en la frente y cerró la puerta.

Todo sucedió tan rápido que mi mente solo consiguió conservar un par de fragmentos de aquella noche.

Kevin arrancó y condujo unos metros sin encender las luces. Me giré, buscando a Logan a

través de la luna trasera: se había esfumado, perdido en la oscuridad. Le eché entonces un último vistazo a la vivienda donde aún vivían mi hermana y mi padre: la observé tenebrosa.

«Es solo una temporada», me repetí una y otra vez, intentando insuflarme ánimos, cada vez más lejos de Logan, cada vez más apartado de mi «antigua» vida.

Una «temporada» que se alargó más de veinticinco años.

La caja

Marqué el número de Oliver mientras esperaba en un semáforo, de camino al *Five cups*. Necesitaba una copa, descansar un rato en un lugar conocido que me hiciera sentir bien. En cambio, no deseaba estar con nadie.

Pasaban de las diez de la noche.

Oliver contestó cuando el semáforo se ponía en verde. Conecté el manos libres.

—Dime, Liam.

—La regresión ha arrojado un par de recuerdos que podrían aportar algo a la investigación. Me largo a Cold Spring. Intentar dormir es una pérdida de tiempo: demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Tan apremiante es?

—Mi vida y la de otros corre peligro, ¿recuerdas? Descansaré. Si puedo, en un hotel. Así podré empezar a investigar temprano. Luego iré a visitar a Alison, que dudo que aporte nada interesante aparte de sus supuestos problemas conmigo. —Mentí. No tenía ninguna intención de viajar a Trenton; no me veía con fuerzas de estar cara a cara con mi hermana—. Necesito echar un vistazo a los lugares que he visto en la hipnosis. Lo necesito. Ya sabes cómo funciona esto: encuentras una posible pista y tu cabeza no deja de darle vueltas. Además, a las siete he vuelto a quedar con la doctora para intentar otra sesión. —Volví a mentir. Tampoco tenía intención de acudir a esa cita—. Como ves, voy a tener que conducir bastante. Pero no me importa: lo principal es seguir las pesquisas que vayan presentándose. En fin. A lo mejor todas son falsas, vete a saber, pero... Parte de nuestro trabajo es ese, ¿no?, seguir pesquisas que no llevan a ninguna parte. Si todas nos sirvieran...

Intenté mostrarme «normal», el mismo Liam con el que había hablado en el hospital.

—Y esas pistas de las que hablas, ¿son?

—Aún es pronto. Prefiero indagar primero y...

—No me jodas. Somos un puto equipo, ¿no?

—Si los recuerdos guardan relación con el caso te lo haré saber, no te preocupes. Pero si no, prefiero guardármelos. No son asuntos agradables. ¿Lo entiendes, verdad? Son de índole personal.

—De acuerdo. Pero ya sabes que aquí tienes un amigo para lo que necesites, con el que puedes desahogarte. Contigo estoy curado de espanto, tío. —Le imaginé sonriendo al teléfono—. No voy a juzgarte. Sabes que en temas privados soy una tumba.

—Lo sé. Tal vez más adelante.

—Como quieras. Entonces, ¿nos damos un toque si surgen novedades?

—Claro.

—Bien. Pues quedamos así. Hasta mañana.

—Adiós.

La regresión resultó demoledora. Tanto que empecé a desear que llegara el dieciséis de mayo. No hacía más que ver a Alison sobre la cama y a nuestro padre abusando de ella. Me culpaba por no haber hecho nada, por haber sido un cobarde.

Imaginaba al pederasta de mi progenitor ardiendo, quemándose vivo, y a mí sujetando una lata de gasolina. «Llevo una en el maletero —recordé». Deseaba su muerte más de lo que había deseado nada en este mundo. «No entiendo cómo alguien puede llegar a ser tan malvado».

«Resolveré el caso y pasaré a hacerte una visita de poca o ninguna cortesía, padre. Me importa un bledo que ahora no bebas, que acudas a misa, que te creas un hombre rehabilitado. Pagarás por

lo que hiciste.»

El arrepentimiento me laceraba por dentro; poco a poco, recuerdo a recuerdo. Las imágenes revividas con la maldita regresión desfilaban por mi cabeza como un despiadado ejército. Me lo advirtió la doctora Hoshi: recordar un trauma puede resultar desestabilizador. Pero yo, como tantas otras veces, no hice caso a los consejos.

«No volveré a ver a Alison ni a la doctora Hoshi. Nunca más.»

El veneno de la culpa viciaba el ambiente; allí donde estuviera me acompañaba un aura de agobio y vergüenza.

Fui un estúpido: me empeñé en refrescar al peor enemigo del remordimiento, la memoria, y estaba padeciendo las consecuencias. Caminaba codo con codo con la infamia, y no sabía cómo deshacerme de ella.

«Tanto tiempo a la sombra de un acto atroz... ¿Cómo pude quedarme de brazos cruzados? ¿Cómo va a perdonarme Alison?»

No quería dormir. Solo deseaba llegar al bosque y encontrar la cueva avistada en la regresión. Me importaba poco que fuera de noche: lo único que ansiaba era adentrarme en la espesura y perderme entre los troncos. Pero Alison... No podía obviar que ahora era «mi perfecta» enemiga. Mi hermana tenía motivos más que suficientes para odiarme, para desear mi muerte. Su silencio, su fingir... Quizá no fuera la autora material, pero yo mismo había resuelto crímenes perpetrados por asesinos a sueldo. El mismísimo Charles Manson mató a siete personas sin mancharse las manos; y Alison siempre fue una mujer extremadamente inteligente.

«¿Alison una criminal?»

Pensarlo me provocó una sonrisa. Pero ya no sabía qué pensar, a quién señalar. Empezaba a advertir cómo la demencia se apoderaba de la poca cordura que me quedaba.

«Aun con todo, he de ser prudente —pensé tratando de consolarme—. Puede que todo fuera una fabulación, un recuerdo condicionado por las palabras de Logan.»

Una voz interior me decía que lo recordado había pasado. Lo sabía. La revelación de Logan propició que todo cobrara sentido.

«Demasiado buena ha sido conmigo, y yo pensando que su frialdad se debía al distanciamiento. Iluso.»

Conducía abstraído, tan apesadumbrado que no conseguía pensar en nada en concreto. Al volante consideré incluso la posibilidad de fingir que la regresión no había sucedido. Anular mi cita con Alison alegando cualquier excusa barata y no volver a pisar la consulta de la doctora Hoshi. No afrontar los problemas, repitiendo el mismo error que me había conducido a considerarme una basura de hombre; ver, oír y callar. Obviar las recientes averiguaciones, la desgarradora verdad revelada por la regresión. Seguir indagando como si no hubiera pasado nada, hacerme el loco —en realidad me sentía bastante próximo a la locura—, mirar hacia otro lado mientras silbaba mirando al cielo.

Me bloqueé, deseando únicamente pasar página. El agobio resultaba tan desconcertante que apenas podía razonar. Me sentí como después de perderlas; y en esos tiempos mi dañina conducta no aportó nada bueno.

«He de centrarme. Eres un tío curtido en mil batallas, un detective acostumbrado a lo peor. Esto no es nada para ti: un día más de trabajo y punto.»

Aspiré profundo y solté el aire poco a poco.

«Eras joven y tenías miedo. Te maltrataban. Te amenazó con matarla si hablabas. Tu salud mental no era la de un niño normal. Vivías asustado. La culpa es de él, de nuestro maldito padre.»

«Lo daría todo por volver atrás —cavilé mientras aparcaba cerca del *Five cups*— y poder resarcirme. Y Dios, juro que le rebanaría el cuello ahora mismo. No volvería a cometer los mismos errores. ¿Qué iban a hacerle a un pobre niño maltratado que ha acabado con su agonía matando a su maltratador? Nada. Unos años de terapia y a correr libre. Pero no puedo cambiar el pasado. Resulta irónico: ahora desearía que mi memoria volviera a hacer de las suyas, que mañana, al despertar, no recordara nada de lo vivido hoy.»

Bajé del coche.

Entré en *Five cups* dispuesto a ahogar mis penas en alcohol. Pero mis condenadas penas, como le ocurría a Frida Kahlo, habían aprendido a nadar.

Me detuve ante la puerta. Dos chicas salieron riendo, dejándome escuchar los sonidos del interior.

«He de continuar —cavilé intentando infundirme hombría—. No por mí, sino por las posibles víctimas. He de evitar que el asesino siga matando. Asumir mi condena y enfrentarme a ella, seguir aunque yo ya esté maldito. Aún puedo luchar por la vida de otros.»

Entré más entero, no obstante enfrascado en dilemas morales.

Los sonidos del *Five cups* se adentraron en mis oídos como un eco distorsionado. Me senté a la barra, donde siempre. No observé tantos clientes como presentí.

—Hola, Liam —saludó Peter dicharachero—. Me alegro de verte. ¿Un whisky?

Ni siquiera me digné a mirarle a la cara. Me abstraje en las betas rojizas que lucía la madera sobre la que el camarero solía depositar las bebidas.

—Uno doble.

—¿Estás bien?

—Déjame, Peter. Solo quiero beber.

—Sí, claro. Como quieras.

Cabizbajo, cansando y pensativo, con los codos apoyados en la barra, esperé la bebida.

No se hizo de rogar. Peter, esta vez en absoluto silencio, depositó el vaso sobre la barra.

—Otro —dije antes de acercarme la copa a los labios.

—Marchando.

Me bebí el whisky de un solo trago.

—¿Es necesario ser tan borde? —escuché por mi derecha; una voz gruesa y varonil—. El muchacho solo intentaba ser amable, joder.

—Inclinado sobre la barra giré el cuello para observar al autor de aquellas desafiantes palabras. Sonriente, al tiempo que apretando los dientes, vi a un hombre alto y robusto, rapado, con una barba prominente. Vestía una camiseta negra de los Ramones y unos tejanos ajustados del mismo color.

«Y aquí tenemos al «típico» punkinazhipster con ganas de juerga.»

—A ver —dije tranquilo, dispuesto a darle una clase de «no meterse con desconocidos»—. ¿Y si ahora te doy una paliza y aprendes que meterse conmigo es una nefasta idea? —susurré sarcástico, lo suficientemente alto como para que pudiera escucharme.

—¿Qué has dicho, retaco?

«El tamaño no va a servirte de nada.»

Ni la clientela ni Peter se percataron de nuestra «interesante» y tensa conversación.

—Hoy he tenido un día de mierda, uno de esos que pueden llegar a trastocarte el cerebro, ¿entiendes? Así que voy a darte la oportunidad de desaparecer de mi vista. —Roté sobre el taburete dejando la barra a mi izquierda y al sujeto de frente, preparándome—. De lo contrario...

—¿De lo contrario qué, *hijoputa*?

En lo que dura un segundo me levanté, pateé su asiento y tiré de su camiseta de los Ramones a la altura de su hombro izquierdo. El taburete se inclinó con él encima, venciénzose hacia la barra. «Tan corpulento y tan manejable.» La robusta madera se encargó del resto. Su cara se estampó contra la barra. Perdió un diente y las ganas de meterse donde no le llamaban.

Cayó inconsciente a mis pies.

Sobre la madera quedaron su sangre y un colmillo.

El local se quedó mudo.

Tras la barra, con los ojos y la boca abiertos, Peter me miraba consternado. Los demás clientes no se atrevieron a recriminarme nada.

—No vuelvas, Liam —dijo el camarero en un susurro.

—No pienso volver a esta mierda de sitio, tranquilo.

Escupí al barbudo tirado en el suelo; ya no parecía tan valiente como antes.

—Que os jodan —murmuré de camino a la puerta de salida—. Sois unos metomentodo. Solo quería beber, coño, ¿es tanto pedir?

«Que alguien llame a la policía», escuché cuando la puerta del pub se cerraba a mi espalda; una voz desconocida.

Entré en mi Mustang dispuesto a conducir hasta Cold Spring, olvidarme de todo y de todos, centrarme únicamente en encontrar pistas.

«He de buscar la grieta que vi en la regresión, averiguar qué diantres hacía allí mi hermano y si guarda relación con los asesinatos. ¿Por qué me mostraste eso, mente?»

Mi móvil sonó cuando me aproximaba a la zona boscosa recordada en la consulta de la doctora Hoshi. Vibró sobre el asiento del copiloto como si tuviera el mal de San Vito. Ni me inmuté. Vi el nombre de Oliver en su pantalla. Me extrañó que llamara tan tarde.

«Se ha enterado de lo del *Five cups*, seguro, y ahora pretende meterme la bronca. Me habrán denunciado por agresión, eso seguro. La gente no asume las consecuencias de sus actos, y echa mano de la ley por cualquier cosa. Si te pones chulo con alguien, toma conciencia de que pueden partirte la cara.»

La canción *Far from any road*, intro de la serie True Detective, complementó con su inquietante introducción y lúgubre letra la mohína atmósfera que me seguía desde la sesión de hipnosis.

No descolgué.

No tenía intención de cogerle el teléfono a nadie.

Oliver insistió, llamando hasta tres veces más. Mejor: aquella melodía no podía ir más acorde con mi concepción del mundo en aquel momento: un canto a la muerte, a la desesperación. Algunas estrofas me parecían formidables: «Cuando la última luz caliente las rocas y aparezcan las serpientes de cascabel, vendrán gatos salvajes a llevarse a la fuerza tus huesos. Y te alzarás conmigo, para siempre, a través de la silenciosa arena, y las estrellas serán tus ojos, y el viento será tus manos. Y te alzarás conmigo».

Los rostros de Amber y Dalia aparecieron entre mis negativos pensamientos.

«Ojalá pronto me alce con vosotras y volvamos a caminar juntos.»

Árboles a izquierda y a derecha; arriba, la luna, que no iluminaba demasiado. Estacioné en la cuneta, en una zona donde la carretera se ensanchaba. De pequeños, Logan y yo nos acercábamos a aquel lugar por una senda cercana al río situada al otro extremo del —más que un bosque— gran

arbolado.

A un kilómetro aproximado del pueblo, me apeé tarareando *Far from any road*, mi canción del momento.

Caminé hacia la parte trasera de mi Mustang, abrí el maletero y extraje las dos linternas que siempre guardaba allí para ocasiones como aquella; uno debe ser precavido y más siendo agente de la ley. Si fallaba una me quedaba otra, y si no la luna.

«Vamos a buscar esa jodida cueva.»

Me metí entre los árboles no vestido para la ocasión. La proximidad con el agua propiciaba que algunas raíces estuvieran forradas de musgo. Anduve mientras alumbraba al frente; ramas bajas y caídas dificultaban el avance. No tardé en sentir el efecto de la humedad en los pies, a notar los calcetines mojados. Soportaba un extremo cansancio —para variar— en las piernas. La luz de mi linterna iluminaba a mi vanguardia. Lo que no enfocaba con su haz de luz quedaba inmerso en una oscuridad cerrada. Debía ir con cuidado; un paso en falso podía provocarme una fractura, y mi cuerpo no estaba para rodar sobre la maleza.

«Si me caigo, ahí me quedo. Que me devoren los putos lobos.»

Dudo que ninguna camada de carnívoros con largos colmillos habitara aquella zona, pero uno se adentra en la espesura y cree verlos por todas partes.

El miedo más lógico cuando uno se adentra en un bosque es ser picado por una serpiente o atacado por un oso o un lobo. Quizá también el de perderse. Hay miedos que arraigan más que otros. Cuando era un niño me aterrorizaban los mapaches. Curioso, sí. Más que nada porque no recuerdo haber visto uno en mi vida. Pero el hecho de pensar en esos «bichos» arañándome la cara me aceleraba el pulso. El miedo es bueno, supongo: evita que cometamos estupideces, como adentrarse en un bosque vestido de traje en plena noche. El caso es que yo no tenía miedo. Y no es porque no lo conociera; el terror fue una constante en mi vida. Sin embargo, empezaba a darme lo mismo morir de un tiro en la nuca que devorado por una familia de mapaches.

Por suerte no soplabla el viento. Las hojas no se movían, asemejando haberse congelado en el tiempo. Las copas se mantenían asimismo inmóviles. Parecía estar avanzando entre árboles de cera. El ulular de un búho hizo evidente que el mundo seguía girando. O lo mismo era yo: tan cansado que no lograba percibir lo que ocurría alrededor.

La vista se me nublaba.

Aun con todo no tardé en situarme. La falta de claridad y la fatiga no evitaron que hallara la senda por la que andábamos Logan y yo cuando éramos unos niños en busca de aventuras. Seguí el estrecho camino. Anduve un buen rato por una zona más despejada, reproduciendo mentalmente la ruta seguida por Logan en la regresión. Al contrario que nosotros, el bosque no había cambiado.

La vi. No era una cueva ni una brecha, sino el espacio resultante entre dos grandes rocas; una especie de loma forrada de musgo que parecía una cara emergiendo del terreno; un rostro con una herida abierta.

Un tronco cruzado dificultaba el acceso. Aquello no estaba allí por obra de la naturaleza: alguien lo había colocado deliberadamente. Lo aparté sin soltar la linterna. Al ejercer fuerza sobre el leño me resbalé, cayéndome al suelo.

Me dio por reír.

—¡Me cago en su puta madre!

Mi grito rompió tanto el silencio que al fin sentí algo parecido al miedo.

Recogí la linterna y me levanté como un anciano. Finalmente no cumplí mi promesa de quedarme tumbado a merced de los carnívoros.

Con un último esfuerzo retiré el obstáculo.

Alumbré dentro. Descubrí una pequeña oquedad de no más de tres metros de largo y dos de alto.

El haz de mi linterna iluminó una caja de madera con tres velas encima, dos prácticamente consumidas, y a su lado, un recipiente de metal oxidado. Allí dentro no había nada más. Entré en la pequeña «gruta» y cogí el receptáculo: una cajita de unos treinta centímetros por veinte. Salí al bosque y la abrí. La luz de la luna apenas permitía ver. En su interior hallé varias hojas dobladas.

La linterna dejó de funcionar.

«Será posible.»

La golpeé con la mano. Nada.

Saqué la de repuesto, más pequeña, del bolsillo de mis pantalones. Le di al botón de encendido.

«Venga ya. Si funcionaba antes de entrar en el puto bosque.»

Tampoco alumbraba. Le arreeé varios golpes, incluso contra la piedra: también con las pilas agotadas.

—La puta madre que me parió. ¿Se han alineado los planetas para tocarme los cojones?

Me arrepentí de haberme dejado el móvil en el coche.

Desdoblé uno de los papeles: un dibujo que parecía estar representando a un hombre matando a otro. La falta de luz evitó que pudiera fijarme en los detalles.

«Los revisaré mejor en el coche.»

Regresé sobre mis pasos. No me quedaba otra. Con la mirada al frente, sin prisa, anduve de vuelta al coche.

Tardé más de lo esperado. Me desorienté. Incluso, me senté a descansar sobre una piedra. Hasta barajé la posibilidad de dormir apoyado a un tronco, de esperar a que amaneciera. Sin embargo, la salida del sol estaba aún muy lejos.

Resoplé ya dentro del Mustang. Encendí el motor y la calefacción, dirigiendo los chorros de aire a mis pies. Tenía el cuerpo entumecido y los pies helados.

Abrí la caja, usando el volante como soporte.

Tres dibujos.

Las cabezas eran círculos, y los brazos, piernas y pies, simples líneas. Dibujos extremadamente básicos; esquemáticos, diría yo.

En el primero, dentro de un bosque de árboles con copas rojas, un hombre acuchillaba a otro. En el segundo, con una casa de fondo también roja, un hombre disparaba a otro; quien apretaba el gatillo permanecía en una especie de jaula o celda. En el tercero, al lado de lo que parecía un río de sangre, uno de los muñequitos parecía estar estrangulando al otro. En este último, sobre las cabezas de los protagonistas, constaban dos letras mayúsculas que me sobrecogieron. Una firma: «LJ», como nos llamábamos mi hermano y yo de pequeños. Pero lo que definitivamente le quitó a Alison el cartel de sospechosa, fue el escrito que encontré en una de las esquinas del folio: «Te odio, Liam Jones».

«¿Nunca me quiso nadie?»

Sentí una pena mayor que la sufrida al conocer mi «complicidad» en los abusos que mi padre cometió contra Alison. Me derrumbé sobre el volante como un castillo de naipes salpicado de sangre. No entendía todo aquel sinsentido, aquella sucesión de acontecimientos desoladores que en tan poco tiempo me habían sumido en un infierno. Una red de mentiras y apariencias que me mantenían al borde de un abismo, dispuestas a engullirme en el peor momento.

«Siempre poseyó el ‘gen maligno’, y la confesión de Alison resultó el detonante que encendió su chispa, que revivió su odio hacia mí. Por mi culpa, por mi cobardía, él dejó a su hermana en manos de un pederasta. Y no me lo perdona.

»Ahora busca venganza.

»Su alzacuello no es más que una tapadera.

»Logan es el asesino.»

Las causas de la muerte

Oliver

—Este donut está para chuparse los dedos —dije sentado en la mesa de la cocina, precisamente chupándome los dedos. Jennifer sonrió alzando las cejas.

—¿Te has levantado hambriento, cielo?

—Hoy toca ver cosas desagradables, así que mejor desayunar temprano y permitirle al estómago digerir los alimentos.

—¿Vas a ver cadáveres?

—Exacto.

—Buff... —Mi esposa suspiró—. ¿La niña?

—Mejor hablemos de otra cosa, ¿eh, amor?, que estoy comiendo.

—Sí, mejor.

La mente me jugó una mala pasada: imaginé dos cuerpos sobre una misma mesa de acero inoxidable, pegados el uno al otro: el de una niña cortada en dos y el de un hombre sin ojo, mano, oreja, media nariz y media lengua.

De la niña contemplé poco en la escena del crimen; en ningún momento la vi fuera de las bolsas. Contemplarla en su totalidad, sin telas que protegieran el alma, era decisión mía. Las causas de los óbitos podían comentarse en cualquier lugar; tomando un café con Walter en la sala de descanso del centro forense, por ejemplo, lejos de cadáveres destrozados. Hablábamos de un caso extremadamente cruento; el forense no iba a tenérmelo en cuenta. Sin embargo, un detective de homicidios no debe eludir responsabilidades, protegerse de imágenes descorazonadoras; los cuerpos esconden respuestas y a mí se me daba bien descubrir lo que no exhibían a simple vista. Además, como a Liam, se me daba bien olvidar ciertas escenas, aunque yo lo hiciera a conciencia. Esperaba borrar pronto lo que vería esa mañana.

—Liam —musitó Jennifer tras morder su donut, con la boca llena— ¿Sigue ignorándote?

—Le he enviado dos mensajes por Whatsapp a ese soplapollas, los ha visto y no se ha dignado a contestar. No es más tonto porque no se entrena.

—Después de lo de ayer en el *Five cups...*, no las tengo todas conmigo. ¿Y si recae? ¿Y si vuelve a arrastrarte con él?

—No creo que la sangre llegue al río. Es culpa de la dichosa regresión. Habrá revivido algún suceso malsano y caído en una repentina y espero pasajera depresión. Este caso le está afectando mucho, y es comprensible. Pasaré por su casa a ver si está revolcándose en su propia miseria. Le encanta hacerlo. Pero si no acepta mi ayuda... Bastante insistí la primera vez y de nada sirvió, si acaso para meterme en líos. —Mi esposa asintió justo antes de sorber de su taza de café—. En fin, que me voy a trabajar. El hospital me pilla de paso, así que iré a hacerle una rápida visita a Rebeca.

—Dale un abrazo de mi parte.

—Lo haré.

Le di a Jennifer un beso en los labios, me puse la americana, que colgaba de la parte trasera de mi silla, y salí por la puerta.

Llamé a Liam por enésima vez. Recibí por respuesta un «El móvil está apagado o fuera de

cobertura».

«Una de tres: se ha quedado sin cobertura, sin batería o lo ha apagado para que no le molesten. Apostaría por la última opción.

»Que le follen. No soy su puta niñera. Tiene mi número, que me llamó si quiere.»

Me sentía bien. Algo preocupado por Liam pero enérgico, dispuesto a investigar. Y lo haría solo. Decliné el ofrecimiento del comisario con un «El trabajo de hoy puedo hacerlo sin la ayuda de nadie. No soy un puto novato, joder», a lo que Green contestó con un «de acuerdo» que a todas luces formuló poco convencido. Me importaba un bledo lo que pensara. Por suerte Green solía dejarme ir a mi aire; trato que me había ganado a pulso.

«Mi compañera es Rebeca. Unos días de investigación a solas no me harán ningún daño. Es más: me apetece. Sé de detectives solitarios, y algunos son verdaderos maestros del gremio.»

Aunque aún era temprano, el hospital resultaba un ir y venir de médicos, enfermeras y familiares, o, como en mi caso, amigos/compañeros de trabajo. El día anterior lo advertí más calmado.

«¿Ayer hubo luna llena o qué?»

Tras pasar por recepción subí a la planta donde permanecía ingresada mi compañera.

El susto inicial estaba superado; en parte, de ahí mi buen humor. Una semana más y Rebeca volvería a las andadas, a buscar asesinos conmigo. Al final, los daños fueron menos de lo esperado. Ya lo dicen: la sangre es muy escandalosa. Tuvieron que reconstruirle un poco la nariz, sí, pero nuestro trabajo era de los más peligrosos del mundo: heridas de «guerra», nada más.

«Estamos expuestos. No perseguimos a políticos corruptos o curas pederastas, sino a asesinos; y esos no se andan con chiquitas. Un día descansas en tu casa y al otro en el cementerio. Pero de momento, lo que no mata nos hace más fuertes.»

—Buenos días, compañera —saludé jovial nada más entrar—. ¿Cómo van esas napias?

La pillé comiéndose una manzana, sola en la habitación. Como la noche previa, tenía la nariz vendada.

—Pareces la señora Potato —solté cachondo.

—Y tú un negro que no corre ni cien metros sin jadear.

—*Touché.*

Ambos sonreímos.

—Acaba de irse mi madre. No os habéis cruzado en el pasillo de puro milagro. —La atendí más animada que la noche anterior, cuando la dejé para irme a dormir a casa—. Por cierto, hola. ¿Que cómo me encuentro? Pues veo las estrellas solo de morder esta jodida manzana. Y aun así no pensaba comer tan pronto. Los médicos dicen que soy muy testaruda.

—Los médicos y todo el mundo.

Alzó una ceja y bajó la otra.

—Hoy te has levantado gracioso, ¿no?

—Me alegra verte bien, nada más.

—Ya. ¿Y ahora adónde vas?

—A hablar con Walter. Los informes preliminares están listos o a punto de caramelo; podrá darme las causas exactas de las muertes.

—En cuanto las sepas, llámame.

—Por supuesto.

—¿Y Liam?

—Desaparecido en combate. He intentado contactar con él pero me ha resultado imposible.

Creo que la regresión le ha afectado bastante y ha decidido tomarse unos días de autocompasión. Cuando se estresa se cierra en banda, así es él: de pronto parece un tipo normal, incluso alegre, y de pronto está sumido en el desánimo. Me dijo que se marchaba a Cold Spring a comprobar los lugares que había descubierto en la sesión de hipnosis. Quedamos en que nos llamaríamos, pero ni siquiera me coge el teléfono. Ayer le denunciaron por agredir a un tipo en el *Five cups*. Green está que trina.

—Si me disculpas el atrevimiento, yo creo que le falta un tornillo.

—Ya le faltaban un par de tuercas cuando trabajábamos juntos, y nunca tuve problemas con él; al menos hasta la muerte de su mujer e hija. Temo que vuelva a las andadas, no voy a mentirte. Pero de momento todo son especulaciones. Vete a saber qué ha podido pasarle. A lo mejor sigue una pista importante y no quiere distracciones. Llamará pronto, seguro. «O no llamará nunca». ¿Lo del *Five cups*? Yo mismo me he visto tentado de liarme a puñetazos después de un mal día. Vivimos bajo demasiada presión. Este trabajo es muy frustrante a veces. Tú lo sabes bien.

—El asesino no ha vuelto a actuar, y eso es bueno. Los primeros cadáveres llegaron tan rápido que... Igual ha cesado. Tal vez ni siquiera pretenda matar a Liam, solo asustarle.

—¿Tú crees?

—No. Es un tipo demasiado meticuloso. Supongo que al menos lo intentará.

—¿Intentar el qué? —Perdí el hilo de la conversación; mi mente estaba ya en la sala de autopsias.

—Acabar con Liam.

—Yo también lo creo.

»En fin. Pues visto que mejoras a pasos agigantados, me largo.

—Oye.

—Dime.

—Habla con Green: en cuanto tenga el alta quiero volver, nada de tiempos extra. Estoy bien. Supe que se refería a su estado psicológico.

—Claro. El comisario come de mi mano. —Le guiñé el ojo—. Da por hecho que volverás en cuanto los médicos te den el alta.

»Nos vemos.

—Lámame.

Asentí de camino a la puerta.

—Uf.

Me eché la mano a la nariz nada más pisar el hall: olía a muerto de cojones. Aquel olor no era el habitual, ni siquiera dentro de las salas de autopsias.

Me acerqué al mostrador, enseñándole mi placa al encargado de atender al «público»: un chico nuevo. Alzó la vista, apartándola de la pantalla de su ordenador.

—Oliver Baker. He quedado con Walter Smith.

—Sí. Sala cuatro.

—Gracias.

Asintió y regresó a sus quehaceres.

Abrí la puerta sin llamar. Encontré a Walter en la última mesa de una sala que constaba de cuatro.

Muchos creen que las salas de autopsias son lugares siniestros; nada más lejos de la realidad. Si bien las praxis que se realizan dentro son desagradables a la vista y al olfato, las salas de

autopsias son luminosas y limpias como cualquier sala de curas de un hospital; más higiénicas, si cabe.

El forense tenía delante al primer fiambre. Lo observaba detenidamente. No llevaba guantes ni mascarilla. Parecía estar dándole un último vistazo, una inspección de despedida.

—Hola, Walter.

—Hola, Oliver.

Se apartó de la mesa para atenderme.

—Listo. —Señaló el cadáver, limpio como una patena—. Solo faltan los resultados de toxicología para ultimar el informe definitivo.

James Thomas presentaba la acostumbrada incisión en forma de ‘Y’ en el pecho, que partía de sus hombros y descendía a través de su esternón, imprescindible para analizar los órganos de su cavidad abdominal. También podía observarse un corte —igualmente típico— en la zona superior del cráneo, necesario para sacarle el cerebro y poder estudiarlo. Dos partes imprescindibles de una autopsia, aunque todo el cuerpo recibía una completa revisión. Por descontado, presentaba asimismo las heridas ocasionadas por el asesino: la mano y la oreja izquierdas amputadas, la nariz literalmente partida, un ojo arrancado y aunque no lo vi porque tenía la boca cerrada, recordé que también le faltaba media lengua. Aun con todo, la estampa no resultaba desagradable; las heridas estaban tan limpias que James Thomas parecía una estatua de cera.

—Oye, ¿y este olor tan fuerte? —Hice un gesto de repulsión.

—¿Qué olor? —Sonrió.

»No, en serio. Ayer limpiaron los digestores, los contenedores donde depositamos los restos orgánicos tras las autopsias, y cuando esto sucede la peste dura unos días. A mí no me molesta, pero supongo que estoy acostumbrado a ciertos «aromas».

—Vaya. Pues he estado teniendo suerte: nunca antes había estado aquí en uno de esos días pestilentes. —Walter se encogió de hombros en plan «mejor para ti, pero no me calientes la cabeza»—. En fin. Hablemos de las causas de la muerte, si te parece.

—Claro. —Cogió aire, como si fuera a soltar toda la información de una tacada—. Los dos cuerpos presentan un leve moratón en el lado derecho del cuello, además de los signos de un pinchazo. Los resultados de toxicología demostrarán que el asesino usó un sedante administrado por vía intravenosa, inoculándoselos por el cuello, supongo que atacándoles por la espalda. Una benzodiazepina de acción rápida, supongo.

»Las horas de los decesos son relativamente análogas; la niña, aunque apareciera más tarde, murió prácticamente al mismo tiempo que el hombre.

»Ambos presentan rozaduras en muñecas y pies. Los ataron, pero no durante mucho tiempo.

»Por otra parte, los cuerpos no muestran signos de agresión sexual, ni antes ni después del óbito. A excepción de la bala encontrada en su ano, claro. —Señaló el cadáver con el mentón—. Con exclusión de algún que otro rasguño aislado, lo que hay es lo que ves. Al primero —dijo volviendo a señalar a James Thomas— le arranco la mano y...

—Sáltate esa parte, que me la sé de memoria.

«No parece existir una motivación sexual. Utiliza a las víctimas como meros mensajeros; utiliza sus cadáveres para crear una escena del crimen en la que dejarnos su puta firma.»

—Pues entonces, resumiendo —dijo Walter—, los sedó, se los llevo a un lugar «tranquilo» y cuando terminó de vejarlos los metió en su vehículo, presumiblemente en el maletero, y luego los tiró donde nadie pudiera verle. A grosso modo ese sería su *modus operandi*.

»En cuanto te vayas traeré a la niña. La tengo casi a punto. Ayer trabajé hasta tarde y hoy haré lo mismo. Quiero quitármelo de encima cuanto antes.

—¿Tienes fotos?

—¿De la autopsia de la niña?

—Sí.

—Pues claro. ¿No tienes tú las de la escena del crimen?

—Las tengo. Pero allí estaba metida en una bolsa de deporte, ¿recuerdas? La extrajiste aquí, sobre una mesa de autopsias, supongo.

—Cómo no voy a acordarme, si hace poco más de un día. Estoy batiendo récords de velocidad, ¿sabes?; soy consciente de que existe una fecha límite.

—Enséñame esas fotos.

El forense se acercó a un archivador de acero inoxidable y extrajo un sobre. Sacó las fotografías, aproximadamente una veintena.

—Aquí las tienes.

La primera, echada a unos metros de la mesa, fue la introducción a unas estampas inolvidables.

«¿La única motivación del asesino es atormentar a Liam, joderle mientras llega el día de su muerte? —pensé conduciendo por las amplias calles de Nueva York—. Un plan demasiado intrincado para un propósito tan... ¿personal? Para amargar a un hombre no es necesaria tanta parafernalia, tanto mensaje en sangre, tanta preparación. Resulta evidente que hay algo oculto y perverso en este caso. —De pronto tuve una repentina revelación—. ¿Y si Liam ha dado con ese misterio? ¿Y si lo descubierto en la regresión, además de personal es inculpatario? ¿Y si señala a un conocido, o peor aún, a un familiar? Tal vez de ahí su reticencia a hablar, que no me coja el teléfono: quiere asegurarse antes de meter a un ser querido entre rejas.»

No dejaba de darle vueltas a cada pista, circunstancia o posibilidad.

Estacioné en mi plaza de aparcamiento, quedándome absorto contemplando mis manos, que parecían querer estrangular el volante.

Pensé durante unos minutos. Estaba tan abismado, que ni siquiera fui consciente de estar formando y relacionando ideas.

«¿Qué motiva a un asesino en serie?

»Algunos estudios demuestran similitudes sorprendentes entre dichos psicópatas, incluso evidencias que sugieren una anomalía genética que actúa como un disparador de su conducta».

Me vinieron a la cabeza las interminables «lecciones» que Liam me daba mientras conducía cuando éramos compañeros. Me habló del tema de los asesinos en serie tantas veces que me había vuelto un «entendido». No existía un solo asesino del que Liam no conociera, como mínimo, el *modus operandi* y el número de víctimas. Él afirmaba que nacían siéndolo, pero que debían combinarse ciertas predisposiciones y acontecimientos para que llegaran a matar.

Yo no sabía qué pensar. ¿Nacen siéndolo? ¿Se hacen? La verdad es que esos temas me importaban una mierda. Lo único que yo debía saber es que los asesinos arrebatan vidas, y lo hacen porque, de una forma u otra, les beneficia; y matar es lo peor que un hombre puede hacer. Por eso existía la Ley; por eso existíamos nosotros. Yo les perseguía y detenía; poco importaba si habían nacido con instintos homicidas o estos habían surgido por el devenir de sus vidas.

«Puede que Liam tenga razón: nacen con unas cualidades intrínsecas que salen a la luz o no dependiendo de sus buenas o malas vivencias.»

Recordé las explicaciones de Liam sobre la doctora Helen Morrison, psiquiatra forense de

Chicago, que estudió y entrevistó a más de cien asesinos en serie. Ella aseguraba que en la mayoría de los casos los asesinos poseen un cromosoma extra en su ADN. Bobby Joe Long, por citar un caso concreto, preso en el corredor de la muerte por asesinar al menos a diez mujeres en el área de Tampa Bay, Florida, era usufructuario de dicho cromosoma. Conforme a las creencias de Morrison, las motivaciones de un asesino en serie son varias:

- Obtener una compensación económica.
- La experimentación de emociones.
- Sentirse poderoso.
- El deseo de liberar al mundo de quienes lo corrompen.

Asimismo, destacaba que casi el setenta por ciento de esos asesinos sufrió algún tipo de abuso en la infancia.

Por lo tanto, nuestro asesino no coincidía con ninguna de las motivaciones que enumeraba la doctora, al menos de forma tajante. No parecía buscar dinero. Quizá sí le gustaba matar, sentirse poderoso y pretendía librar al mundo de Liam Jones, pero su propósito —al menos según podía interpretarse de sus mensajes— era la venganza. Nos enfrentábamos a un asesino en serie atípico; aunque en realidad le faltara cumplir un asesinato para ser merecedor de dicho apelativo.

Algunos investigadores también aseguraban que las tendencias psicopáticas pueden transmitirse de padres a hijos mediante un gen conocido como «el gen del guerrero» o MAO-A, que regula la serotonina, que tiene relación con el estado de ánimo en el cerebro. Conforme a los estudios de un neurocientífico del que no recuerdo el nombre, para que se genere una conducta psicopática se requiere que haya un antecedente genético, patrones cerebrales y abuso o violencia en la infancia. Además, aseveraba que las personas con baja actividad en la corteza orbital del cerebro manifiestan diversos tipos de sociopatía. Su trabajo demostró —para mí siempre en teoría— que los cerebros de algunas personas parecen estar predispuestos a la violencia.

«Un tema complicado —cavilé abandonando progresivamente mi abstracción.»

Llamé de nuevo a Liam: «El móvil está apagado o fuera de cobertura».

—¡Mierda!

Golpeé el volante con ambas manos, desfogándome soltando reiterados «¡joder!» cargados de impotencia.

—¡Puto Liam de los cojones!

Entré con Keishla Henderson en la cabeza, con cada una de las fotos de su autopsia incrustadas en los sesos. Procesarlas del mejor modo, si llegaba a conseguirlo, requeriría de un tiempo: conservarlas en mi memoria sin que hicieran daño, en un rincón, pero «a mano», por si requería recordarlas en algún momento de la investigación. Algo así como mantenerlas a buen recaudo, pero en el olvido.

«La mente de un asesino es inclasificable —pensé volviendo a lo recordado en el aparcamiento—. Aun con todo, tal vez debería hablar con un perfilador criminal. Esa gente ha ayudado a resolver infinidad de casos.»

Para mi desdicha no detecté nada revelador en el infantil cuerpo de Keira Henderson, únicamente las partes de una niña separadas de mala manera. No lograba entender cómo alguien podía ser capaz de hacer algo tan descomunally atroz. En la sala de autopsias padecí una frustración indecible; su cara partida sería difícil de olvidar. Agradecí no haberla visto de cuerpo presente.

«¿Cómo puedes dormir por las noches, Walter?»

Entré tras golpear la puerta con los nudillos.

—Buenos días, comisario.

—Buen día.

—Vengo de hablar con Walter —dije sentándome en una de las dos sillas colocadas ante su mesa de despacho.

—¿Y?

—Parece ser que el asesino los asaltó y drogó. Luego los mantuvo secuestrados un tiempo, no demasiado, el suficiente como para mutilar los cuerpos. No parece existir una motivación sexual, aunque ya sabe que algunos psicópatas se corren mientras matan. La cuestión es que no avanzamos. Cuando creemos tener algo, es una pista falsa.

—Hablando de pistas falsas: los de Asuntos Internos quieren volver a entrevistarte.

—Dirá interrogarme.

—Son meros formalismos. Te harán una y otra vez las mismas preguntas, como siempre hacen. Querrán corroborar tu primera declaración. Todos sabemos que salvaste a Rebeca; unos segundos más y quizá ahora estaríamos de entierro, así que no te preocupes. Daré la cara por ti, ya lo sabes. ¿Te viene bien que les llame ahora? Me dijeron que podía avisarles en cualquier momento.

—Llámales. Si pueden pasarse en un rato, mejor. Qué más dará hoy que mañana. —Tenía la cabeza aturullada; las ideas me llegaban cuando les daba la gana—. Por cierto, supongo que el equipo encargado de registrar la vivienda de Foster no encontró nada relacionado con el caso. Nadie se ha puesto en contacto conmigo.

—Porque no hay nada que comunicar. Se han encontrado drogas tanto dentro como fuera de la casa, enterradas a unos metros, dentro de una bolsa de plástico. «Lo sabía». Pero no tenemos a nadie a quien procesar, así que... En referencia al hombre que pagó a Foster para que transportara la bolsa, nada.

—Menuda mierda.

—Por cierto, ¿dónde cojones está Liam? Ese puto imbécil tiene el móvil apagado. ¿Aparte de ir partiendo caras por ahí está haciendo algo productivo?

—Anda tras una pista relacionada con su infancia, pero no suelta prenda. Nos avisará si resulta de provecho. Alega no querer airear pasajes truculentos de su vida sin necesidad. Y en parte le entiendo: verificar primero y difundir después. Tampoco nos interesa conocer lo que no aporte nada, ¿no? Así funcionamos: él indaga en el pasado y nosotros en los sucesos presentes. Liam es solo un apoyo, no lo olvide.

—No lo olvido. Y precisamente por eso no debería guardarse nada. Le ordené que nos mantuviera al tanto en todo momento. No sé si lo sabes, pero quiere recuperar su placa.

—Lo sé.

—La cuestión es: ¿es apto para el servicio?

—Sí. —Mentí a medias—. Sin embargo, yo no le devolvería la placa antes de que descubramos al asesino. Usted, al igual que yo, sabe que un agente al mando nunca debe estar implicado emocionalmente en una investigación. Liam es solo un refuerzo y así debe seguir siendo.

—Esa era mi intención desde un principio.

—Bien. Si supera este arduo «trámite» significará que está listo. —Me vino otra cosa a la cabeza—. Ah. Necesito saber quiénes entrevistaron a los vecinos y familiares de las víctimas.

—Holden y Cole. Y has tenido suerte: están en sus mesas acabando unos informes. Pero te adelanto que no han descubierto nada. A este paso voy a ahorrarme el tener que readmitir a Liam.

Su broma no me hizo ninguna gracia.

—Si el asesino consigue matarle, dimitiré. Téngalo en cuenta.

—¿Qué? No va a matarle, joder. Solo estaba bromeando. No te pongas así, hombre. Si llega el dieciséis de mayo y el asesino sigue suelto, le pondremos protección.

—Empiezo a estar cansado de dar palos de ciego. Esta mañana me he levantado de buen humor y ya estoy de mala hostia. —El comisario me miró fijamente, gesticulando como si quisiera decir algo, sin duda arrepentido por haber bromeado con la vida de un «compañero». Voy a escuchar esas declaraciones que según usted no sirven de nada.

—Espera. Tienes razón. Solo intentaba distender el ambiente, pero mi comentario ha sido inadecuado. Lo siento.

—Vale. —Me levanté y le di la espalda, caminando hacia la puerta, soltando un «adiós» seco y malhumorado. Me detuve pensativo cuando mi mano ya agarraba el pomo de la puerta—. Ah. Mañana viajaré a Cold Spring, solo —dije sin girarme, enfatizando el «solo»—. Quizá indagando puerta a puerta dé con algo. Entrevistaré a sus conocidos, amigos, antiguos maestros, hablaré incluso con su padre. Puede que así encuentre la conexión. Y ya de pasó, veré si le encuentro a él. Lo último que sé es que se dirigía al pueblo.

—De acuerdo.

Abandoné el despacho.

Me acerqué a las mesas de Cole y Holder. El comisario tenía razón: tuve suerte de encontrarles en comisaría. De lo contrario, hubiera tenido que llamarles y quedar, perder más tiempo para conseguir lo mismo.

—Hola, Cole. Hola, Holden.

Como casi todas las parejas de detectives de la comisaría tenían las mesas juntas, separadas únicamente por una mampara de cristal. Allí nadie tenía nada que esconder.

—Hola, Oliver. —Contestaron casi al unísono.

—Supongo que vienes a por las entrevistas —dijo Cole, el único detective pelirrojo de la comisaría.

—A veros a vosotros no vengo. No sois tan guapos.

—Toma, capullo. —Holden, que al contrario que su compañero no tenía el pelo de ningún color por llevar la cabeza afeitada, me entregó una grabadora digital más pequeña que un paquete de tabaco—. Hay quince entrevistas. Para que no te pierdas —explicó al tiempo que me daba también una hoja— he apuntado a quiénes pertenecen las voces. Va por números, ¿entiendes? Como estás un poco gilipollas...

—Vuélvemelo a explicar desde el principio, que no lo he entendido —rogué tomándole el pelo —, pero con clama, pronunciando lentamente cada palabra. ¿Que has enumerado a las personas por orden alfabético? ¿Eso?

—Piérdete, anda.

Los tres sonreímos.

—Ahora en serio: Green dice que aquí dentro no hay una puta mierda.

—Así es. Nadie vio nada, nadie sabe nada, nadie tenía aparentes motivos para matarles. Ya sabes: como si los hubiera matado un fantasma. Hemos echado un vistazo a las pertenencias del primer fiambre, a su cuarto, pero no hemos visto nada anormal. Tampoco en el de la niña.

—Buen trabajo. Visto lo visto, no hay prisa; las escucharé esta noche antes de acostarme, si no me quedo sopa...

—Las prisas son fatales —aseguró Holden.

—Tómalo con calma, Oliver —aconsejó el pelirrojo—. En las grabaciones solo escucharás a dos familias destrozadas. La madre de la niña apenas podía hablar. No ha sido nada agradable, ya sabes.

—Por eso os doy las gracias.

Los dos asintieron.

Anduve hacia mi mesa dándoles la espalda mientras ellos continuaban con lo que estuvieran haciendo.

—¡Espera, Oliver!

Di media vuelta al escuchar la voz de Cole. Deshice alguno de mis pasos para no forzarle a dar gritos.

—Quizá deberías escuchar las entrevistas ocho y nueve —me aconsejó—: la mujer de James Thomas y una de sus vecinas. No parecen estar muy contentas con nuestro excompañero.

Me quedé de pie entre las dos largas hileras de mesas que dividían la sala principal de la comisaría.

Fruncí el ceño.

Anduve hacia mi mesa.

Saqué el móvil y marqué el número de Liam: «El móvil está apagado o fuera de cobertura».

«¿Dónde coño estás?»

Me senté, dejando la grabadora sobre mi mesa de despacho. Empezaba a sentirme cansado; más psicológica que físicamente. Mientras esperaba a los de Asuntos Internos aproveché para escuchar las dos grabaciones recomendadas por Holden y Cole. Por la noche, antes de acostarme, con Jennifer leyendo a mi lado, acabaría de revisar las trece restantes; mi obligación, por mucho que todos aseguraran que no contenían nada aprovechable, era investigarlas.

Pero antes de eso, sentado en mi silla y con los cascos puestos, escuché las «lindezas» sobre Liam de boca de la esposa de James Thomas y de una de sus vecinas. De la primera me quedé con una frase, que pronunció con una voz temblorosa y triste: «Ese hombre es un maleducado. Va por ahí como si se fuese el ombligo del mundo. Soy la presidenta de esta comunidad, agente, y cada vez que me cruzo con él ha de quejarse de algo: olores, ruidos, suciedad en los pasillos, en el ascensor..., todo le molesta. Creo que le gusta enfrentarse a los demás. Sé que perdió a su mujer y a su hija, y ahora mismo entiendo muy bien cómo debe sentirse, pero eso no le da derecho a ir por ahí insultando a la gente. No entiendo cómo una persona así pudo ser policía. Por fortuna llevo un tiempo sin verle el pelo. Una bendición, agente».

Antes de proseguir con la siguiente entrevista me tomé un tiempo.

«Sé lo que hizo tras perder a su familia. Perdió el norte y envió a muchos a tomar viento. Puede que el asesino juegue al despiste, nos dirija a Cold Spring cuando en realidad es alguien a quien jodió durante esa época, en una de sus múltiples borracheras, y no en su infancia. Puede que el alcohol le haya borrado ese suceso de la mente.»

De la segunda me sorprendieron un par de oraciones: «Cuando te mira es como si estuviera analizándote». «Nunca saluda: murmura al pasar por tu lado mientras te muestra una sonrisa de desprecio.»

«Su viaje de ida y vuelta al infierno dejó más de un rastro de animadversión.

Demasiado real

Liam

«¿Dónde estoy?»

No conseguía abrir los ojos.

Sentí una repentina agonía.

«¿Estoy encadenado?»

Permanecía sentado, pero no en mi Mustang.

Traté de levantarme; el esfuerzo resultó inútil.

«Me han apresado a una silla. ¿Qué cojones está pasando?»

Solo podía observar oscuridad y silencio; imposible averiguar qué sucedía al otro lado de mis párpados. Indispuesto, exhausto, aturdido... Me sentí tan desorientado que creí haber fallecido mientras dormía, estar anclado en un limbo sin color.

—¿¡Ho-ho-la!?! ¿¡Hay al-gui-e-en a-ahí!?! —conseguí balbucear.

Ni un solo murmullo.

Intenté mover las piernas y los brazos con todas mis fuerzas.

—¡Ah!

Nada: aferrado a un asiento.

Pasados unos minutos empecé a notarme más lúcido y vigoroso, pero igualmente angustiado.

Me faltaba el aire, mi corazón latía acelerado, sentía un agudo dolor en el pecho, un calor sofocante, náuseas, entumecimiento... El oxígeno entraba denso por mi boca, como si estuviera sentado ante una hoguera.

«¿Me está dando un infarto?»

Intenté relajarme, respirar con calma, distender los músculos y, de una vez por todas, abrir los ojos. Me asustaba averiguar qué encontraría al hacerlo.

«Ha de ser el asesino. ¿Quién si no?»

Los pensamientos se me amontonaban en la cabeza, haciéndome cavilar en todo y en nada.

«¿Un asesino a sueldo enviado por Alison?»

»¿Logan?»

»¿Alison?»

»¿Ambos?»

»¿Un asesino que me ha hecho creer que mi familia es la culpable?»

Mis pestañas parecían pringadas con algún tipo de sustancia pegajosa. Un pinchazo recorrió mi frente de sien a sien.

«Drogas. —Hice un esfuerzo por recordar los últimos momentos que pasé en el coche—. Claro, el pinchazo: me asaltaron mientras dormía, inyectándome algún tipo de sedante.»

Logré entreabrir los ojos, pero no sirvió de mucho. No conseguía distinguir nada, como si un turbio velo me envolviera la cara.

Seguía sin poder mover un músculo, pegado al asiento. Si intentaba levantarme, notaba presión en los brazos y en las piernas.

«Tres sujeciones en cada extremidad —deduje.»

Parecía estar en el centro de una habitación, pero no lograba distinguir más allá de sus extrañas

paredes.

«¿Estoy en un sueño?

»No, demasiado real.»

Un intenso mareo me hizo echar la cabeza hacia atrás: el techo parecía estar revestido con cuadros de diferentes tamaños. Muchos. En realidad, demasiados para ser lienzos.

Respiré profundo, intentando despabilarme del todo.

No sin esfuerzo, las imágenes fueron tomando forma.

Lo último que recordaba era despertarme sobresaltado y aturdido al escuchar romperse la ventilla de mi Mustang, ver una sombra y sentir un pinchazo en el cuello.

Tras analizar los dibujos garabateados por Logan decidí echar una cabezada sobre el asiento, reclinarlo y dormir hasta que el sol me despertase. No me vi capaz de conducir hasta Filadelfia. Debía estar espabilado para llevar a cabo la ardua tarea que me esperaba allí: interrogar a mi hermano por el asesinato de un hombre y una niña.

Al fin pude examinar la estancia, mi particular «trono» de hierro.

Mis brazos y piernas permanecían sujetos a una silla mediante varias correas, y el asiento que me retenía atornillado al suelo. Intenté soltarme una vez más. Como intuí, tres correas en cada pierna y en cada brazo, bien asidas al hierro y apretadas a conciencia, imposibilitaban cualquier intento de fuga.

Busqué un modo alternativo de escapar.

Quien me había secuestrado no parecía haber dejado «cabos sueltos», y menos ataduras sueltas.

Salir de allí no iba a ser posible; al menos de momento.

Como el reo que espera una descarga de dos kilovoltios, medité; por un instante, incluso, que era justo lo que estaba pasando: el asesino me mantenía sentado en una silla eléctrica.

Alcé la vista.

«Son fotos, no cuadros.»

Las paredes estaban forradas de instantáneas. Cientos. Incluso el techo. No cabía duda: acababa de despertarme sobre una silla metálica en el interior de una sala de muros cubiertos de imágenes. Y la índole de las «vistas» no dejaba lugar a la interpretación: la estancia se había preparado para contener a Liam Jones.

—¿¡Hola!?

No obtuve respuesta.

Vi entonces un escrito que me resultó familiar, pero en esa ocasión, en vez de rubricado con sangre, lo estaba con lo que parecía rotulador indeleble: «16-3-1979/16-5-2019. R.I.P., Liam Jones». No solo de fotos constaba la sala; en las partes bajas de las paredes —obviamente solo podía ver cuatro: izquierda, derecha, delante y arriba— se repetía el mensaje del asesino.

No saber qué tenía a mi espalda resultaba inquietante.

«Podría tener al asesino de pie, quieto, en silencio. Esperando. Disfrutando del éxito. —Lo imaginé como lo describió Foster: vestido de negro, con guantes y pasamontañas—. Podría clavarme un hacha en el cráneo y yo no darme cuenta hasta sentir su filo penetrando en mis sesos.»

Imaginé sangre descendiendo por mi frente hasta empaparme los labios; figuré incluso su sabor, su textura.

Ese pensamiento consiguió acongojarme, acrecentar mi, ya de por sí, intensa tribulación.

«Tengo sed. —Sentí la boca seca—. ¿Ese hijo de puta no irá a dejarme morir de inanición?

»Tampoco me vendría mal echar una meada.»

—¿¡Ese es tu plan, Logan, secuestrarme!? ¿Vas a tenerme aquí encerrado hasta el dieciséis de mayo?

Esperé unos segundos: no obtuve réplica.

Cada vez dudaba más de la culpabilidad de Logan. ¿Secuestrarme? Aquella sala no parecía obra suya. Aun con todo, me aventuré a gritar su nombre. Si mi hermano no era el culpable, quizá cargándole el muerto —dos fiambres, en realidad— estimularía el ego del auténtico asesino. Las posibilidades de escapar pasaban por que el loco que me había raptado se dejara ver, por intentar convencerle de que no intentaría huir si me liberaba de las ataduras y me dejaba andar libre por la habitación.

«No es imbécil, pero no veo otra alternativa.»

Eran tantas las fotografías... Algunas ni siquiera resultaban visibles, mostrando únicamente lejanas siluetas, contornos, borrones, dándole rienda suelta a mi imaginación. Ni siquiera las más grandes podía distinguirlas con claridad.

Alrededor, una exposición sobre los delitos de un psicópata; en mi mente, una inquietante pregunta: «¿Por qué quieres que vea esto?»

Recorrí las paredes con la mirada, deteniéndome en las fotografías más «reveladoras». Sin embargo, eran tantas que muchas las pasé por alto en aquel primer reconocimiento.

En el techo, junto a uno de los seis ojos de buey que iluminaban la estancia, una llamó poderosamente mi atención: Keishla Henderson sobre una mesa de madera, amordazada y con ataduras en pies y manos. Su cuerpo apenas cubría la superficie de un tablero de no más de metro y medio. Aún estaba viva. Miraba a la cámara con los ojos muy abiertos y el gesto aparentemente tranquilo. Casi parecía estar posando para el hombre que no tardaría en matarla: una instantánea *ante mortem*, y no sería la única que vería durante el cautiverio.

«Poco después la cercenó con una motosierra.»

También detecté una en la que aparecía el tejado de mi antigua escuela, con la bolsa donde depositó la mitad de su cadáver. Otra, de la casa donde pasé los mejores y peores años de mi infancia. Muchas de Cold Spring y el río Hudson. Varias en las que aparecían frascos, cinco para ser exactos, sobre una estantería. La distancia complicaba ver qué contenían exactamente. Sin embargo, agudizando la vista, entreví lo que parecían ser una mano y una oreja.

«Las partes de James Thomas. Ese puto loco las guarda en formol.»

En una esquina descubrí otra imagen sorprendente: yo durmiendo dentro de mi Mustang segundos antes de que el asesino rompiera la ventanilla y me atacara por sorpresa.

—¡Mucho mensaje en sangre y fotos por las paredes, pero seguro que podría partirme la cara con una mano atada a la espalda! ¡Vamos, valiente, tú y yo a solas! ¡No hay huevos!

Me sentí ridículo vociferándole a la nada, pero deseaba tenerle delante, aunque su presencia me costara la vida. Allí, rodeado de muerte y asesinato, mi vida era lo último que importaba.

«Estoy en un lugar aislado. De lo contrario me habría amordazado. No servirá de nada pedir auxilio.»

Me imaginé dentro de una casita blanca de tejas anaranjadas próxima al bosque y al río donde me inoculó el sedante.

«No aguantaré mucho sin mear; empiezo a sentirme incómodo. Tendré que hacérmelo encima, joder. Por suerte no me estoy cagando; la intranquilidad me ha cortado siempre el flujo intestinal. De todos modos, moriré en dos días si no bebo.»

Suspiré inmerso en aquel puzle de fotografías; solo la superficie de la sala estaba limpia de instantes inmortalizados.

Sin nada más que hacer, traté de encajar las piezas de aquel rompecabezas construido para mi «deleite»: empecé a recordar el caso desde el principio, desde la llamada de Oliver requiriéndome en una escena del crimen.

Presentí que tardaría en salir de allí; contando que llegara a hacerlo con vida.

Oliver

8 horas antes

Allí les tenía, mirándome como si yo fuera un puto delincuente y ellos nunca hubieran roto un plato.

«Toda una vida dedicada a ayudar al prójimo, cobrando un sueldo insuficiente, para que ahora se dude de mi profesionalidad. Basta un «error» para que todo lo bueno desaparezca.»

Insistieron en entrevistarme en la sala de interrogatorios.

«No podéis intimidarme.»

Un hombre y una mujer trajeados: los agentes Butler y Hall. Con un par de gafas de sol hubieran sido los putos hombres de negro.

Resultaba extraño que no procediera la misma pareja que me abordó en el hospital. La verdad: no entendía por qué tanta prisa. Los hechos seguirían siendo los mismos en cualquier momento.

Butler dejó una grabadora sobre la mesa, oprimiendo el botón de REC.

—Entrevista a Oliver Baker por la agente especial Teresa Hall y Kevin Butler. ¿Puede confirmarlo, agente Baker? —Butler me miró fijamente. «Confirmo», dije, dejando constancia—. ¿Puede volver a explicarnos lo que ocurrió en el bosque? —preguntó ella con voz amable mientras extraía un folio de su cartera de piel negra. Una mujer de no más de cuarenta años, de tez blanca y pelo cobrizo.

Fijé la mirada en su compañero, un tipo moreno, alto y delgado.

—Le voy a explicar lo que ocurrió, y usted me dirá si hubiera hecho lo mismo o hubiera dejado morir a su compañera.

La mujer alzó las cejas y el hombre frunció el ceño.

Mi tono no fue el correcto, lo admito, pero empezaba a estar cansado de tanta gilipollez.

—Estamos aquí para averiguar la verdad. —dijo él—. Un hombre ha muerto. No podemos obviarlo, pasar página sin más. Si la persona fallecida fuera de su familia seguro que querría que se investigara, ¿cierto?

«Cierto.»

—De acuerdo. —Asentí recostándome sobre la silla, poniéndome cómodo—. Huyó y le perseguimos por el bosque. Nos separamos. Y de pronto vi a Foster encima de mi compañera, a unos cincuenta metros de distancia. Aquel hijo de puta machacaba su cabeza como si se hubiera vuelto loco, aproximadamente a un golpe por segundo. —«Pum, pum, pum...». Golpeé la mesa con la palma de la mano. La pareja de Asuntos Internos no pudo disimular su sorpresa—. Cada segundo que pasaba era un testarazo, ¿entienden? «Pum, pum». Y el tiempo corría. Además estábamos en un bosque, no en una pista de atletismo. Durante los dos segundos que tardé en sacar mi arma y apuntar a ese hijo de puta ella recibió dos cabezazos más. Y hubiera tardado al menos ocho en llegar a su altura. —Esta vez dirigí la mirada hacia la mujer—. No sé cuántos golpes llevaría cuando les vi, pero, ¿qué le ocurriría a usted si yo la golpeará en la cara ocho veces con

todas mis fuerzas, sin buscar otra cosa que matarla? Han tenido que reconstruirle la nariz, supongo que ya lo saben, y solo fue eso porque yo le ahorré ocho cabezazos de un tío de casi dos metros. Maté a ese cabrón porque no tuve más remedio. Era él o Rebeca. Le salvé la vida a nuestra compañera —insistí enfatizando el «nuestra»—; pues aquí no veo más que a tres policías. —De nuevo clavé mis ojos en los del agente Butler—. Ahora dígame que usted no hubiera hecho lo mismo.

Ambos se miraron.

—Muy bien, es todo —dijo Hall recogiendo lo que no hacía ni cinco minutos que había colocado sobre la mesa. Su compañero procedió de igual modo, retirando la grabadora en primer lugar.

No les vi apuntar una puta mierda.

Se levantaron.

Me quedé atónito en mi silla.

«¿Esto es bueno o malo?»

Me levanté para estrecharles la mano.

Se largaron por donde habían venido.

«¿Ya está? Pues sí que hemos acabado pronto.»

Volví a sentarme. Con las piernas apoyadas en la mesa de interrogatorios, cansado aunque relajado, volví a llamar a Liam: «El móvil está apagado o fuera de cobertura».

Suspiré resignado.

«A primera hora viajaré a Cold Spring. Me va a oír ese gilipollas cuando le encuentre. —Me levante casi de un respingo, dispuesto a dar por terminada mi jornada de trabajo—. El detective ha terminado por hoy. Ahora toca ejercer de marido.»

Llegué agotado, pero el hogar siempre curaba todos mis males. El tiempo fluía de otro modo entre aquellas paredes. Y no por la decoración ni por disfrutar de ciertas comodidades. No, allí todo resultaba de otro color gracias a Jennifer.

La encontré en la cocina. No se sorprendió al verme; las llaves girando en la cerradura la avisaron de que su marido llegaba a casa.

La última comida del día —a no ser que tuviéramos invitados— la efectuábamos siempre en la cocina. Pero en esa ocasión un mantel cubría la mesa, y sobre este dos velas esperaban a ser encendidas; dos copas, dos platos de una vajilla que solo usábamos en ocasiones especiales...

«¿Qué me he perdido?»

—Hola, vida —saludó mientras salteaba algo en la sartén. También me extrañó que estuviera «cocinando». Ensalada, pollo a la plancha, una tortilla francesa..., por las noches solíamos preparar algo rápido.

—Hola, amor. —Nos besamos—. ¿Tenemos algo que celebrar? Le doy vueltas al coco y..., ¿no será nuestro aniversario? —Bromeé. Conocía perfectamente la fecha en la que nos casamos, y ella lo sabía.

—No, tonto: estoy embarazada.

—Lo soltó así, sin más. Tardé unos segundos en entender lo que representaban sus palabras.

—Eso es estupendo. —La abracé—. Y sí, hay que celebrarlo.

Sentí un gozo inmenso mientras nos fundíamos en aquel largo abrazo. Sin embrago, como un destello fugaz, rememoré la cara partida de Keishla Henderson.

Aun con los ojos empañados por la emoción padecí un breve sentimiento de inquietud.

«Voy a traer una vida a este mundo lleno de peligros.»

Liam

«Joder, tengo una sed del carajo y voy a mearme encima.»

Aun con todo, no dejaba de revisar las fotografías. Aparte de soportar un agudo dolor de vejiga y una profunda sed, poco más tenía que hacer. De izquierda a derecha, de arriba abajo, línea a línea, intenté averiguar los cómo, los porqués y los dónde, ocultos en las imágenes. Juraría que algunas las había recortado a propósito para que fueran menos visibles. Una, aunque era pequeña, parecía el interior de mi antigua casa en Cold Spring. Otra, la puerta de mi piso. Una más grande, mostraba la entrada de mi despacho de detective privado. Bastantes estaban tomadas en el bosque y en el río, en las zonas donde solía jugar de pequeño. Si bien, las más brutales captaban el lugar donde el asesino mataba y seccionaba a sus víctimas. Descubrí once con dicho emplazamiento: cinco con James Thomas de protagonista, una con Keira Henderson y otras cinco que exhibían los frascos donde el asesino guardaba las partes que le arrancó a su primera víctima. La primera con Thomas de «modelo» mostraba una herida donde debía verse la parte externa de su oído; parte de su pelo, de su mandíbula y de su cuello se apreciaban salpicados por la sangre resultante del tajo. La segunda enseñaba el muñón aún sangrante de su brazo izquierdo. En la siguiente, el asesino, enguantado, tiraba de su lengua para inmortalizar el corte que acababa de hacerle. La cuarta, quizá la más siniestra, exponía la cara de James con la nariz partida. La última, no menos siniestra, encuadraba la cuenca vacía de uno de sus ojos.

Empezaba a perder la noción del tiempo.

Mearme encima empezaba a parecerme una idea cojonuda. Asimismo, me moría de sueño, pero mi cerebro no dejaba de trabajar, de darle vueltas a todo, de mantenerme despierto. Resultaba un consuelo que las correas, si bien resistentes y afianzadas, no apretaran. Aun con todo, me procuraban una sensación de agobio nada agradable; el hecho de no poder doblar la espalda o estirar las piernas alteraba mis nervios. Y fue justo entonces, entretanto intentaba distender las lumbares, dispuesto a mearme en los pantalones, cuando escuché un sonido que aumentó la frecuencia de mi ritmo cardíaco: el chirrido de una puerta abriéndose a mi espalda.

«Ya era hora, joder.»

Sentí miedo, no lo negaré, pero también apetencia de pesquisas.

Si me había arrastrado allí para morir, mejor pronto que tarde. Estaba preparado para abandonar este mundo, aunque un «pequeño detalle» me empujaba a seguir respirado: el hijo de puta que acababa de entrar no debía salirse con la suya.

Percibí cómo se acercaba. Seis pasos tranquilos, nada acompasados con mis pulsaciones.

Un vaso de cristal, lleno de agua —en principio—, sujetado por una mano enguantada, descendió ante mi cara hasta detenerse en frente de mi boca.

—Bebe.

Pude escuchar la voz del asesino y, aunque fue breve, me resulto más que suficiente para comprobar que no pertenecía a mi hermano.

Obedecí. No podía estar más sediento. Ingerí hasta la última gota ayudado por mi raptor.

«Si es veneno, mala suerte.»

Apartó el vaso de mi vista.

Durante unos segundos no percibí nada, ni siquiera su respiración. Pero luego volví a sufrir un

profundo agobio: después del vaso, colocó una jeringa ante mis ojos.

—¡No! —grité «retorciéndome» sobre la silla.

Clavó la aguja en mi cuello, sedándome por segunda vez.

Jaqueca, mareos, náuseas, aturdimiento; mi cuerpo parecía una coctelera de malas sensaciones. Continuaba sentado, amarrado a la misma silla. Mi situación no parecía haber cambiado demasiado; seguía viendo, aunque borrosas, las mismas paredes.

Al menos esa vez sabía a qué atenerme. El «truco» residía en no alterarse, en relajar los músculos y soportar las molestias mientras mi organismo se encargaba de superar aquella insoportable «resaca».

Discernía dónde estaba, qué sucedía, quién me había arrastrado hasta aquella silla de metal —aunque en realidad no conocía su identidad—, si bien, continuaba sin entender el porqué de tanto efectismo.

Cuando las imágenes dejaron de verse borrosas advertí que no estaba ante la misma pared que al despertar por primera vez: a un lado encontré la puerta gris marengo por la que, forzosamente, entró el asesino. Entretanto estuve inconsciente —no tenía idea de cuánto—, mi captor volteó la silla obligándome a contemplar desde otra perspectiva su «galería de arte», un buen montón de fotografías y mensajes nuevos.

Oliver

«Voy a ser padre»: mi primer pensamiento nada más abrir los ojos.

Dormí del tirón, no recordando haber soñado nada. Tras un día convulso como el anterior lo normal era darle vueltas a todo, tardar en conciliar el sueño. Pero no: caí rendido al poco de tumbarme en la cama.

No escuché ni una sola de las trece entrevistas que tenía pensado repasar antes de viajar al reino de Morfeo; confié en las palabras de Holden y Cole aunque no me gustara dar las cosas por sentado. El cansancio pudo más que los deseos de confirmar la ausencia de indicios en las grabaciones; además, no me apetecía enturbiar mi buen estado de ánimo.

Con las fuerzas restauradas y la mente despierta, me sentí preparado para emprender el viaje a Cold Spring e iniciar las entrevistas a los antiguos conocidos y familiares de Liam, sin olvidarme de encontrar a mi huidizo amigo.

Jennifer se desveló «gracias» a mis movimientos sobre la cama.

—¿Te vienes a la ducha? —le pregunté a mi encinta esposa, que se estiraba como un gato recién levantado.

—Voy. Ve encendiendo el agua, anda, cielo.

La besé en los labios y anduve hacia el cuarto de baño, pero no llegué a entrar: me detuvo el sonido de mi móvil.

«¿Quién cojones llamará a las siete de la mañana?»

Deshice mis pasos y cogí el aparato que vibraba sobre la mesita de noche. Jennifer me observaba proceder desde la cama. «¿Quién es?», preguntó.

Alcé el brazo y el dedo índice, demandándole silencio y paciencia. «Un momento», susurré.

Me sorprendió quién me llamaba: el sheriff de Cold Spring: el falto de valor Alan Campbell.

Tuve un mal presentimiento.

—No esperaba hablar con usted tan temprano —dije al descolgar—. Estaba a punto de salir hacia su pueblo.

—Buenos días. —No le devolví el saludo—. Iré al grano, detective: un madrugador que paseaba con su perro ha encontrado el coche de su amigo Liam aparcado en una zona boscosa, junto a la carretera. La ventanilla del conductor estaba rota y el asiento reclinado. No hay señales de Liam Jones.

«Mierda.»

—Espéreme en sus dependencias. En dos horas estaré en Cold Spring.

—Claro.

Colgué.

—He de irme —le dije a mi esposa, que se ponía las pantuflas sentada en el borde de la cama.

—¿No te duchas?

—No tengo tiempo.

Me ponía los pantalones mientras hablaba.

—¿Qué pasa, amor?

—Creo que han matado a Liam.

Liam

Tuve aquellas fotografías, además de dos mensajes de lo más enigmáticos, detrás, a mi espalda, esperando desde el principio a que el asesino le diera la vuelta a «mi» silla.

««Eres» para las cinco partes que le arranqué a James Thomas; «soy» para la capucha»: leí escrito en negro en lo alto de la pared, esta vez sobre las mismas instantáneas. También: «Lo que decimos es solo una fachada; somos lo que pensamos».

«¿«Eres» para las cinco partes que le arranqué a James Thomas? —cavilé aún indispuerto—. ¿Se refiere a los cinco sentidos?

»¿«Soy» para la capucha»? Ya sé que eres un maldito verdugo».

No entendía los mensajes. Tampoco tenía el cuerpo como para rebanarme mucho la sesera.

«No solemos decir lo que pensamos, eso es cierto. ¿Pero qué tiene que ver eso con los asesinatos?»

Dejé de rumiar para centrarme en las fotos, interpretando aquellos dos nuevos acertijos como los delirios de un demente.

Revisé con detenimiento cada instantánea: la comisaría, Cold Spring, la puerta del *Five cups*... No había duda: el asesino había estado vigilándome de cerca.

«Ha podido matarme en muchas ocasiones. En cambio, me tiene aquí preso, jugando a un juego que desconozco.»

De pronto, volvió a abrirse la puerta.

Le vi.

De negro, con guantes y pasamontañas, avanzó hacia mí.

Otra vez, con un vaso de agua en la mano.

«¿Llevas una jeringa escondida, cabrón?»

Volvió a darme de beber.

Y resolviendo mis dudas, se sacó una jeringuilla del bolsillo trasero del pantalón.

«Mierda.»

Esta vez no supliqué clemencia.
Clavó la aguja en mi dolorido cuello, vaciando el contenido del tubo.
—Mátame de una puta vez, hijo de puta.
Todo empezó a verse borroso.

Oliver

«El cristal roto y el asiento reclinado —discurrí con Alan a mi lado, observando el interior del Mustang a través de la ventanilla reventada—. Y las llaves siguen en el contacto. Debieron asaltarle mientras echaba una cabezada.»

Me puse los guantes de látex con la zona ya acordonada. Abrí la puerta. Sobre el asiento del copiloto encontré unos dibujos. Los revisé.

«Hostia puta. ¿Su hermano?»

Raudo, marqué el número del comisario.

—Dime, Oliver.

—Necesitamos interrogar al hermano de Liam.

»Arnie Smith le dará su dirección. Ah, y envíeme a un par de agentes de la científica a las coordenadas que le enviaré al email.

»Han encontrado el coche de Liam abandonado en una cuneta. O le mantienen retenido o le han pegado un tiro y le han enterrado en el bosque. Le pediré ayuda al sheriff y peinaremos la zona, a ver si hay suerte y le encontramos con vida.

—Espera un momento. —La voz de Green se atendía nerviosa—. Ahora te llamo, ¿vale?

—Vale.

Colgué e incliné el cuerpo hacia el interior del habitáculo, examinando los asientos traseros y delanteros. Abrí la guantera: en principio, nada extraño. Detecté entonces un papelito doblado sobre una de las alfombrillas. Lo cogí y desplegué.

Se disiparon todas mis dudas: aquello era obra de quien había matado a James Thomas y Keishla Henderson.

«Cómo no.»

La nota llevaba escrita la firma del asesino.

Tres horas más tarde

Mientras los agentes de la policía científica buscaban pistas dentro del coche, Alan y sus cinco ayudantes, además de once pueblerinos reclutados por el sheriff, peinábamos el bosque en busca del desaparecido.

No hacía más que imaginármelo tirado sobre la maleza, manchado de sangre y con algún miembro menos.

Anduve en paralelo a los demás componentes de la batida, pensativo, buscando por el bosque.

«No cuadra: tanta preparación para acabar matándolo antes de la fecha. Además, hay que ser muy cínico para dejar su firma y luego no cumplirla. ¿Fue una estratagema desde el principio, se burla de nosotros?»

Los troncos aparentaban encajonarme en aquel paraje al tiempo fúnebre y embriagador. Con

aspecto de alargadas sombras, los rayos solares se filtraban entre las hojas. Adelante, a los costados, atrás, solo veía un paisaje feroz, portador de malos augurios; oscuro, pese a que arriba el cielo se atendía esplendoroso. La zona emitía un silencio premonitorio, de muerte, quebrantado únicamente por los pasos de los que buscaban conmigo, de los que tampoco presagiaban nada bueno. Cualquiera hubiera respirado paz en aquel hermoso lugar; yo, en cambio, solo inspiraba miedo a cada paso.

Una melodía rompió aquella quietud lúgubre.

Me saqué el móvil del bolsillo interior de la americana. Y no, no iba vestido para la ocasión.

—Dime. —Escuché un resoplido—. ¿Comisario?

Por un momento pensé que la conexión se había cortado.

—Sí, perdona. Tengo malas noticias, Oliver.

Los malos augurios que llevaba padeciendo desde el inicio de la batida parecían estar a punto de confirmarse.

—¿Qué coño ha pasado ahora?

—Has de viajar a Trenton. —«¿Trenton? Allí vive la hermana de Liam»—. El asesino ha ejecutado a su tercera víctima: Alison Jones.

«Te propones hacer algo y las «eventualidades» cambian tus planes —medité a menos de media hora de Trenton—. Le susurras a la vida tus intenciones y ella estudia si consentírtelas o no. Elegimos qué hacer, sí, pero es la vida quien se encarga de allanarnos o no el camino. Dicen que somos dueños de nuestro destino, pero... Hoy me he levantado con un propósito muy concreto y ahora estoy viajando a la escena de un crimen. Todo cambia. Todo fluye. Sin embargo, ¿decidimos libremente hacia dónde ir? Vamos de aquí para allá como títeres controlados por fuerzas ¿inevitables? Debería dar media vuelta, desobedecer las órdenes de Green y volver a Cold Spring; por una vez, no hacer lo estipulado, lo lógico, lo cabal; cortarle las alas al destino, quitarme la correa, no ponérselo tan fácil. Pero no: hoy, al igual que hice ayer y que haré mañana, dejaré que mi «destino» me lleve donde quiera.»

«Liam desaparecido y su hermana asesinada por el hombre que, de no haberlo hecho ya, pretende matarle. Madre mía. De estar vivo, ¿sabrá que su hermana ha muerto? Conociéndole, eso acabará de hundirle.»

Dejé a Alan y a su cuadrilla buscando en el bosque; a la policía científica haciéndolo en el Mustang de Liam. Tras peinar un radio de unos dos kilómetros cuadrados y no encontrar rastro, lo único que cuadraba era que el asesino lo hubiera secuestrado. Sin embargo, estuviera bajo tierra, hundido en el Hudson o raptado, debíamos encontrarlo. Vivo o muerto. Ese menester, de momento, estaba a cargo de la oficina del sheriff; nadie conocía el terreno mejor que ellos. Yo viajaba a Trenton para investigar la muerte de Alison Jones y unir fuerzas con los agentes locales. Necesitábamos toda la ayuda posible. Se acumulaba el trabajo, pero no las pesquisas útiles.

Un agente custodiaba la entrada del piso. Tras presentarme, me obligó a firmar en el registro de acceso. Antes, otro alzó la cinta policial tras observar la placa que colgaba de mi cuello. Siempre llevaba una cadena para ocasiones como aquella, para poder colgarme el distintivo y ahorrarme presentaciones. Previo a eso, a subir las escaleras y encontrarme con el cordón policial, dos periodistas me hicieron preguntas que no me digné a contestar. Mientras me los quitaba de encima con un sutil empujón, lo único que recibieron a cambio de sus ansias de noticias frescas fue un «por favor, no entorpezcan las labores policiales».

Tuvimos suerte: la firma del asesino ocasionó que nos hiciéramos eco del crimen antes de lo acostumbrado en homicidios de ese tipo: relacionados con un caso abierto pero cometidos en otro condado. El nombre de Liam Jones condujo a los detectives hasta nuestra comisaría y de allí al teléfono de Green. Encontraron el cadáver hacía poco más de tres horas, y yo tardé una y media en llegar a aquel hogar impregnado de desdicha. Por lo tanto, esa vez, aparte de fechar una muerte, el mensaje del asesino facilitó que pudiera analizar la escena *in situ*.

No me gustaba entrar en lugares como aquel: donde agentes extraños habían iniciado las labores criminalísticas. Me sentía desubicado, como si estuviera entrometiéndome en asuntos ajenos, pese a que en esa ocasión fueran más míos que suyos. De ahí que cargara con mi placa a la vista de todos: para campar a mis anchas sin incordios ni incomodar a nadie.

Por fortuna, el interior no estaba demasiado concurrido. Anduve por el pasillo como un ente invisible en dirección a la habitación donde un loco había finiquitado la vida de Alison Jones. Al igual que en el bosque, inhalé un intenso aroma a crimen, sin duda estimulado por el ir y venir de agentes.

Detuve mis pasos en el umbral de la puerta del comedor. El forense tomaba fotografías del cadáver desde diferentes ángulos y la policía científica buscaba huellas dactilares mediante inspecciones lofoscópicas y restos biológicos que pudieran conducirnos al culpable de la muerte de la hermana de Liam, que yacía decúbito supino sobre el parqué, vestida con un pantalón tejano, unas zapatillas de deporte blancas y una camiseta amarilla donde destacaba una gran mancha roja. La tela presentaba también tres orificios provocados sin duda por el arma homicida. Por los costados de la difunta emergía un charco granate. Alejado de la sangre, supuse que pintada con esos mismos fluidos, entre dos cuadros abstractos, vi la insistente frase que el asesino nos dejaba en cada escena: «16-3-1979/16-5-2019. R.I.P., Liam Jones».

Un hombre trajeado que llevaba puestos unos guantes de látex y una placa asida al cinturón parecía estar describiendo la escena en un grabador digital. Supuse que estaba ante el inspector Tyler Hill. Alto y delgado, de al menos metro noventa y unos cincuenta años, de pelo rubio y rizado y ojos claros, hablaba con los labios pegados a la grabadora, ausente, concentrado, analizando, dejando constancia de lo que veía. Lucía erguido, echo un pincel. Asimismo, su semblante era serio, el de un hombre presto a hacer bien su trabajo.

Me acerqué. Al verme dejó de hablar, guardándose la grabadora en el bolsillo interior de su americana.

—Detective Oliver Baker. —Me presenté al tiempo que estiraba el brazo en busca de un fuerte apretón de manos.

—Inspector Tyler Hill. —Nos dimos la mano—. Encantado.

Una vez terminadas las presentaciones de rigor, ambos dirigimos la mirada hacia el cadáver. Durante unos segundos solo hicimos eso: buscar pistas en una mujer muerta.

—La encontró su marido —dijo Hill sin dejar de analizar el cuerpo inerte. A nuestro alrededor, la policía científica seguía haciendo lo mismo con la habitación—. Por suerte, los hijos estaban en el colegio. «¿Y Jennifer y yo pretendemos traer un alma a este mundo?». Tres puñaladas en el estómago y la puerta no ha sido forzada. O la conocía o la engañó. No sería la primera vez que un asesino finge ser un policía para entrar en una casa. Hoy en día cualquier mindundi puede hacerse con una placa falsa. En Amazon las venden como complementos para disfraces por menos de diez dólares, y dan el pego.

»Si habláramos de un crimen aislado sería pronto para aventurar hipótesis, pero ese mensaje en la pared creo que a usted le resulta familiar, ¿no? —Alcé las cejas al tiempo que asentía adusto

—. He llegado poco antes que usted. El aviso me ha pillado en pleno interrogatorio. —Suspiró—. Estas mierdas le ponen a uno... Ya me entiende.

—Sí, señor. Nunca te acostumbras. —Busqué cambiar el tono de la conversación. No me interesaba intimar con Tyler Hill; tal vez nunca volviera a verle—. Sería una novedad que encontraran algo servible. Quien ha hecho esto es un cabrón escurridizo y organizado que conoce bien la ciencia forense; o eso, o en Nueva York somos una panda de incompetentes. La verdad es que estoy harto de sus mensajitos, de su egolatría y su arrogancia. Cuando le atrape no descarto arrastrarlo a un lugar oscuro y reventarle la cara a hostias.

Hill sonrió, concededor de que mis palabras eran solo un desfogue.

—No me cabe la menor duda, Baker. Por cierto, ¿cómo le gustaría que procediéramos? Es su caso.

—No me vendría mal su ayuda, señor. —Hill asintió—. Como ve —dije señalando con el mentón el mensaje escrito en sangre—, no vamos sobrados de tiempo.

—Tengo entendido que ese Liam Jones es su amigo, ¿cierto?

—Sí. Y ahora mismo, para colmo, está en paradero desconocido. Me preocupa que Liam pase a engrosar el número de víctimas. O le ha matado o le mantiene cautivo. Temo que se trate de lo primero.

»Haremos lo siguiente, si le parece: sigan —sugerí dibujando un círculo en el aire con mi dedo índice, simulando señalarlo todo—. Procedan como si este crimen no estuviera relacionado. Cuando el informe forense esté listo, háganoslo llegar. Si encuentran algo sustancial, lo mismo. Mañana le enviarán un dossier con todo lo que tenemos. Entrevisten a sus...

—Escuche, detective —musitó suspirante, cortando mi frase de cuajo—. Puede estar usted seguro de que aquí procedemos igual o mejor que en la Gran Manzana. No venga a darnos clases de criminalística.

—Lo siento, señor. No era mi intención.

Sonreí fijándome en la sangre que aún parecía brotar por los costados de Alison Jones, en su estómago triplemente acuchillado, en su joven y atractivo rostro, en sus manos inmóviles.

«Es una suerte que Liam no vaya a ver esto.»

—¿Quedamos así, entonces? —pregunté dando por concluida la conversación.

—Claro. Le mantendré al tanto de los avances.

Una voz nos hizo girar a ambos.

—Inspector, debería ver esto —alertó un agente desde lo que parecía la puerta de la cocina.

Hill anduvo hacia el hombre de uniforme conmigo siguiéndole los pasos. Una vez dentro, efectivamente de la cocina, el policía nos mostró un cuchillo insertado en una de las seis ranuras de un cuchillero de madera, que destacaba por estar cubierto de sangre y llevar un papel pegado en el mango.

«Otro mensaje.»

Hill extrajo el cuchillo con una de sus manos enguantadas, despegando con cuidado el papel. Se sacó una bolsa de pruebas del bolsillo e introdujo el objeto cortante, entregándosela al agente.

—Llévasela a Parker.

Con un «a la orden», quien encontró la prueba abandonó la sala.

El inspector susurró casi leyendo para sí mismo: «Toda la culpa es de Liam Jones. El dieciséis de mayo cesarán las muertes; sesgar vidas no es mi propósito principal. Ese día, la muerte de LJ nos proporcionará a todos lo que tanto anhelamos».

«¿A todos?»

Al pisar la calle los reporteros volvieron a incordiar-me; el número de cronistas había aumentado. En ese instante eché de menos a Rebeca. Su mal genio me hubiera venido de perlas. Apuesto a que su amplio abanico de despotriques incluso hubiera sacado alguna que otra sonrisa, incluso en los periodistas. Me sentí desamparado entre tanto micrófono y ansia por captar una imagen o grabar una declaración que proporcionara al «buitre» que la había «sonsacado» un par de golpecitos en la espalda. Investigar en solitario no estaba resultando tan grato como había imaginado, y menos en un día tan convulso como el que estaba viviendo; y el sol apenas había superado su cénit.

«¿Alison Jones ha muerto a manos de El cercenador de la Gran Manzana?»: esa fue la última pregunta que escuché antes de cerrar la puerta, de bajarles el volumen a aquellas voces incesantes, de arrancar y oprimir el acelerador en busca de un poco de calma.

«El cercenador de la Gran Manzana.»

—Menuda mierda de nombre —susurré padeciendo una inmensa vergüenza ajena, cogiendo la salida hacia Filadelfia. Debía, aunque no tuviera ningunas ganas, entrevistar al hermano de Liam. No me quedaba otra. Los dibujos encontrados en el Mustang de su consanguíneo resultaban demasiado «incriminatorios» como para pasarlos por alto.

De pronto, caí en algo.

«Si se cambió de nombre puede que aún no sepa que su hermana ha muerto. Los miembros de la familia Jones no son precisamente fáciles de asociar.»

Por suerte y gracias a Green, tenía su teléfono y su dirección.

«Voy a llamarle —pensé disminuyendo la velocidad, apartándome al arcén con los cuatro intermitentes puestos. El manos libres llevaba unos días fallándome—. Si lo sabe, bien; si no, tendrá un pequeño margen de tiempo para recomponerse.»

Descolgó enseguida.

—¿Sí?

—¿Padre Gavin Harries?

—El mismo. Dígame.

—Soy el detective Oliver Baker, excompañero de su hermano Liam en la policía de Nueva York. Me gustaría entrevistarle en persona sobre el caso del que habló con su hermano.

—Pásese cuando quiera. Suelo estar en mi iglesia. Si no me encuentra allí, llámeme y me acerco a donde esté. Pero ¿ha sucedido algo? ¿Liam está bien?

Su tono de voz y sus preguntas me dieron a entender que no sabía nada en referencia a la muerte de su hermana. Si él era el culpable, disimulaba de puta madre.

—Lo siento, padre: han asesinado a su hermana esta misma mañana y Liam ha desaparecido, le asaltaron dentro de su coche mientras descansaba.

Gavin parecía haberse quedado mudo, y no era de extrañar: su única hermana muerta y su único hermano en paradero desconocido, quizá compartiendo destino con su consanguínea.

Esperé a que reuniera fuerzas.

—Necesito rezar —susurró.

—Claro. Pero en una hora estaré en Filadelfia. Si no fuera importante no le molestaría en un momento tan duro, pero el tiempo apremia.

—Estaré esperándole. Haré todo lo que esté en mi mano por ayudarle.

A su voz entrecortada la siguió el característico y continuo «pip» que precede al corte de una comunicación telefónica.

Volví a la carretera, decidido a acabar la jornada lo mejor posible y regresar a casa con mi mujer embarazada.

«Un par de días más como este y soy carne de cañón para un estudio psicológico. Esta mierda va a volverme loco.»

Lo que aquel día me contó Gavin Harries, conocido años atrás como Logan Jones, engendró en mí el fruto de la sospecha.

Mientras no estaba

Liam

Siempre la misma rutina: darme agua y como a un león del zoo que requiere ser curado, sedarme. Luego me despertaba dolorido ante una de aquellas paredes cubiertas de fotografías, y cuando al hijo de puta que me había secuestrado le parecía bien, siempre vistiendo de negro, con guantes y pasamontañas, volvíamos a empezar el bucle de suplicio.

Llegó un punto en el que no distinguía las instantáneas; empecé a verlas como a una masa homogénea.

Desconocía cuánto llevaba allí, pero sí las veces que me había drogado: veintinueve.

Deseé morir tantas veces... Las horas pasaban entre malestares, pareciendo las horas días y los días semanas. Creí llevar encerrado meses, pero en realidad «solo» habían transcurrido unas trescientas cincuenta horas. Jamás pensé que volvería a pasarlo tan mal, y eso que mi alma estaba curtida por las desgracias. Pero entre aquellas paredes el sufrimiento no era apto para cualquiera: pasé sed, un hambre atroz, vahídos, indisposiciones, dolor de cabeza, de articulaciones, de vientre... y todo sazonado con mi propio hedor. No tuve más remedio que mearme encima —y en más de una ocasión sobre mojado—; por suerte, mi estómago no almacenaba nada que poder cagar.

Con un hilo de voz le insultaba: «Maldito hijo de puta», «Chupapollas de mierda» o «Hace un año me follé a la gorda de tu puta madre» fueron algunas de las lindezas que le solté cuando le veía entrar. Anhelaba que subiera la dosis hasta convertirla en fatal: cerrar los ojos y no volverlos a abrir nunca.

Se interrumpió mi «sueño» por trigésima vez.

A duras penas podía ver algo.

«¿Ha apagado la luz?»

Sentí en mi piel la caricia de una tenue brisa.

«Estoy en la intemperie.

»Va a pegarme un tiro y a enterrarme en el bosque. Ya era hora, joder.»

Al mirar arriba contemplé un cielo estrellado.

Estaba solo.

No verle me tranquilizó. Comprendí que su trabajo conmigo había acabado, al menos hasta el dieciséis de mayo. Hasta entonces, él proseguiría con sus planes y yo —por su gracia— intentaría desbaratárselos.

«Muy seguro estás de ti mismo, cabrón. Te arrepentirás de no haberme matado. Tienes mi palabra.»

El pavimento parecía estar adherido a mi cuerpo. Había perdido peso durante el cautiverio y aun así aparentaba pesar quinientos kilos. Sin embargo, aun fatigado, el despertar resultó menos doloroso que los anteriores; estaba mareado, sí, pero no más de lo que estaría un hombre que llevaba tanto sin comer.

Ninguna luz artificial iluminaba la carretera. Lo que podía vislumbrarse era gracias a una luna menguante que refulgía en un cielo despejado. Bajo el satélite y a ambos lados del alquitrán, las

copas de cientos de pinos se alzaban imponentes.

Me sentí a salvo.

El cantar de los grillos se adentraba por mis oídos como una relajante sinfonía de Beethoven.

Hubiera vuelto a dormirme de no ser porque necesitaba sentirme a salvo del todo.

Rebusqué por mis bolsillos. Sorprendentemente, no me faltaba nada: mi cartera y las llaves de casa estaban donde las había dejado antes del secuestro. El asesino ni siquiera se dignó a robarme los ciento y pico de dólares que llevaba encima. Lo único que eché en falta fueron las llaves de mi Mustang.

«Debieron quedarse metidas en el contacto.»

Sobre el arcén de una vía secundaria, supuse que cerca del lugar donde el asesino me había estado torturando, traté de ponerme en pie. Con dificultad, logré quedarme sentado, apoyado en un guardarraíl que la falta de luz y la maleza no me habían dejado ver al abrir los ojos. Así, escuchando los sonidos de aquella noche que avanzaba segura hacia el amanecer, recostado en aquel frío metal, aguardé al menos una hora. Tras el tormento de los días previos, de degustar horas que parecían días, la espera hasta divisar aquellas dos luces que zigzagueaban como una serpiente de ojos brillantes, se me hizo corta.

Alcé los brazos para hacerme ver.

Las luces se detuvieron.

Un señor de avanzada edad se bajó de lo que resultó ser una furgoneta roja. Vestía un mono tejero sobre una camisa marrón y llevaba una gorra azul, aun siendo de noche.

—¡Por Dios! ¿Qué hace ahí tirado? ¿Ha sufrido un accidente?

Tuve que esforzarme para hablar de una forma entendible.

—Soy detective de homicidios. —Mentí a medias; las fuerzas no me daban para largas explicaciones—. He estado secuestrado por el asesino al que investigaba.

El hombre se echó las manos a la cabeza, palpándose su canoso pelo.

—Madre mía. Le llevaré a un hospital.

Asentí.

«No deberías fiarte de un desconocido. ¿Y si estuvieras tendiéndole la mano a un depredador? No hay que facilitarles las cosas a los asesinos. Muchas veces, demasiadas, sacian sus instintos con hombres y mujeres confiados.»

No dudó de un tipo sentado en la oscuridad de un arcén. Solo vio a alguien en apuros y le ayudó sin pensárselo dos veces.

«La existencia no distingue entre buenos y malos; es más, a veces parece compensar a los segundos. Si no, ¿qué hago yo aquí pretendiendo atrapar al astuto asesino de un hombre y una niña? El putito universo no suele ayudar a los buenos cuando luchan contra los malos.»

Tiró de mi brazo con fuerza y me ayudó a levantarme. Renqueante y aferrado a él, anduvimos en dirección a su furgoneta. Me sentó sobre el asiento casi dejándome caer a «plomo». No podía estar más a gusto; aquel mullido asiento no podía compararse en comodidad con la silla en la que me había sentado los últimos días.

Vi briznas de paja sobre la alfombrilla donde pisaban mis pies cansados. «Un hombre de campo». Tras cerrar la puerta de mi lado le observé pasar preocupado a través de la luna delantera.

«Suerte: sin duda, he dado con un buen hombre.»

—Oiga —susurré nada más agarró volante—. No hace falta que me lleve a un hospital. Solo necesito un teléfono. Usted acérqueme a Cold Spring y ya me las apaño. Estaré bien, en serio.

Empezaba a encontrarme mejor, un poco más enérgico.

«Necesito ir llenando mi organismo de combustible, nada más.»

—¡Si ni siquiera se aguanta en pie!

—Solo es falta de nutrientes —bromeé intentando tranquilizarle—. Un par de hamburguesas y problema resuelto.

—Es usted policía, así que... —Se encogió de hombros—. Como quiera.

«Crédulo a más no poder.»

Se echó la mano al bolsillo.

—Tome.

Me lanzó su móvil, que cayó sobre mis muslos.

—Gracias. —Con la mirada busqué un reloj en el salpicadero, algo que me ubicara en el tiempo. No hallé más que una radio vieja y bastante polvo—. ¿A qué día estamos y qué hora es?

—Once de mayo y son... —dijo mirando su reloj de pulsera—, las seis menos cuarto de la mañana. Puede verlo en el móvil.

«Seré gilipollas.»

En efecto, en una esquina de la pantalla pude corroborar lo que decía.

«He estado quince días secuestrado. Mierda. Faltan cinco para la fecha «límite».»

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Jeff.

—Un placer, Jeff. Yo soy Liam.

Mi salvador asintió mostrando un gesto intranquilo; aún le duraba el susto.

Marqué el número de Oliver en el móvil de mi «amigo» Jeff.

Descolgó al quinto tono.

—¿Quién es? —El aparato emitió la voz más adormilada que había escuchado en mi vida.

—Soy Liam.

—¿¡Liam!? —Oír mi voz despabiló de golpe a mi excompañero—. ¡Me cago en tu puta madre! ¿¡Dónde cojones estabas!? ¡Pensábamos que habías muerto!

—Muerto no, pero casi. —Me costaba mantener un tono de voz audible—. He estado de parranda con un loco que va por ahí cortando a niñas por la mitad, ¿te suena? —Jeff giró el rostro en mi dirección, mirándome con los ojos muy abiertos. A ese ritmo nunca iba a relajarse—. Ese hijo de puta me las ha hecho pasar canutas. —De pronto me entraron ganas de llorar, de sacar por los ojos toda la tensión que acumulaba. Resoplé, conteniendo las lágrimas—. Voy a quedarme en un hotel de Cold Spring. Llevo quince días sin probar bocado y huelo a meados. Necesito un plato caliente y una ducha fría. Un buen hombre me ha encontrado en un arcén y está trasladándome al pueblo.

—Déjate de hoteles. Voy a buscarte ahora mismo.

No me vi con fuerzas para declinar su oferta.

—Vale. Te espero junto a la oficina del sheriff.

—Cerca hay un bar que abre temprano —indicó Jeff cuando aún no había colgado—. Puedo pedirle algo de comer y acercárselo al coche. Esperaré con usted a que llegue su amigo.

Mi acompañante empezaba a tener mejor cara, aunque seguía serio.

—¿Has oído a Jeff? —le pregunté a mi interlocutor.

—Alto y claro. Me visto y voy para allá.

Me costó horrores ingerir el bocadillo que Jeff me pidió en el bar *Beer always*.

—¿Sabe? —dije dándole los últimos bocados. Jeff me miró desde su asiento—. Es usted una de las mejores personas que he conocido. Un poco confiado, pero bueno.

—Solo hago lo que cualquier buen vecino hubiera hecho.

—No crea. Son muchos los que miran hacia otro lado cuando ven el peligro. Se lo digo yo, que he visto mucha omisión del deber de socorro. Oyes a vecinos de mujeres asesinadas decir: «Se veía venir. Hace unos días vi cómo su marido la pegaba y amenazaba de muerte en el descansillo». Ven maltratos y no hacen nada, nada, y luego, como si les pareciera «guay», nos sueltan tan alegres que lo veían venir.

»No te quites mérito, Jeff.

Le tuteé. No pareció sorprenderse de mi súbito cambio de trato.

—Es mejor morir por ser buena persona que vivir siendo un mal bicho. Supongo que todos tenemos nuestras prioridades.

Al fin vi una sonrisa —media, en realidad— en su rostro.

—Mi trabajo es detener a criminales, así que tú y yo tenemos unas prioridades parecidas.

Dos faros, a través de la luna trasera de nuestro vehículo, llenaron el habitáculo de luz. Giré el cuerpo para comprobar si se trataba de Oliver.

—Es mi colega —le comunicué a mi nuevo «amigo» mientras los dos escuchábamos cómo se abría la puerta del coche de Oliver.

Por el espejo retrovisor vi su alto, negro y fornido cuerpo acercándose hacia mi ventanilla.

—Espera un momento, Oliver —rogué sacando la cabeza.

—Claro.

Retrocedió unos pasos y apoyó las posaderas en el capó de su coche.

—Gracias por todo, Jeff. Esta es mi tarjeta. Llámame si tienes algún problema. El que sea.

Cogió el trozo de cartulina.

—Pero aquí dice que es usted detective privado, no policía.

—Ya le he dicho que es usted demasiado confiado.

»Adiós, Jeff.

—Adiós, detective.

Abrí la puerta. Al verme, Oliver avanzó y me ayudó a andar hasta su coche.

Oliver

—Es como hablar con un muerto —dije mientras le observaba sobre el asiento, más delgado, pero en apariencia tranquilo—. No me lo tengas en cuenta, pero te he imaginado en más de una ocasión desmembrado. ¿Qué pasó? Quince días dan para mucho.

—Eso mismo iba a preguntarte yo.

—Empieza tú, por favor.

«No puede ser él. Alison murió mientras estaba cautivo. Está incluso más delgado, ojeroso, sucio... ¿Por qué iba a fingir un secuestro, matar a su propia hermana? No tiene sentido. Además, ha estado ayudando en la investigación.»

Recordé las palabras que el padre Gavin me dedicó el día que murió su hermana: «No puedes confiar en los recuerdos de Liam. Padece algún tipo de trastorno que los distorsiona. Cree que yo hice cosas que él llevó a cabo. Liam hizo estos dibujos. Un día le seguí por el bosque. Estaba preocupado. Padre se cebaba con él y era solo un niño. Le vi entrar en una especie de cueva; un

escondrijo que usaba para evadirse del mundo. «Te odio, Liam Jones», es «solo» un sentimiento de culpa. Tal vez hiciera algo que le reconcomiera. No olvide que su excompañero sufrió unos terribles maltratos; y esas cosas dejan una huella imborrable».

Mientras Liam se decidía a contarme lo vivido durante sus últimos quince días, rememoré de igual modo los dibujos que Gavin le atribuía a su hermano: copas de árboles rojas mientras un hombre acuchillaba a otro; disparos a quemarropa desde una celda; ríos de sangre y un estrangulamiento; una firma: «LJ», y un «Te odio, Liam Jones».

Mi acompañante habló tras meditar lo que iba a decir:

—Se podría resumir de la siguiente manera: me sedaba en una sala repleta de fotografías. Pero fui incapaz de averiguar dónde ni quién me retenía. Ese cabrón lo preparó todo con mimo. Las imágenes mostraban lugares que conocía, y los que no, enseñaban lo que él quería que viera. En quince días le escuché articular un «Bebe», ni una sola palabras más. Lo único que sé es que mata en un garaje o en un almacén apartado del mundanal ruido. Lo que he visto en algunas de esas instantáneas es un cuarto de tortura donde guarda sus trofeos, con mesas preparadas para sujetar a sus víctimas.

—Tengo una mala noticia. —Pretendía ponerle al tanto al llegar a Nueva York, pero las palabras salieron de mi boca cuando les dio la gana—: ha asesinado a Alison.

Presagí una reacción efusiva, un grito desgarrador, un puñetazo contra el salpicadero. Pero no. Me miró y sus ojos se empañaron mientras se enrojecían sus contornos. Empezó a llorar como un niño que se ha pillado los dedos con una puerta. Paré en medio de la carretera sin señalizarlo de ningún modo. Me incliné para abrazarle. Cuando perdió a su familia le vi sumamente afectado, pero aquello era distinto. Liam me apretó con fuerza, pero enseguida se deshizo del abrazo. Se frotó las lágrimas con la manga de su americana y me miró con unos ojos cargados de ira.

—Ahora sí es un asunto personal.

Esperé a que se tranquilizara.

Era mi turno:

—He estado entrevistando a mucha gente: a antiguos compañeros tuyos, maestros, vecinos, conocidos..., pero no he averiguado una mierda. Demasiado tiempo atrás, supongo. Hay que olvidarse de tu pasado y centrarse en el presente. Green te quiere fuera del caso. —Liam no se inmutó. Tal vez se lo esperaba—. Las palabras exactas del comisario han sido: «Si aparece, que se vaya a casa a descansar. Le pondremos protección. Está demasiado inmiscuido. Tenerle dentro ya no es una ventaja».

—¿Ese hijo de puta va a devolverme la placa algún día?

—En principio sí, pero cuando todo acabe. Tu numerito en el *Five cups* no le gustó demasiado al comisario, ni a mí. Deja de ir por el mundo como si fueras John Wick. Quien algo quiere, algo le cuesta. No creo que Green aguante otra de tus estupideces. Ah, y le debes un favor, que lo sepas: movió hilos para que retirasen la denuncia. Si quieres volver, lo primero que has de aprender es a obedecer órdenes: y Green te ordena que te mantengas al margen.

»Sintetizando: ¿te llevo a casa o a un puto hospital?

—Esos agentes que el comisario va a ponerme como protección, ¿son para velar por mi seguridad o para vigilarme? ¿Se duda de mi inocencia? Necesito saberlo.

Esa pregunta no me la esperaba, aunque viniendo de un tipo astuto como Liam no debió sorprenderme

Decidí no suavizar las cosas.

—Para vigilarte y asegurarse de que estás a salvo. No vamos a permitir que se consuma un

asesinato anunciado. Le daría mala prensa al cuerpo, ¿no crees? —Sonreí pretendiendo disipar la extraña atmósfera que predominaba en el interior de mi coche. Sin embargo, Liam siguió serio, impenetrable, mirando a través de la luna cómo avanzábamos hacia Nueva York—. Alison murió mientras tú estabas en paradero desconocido y tu hermano asegura que padeces un trastorno que distorsiona tus recuerdos, que incluso llega a crear sucesos que no ocurrieron. Asimismo, afirma que los dibujos que encontraste en el bosque son obra tuya.

»También le hice una visita a tu psicóloga, ¿sabes? y argumenta que tu hermano podría estar en lo cierto: uno de los síntomas del trastorno por estrés post traumático es... —Levanté el culo del asiento para sacarme el bloc de notas del bolsillo trasero de mi pantalón—. Espera, que lo apunté. —Leí—. «...la percepción distorsionada persistente de la causa o las consecuencias de los sucesos traumáticos, que hace que el individuo se acuse a sí mismo o a los demás».

»Esto ha ido demasiado lejos, Liam. Debes confiar en mí y dar un paso atrás.

—Me trae sin cuidado lo que digáis tú y la zorra de mi psicóloga: voy a seguir investigando por mi cuenta. Y te diré algo: si doy con el asesino no pienso detenerle. —Se quedó unos segundos pensativo. Tras fruncir levemente el ceño prosiguió—. Quiero que me sometáis al polígrafo. Así disiparé las dudas que tenéis sobre mí.

—Yo no dudo de ti. —Mentí: un poco sí dudaba—. Pero entiendo que otros lo hagan.

—Yo también; por eso acallaré sus gilipolleces sometiéndome al polígrafo. A propósito: ¿se halló algo en casa de mi hermana? ¿Los informes forenses han revelado algo importante?

—Basta, Liam. Estás fuera. Métetelo en la puta cabeza.

»Mañana por la tarde pásate por la comisaría y procederemos con el detector de mentiras. Y luego, hasta nueva orden, mantente al margen. Puedes enfadarte si quieres, pero sabes que es lo correcto.

—Claro, sí, por mi bien. No te preocupes, os dejaré en paz.

Durante el trayecto restante le observé tenso y pensativo, maquinando cómo continuar investigando por su cuenta; a mí no me engañaba.

Liam

Le observé mientras conducía.

«¿Me pedís ayuda y ahora me dais la patada? No puedo apartarme del caso, Oliver, y lo sabes. ¿Dejarías tú de buscar al asesino de tu mujer? Mi hermana ha muerto, joder. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras su ejecutor campa a sus anchas.»

Entre el silencio que invadía el habitáculo, pensé en los últimos mensajes del asesino: ««Eres» para las cinco partes que le arranqué a James Thomas; «soy» para la capucha». «Lo que decimos es solo una fachada; somos lo que pensamos».»

Decidí no contarle nada sobre dichos escritos. No fue ético, lo admito; pero como el asesino aseguraba: «Liam Jones me ha convertido en lo que soy, y solo Liam Jones puede desenmascaramme»; y ahora Liam Jones estaba solo. La policía se negaba a ponerme al tanto de los últimos avances de la investigación; yo, simplemente, haría lo mismo.

No miento

A 5 días del 16 de mayo

Entré desmoralizado, andando renqueante hacia la cocina. Ni siquiera cerré con llave.

«A la mierda; si tiene huevos, que entre a por mí. No volverá a pillarme desprevenido.»

Abrí la nevera con la mente en blanco: la fruta empezaba a tener mala pinta. Cogí la única pera que no parecía podrida y la mordí entretanto me despojaba de la maloliente ropa que llevaba desde hacía más de dos semanas. La introduje en la lavadora como un criado automático.

Anduve desnudo por el pasillo sin encender las luces, tan descolorido como las sombras que iba dejando atrás.

Pisé el frío plato de ducha. Giré el grifo, aliviándome con un agua que recorrió mi piel como una riada de inmundicia y desgana.

Abrí la boca. El fluido llenó su interior, dejándome un regusto amargo. Todo me sabía a mierda. Estaba derrotado, sintiéndome menos libre que en aquella habitación de paredes repletas de instantáneas. Bajo el agua no encontré motivos —con exclusión de la venganza— para seguir adelante.

«¿Debo esperar al dieciséis de mayo? Oliver es un buen detective, y está claro que mi ayuda no le ha servido de nada; mi memoria es una farsante. Por una vez —rumié intentando persuadirme—, debo quedarme de brazos cruzados y obedecer las órdenes de mi futuro superior: esperar el cara a cara con el asesino.»

«A lo mejor ni siquiera las recuerdo de un modo fidedigno. ¿Cómo discernir si mis recuerdos son ciertos o falsos? Es triste no saber con certeza lo que fue, lo que fui, lo que fuimos.»

Salí de la ducha y me quedé sentado en la taza del váter.

«Alison. —Se me empañaron los ojos solo de pensar en ella, de recordar su infantil cuerpo durmiendo plácidamente el día que la dejé en manos de un pederasta—. Ha muerto por mi culpa: un loco la ha ejecutado para vengarse de mí.

»Ni siquiera pude asistir a tu entierro. Aunque quizá sea mejor así. No podría mirarles a la cara a los que te amaron en vida y que ahora recelan de mi inocencia. Desde la soledad de este piso lloraré tu pérdida, no puedo hacer más. Tal vez rogarte perdón, si bien sé que ya me perdonaste, y matar al hijo de perra que te mató.»

Me puse unos calzoncillos y entré en la habitación de Dalia, arrojándome hasta el cuello con las mismas sábanas que un día la mantuvieron caliente.

Cerré los ojos y recordé la última vez que la tuve en brazos. Dalia mirando los dibujos animados en la cocina; Amber preparando café; yo inmerso en los entresijos de algún caso abierto. Un ambiente que entonces no supe apreciar, que consideré «normal», pero que tumbado sobre la cama de mi hija muerta recordaba como una atmósfera de ensueño. Hubiera dado mi vida en ese instante por revivir aquellas horas previas a su accidente, volver a ser feliz. Lo hubiera dado todo por despedirme de ellas.

Me quedé dormido mientras me compadecía de mí mismo. Y por primera vez en mucho tiempo logré descansar.

A 4 días del 16 de mayo

Abrí los ojos.

«Joder, ¿cuánto he dormido?»

Observé la única ventana del dormitorio de mi hija.

«Es de noche.

»Tengo hambre.

»Hasta que no llegue el turno de «la máquina de la verdad» no pienso hacer nada.

««Basta, Liam. Estás fuera. Métetelo en la cabeza.»»

—Que os den a todos —susurré mientras me incorporaba quejumbroso, sintiendo el cuerpo agarrotado. Los resquicios del secuestro seguían mermando mis capacidades motoras. Sin embargo, en general experimenté una grata vivificación.

Miré la hora en el reloj de la cocina: las tres de la madrugada.

«Vaya, he dormido casi quince horas. Tampoco es de extrañar: ese puto cabrón me dejó molido.»

Preparé un tentempié a base de fruta, queso y tostadas. Coloqué el plato en una bandeja y anduve hacia mi cuarto. Me senté en la cama con la espalda apoyada en el cabezal. Puse Netflix, seleccionando la serie Mindhunter. Le di a «seguir viendo para Liam y Amber» y las andanzas de los detectives Holden y Tench se iniciaron por el tercer capítulo. Cené a horas intempestivas mientras disfrutaba de aquella magnífica serie. Me «tragué» cuatro capítulos del tirón, alcanzando las siete de la mañana: hora de ducharse, desayunar y salir a defenderme de aquellos que dudaban de mi inocencia.

«Mierda.»

Mi plaza de garaje estaba vacía, y eso que Oliver me avisó durante el trayecto de Cold Spring a Nueva York: «Tu Mustang está en el depósito. Llámame, paso a buscarte y te acerco para que lo recojas».

«Joder, me había olvidado del todo. Tantas cosas en la cabeza me han vuelto un idiota. Y no pienso llamarte, soplapollas. No me apetece oír tus «mantente al margen, es por tu bien» y tus putos «estás fuera». Que os den, Oliver y compañía.»

—Espera, un momento... —musité frotándome el mentón.

Volví al ascensor. Una vez en la planta «cero» salí al exterior.

El sol lanzaba sus rayos sin nubes que le estorbaran. Busqué entre los coches aparcados, detectando un Ford Explorer Interceptor al otro lado de la calle. Achiné los ojos intentando averiguar si dentro había alguien; los reflejos en su luna delantera dificultaban que distinguiera su interior. Tras observar desde unos cincuenta metros de distancia haciendo visera con una mano, al fin pude discernir a sus ocupantes.

«El moreno y el guapo.»

Me acerqué.

El conductor y su acompañante no se movieron, observando cómo yo avanzaba. Ambos sujetaban vasos de papel, supuse que llenos de café. Paré al lado de la ventanilla del copiloto, haciéndole señas con la mano para que pulsara el botón del elevavinas eléctrico. Procedió un tanto reticente.

—Martínez, Evans. —Asentí fingiendo agarrarme el ala de un sombrero imaginario—. Buenos días.

Los dos hicieron un gesto de desengaño.

—Buenos días, Jones —saludaron al unísono.

«¿Protección? Y una mierda: me están vigilando. Un día fuimos compañeros, joder.»

Evans tenía menos pelo que un perro con sarna, y digo sarna porque su frente exhibía dos manchas que recordaban a Gorbachov. Por si eso ya no fuera poco desagradable, se peinaba al estilo cortinilla, creyendo que el tapar su calva con cuatro pelos cruzados era mejor que llevarla despejada. A su lamentable corte había que sumarle una tez mortecina, un considerable sobrepeso y una papada con más pliegues que un acordeón. Yo mismo había visto a enfermos terminales con mejor cara que él. «Green ha seleccionado a la *creme* de la *creme* para vigilarme». Martínez, en cambio, con al menos quince años menos a sus espaldas, era de piel morena y cuerpo atlético e iba con la cabeza rapada, exhibiendo una perilla recortada al milímetro. En su caso, me recordaba a Denzel Washington en *Día de entrenamiento*.

—¿Me hacéis un favor, chicos? —pregunté osado, en un tono que rozaba lo chulesco—: necesito que me acerquéis a la comisaría. Tengo el coche en el depósito y hoy, ya que muchos de vosotros creéis que estoy involucrado en los crímenes —dije alzando la voz al pronunciar el «yo»—, voy a someterme al detector de mentiras y a demostrar que no miento cuando digo que solo soy una víctima más.

Martínez y Evans se miraron. El primero alzó las cejas y el segundo puso cara de estar importándole un bledo lo que yo decía.

—No tienes morro ni nada, Jones —farfulló «El perillas» sonriendo de medio lado.

Alcé las cejas, devolviéndole la sonrisa.

—En fin —dijo el mal peinado. Luego, con un gesto de resignación, señaló con el cogote la parte trasera de «su» Ford Explorer—. Sube, anda. Te llevamos, claro.

Pararon en doble fila, en frente de la puerta de la comisaría. A esas tempranas horas el tráfico ya se apreciaba intenso. Aunque a decir verdad, las arterias de Nueva York siempre estaban llenas.

—Haré como que no os he visto —bromeé previo a salir del coche.

No contestaron. Una vez estuve fuera, escuché la voz de Martínez dedicándome un «Que te den, Jones». Su compañero, con el brazo apoyado en el marco de la ventanilla, se despidió con un escueto saludo militar. Tras esto, se alejaron fingiendo irse a alguna parte.

«¿A dónde coño vais, gilipollas? Menudo paripé.»

Fui directo al despacho de Green, saludando con la cabeza a los agentes que iba cruzándome por el camino; muchos de esos hombres y mujeres me habían colgado la etiqueta de «sospechoso de asesinato».

Daban las ocho y media.

Abrí sin llamar.

Ni siquiera di los buenos días.

—Vengo en son de paz —bromeé al entrar, de pie entre la puerta y su mesa de despacho. Green despegó la vista de la pantalla de su portátil—. Sé que me ha puesto vigilancia y no me importa. Solo he venido a someterme al polígrafo, a dejar claro que no estoy involucrado en los crímenes. Luego volveré a casa y me tomaré unas vacaciones. Confío en que ustedes me protegerán del asesino. Respetaré los tiempos que crea necesarios; esperaré a que decida si soy merecedor de una placa.

El comisario escuchó paciente, esperando su turno de réplica. Yo mentía como un bellaco, soltando por la boca lo que intuía que quería escuchar. «Si me tratáis como a un imbécil os devolveré el trato». Me hubiera gustado decirle un par de cosas, algo así como: «Es usted un

cabrón de mierda. ¿En serio cree que estoy involucrado en la muerte de mi hermana? ¿Me piden ayuda y luego me consideran un loco? Idos todos a la puta mierda».

—No voy a devolverte la placa. —Sus palabras, directas y sin clemencia, acabaron de fulminar lo poco que me mantenía a flote—. Padeces un trastorno por estrés postraumático, Liam, algo que no he sabido hasta hace bien poco. Estuviste ejerciendo de detective de homicidios durante años sin ningún problema, es más, haciéndolo de puta madre, pero la muerte de tu familia lo cambió todo, y no podemos permitirnos tener en nuestras filas a un policía tan inestable. El otro día, sin ir más lejos, le partiste la cara a un tipo por... ¿mirarte mal? Y si echo la vista atrás, recuerdo el día que padecí tu naturaleza. Vamos a protegerte, por supuesto. Dos agentes se encargarán de que estés a salvo. —«Un incompetente y un novato»—. Rehaz tu vida. Vuelve a ejercer como detective privado; por lo que tengo entendido, se te da bien. Pero no sería un buen comisario si te dejara volver al cuerpo. Joder —remató alzando el tono—, si hace menos de un día estabas supuestamente secuestrado por un asesino en serie. Seamos coherentes.

«¿Supuestamente? Ahora me alegro de haberte reventado las napias.»

Apreté los dientes, aguantando estoico el chaparrón.

—¿Me dejarán someterme al polígrafo, o tampoco?

—Sí. Oliver solicitó que pusiera al experto al corriente. Espera en la sala de descanso y él te avisará cuando esté listo. No tardará. Una vez te sometas al detector de mentiras, si quieres volver a entrar aquí tendrás que pedir cita como todo el mundo.

Sus palabras resultaban duras, pero sabía por experiencia que Green no se andaba con chiquitas; uno no llega a ser comisario sin antes tragar mucha mierda, y eso le endurece el corazón a cualquiera.

—Una última pregunta, señor. ¿Oliver se ha pronunciado a favor o en contra de mi reingreso?

—Eso deberías preguntárselo a él. Yo solo te diré, que Oliver ha actuado siempre pensando en tu bien y en el del cuerpo.

«Sí, siempre es por mi bien.»

Me levanté. Green hizo lo mismo. Estreché su mano con la intención de no volver a hacerlo nunca más; un apretón exento de cariño.

En un segundo todo volvió al principio. Si bien, ahora mi hermana estaba muerta y un doloroso suceso, uno que mi mente mantuvo a raya durante décadas, rondaba mi cabeza. Estaba fuera del caso y sin la posibilidad de lucir una placa. Pasé de sentir la ilusión de ejercer como detective de homicidios a verme obligado a ser un detective privado.

Salí del despacho en silencio. Fuera, en sus mesas, no vi a Oliver ni a Rebeca.

Dirigí mis pasos hacia la sala de descanso. Dentro no encontré a nadie; mejor: no me apetecía tomar café acompañado.

Bebí mientras pensaba. No recordaba haber disfrutado menos del café de la comisaría.

«Si soy detective privado, me contrato. —Imaginé estar conversando conmigo mismo, haberme desdoblado y mirarme fijamente a los ojos—. Liam Jones, te encomiendo la tarea de atrapar al hijo de puta que ha matado a tu hermana y a otras dos personas inocentes. Se te remunerara bien, pero con una condición: debes dedicarte en cuerpo y alma a dicho propósito. ¿Aceptas?»

—Acepto —susurré tras sorber de mi vaso de café.

Me vi sentado en el sofá del comedor de mi piso con un whisky en la mano y el portátil sobre el regazo, investigando con las pistas que tenía, que aunque hubieran aportado poco hasta el momento, eran muchas.

Se abrió la puerta. Holden y Cole entraron. Al verme, interrumpieron súbitamente la airada

conversación que tenían, quedándose en silencio.

—Hola.

Ambos me saludaron en voz baja, yéndose directos a la máquina de café. Noté la frialdad de sus miradas, el despegue de unos hombres que tiempo atrás fueron mis compañeros.

«He de largarme de aquí y no volver jamás, demostrarles a estos desagradecidos que no miento y olvidarme de ellos.»

Un agente que no conocía asomó la cabeza por la puerta. «Liam, puedes pasar a la sala de interrogatorios», dijo. Tras el aviso, desapareció como una tortuga en la oscuridad de su caparazón.

—Voy.

Me levanté, dejando el café a medio terminar sobre la mesa.

—Adiós, chicos.

—Adiós, Liam —dijo Holden tras despegarse el vaso de los labios.

—Hasta otra —formuló Cole.

«Más bien hasta nunca.»

Entré en la sala de interrogatorios. Dentro solo encontré al hombre que me había convocado allí mientras bebía café.

—Hola, Liam. Siéntate. —Señaló una silla al otro lado de la mesa de interrogatorios—. Soy el agente especial Cross. Empezaremos enseguida.

Acomodé mis posaderas en el asiento.

Entre el hombre delgado y yo, sobre la madera blanca, reposaba un portátil conectado a una caja negra —la máquina en cuestión— de unos veinticinco centímetros por diez. Del compacto mecanismo, que era pantalla en un noventa por ciento, emergían siete cables: dos con bornes amarillos y otros dos con bornes verdes del frontal del aparato y tres, más gruesos, de su lateral izquierdo.

Observé cómo Cross ultimaba los preparativos tecleando en su portátil, conectado a la «máquina». Aparte del agente especial no me acompañaba nadie más.

«No creen que sea yo, sino esta sala no estaría tan vacía; simplemente quieren quitarme de en medio. Les importo un bledo. Me siguen el rollo porque soy el blanco de un psicópata. No me consideran apto para el servicio, pero sí para hacer de cebo.»

—Bien —musitó Cross—. ¿Se ha sometido antes al polígrafo?

—No.

—¿Conoce su funcionamiento? No se considera una prueba con base científica, entre otras cosas.

—Lo sé. Pero es un método utilizado por organismos de inteligencia y de la policía.

—En efecto.

—Por algo será, ¿no?

Cross asintió sonriente.

—Empecemos, entonces.

Se levantó de la silla, colocándose alrededor de la caja torácica dos cables enroscados parecidos a los que conectaban los antiguos teléfonos fijos. Luego, en la punta de cada uno de mis dedos índice, enganchó un sensor con la ayuda de una sujeción con cierre de velcro. También me puso una especie de tensiómetro en el brazo derecho, a la altura del bíceps.

Cross volvió a colocarse enfrente de su ordenador. Mientras yo me sentía el protagonista de una película de ciencia ficción, el agente especial inició la prueba.

—Empezaré con unas preguntas que quizá le parezcan un tanto irrelevantes. Usted límitese a contestar de forma concisa, ¿de acuerdo?

—Para eso estoy aquí.

—¿Se llama usted Liam Jones?

—Sí.

Mi acompañante miró con detenimiento la pantalla de su portátil y anotó en un folio en blanco.

—¿Lleva usted una americana negra?

—Sí.

Volvió a proceder como en la anterior pregunta.

—Es usted moreno.

—Sí.

—Bien. Ahora pasaré a cuestiones más relevantes.

»¿Sufrió usted maltratos en la infancia?

—Sí.

—¿Esos maltratos le han llevado a padecer algún tipo de trastorno?

—Sí.

Siempre el mismo procedimiento: pregunta, respuesta, observar la pantalla y anotar en una hoja en blanco.

—¿Sufre usted un trastorno por estrés post traumático?

—Sí.

—¿Ha matado usted a alguien?

—No. Nunca.

—¿Está usted relacionado de algún modo con las muertes de James Thomas, Keira Henderson y Alison Jones?

Me estremecí al escuchar el nombre de mi hermana, temiendo fastidiar la prueba.

—No.

—¿Conoció en vida a James Thomas, Keira Henderson o Alison Jones?

—Alison Jones era mi hermana. James Thomas era vecino mío, pero solo le conocía de vista, de saludarnos por los pasillos del bloque de pisos.

Cross asintió.

—¿Sabe quién asesino a James Thomas, Keira Henderson o Alison Jones?

—No.

Volvió a escribir, quedándose reflexivo mientras parecía estar repasando las notas.

—Bien, es todo. Con esto tengo más que suficiente.

Suspiré.

Cross se acercó, quitándome los sensores de dedos, pecho y brazo.

—Espere en la sala de descanso. No tardaré. Ha sido una prueba, digamos, bastante «limpia». Preparo dos breves informes, uno para usted y otro para el comisario, y se lo acerco; y ya de paso, me hago un café.

—Gracias.

—De nada.

Salí, volviendo al lugar del que había salido en busca de la verdad. Al entrar, me detuve en seco: dentro, Oliver y Rebeca tomaban café discutiendo, supuse, los pormenores del caso. Mi oscura bebida seguía en la mesa donde la dejé.

—¡Liam! —exclamó Oliver fingiendo que todo iba de maravilla. Quizá su vida fuera sobre

ruedas; la mía, también, pero cuesta abajo y sin frenos.

—Hola, pareja —saludé de pie, sin ninguna intención de acompañarles—. Me alegra verte, Rebeca. —«Lo mismo digo», formuló ella más seria de lo «habitual»—. Hacía tiempo que no coincidíamos. Insisto: me alegra ver que estás en perfectas condiciones. —Su cara, aparte de un par de cicatrices menores, se mostraba como antes de la paliza—. En fin. Acabo de someterme al polígrafo. Voy a esperar los resultados, aunque sé que confirmarán mi absoluta desvinculación con los hechos, y me largaré de aquí. En esta comisaría no se me ha perdido nada. —Suspiré mirando a Oliver, que había pasado de fingir alegría a estar serio, consciente de mis escasas ganas de estar en su compañía—. Espero que atrapéis al asesino antes de que acabe conmigo. O lo intente, más bien. Tengo un arma en casa, así que... Que entre si tiene pelotas: le recibiré encantado con un par de tiros en el pecho. Al final, este caso solo ha servido para joderme aún más la vida. Gracias, Oliver.

—Liam —dijo mi excompañero mientras Rebeca, al margen, fijaba la mirada en su compañero—. Luego paso por tu casa y hablamos, ¿vale?

—No. Te lo pido por las buenas. Si te presentas en mi piso te trataré como al asesino. He aguantado la falsedad del comisario, pero no consentiré la tuya.

—¿Me estás amenazando? —preguntó desafiante.

—¿Quieres bailar, «compañero»? —No me achanté; estaba dispuesto a liarme a hostias si hacía falta. Llevaba mucho sin sentir una mala leche tan agria—. Jugamos a ver quién es el más chulo.

Oliver se levantó, dejando su corpulento cuerpo a un escaso medio metro del mío.

—Volvemos a las andadas, ¿eh, Liam? La historia se repite.

Rebeca se alzó, colocándose entre los dos con los brazos en alto.

—Señores, tranquilidad.

Di media vuelta.

—Que os den —dije antes de salir por la puerta.

Justo al otro lado, como si hubiera estado esperándome, encontré al agente especial Cross.

—¿Todo bien?

—Sí. Me despedía de un par de gilipollas, nada más.

El agente especial alzó las cejas.

—Las despedidas suelen ser amargas, sí —dijo mientras alzaba dos hojas con la mano derecha.

—¿Miento o digo la verdad? —pregunté al suponer que se trataba de los resultados de la prueba.

—Si hubiera mentido estaría usted en la sala de interrogatorios, ¿no cree?, y bien acompañado, además. —Sonreí—. Ha dicho la verdad en todas las preguntas.

—Lo sé. ¿Podría hacerme un favor?

—Claro.

—Entre ahí —dije señalando con el dedo índice la puerta de la sala de descanso— y dele mi copia al detective Oliver Baker. La otra es para el comisario, ¿no?

—Exacto.

—Pues cuando se las entregue, dígame de mi parte que nunca debió desconfiar de mí.

Cross asintió.

Tras darnos un fuerte apretón de manos anduve hacia la salida deseoso de llegar a casa e investigar por mi cuenta. No sería la presa de nadie. Esperaría, sí, pero como el francotirador que

aguarda entre la hierba.

Ni siquiera pasé a buscar mi Mustang. «Ya iré», pensé desganado. Solo me apetecía llegar a casa y contribuir a la investigación, estuviera o no invitado a hacerlo.

Cogí un taxi pensativo, rastreando mentalmente; la última indagación empezó en la parte trasera de aquel transporte amarillo. No saldría de mi piso hasta superar el dieciséis de mayo. No me dejaría matar, pero sí pretendía quitar la vida por primera vez.

Oliver

«Otro día de perros.»

El interior del piso permanecía en un silencio absoluto. Demasiado «callado», a decir verdad. «¿Jennifer?», la llamé en alto mientras dejaba las llaves sobre el mueble del recibidor. No obtuve respuesta.

«Y el gilipollas de Liam va y se cabrea conmigo —cavilé enfilando el pasillo, en dirección a la cocina—. Igual es culpa mía que padezca TEPT, que recuerde cosas que no ocurrieron, que no sepa contener sus impulsos. ¿Cómo pretende sernos de ayuda si no es capaz de dirigir su propia vida? Además, ahora mismo, ni perteneciendo al cuerpo podría investigar el asesinato de su hermana; conflicto de intereses, se le llama. No tiene derecho a quejarse: Green lo puso a prueba y no ha sido capaz de mantenerse cabal ni dos semanas. Que no culpe a los demás de su puta situación de mierda.»

Encontré una nota en el frigorífico, sujeta con el imán de nuestro viaje a Roma: «Estoy en casa de mi madre. Volveré sobre las nueve. Te amo».

«Y yo te amo a ti.

»No debería andar sola. Capaz de haberse ido a pie. La hermana de Liam está muerta, joder.»

Cogí el móvil y marqué su número.

Descolgó enseguida.

—Hola, cielo. Estoy en casa de mi madre, no tardaré.

—Lo sé, he visto tu nota. Oye, ¿has ido a pie o en coche?

—A pie.

—Pues a la vuelta dile a tu madre que te acerque o coge un taxi, ¿vale?

—¿Ha pasado algo?

—Tú hazme caso, por favor. Así estaré más tranquilo.

—Claro.

—Nos vemos cuando vuelvas.

—En breve estoy ahí achuchándote.

—Te amo.

—Y yo te amo a ti.

Colgué e, inmediatamente, saqué una cerveza de la nevera. Con la fresca bebida en la mano anduve hacia el comedor. Me dejé caer sobre el sofá. Cogí el mando y encendí la tele, poniendo un canal de noticias. Tal vez debí «sintonizar» algo menos traumático.

Como siempre, no dejaban de emitir desgracias: accidentes, asesinatos, violaciones, incendios...

«¿En el mundo no pasa nada bueno? —Me contesté enseguida a mí mismo—. Sí, pero las calamidades solapan lo bueno hasta hacerlo casi invisible. Además, la devastación siempre ha

vendido más que la prosperidad. Somos vampiros: nos gusta la sangre y las tinieblas.»

Sentí miedo. Pero no un miedo a algo, sino un miedo a todo. Temí por mi familia, por mis amigos, por mi hijo aún por nacer.

«No somos capaces de detener a un hombre que va por ahí matando a gente. Por muy inteligente que sea un asesino, no debería escapar a la justicia. Somos unos incompetentes. ¿Cuántos crímenes siguen sin resolverse solo en Estados Unidos? Cientos de personas desaparecen cada día y de muchos no vuelve a saberse nada, así que... Algunos indeseables no pagarán por sus pecados. El asesino de La Dalia Negra o el homicida del hacha de Nueva Orleans; los crímenes de Jack El Destripador o de El asesino del Torso; los asesinatos de Zodiac o de El asesino del Tylenol... Demasiadas muertes sin castigo.»

Escuché las llaves girando en la cerradura cuando me disponía a abrir la nevera por tercera vez; hacía mucho que no pasaba de la segunda «ronda».

Antes de que mi mujer llegara a la cocina, cerveza en mano, salí a recibirla al pasillo.

Nos saludamos con un largo beso y un abrazo aún más dilatado.

—Voy a por una sin alcohol —dijo tras observar lo que sujetaba—. ¿Nos sentamos en el sofá y me cuantas por qué estás tan «alerta»?

—Vale. Pero te advierto que no es importante.

Mentí.

Jennifer me deleitó con una incrédula media sonrisa, algo así como un «a mí no me engañas» manifestado con un gesto de sus labios.

—Green no va a devolverle la placa a Liam —expliqué repantingado, con la cerveza a tiro de escopeta. Jennifer me escuchaba más derecha, bebiendo de vez en cuando de su rubia «0'0»—. Y el muy gilipollas me culpa por haberle transmitido al comisario lo que dijo su psicóloga, cosa que estoy obligado a hacer. No puedo permitirme el lujo de dejarle ir a su aire para acabar arrepintiéndome de lo que pueda hacer. Ha vuelto a perder el control.

—Has hecho lo correcto. Eres un agente de la ley, y tu obligación es velar por los demás. El encubrimiento es un delito, y lo sabes. Además, Liam es un ciudadano implicado en un crimen. Fue un buen compañero hasta la muerte de Amber y Dalia, pero luego se convirtió en un peligro para ti y para la sociedad. Liam es un ser tóxico. Por aquel entonces tú no sabías que padecía una enfermedad mental. Tal vez no sea un asesino, pero tengo claro que necesita ayuda psicológica.

—No debí darle tantas responsabilidades.

—Lo hecho, hecho está. Consuélate pensando que tú has procedido del modo correcto, deseando lo mejor para él y los demás.

—Sí... —Resollé—. Y el caso está más atascado que el retrete de un bar de striptease. Estamos como al principio. Es una mierda. Y en apenas cuatro días se cumple «el plazo».

—Pero no puede matarle, ¿no?

—¿El dieciséis? —Jennifer asintió—. Prácticamente imposible. Además de los dos agentes que le protegen ahora mismo, ese día Rebeca y yo vigilarémos los accesos a su piso.

—¿Y qué pasará el diecisiete?

—No podemos protegerle eternamente. Ni siquiera sabemos si la amenaza es real; puede que solo sea un farol con pretensiones de desviar la atención. La verdad es que andamos un tanto perdidos. Durante los quince días que Liam estuvo desaparecido hemos trabajado a destajo, investigando las coartadas de los familiares y de los conocidos de las víctimas, registrando sus casas en busca de alguna conexión, inspeccionando llamadas telefónicas..., pero nada. Hay investigaciones que se alargan años, y esta no parece que vaya a resolverse a corto plazo. Y ya

van tres muertes.

»En su último mensaje el asesino promete no asesinar más allá del dieciséis de mayo: un alivio, de cumplir dicha promesa. Y no sé por qué, pero creo que es justo lo que pretende: que su plan acabe cuando lo haga la vida de Liam.

»Green nos lo ha dejado bien claro: «El FBI va a echarnos una mano. Pero si hay otra muerte, se hará cargo del caso». Lo raro es que no hayan metido ya las narices. ¿Y sabes qué?: tal vez sea lo mejor: que se encarguen ellos, que tienen más medios. No me importa admitir que empiezo a tener serias dudas sobre nuestras capacidades. —Me detuve un instante, volviendo a centrar mis pensamientos en mi excompañero—. Y encima Liam se larga de comisaría de mala manera. Lo de tropezarse con la misma piedra le viene a ese gilipollas como anillo al dedo. Ya le conoces: ahora pretende tomarse la justicia por su mano. Se cree un ángel justiciero o algo por el estilo. Sospecho que ha visto demasiadas series policíacas. A veces me entran ganas de abofetearlo como a un niño pequeño. —El simple hecho de pensar en él me alteró los nervios—. Martínez y Evans, los agentes al cargo de su vigilancia, aseguran que ha entrado en su piso hará unas diez horas y no ha vuelto a salir, y si lo hace seré el primero en enterarme. Y sabemos lo que está maquinando ahí adentro: como buen sabueso que es, rastrea al asesino de su hermana.

El rostro del ejecutor

Lo primero que hice tras dar una fuerte palmada fue prepararme un whisky doble con hielo; mi cerebro, a cambio de un mínimo de eficacia, requería unas altas dosis de evasión. Necesitaba olvidar las desgracias que me sumían en una constante desesperanza.

Lo segundo que hice fue colocar ante el sofá una lámina de corcho con patas que llevaba años sin usar y una pizarra blanca que usaba Dalia cuando estaba viva.

«Te la cojo prestada, hija —pensé mientras cambiaba el «juguete» de ubicación, de su cuarto a mi improvisada sala de operaciones.» También desplazé la impresora, dejándola sobre la mesa de centro, al lado del portátil.

Con todo en su sitio, comencé a imprimir las fotografías que guardaba en el móvil y en el ordenador; las que yo mismo tomé y las que Oliver me envió durante la investigación vía correo electrónico. Hubiera deseado un mejor material y unos datos más amplios, como por ejemplo las copias de los informes forenses, pero estaba fuera del caso —si es que estuve dentro en algún momento— y debía conformarme con lo «sustraído» mientras colaboraba.

En aquel momento mi memoria seguía siendo mi mejor arma, pero por desgracia, a Liam Jones se le encasquillaban demasiado a menudo los recuerdos. Sin embargo, no me quedaba otra que refrescar experiencias pasadas; máxime, las fotografía y los mensajes que vi en la sala donde el asesino me mantuvo encerrado durante más de dos semanas. Debía conseguir un nombre, no solo con lo que podía ver, sino también con lo que almacenaba en mi trastornado cerebro.

«Es lo que hay. Menos medios, sí, pero el investigador vive de pistas, y de eso voy sobrado. Aunque a decir verdad, más que pistas lo que tengo son acertijos.»

Una vez impresas las instantáneas me dispuse a adherirlas a la lámina de corcho.

Las clavé con chinchetas una a una.

Di tres pasos hacia atrás, contemplándolas con más perspectiva.

Inspiré profundo entretanto observaba aquel desgarrador collage: un pequeño montón de fotos que me hizo retroceder en el tiempo.

«Bien. Ahora pasemos a los mensajes, tanto los escritos como los dejados en los cuerpos.»

Me acerqué a la pizarra y anoté con rotulador azul borrable sobre su fondo blanco. Con letra pequeña escribí pretendiendo descifrar el sentido oculto de los mensajes:

-Arranca la mitad de cada una de los cinco «órganos» que representan a los cinco sentidos.

«No tiene ningún sentido, nunca mejor dicho. Por fuerza ha de ser una metáfora. Tal vez se refiera a la pérdida de la mitad de su vida. Sigo pensando que ha de ser alguien a quien metí en la cárcel. Pero las demás pistas no secundan esa vía.»

Arrugué el ceño, pegué un trago de whisky y seguí.

-La capucha de verdugo sin agujeros para los ojos con el mensaje en la etiqueta «Propiedad de Liam Jones».

«Lo lógico es que haga referencia a un ejecutor ciego.»

Volví a sorber del vaso.

«En general, debido a su mala fama, el oficio de verdugo se heredaba de padres a hijos o entre familias. Pero mi descendencia está muerta, al igual que mi madre y mi hermana; mi padre es un vejstorio y Logan un cura con una buena coartada. No creo que haga referencia a temas familiares. Y lo de quitarle los agujeros de los ojos... O es ciego o no entiendo nada. Él asegura que la capucha es mía, pero yo no había visto ese pedazo de tela en mi vida. ¿Otra vez echa mano

de la metáfora? ¿Insinúa que soy yo quien está ciego? Puede que lo esté, que le haya tenido delante en más de una ocasión, que haya conversado con él sin saber que estaba ante nuestro hombre. Rebeca, Oliver, Green, Walter, Logan... Podría ser cualquiera. Cualquiera compañero al que jodí en algún momento de mi ejercicio como detective de homicidios. El familiar de una víctima descontenta; no siempre conseguimos hacer justicia.»

«Quizá quien busca venganza, el cerebro de los crímenes, no se manche las manos. Ya usó a Foster para «deshacerse» del medio cuerpo. ¿Y si fueran dos asesinos? Es más, ¿y si fueran hermanos: uno ciego, la cabeza pensante y el otro simplemente le echa una mano? Eso explicaría el tema de la capucha. Puede parecer rebuscado, pero la realidad muchas veces supera —lo sé bien— la ficción.»

Alcé la copa y di un largo trago, vaciándola. Volví a llenarla hasta dejarla rebosante. Empezaba a ver la vida de un color cercano al de las rosas.

Seguí anotando:

-Mediante un mensaje metido en una bala hueca introducida por el ano de James Thomas, el asesino me emplaza a Cold Spring y a mi antigua escuela, donde hallo la primera mitad del segundo cadáver y varios mensajes:

«De nuevo procede usurpando la mitad: a James Thomas le corta una oreja, un brazo, le arranca un ojo, media lengua y media nariz, y a Keira Henderson la corta literalmente por el medio.»

Me froté el mentón con la parte trasera del rotulador no permanente que usaba para enumerar las pistas.

«Mitad. Medio. Dos partes. Separar.

»¿Qué quieres decirme, hijo de puta?»

Me llevé de nuevo el vaso a los labios, saboreando el alcohol hasta dejar el fondo del vaso al descubierto. Me limpié la boca con la manga de la camisa y volví a llenarme la copa, alzándola de inmediato como quien está haciendo un brindis, trincándome la mitad de un trago.

«Sigamos.»

-«Me privaste de demasiado tiempo, Liam Jones».

«Te jodí, ¿eh, cabronazo? Te arruiné tu puta vida de mierda. Pues me alegro; visto lo visto, mereces todo lo malo que pueda pasarte.»

—¡Hijo de puta! —grité al aire—. ¡Ojalá vengas a buscarme el dieciséis de mayo, así podré despacharte de un tiro en la cabeza!

Empezaba a sentirme en la gloria. Cansado, sí, pero también con ganas de bailar al son de las pistas que tenía delante.

—Qué cojones... Amenicemos.

Encendí el televisor y puse un canal de música. En ese momento sonaba la canción *Dancing in the moonlight*, de Sherman Kelly.

—Así está mejor —musité bailoteando de vuelta a la pizarra. Durante el corto trayecto derramé algo de Whisky por el parqué.

Anoté de nuevo sobre el blanco:

-«Solo cuando sepas quién soy, darás conmigo.»

«Otra gilipollez, y esta es de las gordas.»

Aquella frase resultaba tan obvia que desistí de buscarle sentido.

-«Liam Jones me ha convertido en lo que soy, y solo Liam Jones puede desenmascararme».

Cada vez escribía más torcido, en consonancia con mi estado.

—¡Y seguimos para bingo con otra imbecilidad! —vociferé alzando el vaso. Esta vez derramé casi la mitad.

—Mierda.

Fui a la cocina. Volví como había llegado, dando tumbos, con un trapo para secar el parqué, no fuera a resbalarme y a partirme la crisma. No solté el vaso en ningún momento.

Me apreciaba torpe e impetuoso, pero también feliz y desinhibido. Los problemas se habían esfumado, dando paso a un positivismo desmedido. El alcohol hizo bien su trabajo: le puso un parche a mi vida; aunque duraría solo —era consciente— hasta alcanzar el inevitable y doloroso siguiente despertar.

Dejé de investigar para bailar entre apuntes y fotografías macabras. Dancé sonriente mientras los recuerdos desfilaban por mi mente sin hacerme ya daño. Reí en alto entretanto el televisor emitía música variada; a mí me importaba un bledo lo que sonara con tal de que tuviera ritmo. Rememoré las tres escenas del crimen, imaginando la última, la que contuvo el cuerpo de mi hermana; las palizas que mi padre me propinó durante años, su alcoholizado rostro sonriente; el día que Logan y yo nos marchamos dejando a Alison a solas con el enemigo; la desgarradora escena que reviví durante la regresión; el tormento que soporté cuando el asesino me encerró a base de sedantes y agua.

Y bailando, recordando, bebiendo, visualicé mentalmente los mensajes que leí en aquella habitación de paredes «cuadriculadas», reviviéndolos como si estuviera sentado en aquella silla metálica anclada al suelo:

««Eres» para las cinco partes que le arranqué a James Thomas; «soy» para la capucha.»

«Lo que decimos es solo una fachada; somos lo que pensamos.»

«Somos lo que pensamos.»

Dejé de danzar como un pobre desgraciado. Un escalofrío recorrió mi espalda, subiéndome de la cintura al cogote, erizándome el vello de la nuca. Bebí hasta dejar el vaso otra vez vacío. Ya sin hielo, volví a rellenarlo hasta los topes. Empezaba a ver el mundo borroso, tambaleante, a desfallecer a causa de la desmesurada ingesta de alcohol.

—Somos lo que pensamos —me dije arrugando el ceño—. He de pronunciar el mensaje como si yo mismo lo pensara en primera persona. Entonces «eres» se referiría a él y «soy» se referiría a mí. «Eres» para las cinco partes que le arranqué a James Thomas; «soy» para la capucha.»

«¿Eres la mitad; soy el verdugo?»

»¿Soy el verdugo y él la mitad de los cinco sentidos?»

—No lo pilló.

Empezaba a encontrarme realmente mal. «Debería haber comido algo».

«Me privaste de demasiado tiempo, Liam Jones.»

»Solo cuando sepas quién soy, darás conmigo.»

»Liam Jones me ha convertido en lo que soy, y solo Liam Jones puede desenmascaramme.»

Pensé en los dibujos que Logan aseguraba que yo había trazado, en los escritos que hallé en el último de ellos: «LJ» y «Te odio, Liam Jones».

«El asesino odia a Liam Jones.»

»¿Me odio a mí mismo?»

No lograba organizar mis ideas.

«Quien asesinaba en los dibujos está dentro de una especie de jaula o celda, y ahora, quien pretende matarme asegura que soy yo quien permanecía preso.»

««Eres» para las cinco partes que le arranqué a James Thomas; «soy» para la capucha.»

»«Lo que decimos es solo una fachada; somos lo que pensamos».

»¿Eres la mitad, asesino, y yo el verdugo que no ve cuando matas?»

Sentí una gran ansiedad, que se unió a mi embriaguez en aumento.

Anoté en la pizarra: «Soy el verdugo que no ve cuando el asesino mata».

—Estoy desvariando —musité sonriente. Luego volví a beber como si pretendiera hacerlo hasta la muerte.

Sentí ganas de mear. Anduve haciendo esos hacia el baño, ayudándome con las paredes. Mientras «soltaba lastre» pensé en lo mucho que padecí durante el secuestro, en las veces que tuve que hacérmelo encima. Y entonces recordé algo que en su momento no interpreté como debí:

«El primer día me entraron ganas de orinar, pero me aguanté. Cuando a punto estaba de hacérmelo encima entró el asesino y me sedó. Luego, al despertar, no tenía ganas de orinar y tampoco me había mojado los pantalones.»

Reí como un demente y como una cuba.

—¡Estás fatal, Liam Jones!

Volví a la sala de estar, descojonándome por el camino.

Al terminar de mofarme de mis propios pensamientos padecí un vahído que me desplomó sobre el sofá. La copa de whisky golpeó la mesa de centro, empapando la impresora.

Pensé con la cabeza apoyada en el reposabrazos, sumamente indispuesto:

«Durante estos años se han esfumado muchas cosas de mi mente. ¿Y si no fui yo quien contempló cómo nuestro padre abusaba de Alison?»

Tendido al borde del desfallecimiento, lo entendí. En un segundo todas las partes de mi vida cobraron sentido, encajando como las piezas de un puzle. Al final, las pistas me condujeron a la cruda realidad. Todos los mensajes, incluso los que parecían incoherentes, adquirieron una lógica desgarradora: «Me privaste de demasiado tiempo, Liam Jones». «Solo cuando sepas quién soy, darás conmigo». «Liam Jones me ha convertido en lo que soy, y solo Liam Jones puede desenmascararme».

Exacto: acababa de desenmascarar al asesino. Si bien no conocía los porqués, el cómo ni el cuándo, sabía su nombre, pero no me atrevía a pronunciarlo en alto.

«Lleva diciéndomelo desde el principio, por eso hacía hincapié en el tema de las «dos partes», «la mitad de los cinco sentidos»».

««Eres» para las cinco partes que le arranqué a James Thomas; «soy» para la capucha». «Lo que decimos es solo una fachada; somos lo que pensamos.»

—Tan obvio que no lo vimos —susurré mientras mis ojos se cerraban poco a poco.

«Eres mi mitad, asesino, y yo un verdugo ciego.»

Desfallecí sintiendo un miedo espantoso, deseando no volver a despertar, rogándole a la Parca que me echara una mano.

«Pipipipipi..., pipipipipi..., pipipipipi...».

Abrí los ojos algo mareado, sintiendo un leve dolor de cabeza.

El móvil me vibraba sobre el pecho. Su alarma acababa de desvelarme sobre el sofá. «¿Se ha ido la luz?». Su pantalla brillaba entre la oscuridad, iluminando tenuemente mi cuerpo, el techo y el respaldo de mi improvisada cama.

Detuve el molesto aviso.

—¿Me coloqué el móvil sobre el pecho?

«Debí ser yo —pensé frotándome las sienes con las yemas de los dedos—. Con semejante

borrachera...»

No recordaba los instantes previos a desfallecer. No obstante, fui capaz de recapitular, de acordarme —a fragmentos— de lo averiguado en aquella sala de estar.

«¿Sucedió o mi memoria vuelve a hacer de las suyas?»

Cogí el móvil y me incorporé a oscuras, buscando la hora en su pantalla.

«Llevo casi diez horas durmiendo. Joder. Menuda melopea. No tengo remedio.»

El portátil se encendió, sobresaltándome.

—Qué cojones...

«Yo no sé programarlo para que haga eso.»

En su pantalla observé un vídeo listo para iniciarse, donde podía verse a un hombre que llevaba un pasamontañas. «Es él, el hijo puta que me hizo desear la muerte». Sobre el teclado, un mensaje: «Dale al *play*; es hora de que nos conozcamos».

Empecé a sentir un agobio brutal. Con el pulso acelerado anduve hacia la llave de la luz más cercana. Al iluminar el salón, se dispararon aún más mis pulsaciones: las paredes estaban recubiertas con las mismas fotografías que estudié durante mi cautiverio de quince días.

Parecía haber mirado fijamente a los ojos de Medusa.

«Mierda.»

Sintiendo un escalofrío constante, volví a sentarme en el sofá, ante el ordenador. Leí mi supuesta última anotación en la pizarra: «Eres mi mitad, asesino, y yo un verdugo ciego» y le di al *play*.

—Hola, cabroncete —dijo el «enmascarado» en un tono jovial, como si hablara con un colega—. Me has jodido el plan, macho. Me has obligado a adelantar el día de tu puta muerte. Con lo bien que íbamos, joder. Unos días más y lo clavamos, Liam. Pero bueno, aun con este contratiempo mi obra sigue siendo excepcional, algo nunca visto dentro de ese mundo que tanto te gusta: el de los asesinos en serie. En fin, ya sabes quién se esconde tras este pasamontañas, ¿no? pero siempre mola darle un toque de misterio al asunto. ¿Te sientes ahora como el protagonista de una novela negra?

Tras reírse a carcajada limpia agarró la tela y tiró de ella, mostrándome el rostro del asesino.

Cierto. No me sorprendió lo que vi. Todo cuadraba. Si echaba la vista atrás, cada suceso «inexplicable» cobraba sentido; cada pieza olvidada encajaba en algún lugar. Aunque me resistiera a creerlo, horas atrás descubrí la identidad de quien sesgo las vidas de James Thomas, Keira Henderson y Alison Jones.

Durante el secuestro

«¿Estoy de vuelta? Sí, estoy en la superficie.»

Tenía a Junior delante, con la jeringuilla aún entre las manos.

«Está saliendo todo de puta madre. Soy el mejor asesino en serie de la historia.»

Me encontré de «impoluto» negro, vistiendo traje, camisa y zapatos a juego.

«Al menos Liam tiene clase.»

Sentí unas ganas terribles de orinar.

—¡Desátame, que está a punto de reventarme la vejiga!

Mi ingenuo aunque despiadado compinche no hizo nada. Sin quitarse el pasamontañas se limitó —como habíamos acordado— a permanecer estático con las manos agarradas a la altura del estómago, aparentando ser un *segurata*.

«El *hijoputa* es todo un profesional —cavilé sarcástico.»

—Así me justa, Junior, que te ciñas al plan. Ahí va la palabrita que estás esperando: Elejotados —dije seguro—. ¡Y date prisa, joder, que voy a hacérmelo encima!

Junior se quitó el pasamontañas dejando a relucir sus tatuajes de pandillero.

—No *joda*, mamón —dijo con su inconfundible acento salvadoreño mientras me desataba las sujeciones de los brazos y las piernas—. *Dijite* que no hiciera nada por mucho que *uplicara*.

—Tienes razón. Te estás ganando cada dólar, amigo.

Aunque fuera mi «asalariado» no me interesaba llevarme mal con aquel tipejo; sabía perfectamente que había matado, torturado y secuestrado, entre otras lindezas.

—*Etá loco*, bato. Pero *paga* bien. —Junior sonreía mientras me liberaba de las correas—. Me *uda la pelota* lo que *haga* con tu vida, tu *juegueito* de tarado. Si te pone *eta* mierda, allá tú. Yo por dinero hago lo que me manden, ya lo *abe*. Pero que *epa* que *etá* como una puta regadera.

—No lo sabes tú bien —murmuré estirando los brazos.

Mi socio se retiró, dejándome espacio para que me levantara.

—¿Has hecho lo que te pedí? —pregunté mientras practicaba algunos estiramientos básicos.

—¿El qué, loco?

—Cambiar las matrículas de la furgoneta.

—Claro.

Asentí.

—Voy a mear. En seguida vuelvo.

Junior asintió, quedándose a la espera de nuevas indicaciones.

Fui hasta el servicio de aquella casa que él mismo había buscado y preparado para mí. Le ofrecí quince mil dólares por quince días de trabajo. Sabía que un tipo de su calaña no rechazaría un encargo que ni siquiera requería ensuciarse las manos. A decir verdad, lo que estaba llevando a cabo no era más que un secuestro consentido. Sin preguntas. Sin delación. Hacer y cobrar. Un trabajo sencillo y bien remunerado. Un cometido que solo podía confiarle a un hombre que antepone su honor a todo. Junior era perfecto para materializar un plan que exigía de una absoluta falta de miramientos.

—Espero que no advierta que he vaciado nuestra vejiga —me dije mientras observaba el pis

saliendo de la punta de mi pene.

Me olí la axila al percibir un desagradable tufo.

«Joder, huelo como un puto cerdo. Pero no puedo ducharme. Serían demasiados cambios. Ya estoy tentando demasiado a la suerte echando esta meada. Aunque no creo que ese gilipollas de Liam se fije en que he soltado lastre. Va a despertarse demasiado dolorido como para pecar nada.»

Volví a la sala de paredes cubiertas por fotografías, mensajes y una silla de metal atornillada al suelo.

«La verdad es que ha quedado de puta madre, de lo más siniestra. De cine.»

—Dame las llaves —solicité.

Junior se sacó el manojito del bolsillo trasero de su pantalón y me lo lanzó, cogiéndolo yo al vuelo.

—¿El depósito está lleno?

—Como me *pedite*.

—Perfecto.

—¿La gorra, las gafas, el bigote y la peluca? ¿Los guantes de látex, el folio y el boli? No puede faltar nada.

El miembro de una de las pandillas más activas y violentas de Nueva York, afincada principalmente en Queens, asintió de forma pausada, pareciendo empezar a hartarse de mis preguntas.

—¿Y la jeringa con el sedante?

—Que *í*, loco, que *tá* todo *lito*.

—Genial. Volveré en unas tres horas. Mira un rato la tele o hazte un par de pajas mientras esperas, lo que más te apetezca, pero ya sabes el trato: no salgas de aquí bajo ningún concepto.

Le di la espalda y anduve hacia el garaje.

—¿Dónde va, mamón? ¿¡A *matá* a alguien, eh!? ¡No *oy* tonto!

Alcé la mano y negué con el dedo índice mientras me alejaba diciendo «no, no, no...».

—¿Sin preguntas, recuerdas?

—¡Que te den *po* culo, bato!

Entré en la destartalada furgoneta de Junior. Una vez acomodadas mis posaderas abrí la guantera. Tras verificar que la jeringuilla, los guantes, el folio y el boli estaban donde debían estar, cogí las gafas de sol, la gorra, el bigote postizo y la peluca rubia. Me lo coloqué todo con sumo cuidado.

—Irreconocible —susurré mientras me miraba en el espejo interior.

Agarré el volante con ambas manos, apretándolo con rabia.

«Esto es una puta mierda. Vivo escondido en la mente de un gilipollas. Aparezco mientras reposa, y no siempre que quiero. No es vida. Sin embargo, gracias a él pasaré a la historia, y de paso me vengaré. Todo vale por un hueco en la eternidad.»

Puse un CD con los grandes éxitos de Queen y pulsé el botón del mando a distancia. La puerta automática se abrió rociando la cochera de luz mientras la banda británica empezaba a estimularme con su inconfundible rock.

Quitó el freno de mano, oprimí el acelerador y salí del garaje.

Miré el cielo a través de la luna de aquella vieja furgoneta: despejado como un bosque sin árboles.

«Un buen día para matar.»

—One dream, one soul, one prize, one goal, one golden glance, of what should be. It's a kind of magic...

Cantando a viva voz recorrí los poco más de cien kilómetros que separaban Nueva York de Trenton.

No hubo complicaciones.

Nadie debía verme. Liam estaba secuestrado, así que un paso en falso podía desbaratar mis planes. La suerte resulta vital en un propósito y yo la estaba teniendo desde el principio.

«Maté dos pájaros de un tiro contratando a Junior para que secuestrara a Liam: le haré sentir lo que yo cuando estoy dentro de él y al mismo tiempo conseguiré que la poli no husmee. Seguro que estaban a punto de ponernos vigilancia. Demasiado complejo para esos inútiles; saben que pasa algo con Liam, que hay una conexión, pero no la entienden. Por eso sé que estaban a punto de ponernos vigilancia: un contratiempo que estoy solventando con el cautiverio. Una muerte más, unos días de suplicio para Liam y a esperar el dieciséis de mayo. Estoy dejando un legado único para los amantes de los asesinos en serie. Se hará una película de mis andanzas, tal vez una serie.»

Aparqué cerca del bloque.

Saqué la jeringa, los guantes, el folio y el bolígrafo de la guantera, y me los metí en el bolsillo interior de la americana.

Anduve por la acera con la peluca, que me provocaba un picor insoportable en la nuca, y las gafas de sol, que me apretaban el tabique nasal. Cualquier incomodidad valdría la pena cuando la tuviera delante. Con esas pintas nadie podría reconocerme; al menos hasta que Alison abriera la puerta y se encontrara de bruces con su «hermano».

Los viandantes con los que me crucé ni siquiera se dignaron a mirarme a la cara.

«Las ratas van a su aire —cavilé a pocos metros de la entrada—. Un segundo diluvio universal le vendría de maravilla a este mundo de mierda; una riada que arrasara con toda la inmundicia.»

Miré mi reloj de pulsera: las once menos cuarto.

«Tengo aproximadamente una hora. De sobra.»

Llamé al telefonillo.

—¿Sí?

—Soy yo, Liam.

Alison abrió.

—Sube.

Entré en el ascensor y apreté el botón que me llevaría al tercer piso.

Respiré hondo mientras la puerta doble se abría dando paso a la parte final del fratricidio.

Anduve por el pasillo hasta alcanzar la puerta del 3ºF.

Llamé al timbre.

Me quedé de espaldas al ascensor —no fuera a salir alguien que luego pudiera identificarme— y me quité la gorra, la peluca, las gafas y el bigote, guardándomelos en los bolsillos de mi pantalón y mi americana.

La puerta se abrió y Alison, con un rostro serio, se dejó ver al otro lado.

—Pasa —dijo dándome la espalda, andando por el pasillo—. El otro día me dejaste en ascuas.

Cerré la puerta.

No perdí el tiempo.

Me puse los guantes con sigilo y saqué la jeringuilla mientras ella andaba confiada. Se la clavé con la mano izquierda mientras le tapaba la boca con la derecha. Pataleó unos segundos entretanto

el sedante penetraba a través de la piel de su cuello. El forcejeo duró poco: enseguida empezó a ceder.

La tumbé en el pasillo.

La cogí por los pies y la arrastré al comedor.

Fui hasta la cocina. Busqué un buen cuchillo que clavarle, encontrándolo en un cuchillero de madera. Con el arma blanca bien sujeta, me senté a su lado.

La contemplé.

Era hermosa.

Su rostro transmitía bondad y paz.

«Esto va a romperte el corazón, y espero que la mente. Necesito que te vuelvas tan loco o más que yo, Liam.»

Me senté sobre sus pies, inclinándome hacia delante. Coloqué la punta del cuchillo sobre su vientre sin quitarle la camiseta y hendí su hoja lentamente para no salpicarme de sangre. La tela amarilla a punto estuvo de penetrar con el filo. En segundos, el color pajizo se mezcló con el rojo que brotaba a borbotones de su tripa.

«Hubiera sido mejor quitarle la ropa. En fin, no soy un maniaco sexual. Solo busco matar, y así, con los agujeros en la camiseta, es más impactante. Y la escenografía es importante cuando uno pretende dejar huella.»

El sedante funcionó de maravilla. La alta dosis provocó que Alison no notara el filo moviéndosele entre las tripas. No se movió: se le escapó la vida sin que se diera cuenta.

La apuñalé dos veces más, contemplando con una sonrisa en los labios cómo la hoja se hundía en su piel de mantequilla, cómo la sangre resbalaba por sus costados formando un charco granate.

Me levanté mientras Alison seguía desangrándose. Miré alrededor, buscando el lugar idóneo donde dejar mi firma. Lo encontré en la pared, entre dos cuadros abstractos.

Use el filo ensangrentado del cuchillo. Como si el estómago de Alison fuera un tintero, mojé mi improvisada «pluma» hasta dejar mi impronta en la escena del crimen.

Saqué el folio y el boli. Rompí un pedazo y escribí: «Toda la culpa es de Liam Jones. El dieciséis de mayo cesarán las muertes; sesgar vidas no es mi primordial propósito. Ese día, la muerte de LJ nos proporcionará a todos lo que tanto anhelamos». Volví a la cocina. Mojé un poco el papel y lo pegué en el mango del cuchillo, insertándolo después en una de las seis ranuras del cuchillero de madera.

Busqué una escoba y un recogedor. Hallé ambos al lado del frigorífico.

«Soy su hermano —pensé guasón— y he estado antes en esta casa, así que un pelo mío no es inculpatario. Sin embargo, más vale prevenir que curar.»

Barrí el pasillo, el comedor y la cocina, tirando lo recogido por el retrete.

«Hecho. Cuanto menos tiempo esté aquí, mejor.»

Me quité los guantes y me puse las gafas, la peluca, el bigote y la gorra. Antes de marcharme le eché un último vistazo al comedor: Alison Jones sobre un charco de sangre y más allá, alineada con su cuerpo, la firma del asesino: «16-3-1979/16-5-2019. R.I.P., Liam Jones».

«Ha quedado de puta madre.»

Cómo y cuándo

No podía creer lo que estaba viendo.

—Supongo que querrás saber los «cómo», los «cuándo» y los «porqués», ¿no, Liam? —Verme a mí mismo resultaba tan desconcertante que creí estar en un sueño, aunque supiera que todo aquello era real—. Para empezar, localiza en el historial de navegación de tu portátil la búsqueda «Trastorno de la Doble Personalidad (TID) ¿En qué consiste?». Después de leer el artículo te será mucho más fácil entender lo que somos.

»Ahora pausa el vídeo, y reinícialo cuando hayas acabado de leer.

Li di a la pausa.

No podía pensar. No podía creer ni negar. Estaba en shock. Empecé a sentir náuseas. Corrí al lavabo y vomité lo único que tenía en mi estómago: restos de alcohol y bilis. Por un momento, aun con el malestar, me tentó volver a beber como un cosaco, ingerir whisky con pastillas y olvidarme de todo para siempre. Pero pensé que era hora de disipar las dudas sobre mi pasado, de descubrir qué escondía mi mente. Dejé que el asesino me arrastrara donde quería llegar; me permití a mí mismo conducirme a la verdad.

La página web rezaba lo siguiente:

«El trastorno de doble personalidad o trastorno de identidad disociativa (TID), consiste en la presencia de dos o más personalidades dentro de un mismo individuo. Esta afección crea diversos problemas de conducta en el paciente, puesto que actúa de manera diferente en una situación similar bajo una identidad discordante.

El trastorno disociativo y el estrés postraumático suelen ser confundidos entre sí, ya que presentan similitudes, y habiendo entrado en debate, el diagnóstico puede llegar a ser determinante para la mejora del paciente, puesto que ambas desviaciones deben ser tratadas de forma diferente».

«No padecía TEPT, sino TID. Aunque en realidad padezco ambos trastornos. Estoy enfermo, loco. Soy un puto psicópata que no merece más que podrirse entre rejas.»

Seguí leyendo. Sin embargo, tenía las cosas claras: mi mente creó una segunda personalidad en mi interior en un momento de mi vida que desconocía, y esa identidad oculta era la culpable de los asesinatos, y vete tú a saber de qué más.

«CAUSAS DEL TRASTORNO DE DOBLE PERSONALIDAD

No se sabe exactamente cuáles son las causas que provocan el trastorno de doble personalidad o TID, aunque la idea más extendida propone que el paciente ha debido sufrir una serie de traumas severos durante su niñez.

En su gran mayoría, los adultos que presentan este tipo de trastorno presentan un perfil personal influido por los abusos psíquicos, físicos o sexuales. Esto lleva a los que la padecen a doblegar su personalidad y replicar identidades alternativas, creando un yo disociado o varios opuestos a él mismo.

Puesto que se está empezando a creer que este diagnóstico es más habitual de lo que normalmente se piensa, también se intuye que la enfermedad puede tener antecedentes familiares, aunque esto no significa que la patología sea en ningún caso hereditaria».

«Ese fui yo: un niño maltratado física y psicológicamente. ¿Y qué soy ahora? Un asesino ciego, un hombre que alberga un ‘yo’ disociado; identidad que mató a su propia hermana.»

Seguí empapándome de conocimientos, constatando lo que ya sabía.

«SÍNTOMAS DEL TRASTORNO DISOCIATIVO DE LA PERSONALIDAD

Los principales síntomas que se suelen presentar en una enfermedad como el trastorno de identidad disociativo están dentro del cuadro psiquiátrico, y algunas consecuencias comunes son, por ejemplo, la ansiedad o la depresión, incluso llegando a incurrir en conductas suicidas.

Los pacientes de este tipo de enfermedad suelen tener episodios de disociación en su vida, sobre eventos significativos con familiares y amigos, llegando incluso a no recordar la naturaleza del vínculo con ellos.

Se tiende a tachar de mentiroso compulsivo al paciente afectado, sin que ellos lleguen a reconocerlo, claro está, puesto que simplemente no recuerdan haber hecho algo o tienen una impresión diferente de su actuación ante cualquier situación o evento destacado.

Suelen tener lapsus temporales que les hacen obviar el transcurso de los acontecimientos en un periodo de tiempo determinado, ya que sus personalidades no se conocen entre sí, pudiendo llegar a ser opuestas y de rasgos dispares».

«Ansiedad, depresión, tendencias suicidas... De todo he padecido.

»El olvido de partes de mi vida. Todo cuadra.

»Pobre Logan. Me tachó de mentiroso y no le faltaba razón: yo no hice los dibujos ni vacié las cervezas de padre por el retrete, pero tampoco lo hizo él; fue el asesino que llevo dentro.

»«Sus personalidades no se conocen entre sí». Joder, ese hijo de puta lleva años escondiéndose de mí, haciéndome creer que «solo» padecía un trastorno por estrés post traumático. Salía a matar mientras yo creía estar durmiendo, de ahí el reciente cansancio. Toda mi vida es una puta farsa.»

«DOBLE PERSONALIDAD

Además, pueden llegar a encontrarse con gente que les conozca con otro nombre diferente al suyo, dotando al subproducto consciente de propiedades emocionales particulares. Del mismo modo, puede llegar a verse a sí mismo como una persona ajena a su entorno psicológico propio.

Otro de los síntomas más habituales, es el mantenimiento de conversaciones entre sus propias personalidades. Tanto es así, que el paciente puede llegar a crear esas personas dentro de sí mismo, facilitando diversos episodios de depresión y pánico.

Normalmente, el derivado personal que se suele imponer es la personalidad que apareció en un primer momento, también conocida como personalidad primaria. Los rasgos de esta psique nodriza sugieren conductas más dóciles, pasivas, respetuosas y una tendencia generalizada a culpabilizarse de todo.

Mientras que la personalidad, o personalidades, que surgen posteriormente terminan por ser más agresivas, dominantes, irreverentes, peligrosas y autodestructivas. Además, la falta de un recuerdo nítido en algunos episodios hace que en ciertos aspectos de la vida se produzca un suceso traumático y una incapacidad para experimentar emociones de forma normal.

El hecho de que sean tan diferentes produce ciertos síntomas que también pueden llegar a ser confundidos con los propios de otro tipo de trastornos, puesto que son comunes a un gran número de patologías.

Los más comunes son los trastornos alimentarios (anorexia, bulimia, etc.), trastorno de conversión, trastorno límite de la personalidad y alteración de la sexualidad (sobre todo cuando se han recibido abusos, algo muy frecuente).

Claramente, se llega a sufrir un desdoblamiento absoluto, llegando a alterar la expresión del sujeto, su voz, el ánimo y por supuesto, la forma de comportarse. Cuando esto ocurre, puede llegar a convertirse en un absoluto extraño para su gente más cercana».

«Estoy seguro de que mi otra personalidad es consciente y ha estado escondiéndose para poder vengarse a placer. Él considera que mi cuerpo es una cárcel.

»Somos dos seres distintos, independientes, por mucho que compartamos cuerpo; el polígrafo determinó que yo decía la verdad, que yo jamás había matado a nadie, y así es. Sin embargo, el mundo no va a entenderlo. Y aunque lo hiciera, no puede condenarse a una personalidad; no pueden separar al asesino de mí y meterlo en la cárcel.»

«DIAGNÓSTICO DEL TRASTORNO EN PERSONAS CON DOBLE PERSONALIDAD

No existe un protocolo exacto para saber si una persona tiene doble personalidad. El proceder aconsejado propone realizar una serie de entrevistas por parte del especialista, el cual trata de inferir si tiene los síntomas de los que hemos hablado anteriormente y en qué medida.

La persona encargada de llevar a cabo estas entrevistas deberá cerciorarse de la presencia de una o varias entidades y establecer de forma clara sus roles dentro del individuo.

Los diagnósticos más acertados establecen que el paciente no tiene por qué recordar ciertos capítulos de su conducta ni tener información sobre cosas que son importantes, puesto que alguna de sus otras personalidades suplanta esos recuerdos y mantienen los suyos propios.

Debemos destacar que la sintomatología no puede estar influida por el consumo de drogas o alcohol, puesto que estas acciones generan, ya de por sí, marcos emocionales propensos al desdoblamiento.

TRATAMIENTO DEL DESORDEN DE MÚLTIPLE PERSONALIDAD

Para delimitar el trastorno disociativo de la personalidad, hay que tener en cuenta que existen otros tipos de patologías mentales como el trastorno postraumático, trastorno bipolar, somatización, etc., que confunden en ocasiones la línea general de diagnóstico».

«Y tanto que confunden. Ni la doctora fue capaz de desenmascarar al asesino. Joder, estoy muy enfermo.»

DOBLE PERSONALIDAD

Una vez seleccionado mediante el descarte de los demás trastornos, los especialistas trabajan con el paciente para que sus personalidades coexistan juntas, haciendo posible que se llegue a obtener un resultado óptimo de equilibrio en el que los episodios son menos frecuentes y la personalidad múltiple remite o adquiere una forma controlable desde la psique principal del paciente.

Actualmente se recurre a un tratamiento combinado para la curación de este tipo de trastornos que ha dado resultados con diversos tipos de pacientes, sin que esta línea de actuación tenga una naturaleza excluyente de otros tratamientos eficaces, como puede ser la hipnosis.

Por una parte, se recurre a la ICV (Integración del Ciclo Vital), que facilita la integración neuronal y una rápida recuperación en adultos que han sufrido algún trauma en su infancia de índole abusiva. Hay que tener en cuenta que el factor principal que facilita la mejora de este tipo de terapias, es la incorporación de una sucesión mental de recuerdos cronológicamente ordenados e imágenes mentales.

Por otro lado, se aplica el EMDR (Eye Movement Desensitization an Reprocessing), que es una técnica utilizada para tratar el trastorno de doble personalidad, siendo un proceder común a otras patologías parecidas. Consiste en sesiones de psicoterapia combinadas con la estimulación mediante movimientos oculares o sonidos planificados de los distintos hemisferios del cerebro. La combinación de ambas técnicas, posibilita que el paciente abandone poco a poco la disociación y adquiera un nuevo conjunto de estrategias más adaptativas y flexibles. El resultado final, si la terapia ha tenido éxito, es un individuo capaz de procesar esas personalidades parásito como ámbitos diferenciados de su identidad principal».

«¿Cómo voy a convivir con un asesino? Él ha matado, pero todos me verán como un perturbado con problemas psicológicos que ha arrancado cinco partes de un hombre, partido a una niña en dos y ejecutado a su propia hermana. Mi vida acaba hoy.»

«PRONÓSTICO

El Trastorno de Identidad Disociativo es una enfermedad que tiene una lenta recuperación, llegando a ser crónica en algunos casos, aunque bien es cierto que la reestructuración personal puede llegar a ser absoluta y sus síntomas controlados de forma precisa.

Aun así, los enfermos que padecen el TID pueden llegar a autolesionarse como hemos comentado, y tener tendencias suicidas que han de atajarse de inmediato. Esto es debido a que suelen verse abocados al consumo de alcohol y drogas, convirtiéndolos en seres antisociales con evidentes reticencias a la integración gregaria.

El proceso de recuperación es largo y tedioso, pero los resultados pueden ser óptimos cuando un trastorno de doble identidad se trata de forma correcta, pudiendo concluir en la rehabilitación total de las aptitudes mentales.

«No hay rehabilitación posible. No puedo resucitar a las tres personas que he, hemos, matado. Mi alter ego es demasiado despiadado y brutal, y carece de remordimientos. No puedo controlar algo así. Pero puedo eliminarlo.

»Qué hijo de puta: por eso se atrevió a fechar mi muerte: sabía que no dudaría en matarlo, matarme. Pero... ¿por qué? ¿Por qué no seguir refugiándose en mi mente? A lo mejor, como él asegura en los mensajes, ser una personalidad «secundaria» no es agradable. Por mucho que «saliera», no ha vivido ni una décima parte de lo que he vivido yo. Soy una cárcel para él; puede que solo pretenda descansar. Pero antes ha decidido saciar sus instintos asesinos y vengarse por una vida de mierda.»

Una vez terminada la instructiva lectura, volví a pinchar en el *play*; no quería pensar, permitirles a mis razonamientos volverme más loco de lo que ya estaba. Solo quería desaparecer siendo consciente de lo que era. Una vez adquiridos los conocimientos me introduciría el cañón de mi Beretta CF92 en la boca y apretaría el gatillo, acabando con aquella pesadilla, librando al mundo de un despiadado asesino.

«Es de risa: ni siquiera he desarrollado el ‘gen maligno’, sino que un hombre creado a partir de unos maltratos ha germinado en mí, siendo él quien posee dicho ‘gen’. Un disparate.

»Pasaré a la historia como un despiadado psicópata. A mi lado, Ted Bundy parecerá un jodido Boy Scout. No lo merezco, pero es lo que hay.»

—Ya sabes el «cómo» y ahora te explicaré el «cuándo», colega. —Parecía estar recitando la lista de la compra; desinhibido, vivaracho, sonriente. Estaba a punto de morir y parecía no importarle—. «Nací» en medio de una paliza poco después de morir madre. Imagina venir al mundo entre puñetazos. Un drama, tío. Un putito drama. Nacer y llorar: lo típico, ¿no? Lo curioso es que allí, entre aquel descontrol, con aquel hijo de puta sudoroso dándome de hostias, entendí lo que estaba pasando. Me costó pillarlo del todo, claro, no creas que fue emerger y sopesar la situación, pero tú y yo, aun siendo tan diferentes, compartimos ciertos recuerdos, y ese aspecto fue lo que me hizo entender que era tú, pero distinto. Lo comprendí a tiempo de poder esconderlo; intuí que si el mundo conocía de mi existía, siendo yo un hombre, digamos, de instintos primarios mal vistos por la sociedad, irías de cabeza al loquero y me arrastrarías contigo, y luego caeríamos en algún manicomio rodeado de desgraciados babeantes. Y si hay algo que me aterra en esta vida, aparte de pasar largas temporadas encerrado en tu mente, es pudrirme en un psiquiátrico.

»Te preguntará muchas cosas, supongo, ¿eh, Liam? Estarás consternado, patidifuso... —Alzó los brazos tembloroso, colocándose las manos abiertas ante su forzada cara de pavor; me recordó a una actriz de terror de los años treinta—. Una puta locura, ¿eh? Pues imagina ser yo: una personalidad oculta en la mente de un cobarde que solo emerge cuando duerme o está inconsciente. Y no siempre.

»¿Emerger? Sí. Ese es el gran problema, y en parte el motivo por el que estamos aquí. Pero los «porqués» vendrán al terminar los «cuándo».

»No entiendo que nuestra mente sea tan jodidamente aleatoria, que nuestro cerebro te dé tanta preferencia: tú eres lo que los loqueros denominan 'la personalidad primaria'. Aunque ahora sé por qué emergía de las profundidades de tu psique tan de vez en cuando; ahora sé qué hacer para vivir más. Pero esa pieza también forma parte de los «porqués».

»Es duro. Estar encerrado en tu mente es una pesadilla de vivencias propiedad de otro. Es como soñar sueños ajenos y ser consciente, desear abrir los ojos para vivir y no poder hacerlo. Y de pronto estás afuera; apareces y no sabes dónde estás ni qué hacer, pues no existe una vida a tus espaldas. La gente recuerda dónde estuvo antes de dormirse, yo no siempre. Me manifiesto donde tú has decidido sucumbir al cansancio. No sé por qué, pero me beneficia tu «inconciencia».

»En fin. He estado escondiéndome del mundo, apareciendo cuando podía, preparando este plan maestro durante años.

»Ahora, si te parece, voy a empezar con los «porqués», que son varios.

Le di a la pausa. La mirada se me perdió en los ojos inmóviles de mi parte maligna. Estaba tan abismado en la consternación que ansié como nunca alcanzar el fin de mis días.

Tras morir mi familia deseé acabar con todo, pero siempre encontré un atisbo de esperanza, un bote salvavidas al que aferrarme para no apretar el gatillo. Sin embargo, sentado ante mi portátil, contemplado aquel desgarrador resumen de mi vida, no hallé un mísero resquicio de esperanza.

«¿Cómo va a reaccionar Oliver? ¿Y mi mujer e hija, si pueden verme desde donde estén? Merezco el máximo castigo tanto como cualquier otro tarado asesino. Yo mismo he escuchado a hombres asegurar que mataban en nombre de Satanás, de Jesús..., del puto perro del vecino. ¿Qué diferencia hay entre ellos y yo? Ninguna. Ellos estaban enfermos y yo los miré como a despojos humanos; y así me mirarán todos cuando esto se sepa.

»Él provocaba a padre y fue quien vio cómo abusaba de Alison. Él vaciaba las cervezas en el retrete. Él fue quien le propinó el puñetazo a Green. Por eso no recuerdo haber hecho nada de eso. He vivido una vida adulterada.»

Pensé en acabar con todo sin escuchar los «porqués».

Y debí hacerlo, ahorrarme lo que me deparaba el futuro.

Pero no lo hice.

Y ambos pagamos las consecuencias.

Por qué

—Voy a tratar de no dejarme nada en el tintero —prosiguió tras darle al *play*—, pero entenderás que nuestras vidas entrelazadas no son fáciles de sintetizar. Intentaré no mezclar conceptos, aunque va a ser difícil no embarullarlos. Los porqués son varios y se complementan, son una sucesión de causas que desembocan en este momento.

»Empiezo.

»Soy un asesino. Punto. Disfruto arrebatando vidas, sintiéndome vivo al hacerlo. ¿Recuerdas a Bigotes? —Arrugué el ceño. Mi madre trajo un gatito a casa que encontró en la calle. Tras varios días conviviendo con nosotros desapareció sin dejar rastro. Llevaba décadas sin pensar en él—. Bigotes fue mi primera víctima. «Desperté» y sentí el irreprimible deseo de estrangularlo, de acabar con su vida mientras miraba su dulce carita. La ira me corroía por dentro. Y, ¡tachán!, mientras lo ahogaba sentí un poder embriagador; supe que matar era la única forma de sentirme realmente vivo. Por lo tanto, el principal motivo por el que asesino es porque disfruto haciéndolo.

»Con el tiempo advertí que emergía al exterior con más frecuencia cuando tú estabas depresivo. Eso sí: tardé demasiado en darme cuenta; perdí infinitas ocasiones de disfrutar de la vida. Por eso, siempre que podía fastidiaba a padre. Pude rajarle el cuello mil veces, pero preferí usarlo a mi favor; aunque al final dicha decisión me costara más de una paliza.

»Pero no te equivoques: aunque me veas hablar del pasado sonriente, mi vida ha sido un infierno. Por ello en los «porqués» existe una venganza implícita. Padre puso su granito de arena en mi nacimiento, de acuerdo, pero tú no fuiste capaz de plantarle cara ni una sola vez. Debiste evitar mi creación y posterior sufrimiento. ¿Sabes? A veces pienso que de forma inconsciente me concebiste para que recibiera patadas, escupitajos y puñetazos por tí. Es curioso, pero siempre que desfallecías a manos de nuestro progenitor, a veces ni siquiera necesitando perder el conocimiento, me dabas el relevo. Eres un cabrón de mierda, Liam. Te has pasado la vida culpando a los demás de tus desgracias y eres el único responsable: si yo existo es porque tú te resignaste a ser una víctima. Y esa mansedumbre me ha sumido en un tormento inimaginable durante años.

Dio una palmada al aire, crujió los nudillos y dobló el cuello, estirándose como quien está a punto de liarse a hostias. Mientras, yo seguía enteramente atribulado.

—Y ahora viene cuando te arrojo al abismo. —Sonrió perversamente—. No sabes cuánto me gustaría verte la cara mientras escuchas lo que voy a decirte.

»Me atreví a pronosticar el día de tu muerte por un simple motivo: cuando supieras de mí, cuando escucharas lo que hemos hecho... No podrás soportarlo. Los dos lo sabemos. Eres un cobarde que no movió un dedo por evitar mi «alumbramiento». ¿Pero sabes qué? No hay mal que por bien no venga. Asimismo, tuya es la culpa de mi futuro paso a la historia. Nací por gracia de tu cobardía, porque ni tú ni el imbécil de Logan fuisteis capaces de huir, de contar lo que os hacía padre. Por eso sé que no tendrás cojones de seguir sabiendo lo que has hecho. Aún no sabes de la misa la mitad.

»En este piso comprendí que no valía la pena vivir, que ser «medio» hombre no era vida.

»Durante una buena temporada permanecí en la sombra, sufriendo tus vivencias como pesadillas inconexas y lacerantes.

»Pero entonces, inesperadamente, esas series policíacas que ves me abrieron los ojos. Esos asesinos en serie que tanto te gusta estudiar le mostraron el camino a LJ. Tú puedes llamarme

Luke, por cierto. Liam, Logan, Luke..., el trío LJ.

»A veces te quedabas dormido en el sofá viendo una de esas series y yo la terminaba. Luego, antes de ahogarme en ti, la reiniciaba por donde tú la habías dejado. Nunca advertiste nada; eres un auténtico imbécil.

»Llegué a una conclusión: todos veían a esos asesinos como almas corruptas, seres despreciables a los que había que contener. Sin embargo, de forma anónima, los idolatrabán, los consideraban fascinantes, dignos de estudio.

»Seré un producto cultural, una manifestación terrenal del mal intrínseco, un símbolo magnético que produce horror y fascinación a partes iguales. La violencia es inherente al ser humano y el morbo una tendencia universal, y así lo seguirá siendo. ¿Quién no ha oído hablar de Jack el destripador, Charles Manson, Zodiac o Ted Bundy? Pues imagina a un asesino dentro de un detective, a un policía investigándose a sí mismo. Lo vi claro: tenía la ocasión de entrar en el Olimpo de los asesinos en serie, de pasar a la historia como el más despiadado e inteligente criminal de todos los tiempos. Se escribirán libros sobre mí, Liam, sobre nosotros. Cuando no estemos, mi colega Junior enviará cinco dossiers en los que se detalla mi obra a sendas cadenas de televisión. Todo el mundo se rendirá a mi intelecto. El arte es para contemplarse y ser disfrutado, ¿no? y mis crímenes son una incomparable obra maestra.

»Míralo de este modo: al final, vas a ser como uno de los protagonistas de tus series favoritas. Tú siempre anhelaste ser el detective que atrapa al avisado asesino y yo el criminal que se sale con la suya. Así que, en el fondo, todo ha salido a pedir de boca: tú me detendrás antes de que finalice mi obra, pues así ha de ser para que nuestros nombres perduren eternamente, y yo, aun sin haber acertado la fecha de tu muerte, he creado un final antológico, un modus operandi sublime, un éxtasis final jamás visto. En el fondo es lo que querías, ¿no? Vivir un desenlace a lo *Seven*, *Asesinato en 8mm* o *Shutter Island*. Pues te lo estoy dando. ¿A que en primera persona no es tan divertido? Podría decirse, que en este preciso instante te sientes como el detective David Mills en la escena final de *Seven*. Te quejarás.

Parecía relamerse mientras hablaba, disfrutar de cada una de sus palabras.

—Que quién es Junior, te preguntarás —prosiguió enérgico, dicharachero—. Un pandillero al que contraté para que te, nos, secuestrara. Necesitaba alejarme de Oliver para matar a Alison y hacerte sentir lo que percibo cuando estoy metido en tu cabeza. Esos días que estuviste cautivo son el vivo ejemplo de lo que he sufrido durante años. Solo pretendo que lo entiendas, Liam; pues al fin y al cabo, por mucho que te odie, compartimos la misma sangre. —Sonrió mordaz—. Por cierto, deberías revisar tus cuentas bancarias. Creo que es conveniente que compruebes que no miento.

»Mi pacto con Junior fue el siguiente: él debía secuestrarme y hacerme salir de vez en cuando, y solo responderme si yo pronunciaba la palabra «Elejotados». Pero él no conocía mi plan. Ese imbécil creía que todo era un juego macabro. Un tipo sin escrúpulos pero imbécil de remate. Ya sabes: en según qué barrios de Nueva York, uno puede encontrar a sujetos que actúen sin hacer demasiadas preguntas. Si te apetece corroborar lo que digo, puedes echar un vistazo a tus cuentas bancarias y hacerle una llamada al «bueno» de Junior. Su número es el...

Lo escribió en un papel y lo enfocó a la webcam. Lo hizo todo con la mano izquierda.

«Es zurdo y yo diestro.»

Volví a pausar la grabación.

En realidad no necesitaba comprobar mis extractos bancarios ni llamar a mi supuesto secuestrador; sabía que las palabras de mi personalidad asesina eran ciertas. Aun así, por

curiosidad o simple profesionalidad, procedí a hacerlo.

Llevaba meses sin revisar mis cuentas bancarias y, efectivamente, hallé dos extractos que no recordaba haber hecho: uno de dos mil dólares —supuse que el pago a Foster— y otro de quince mil, que sospeché sería el «jornal» del tal Junior.

«Hay un ser dentro de mí, un tipo que aunque parezca increíble no soy yo. Un asesino que ha estado manipulando mi vida a su favor.»

Cogí el móvil y marqué el número de teléfono que mostraba la pantalla del portátil.

Descolgaron al tercer tono.

—¿Quién é?

—Soy Liam.

—¿Liam? No *conoco* a ningún Liam, cabrón.

Colgó.

—Volví a llamar.

Esta vez descolgó al segundo tono.

No escuché nada al otro lado, solo silencio.

—Soy Elejotados.

—¿Qué hay, loco? ¿Tiene otro trabajito bueno para mí?

Colgué absolutamente desolado.

Reinicié la grabación.

»Volviendo a lo de antes, tras decidir pasar a la historia me surgieron dos problemas: necesitaba emerger más y gozar de intimidad. Y como ya te he dicho, salgo más a menudo cuando estás jodido. Así que logré solucionar sendos contratiempos manipulando los frenos del coche de la zorra de tu mujer, provocando, sorprendentemente —no esperaba un desenlace tan espectacular— que ardiera junto a la niñata de tu hija como dos hojas impregnadas de combustible.

Me mareé. A punto estuve de desmayarme, de darle la oportunidad al asesino de mi familia de, como él lo denominaba, «emerger».

«Se acabó.

»A la mierda.

»He de cerrar el caso, pararme los pies. He de pagar por cada asesinato.»

Me levanté sin parar la grabación. Anduve hacia mi cuarto, deteniéndome en el pasillo al escuchar una impactante frase. De pie, absorto en el parqué, escuché las palabras de mi alter ego como si me estuviera susurrando por la espalda:

—Un día te dormiste en clase. Y no me extraña: la noche previa padre se despachó a gusto con nosotros. Di un respingo al emerger en la escuela y todos tus compañeros se burlaron de mí, riéndose a carcajadas; me asusté al aparecer en un lugar tan inesperado. Al salir al patio volví a entrar de hurtadillas. Rabioso, busqué una caja de cerillas en el «cuarto de las ratas». Encontré un mechero. Sin dudarlo, le prendí fuego a aquel puto colegio de burlones. Por desgracia aquello no salió bien: nadie se quemó vivo. Una pena. Me hubiera gustado ver si se reían tanto mientras echaban humo.

Reinicié la marcha mientras su verborrea se perdía en la distancia. Llegué a mi cuarto. Abrí el cajón donde guardaba mi Beretta CF92. Sin pensarlo, sentado al borde de la cama, me introduje el cañón en la boca y oprimí el gatillo. No ocurrió nada: mis sesos siguieron dentro de mi cabeza. Tal era mi consternación que olvidé quitar el seguro del arma.

Estallé a reír como un demente. De nariz arriba mis ojos lagrimeaban; de nariz abajo mis labios formaban una amplia y perversa sonrisa. Estaba perdiendo la poca cordura que me

quedaba. Pero qué más daba ya: era un asesino que detestaría todo el mundo.

«Error de novato —pensé abismado en la dejadez absoluta.»

Entonces, mientras quitaba el seguro, pensé y recordé al tiempo que mi risa se entremezclaba con una soledad absoluta; y eso que nunca he estado «solo».

«De un tiro voy a librarme del sufrimiento. Así de fácil. Así de simple. Pero al apretar el gatillo también le libraré a él.»

Recordé las recientes palabras del loco que llevaba dentro:

»« ... intuí que si el mundo conocía de mi existía, siendo yo un hombre, digamos, de instintos primarios mal vistos por la sociedad, irías de cabeza al loquero y me arrastrarías contigo, y luego acabaríamos en algún manicomio rodeado de desgraciados babeantes. Y si hay algo que me aterra en esta vida, aparte de pasar largas temporadas encerrado en tu mente, es pudrirme en un psiquiátrico». «Es duro. Estar encerrado en tu mente es una pesadilla de vivencias propiedad de otro. Es como soñar sueños ajenos y ser consciente de ello, desear abrir los ojos para vivir, y no poder hacerlo. Y de pronto estás afuera; apareces y no sabes dónde estás ni qué hacer, pues no existe una vida a tus espaldas»»

«Siempre seré un policía. No llevar placa no me exime de cumplir la ley. No puedo rendirme ahora que le he encontrado.

»Además, yo no soy juez ni verdugo; no puedo sentenciarle a muerte.»

Guardé la pistola en el cajón.

Volví al cuarto de estar. Pausé la grabación cuando Luke Jones explicaba cómo consiguió raptar a James Thomas y a Keira Henderson la noche que me desperté en el sofá tras quedarme dormido viendo Seven. Para mí, una noche cualquiera; para él, una noche de caza. Hablaba de suerte, paciencia, planificación...

Semanas antes

Luke Jones

Abrí los ojos.

—¡Wow, estoy fuera! —Tumbado, di una palmada al aire—. ¡A currar!

Me puse en pie de un respingo, efectuando un lamentable baile a lo Michael Jackson. Sentía una entusiasta euforia, unas ganas tremendas de proseguir con el plan.

Todo estaba listo: el trastero alquilado, el pandillero contratado y sabía quién accedería a dejar la bolsa donde yo dijera: mi único excompañero negro de clase y venido a menos, Chris Foster.

«Ahora viene la mejor parte: raptar y matar. Espero tener más suerte que ayer. Pero si pretendo que todo salga a pedir de boca, he de ser paciente y actuar con suma cautela.»

—¿Otra vez Seven? —me pregunté al ver lo que estaba viendo Liam antes de quedarse dormido.

El film acababa de empezar.

«Se ha quedado sopa por el principio. Y no me extraña: llevo días dándole mucha caña.

»Es una suerte que este DVD reinicie las películas tras los créditos finales, sino tendría que ir de puto culo.»

Pausé la película y miré la hora en mi reloj de pulsera, para, al volver, calcular los tiempos y dejar la película en el punto exacto.

«Son las diez; tengo unas seis horas. Tampoco me interesa «matarme» de sueño. —Sonreí burlón—. Menudo gilipollas. Se cree un detective de la hostia y no es más que un fanfarrón depresivo e ignorante.»

Anduve embargado por la emoción; ese día estaba dispuesto a conseguirlo. No era la primera vez que salía de caza, pero tenía el presentimiento de que esa noche los planetas se alinearían, que al fin las presas andarían solas y desamparadas.

Entré en la habitación de Dalia.

«Puta cría de los cojones. Qué alivio mandarla al otro barrio.»

La imaginé quemándose junto a la puta de su madre, gritando boca abajo dentro del coche; un placentero escalofrío me recorrió la espalda.

Despegué la cómoda de la pared y cogí la bolsa donde guardaba la barba postiza, la peluca y la jeringa con el sedante. Fui al baño y me coloqué el «atrezo». «De puta madre: irreconocible». Luego —no había tiempo que perder— salí del piso. Una vez en el parking subterráneo cambié las matrículas de «mi» Mustang por unas que escondía adheridas con cinta aislante bajo la carrocería. El primer paso estaba dado: transporte y hombre mimetizados.

Agazapado entre dos coches esperé jeringa en mano. Desesperé enseguida. Necesitaba moverme, sentir el gozo de la caza, de decidir quién va a abandonar este mundo y perderlo todo en un instante. Me relamía de pensarlo. No hay orgasmo capaz de superar a una mirada consciente de que no habrá un mañana; mezcla de incredulidad y horror, pena y resignación. La última mirada de una víctima es la inyección de vida más grande que un hombre pueda recibir. Lo que entregan esos ojos no tiene precio.

Subí al Mustang dejando la jeringa sobre el asiento del copiloto, cubriéndola con un pañuelo, dispuesto a encontrar un cuerpo que saciara mis instintos primarios y al mismo tiempo aportara su granito de arena en el tramo final de mi obra.

Los transeúntes pasaban como sombras desdibujadas. Para mí no eran más que carne, cuerpos con los que adornar una escena del crimen. La noche era mi coto de caza, mi particular y apagada sabana, y las esquinas y callejones de Nueva York los lugares donde agazaparme como una leona hambrienta.

Las tinieblas me protegían como si desearan mi éxito. Solo urgía que me mostraran a alguien caminando entre su lobreguez, a un alma descuidada, a un mártir, y entonces la noche sería perfecta.

Azar.

Destino.

Qué más daba.

Necesitaba un simple cuerpo; importaba poco qué o quién me lo facilitara.

Conduje al extrarradio, donde la intensidad del tráfico desciende y un asesino puede pasar más inadvertido. Cuanto más me alejaba del centro menor era la algarabía y mayor la soledad. Las calles dormían y el cielo parecía haber engullido los colores del día; y entre aquellas tonalidades grises me sentía como en casa.

«Me desharé de la oscuridad —pensé apretando los dientes—. No más dolor; no más abandono; no más pesadillas. Veremos la luz, Liam, descansaremos mientras nuestros nombres resuenan en los oídos de todo el mundo.»

A mi izquierda, una niña andaba por la acera. No podía creerlo. Daba saltitos y cantaba, y lo hacía sola.

Bajé la ventanilla.

Reduje.

Me acerqué mientras miraba que nadie pudiera verme. La niña, absorta en sus infantiles cavilaciones, no se percató de lo que se le venía encima. La cogí del pelo sin miramientos y tiré de ella como si estuviera recogiendo una red. Sin detener el vehículo, con sus piernas pataleando afuera y sus brazos manoteando adentro, la acallé con la mano derecha mientras con la izquierda la pinchaba en el cuello.

Desfalleció enseguida.

La eché sobre el asiento del copiloto como si fuera un trapo viejo y la cubrí con mi chaqueta. Emocionado y nervioso, con el pulso acelerado, conduje hacia el trastero.

—¡Wow!

«No he tardado ni diez segundos. Nací para ser asesino en serie.»

Miré alrededor. Una pareja doblaba una esquina. Reían cogidos de la mano. Por el retrovisor tampoco observé a nadie corriendo al rescate.

«Sabía que hoy todo saldría a pedir de boca.»

—¡De puta madre!

Golpeé el volante eufórico.

Estuve tentado de poner música a todo volumen, pero aquella noche primaba el pasar desapercibido. Tuve que contentarme con tararear mientras conducía hacia el «matadero».

Más que un trastero, mi refugio era un garaje. De unos cincuenta metros cuadrados, constaba de un espacio donde aparcar el coche y varias estanterías de metal donde guardar los botes de cristal con formol que mantendrían las partes arrancadas —mis trofeos—, las herramientas que necesitaría para amputar, además de una cámara de fotos con la que inmortalizar el momento. Cuatro sillas, dos mesas de «operaciones», un armario de plástico con la ropa de faena de un forense —haber «sido» poli tenía sus ventajas— y un fregadero para asearme tras las ejecuciones.

Saqué a la niña del coche. Seguía «dormida». No podía perder más tiempo con ella, aunque me hubiera gustado disfrutar con más pausa de su muerte.

La até a una de las mesas y la amordacé.

Colocándole bajo la nariz carbonato de amonio mezclado con agua conseguí adelantar su vuelta al mundo de los conscientes.

Cogí la cámara de una de las estanterías y la inmortalicé aún aletargada. Luego me vestí para la ocasión mientras ella me miraba. Lloriqueó, provocando que aumentaran mis deseos de matarla. De impoluto blanco, con el mono, las gafas, la mascarilla, los guantes de nitrilo y las calzas y el calzado de laboratorio, me sentí como Dexter Morgan.

«Vamos allá.»

Cogí la motosierra y la arranqué de un enérgico tirón. El estridente rugido de la herramienta destrozó el silencio que imperaba en aquel apartado garaje. Con un pie sobre la mesa y otro sobre el suelo, le acerqué la cadena a la cara mientras ella la miraba aterrorizada. A punto estuve de correrme encima. Se retorció, pero las ataduras estaban bien fijas y su fuerza era escasa. Mordí la piel de su cráneo con aquellos pequeños dientes giratorios y afilados, y la sangre empezó a teñir mi atuendo de rojo.

Al acabar volví al parking subterráneo. Allí, bajo techo, los riesgos eran menores; aquella ya

de por sí fructífera «jornada» no convenía tentar más a la suerte.

Ni siquiera había consumido la mitad del tiempo. No podía desaprovechar una noche tan benévola.

El almacén

Liam Jones

«Siempre seré un policía —volví a repetirme—. No llevar placa no me exime de cumplir la ley. No puedo rendirme ahora que le he encontrado.

»Además, no soy juez ni verdugo; por lo tanto, no puedo sentenciarle a muerte. Sin embargo, existe una forma de hacerle pagar.»

No quise escucharle más.

No reinicié la grabación. Dejé a mi alter ego petrificado en la pantalla justo cuando acercaba el papel a la webcam.

Por una vez tenía las ideas claras.

Cogí una hoja en blanco y anoté: «Llévame donde asesinaste a James Thomas y a Keira Henderson. Allí es donde quiero acabar con todo».

No podría resistirse. No existía mejor escenario para finalizar su obra, y él, como aireaba en la grabación, era un entusiasta del efectismo.

Regresé a por la Beretta y la coloqué sobre la nota, ante el portátil. Tras «emerger», mi personalidad «alternativa» se encargaría de transportarla junto a mi cuerpo. Luego, ya en su guarida, me devolvería el control y podría proceder a cerrar el caso.

Me tomé un par de relajantes musculares. Dormir, ni siquiera relajarme, sería tarea fácil. No conocía el nivel de inconsciencia que necesitaba para dar rienda suelta a Luke Jones, así que simplemente me tumbé en el sofá recorriendo con la mirada las fotografías pegadas en las paredes, los apuntes en la pizarra, las pistas adheridas a la lámina de corcho. Y, poco a poco, imagen a imagen, pensamiento a pensamiento, empecé a sentirme cansado.

«Ese hijo de puta cree que lleva las riendas de nuestra vida. —Sonreí mientras sentía el efecto de los relajantes—. Ha subestimado a Liam Jones.»

Desperté dentro de mi Mustang como lo hizo él durante años: sin saber cómo había llegado hasta allí. Sobre mi pecho reposaba mi Beretta y bajo ella un papel. Leí lo que llevaba escrito: «Detenme o seguiré matando, sea en libertad o en prisión. Has de hacerme pagar, Liam Jones. Asimismo, necesitas escapar de todo; el mundo no está preparado para alguien como tú, para alguien como nosotros, y tú lo sabes mejor que nadie. Mataste a tu mujer y a tu hija, a tu hermana, a una pobre niña. Eres un jodido asesino en serie. Aprieta el gatillo y haznos descansar; haz que nuestros nombres perduren eternamente».

Sonreí compungido.

«Me incita. Necesita que Liam Jones apriete el gatillo coaccionado por Luke Jones: el colofón a su plan maestro. Desea que el mundo se haga eco del desenlace más ingenioso de la historia. No obstante, por una vez no voy a caer en su trampa.»

Vi una barba y una peluca postizas sobre el asiento del copiloto.

«Es astuto. Ha logrado despistar a Martínez y a Evans.»

Miré la hora en mi reloj de pulsera: habían pasado dos horas y cuarto desde que empecé a quedarme dormido.

Salí del coche, casi dándome de bruces con lo que —en parte— ya vi inmortalizado durante mi

cautiverio de quince días.

Anduve abstraído ante las estanterías, acariciando los frascos que contenían las cinco partes de James Thomas, el hemisferio izquierdo del cerebro de Keira Henderson y la motosierra con la que destrozó su cuerpo. Rememoré, una vez más, el caso desde el principio: las escenas, la cena en casa de Oliver, los mensajes, el secuestro... Me paseé por aquel almacén observando la mesa donde murieron sus —mis— víctimas, la sangre aún visible en las paredes, el fregadero donde se —me— limpió las manos tras matarlos sin piedad.

«Mi cuerpo ha estado aquí, pero no mi consciencia.

»Cómo ha podido pasar. Cómo no fui capaz de darme cuenta».

Me imaginé cortando a la niña con la motosierra, la sangre cubriéndome de arriba abajo mientras una sonrisa se dibujaba en mi rostro. Me imaginé amputando a James Thomas, sus gritos, su miedo..., y de nuevo sangre por todas partes.

«Estoy enfermo.»

Allí dentro me sentía como un ciervo herido en el territorio de una manada de lobos. Resultaba curioso: mi alter ego ya no podía hacerle daño a nadie, y aun así yo escuchaba sus aullidos en mi interior, su corazón latiendo al mismo ritmo que el mío.

Salió a la luz para que sus maquiavélicos planes tomaran forma. Así lo quiso: estaba convencido de que no soportaría el peso de sus actos. El detective debía morir a manos de su otra personalidad: un final digno de la mejor película o serie policíaca.

«Ha maquinado esto durante años. «Emerger» tras «emerger», sin prisa pero sin pausa. Hay que rendirse a su genio.»

Volví a mi Mustang y cogí el arma, metiéndomela en la boca. Conocía mis obligaciones, pero de pronto me invadió un dolor extremo, unas insoportables ganas de perder la vida. La muerte me llamaba a gritos, tentándome con concederme una tranquilidad que ya no conseguiría nunca; tenía la calma a un leve movimiento de mi dedo índice.

Acaricié el gatillo con el cañón bien metido en la boca.

«No eres un cobarde, Liam. —Imaginé a mi padre gritándome «¡basura!»—. Resiste y haz lo que debes.»

Lloré mientras recordaba a mi mujer y a mi hija, a Alison, a Logan. Las lágrimas resbalaron por mis mejillas hasta mojar el suelo.

Me extraje la pistola.

—¡No, joder!

La lancé contra una de las paredes de aquel lugar de muerte.

—¡Te crees muy listo, ¿eh, asesino?! —vociferé con la esperanza de que pudiera oírme desde mi interior. Sin embargo, lo más probable es que solo estuviera gritándole a unas paredes—. ¡Has acabado conmigo, sí! ¡Mataste a mi familia, y a los ojos del mundo seré yo quien lo hizo! ¡Me has convertido en un ser despreciable, en un maldito asesino en serie! ¡Has obtenido tu venganza! ¡Estarás contento, ¿eh, hijo de puta?!

Con cada grito expulsaba baba mientras mis ojos emanaban lágrimas. Estaba fuera de mí, harto de aguantar aquella incesante agonía; calvario que no había hecho más que empezar.

—¡No puedo evitar que difundas tu plan ni devolverles la vida a los que has matado! ¡¿Pero sabes qué?! ¡Puedo devolverte la venganza; y no solo la mía, sino la de todos los que has perjudicado! ¡El mundo merece que sufras, que pagues por tus aberraciones! ¡Y solo existe una condena justa para un criminal de tu «categoría»; pena que ni un juez ni una bala pueden conceder!

Sentí un leve mareo.

«Mi vida acaba aquí.
»Es hora de impartir justicia.»

Abrí la puerta del almacén y me senté en el suelo, en su centro. Cogí mi móvil y llamé a Oliver. Aunque era tarde, no se demoró en contestar.

—¿Va todo bien?

—No.

—¿Qué ha pasado?

—Escúchame con atención, Oliver.

—¿Qué cojones has hecho?

—Dar con el asesino.

—¿Qué? ¿Y quién cojones es el asesino?

—Yo.

—¿Tú? —Se hizo el silencio. Durante unos segundos no dijo nada, sin duda sopesando la situación—. No es posible. ¿Has bebido? ¡Superaste el polígrafo, joder! Oye, si es una broma no tiene ninguna gracia.

—Aparte de TEPT padezco un trastorno de identidad disociativa; personalidad de la que no sabía hasta hace unas horas. En mi piso encontrarás lo necesario para acusarme de tres asesinatos. Y en el lugar desde el que te llamo... Será mejor que lo veas por ti mismo. Os lo he puesto fácil. No quiero que tengas dudas de mi culpabilidad, Oliver.

—Me estás asustando.

—Sigue estos parámetros —proseguí, ignorando sus palabras—, o mi alter ego evitará la «cárcel». Soy un asesino peligroso. Por lo tanto, debéis mantenerme inmovilizado en todo momento. Es probable que intente suicidarme. No lo olvides. Mi otra personalidad se ha salido con la suya hasta ahora, pero vamos a evitar que consuma su plan; no podemos permitir que se vaya de rositas. Él pretendía que me suicidara, ¿entiendes? Sabía de mi enfermedad, de mis tendencias suicidas.

—¡No entiendo una puta mierda, Liam! ¡¿Dónde cojones estás?!

—Tranquilo: cuando veas la grabación, lo entenderás.

—¡¿Qué grabación?! ¡En serio, Liam, dime dónde estás y voy a buscarte! ¿En tu piso!?

—No, Oliver. Estoy donde el asesino mató a James Thomas y a Keira Henderson.

—¿Cómo? Evans no me ha comunicado que hayas salido del piso.

—No lo sé. Ahí reside el quid de la cuestión: no soy el único gobernante de mi cuerpo.

—No entiendo nada, en serio.

—Ahora lo veo: siempre has cuidado de mí. Eres un buen amigo, Oliver, y yo nunca he sabido agradecértelo. Gracias por todo: por protegerme, quererme y soportar mi locura.

»Esto va a afectarte profesional y personalmente, y por eso te pido perdón. —Escuchaba su respiración acelerada—. Supongo que esta es nuestra última conversación como amigos.

»Te envió las coordenadas de mi situación. Haz tu trabajo: detenme.

—Pero...

Colgué, dejándole con la palabra en la boca.

Martínez y Evans no tardaron en entrar con las armas en alto.

Previo a esposarme, miraron alrededor en absoluto silencio y absoluta consternación. En sus ojos vi por primera vez las miradas que tanto sufriría en adelante. Me consideraban un monstruo,

un degenerado que había matado a sangre fría a una niña y a su propia hermana. Y no podía culparles.

Jamás me acostumbré a ser considerado un asesino en serie: tal vez un precio demasiado alto por «mis» crímenes. Sin embargo, como aseguraba Luke en sus mensajes, solo yo podía impartir justicia.

El asesino cometió un único error: creerse un cobarde. Y ese descuido fue lo que nos condujo a una condena: justa para él; autoimpuesta para mí. No evadí mis responsabilidades echando mano de la muerte; es más: intentaría cuidarme al máximo para vivir mucho tiempo. En mi caso, más tiempo significaba mayor condena. Me negué a repetir los mismos errores que en el pasado. Quizá fuera un cobarde, pero el Liam Jones adulto no lo era. El miedo me anquilosó cuando era un niño, consintiéndole a mi padre que me maltratara. Sin embargo, en la madurez, Liam Jones no tendría piedad con Luke Jones, por duro que fuera el castigo.

«Mi vida pasa a manos de la justicia.

»Ahora ya no tengo piel, sino barrotes.».

Prisioneros

15 meses más tarde

Oliver

—¿Estás nervioso? —susurró Jennifer sentada al borde la cama, a mi lado, iluminados ambos por la ambarina luz que entraba tímidamente por la ventana.

No pude pegar ojo. Necesitaba desprenderme de la inquietud que soportaba desde que decidí visitarle; y tumbado mirando al techo no iba a conseguirlo. Precisaba iniciar aquella singular jornada cuanto antes, aunque tuviera que esperar horas ante la puerta del centro penitenciario.

Miré el perfil de mi esposa y luego la cuna donde dormía mi hija.

«Aún quedan cosas buenas por las que luchar.»

—Cómo no voy a estar nervioso —respondí asimismo susurrante—: me dispongo a visitar a mi excompañero y enfermo mental que se pudre en la siniestra ala psiquiátrica de una prisión, considerado uno de los peores y más célebres asesinos en serie de la historia. No hay un solo ser humano que no haya oído hablar del jodido ‘Asesino del TID’.

—Sabes que no era consciente. En el juicio se demostró que...

—¿Qué? ¿Qué está como una puta cabra? No hay un solo asesino en serie que no lo esté. No. Lo único que se demostró en el juicio es que asesinó a tres personas y que lo hizo bajo los efectos de una enfermedad. No es diferente a cualquier otro asesino.

»Durante años he convivido con un enfermo mental sin percatarme de nada. —Negué con la cabeza—. Quién sabe cuánto tiempo he pasado con su «personalidad oculta». No puedo negar mi implicación en este asunto.

—Ni siquiera él conocía la existencia de su alter ego, ¿cómo ibas a saberlo tú?

—Hubo indicios que no supe interpretar.

—Su enfermedad es a causa de los maltratos que padeció cuando era solo un niño. Sabes que Liam se hubiera metido una bala en la cabeza de intuir lo que iba a pasar. Pero nadie ve el futuro ni puede retroceder en el tiempo.

»En las salidas y entradas al juzgado le escupieron, insultaron, intentaron agredirle... Entiendo que las familias de «sus» víctimas le quieran entre rejas. No me malinterpretes: es donde debe estar. Pero al mismo tiempo me da pena. Los crímenes que cometió no fueron a conciencia; no al menos con la suya.

»Cuando le veas, dale un abrazo de mi parte.

—Me cuesta asimilarlo, entender que en su cabeza haya dos personas. Si voy a verle es porque mi psicólogo cree que es bueno para mí. He de zanjar este asunto de una vez por todas. Necesito dejar de echar la vista atrás y mirar al futuro con optimismo. ¿Sabes cuánto hace que no me río a carcajadas?

—Demasiado. Pero eres un hombre bueno, fuerte y cabal, y volverás a reír. Te lo prometo. Aunque tenga que disfrazarme de bufona y dar saltitos por la casa mientras cuento chistes malos.

Sonreí alicaído.

—Te tomo la palabra.

Sonrió, pero su gesto reflejó más ilusión que el mío.

Me vestí.

Antes de salir del piso besé a mi mujer y a mi hija de cinco meses. Ese día no tomé mi acostumbrado café; bastante alterado estaba ya. Ellas siguieron durmiendo mientras yo partía al encuentro del afamado Asesino del TID.

Acceder a aquellas instalaciones no estaba al alcance de cualquiera, pero yo era policía y gozaba de ciertos «privilegios».

Tras mostrar mi placa en «recepción», un componente del personal sanitario especializado, Patrick West, me acompañó a la celda de Liam.

Anduve tras sus pasos por un ancho pasillo de suelo y paredes de baldosas azuladas, iluminadas por halógenos que colgaban de un techo de cemento.

Los presos permanecían en sus celdas veintitrés horas al día, la mayor parte del tiempo sin más ocupación que la de mirar las paredes. A muchos se les veía hablando consigo mismo a través de la pequeña ventana instalada en las puertas; algunos incluso se acercaron al cristal blindado para saludarme.

«Aquí no se sana a nadie; se mantiene alejados de la sociedad a un puñado de dementes. Si uno entrara aquí cuerdo, saldría mal de la cabeza en menos de un año. En este lugar no se busca el más mínimo grado de reinserción.»

Nunca olvidaré los dientes torcidos de uno de los presos, su risa bobalicona mientras me decía «hola» y saludaba con la mano. Tampoco los llantos de otro, su gesto de dolor, su «¡sácame de aquí, por favor!; a simple vista un hombre cualquiera. Sin embargo, lo que se fijó en mi mente para no soltarse nunca, fue lo que vi al pasar por una celda con la puerta entreabierta: un enfermo semidesnudo, cubierto por una especie de sábana a forma de falda, sentado en una silla, atado de pies, manos, piernas, pecho y cintura. Un funcionario le colocaba una especie de bozal de tela blanca. Al ver aquello se me escapó un «joder». Patrick se detuvo y señaló hacia donde yo miraba.

—Es por su bien, agente. Mire su muñeca. —Me fijé en que la tenía vendada—. Se ha intentado suicidar arrancándose las venas a mordiscos. Por ejemplo, yo no entro en ciertas celdas si el preso no se pone una máscara; estoy harto de que me escupan a la cara. No olvide que la mayoría de estos hombres son asesinos y que sufren de graves trastornos. Trabajar aquí no es fácil; hacemos lo que podemos con lo que nos dan.

«No lo dudo. Pero ese preso estaría mejor si le hubierais dejado arrancarse las venas a bocados.»

Aquello me provocó un escalofrío. Y entonces, en aquel siniestro y triste lugar, sentí la mayor pena posible. Se me empañaron los ojos al pensar que Liam envejecería en una de aquellas celdas.

—Es aquí —anunció Patrick ante una de las tantas puertas que se repetían en aquel siniestro pasillo—. ‘El Asesino del TID’, nuestro preso más célebre. —Sonrió. A mí aquello no me hizo ninguna gracia—. A petición suya hay que atarle por las noches, pero es el preso que menos trabajo nos da. Le traigo libros, el Times, charlamos... —Mientras el sanitario hablaba, yo podía ver a Liam de espaldas a través del cristal, sentado en una especie de escritorio—. Llevo trabajando aquí veinte años y nunca había visto a nadie como Liam Jones. Un tipo de lo más fascinante. Desde el punto de vista médico, claro. Hasta tiene fans, ¿sabe? Le envían cartas continuamente. Pero Liam pasa de eso; nos ha pedido que tiremos toda su correspondencia. El mundo se va a la mierda, ¿no cree? Que alguien idolatre a un asesino en serie... En fin. Espere:

voy a inmovilizarlo por precaución.

—No es necesario. Además, quiero entrar solo.

—Pero...

—Ni pero ni hostias. —Me puse serio—. He entregado mi arma al entrar. No hay peligro. Usted mismo lo ha dicho: es un preso que no da problemas.

Patrick torció el semblante.

—Como quiera. Cuando haya terminado pulse el botón que hay al lado de la puerta.

Asentí.

Patrick se sacó un manojito de llaves del bolsillo y abrió la celda.

—Visita, Liam —anunció sin llegar a meterse dentro.

El preso no contestó, ni siquiera se dignó a girarse.

Entré.

Inmediatamente, el «carcelero» cerró a mi espada.

—Hola, Oliver —saludó Liam inclinado sobre la mesa sobre la que parecía estar escribiendo o dibujando algo—. Dame un segundo. Enseguida estoy contigo.

—Claro.

Me sorprendió aquel frío recibimiento.

De pie, pegado a la puerta, esperé a que terminara de hacer lo que estuviera haciendo.

Vestía como los demás —obviamente—: de bata blanca.

Una ventana fina y alargada propiciaba que la luz solar llegara hasta la pequeña mesa donde Liam parecía estar escribiendo. A su izquierda, un foco apagado anclado a la pared; a la derecha, una estrecha cama sujeta del mismo modo; a mi lado, en una esquina, un inodoro metálico. Poco más: una ventana, una cama, un escritorio, un halógeno y una letrina.

Volví a sentir una potente tristeza.

«Estar aquí veintitrés horas al día ha de ser...»

Resoplé.

—Listo —dijo mi excompañero.

Liam volvió su silla, quedándonos cara a cara.

—Hola, amigo. —Sonrió—. No sabes cuánto me alegro de verte. ¿Cómo estás? Eres padre, ¿no? Me alegro. Creo que serás uno cojonudo. Si supiste lidiar conmigo...

—¿Con un tarado asesino?

Me arrepentí inmediatamente de aquellas palabras. Sin embargo, no me disculpé. Liam no pareció ofenderse. Al contrario, me miró como si estuviera ante el mejor hombre del mundo.

—Sé que cuesta entenderlo. Yo mismo he tardado en asimilarlo del todo; en ser consciente de lo que soy y de lo que hice. ¿Y sabes qué? No he matado a nadie; Liam Jones y Luke Jones son personas distintas. Los psiquiatras demostraron que jamás fui consciente de los asesinatos, y te aseguro que es cierto. Pasé el polígrafo, ¿recuerdas? Y que conste que no intento quitarme ninguna culpa. Lo único que pretendo es que el mundo sepa quién es Liam Jones.

»Me escupieron y gritaron «asesino». Y lo soporté porque solo yo podía hacerle pagar. Mi cuerpo es ahora, mientras hablamos, una cárcel. Él me dijo que salía más a menudo cuando yo estaba jodido, y gracias a él no puedo estarlo más. También, que pudrirse en un psiquiátrico era lo que más temía. Asimismo, me aseguró que el simple hecho de permanecer dentro de mí le resultaba insoportable. Así que, mi condena es la suya, y la suya, si cabe, es aún peor que la mía. Soy lo más cerca que ha estado el hombre de crear un infierno en la tierra; mi cuerpo es el averno de Luke Jones.

»Durante el día me dejan leer y escribir, y escribiendo y leyendo es como paso la mayor parte del tiempo. Estoy aquí metido veintitrés horas al día. Antes de dormir llamo al «carcelero» y me sujeta a la cama. Entonces, mientras «descanso», Luke sale y se encuentra preso. Mantengo mi cuerpo despierto gracias a los medicamentos que me suministran los sanitarios, para no consentirle salir a destiempo. Él cree que le creé inconscientemente para que recibiera las palizas que recibía de pequeño. Pues bien: dentro de esta celda procedo de un modo parecido: le cedo la mitad de mi tiempo de presidiario, la noche, y durante la otra mitad, el día, le hago sufrir lo que él llama «pesadillas propiedad de otro».

»Mi sufrimiento es el único modo de hacerle sufrir.

«Pero Luke Jones no es real. O sí. La mente de Liam lo ha creado, ¿no? Se castiga a sí mismo para hacer sufrir a una personalidad fruto de un trastorno. Siempre es Liam, aunque su mente le haga creer que a veces es Luke. Sin embargo, ¿qué es la «realidad» sino aquello que nos muestra la mente?»

Entendía la teoría: Luke tenía su propio patrón de percibir y actuar con el ambiente. No obstante, me costaba no verle como a un simple tarado.

—¿Tiene cura? —pregunté tras unos instantes en silencio.

—Me tratan con psicoterapia, sí, pero el tratamiento solo puede aliviar algunos síntomas específicos, no curar el trastorno. Siempre le tendré dentro sufriendo, y eso me gusta. Es lo que me mantiene vivo: saber que mientras yo soporto esta condena él también lo hace. —Se quedó unos segundos pensativo—. No debes culparte: fui «yo» quien cometió los crímenes; tú no pudiste hacer nada. Cada asesino que has detenido en tu vida ha conducido a evitar muertes. Eres el mejor detective de homicidios que he conocido. Los ciudadanos de Nueva York tienen suerte de que estés en el cuerpo. No lo olvides.

Asentí a modo de agradecimiento.

—¿Sabes? —prosiguió señalándome con el dedo índice—. Tu visita me va a venir de perlas. Tarde o temprano tendría que haber avisado a algún conocido. Y tú estabas el primero de mi lista. Estoy escribiendo mis memorias. Por un lado, hacerlo me mantiene entretenido y, por otro, no quiero morir sin que el mundo sepa quién soy. Necesito que se comprenda mi enfermedad; aunque muchos lo nieguen, yo no soy Luke Jones, el verdadero ‘Asesino del TID’. También quiero mostrarle a todos qué clase de hombre es mi padre; antes de que muera sentirá vergüenza y será consciente de cómo será recordado. No puedo perdonarle.

»Cuando acabe con *Prisioneros*, requeriré que alguien se encargue de buscarle un editor. Siendo yo quien soy, no creo que tengas problemas. Firmaré una cesión de derechos a tu favor. Mis memorias pasarán a ser tuyas; yo solo constaré como autor. Cuando la editorial te pague las regalías quiero que dones el setenta y cinco por ciento a las familias de las víctimas y el veinticinco por ciento lo metas en una cuenta para tu hija, para sus estudios. Y hazme un favor: no permitas que siga los pasos de su jodido padre.

Sonreí.

—¿Y tu hermano? ¿No debería ocuparse él de un cometido tan importante?

—Logan es cura. ¿Sabes qué opina la Iglesia de las personas como yo?

—¿Que estáis poseídos?

Esta vez fue Liam quien sonrió antes de efectuar un prolongado suspiro.

—Algo así. Para ellos, mi «enfermedad» es cosa del Mal. Creen que toda persona dominada por sus pasiones abre las puertas de su alma al demonio. Que si los vicios, que si los desórdenes

pasionales... Sus remedios a mi mal son, entre otras gilipolleces, el ayuno, la oración, el reposo o el silencio. Paparruchas. Dios no tiene nada que ver en los crímenes de Luke Jones, y menos el demonio. El padre Gavin, como ahora se hace llamar, decidió seguir un camino que yo no contemplo. He tenido tiempo para pensar, como puedes suponer, y llegado a la conclusión de que mi hermano, cuando más necesité de su ayuda, me dio la espalda. Puede que se hartara de mi locura, quién sabe, la cuestión es que me dejó a mi suerte. Ahora lo veo. Él fue otro cobarde, y por eso ahora intenta redimirse con un alzacuello. Ha intentado entrar en esta celda, claro que sí, pero no le dejaré entrar a predicar hasta que lea mis memorias. Ya le escribiré. De momento, que siga hablando con Dios; yo aún no estoy preparado para hacerlo con uno de sus «emisarios».

—Bien. Haré lo que me pides: me encargaré de que tu libro llegue al lector. Y gracias por la parte que me toca.

—¿Gracias? No, amigo. Gracias a ti por visitarme después de lo que habéis pasado por mi culpa. De verdad que lo siento. Sé que los medios te han vilipendiado y dudado de tu profesionalidad. Sin embargo, quienes te conocen saben que eres un hombre decente. Tú sabes quién es Oliver Baker. Porque lo sabes, ¿no, Oliver?

—Lo sé. Y tú has de saber que Jennifer y yo te perdonamos hace tiempo, solo que a mí me ha costado más que a ella asimilar lo que hiciste, o lo que hizo.

»A propósito: Jennifer te manda un abrazo.

Al decir aquello sentí cómo se descargaba todo el peso de mi conciencia, flotaba más allá de las paredes de cemento de aquella celda. Me sentí liviano, afortunado de no ser yo quien «vivía» entre aquellos muros.

—Pues lo quiero —dijo Liam, pillándome por sorpresa.

—¿El qué?

—El abrazo que me envía tu mujer.

Se levantó de la silla. Me acerqué y le abracé con suavidad. Mientras sentía los latidos de su corazón dejé caer un par de lágrimas sobre su hombro izquierdo. Moje su bata blanca con la pena y el desazón que acumulaba desde que recibí su llamada desde la guarida del asesino.

Liam volvió a sentarse. Yo, mucho más relajado, lo hice sobre su cama.

Me vino un pensamiento a la cabeza.

—Es curioso lo de tu padre, ¿no? —cuestioné más cómodo.

—¿A qué te refieres?

—A que matara a tu hermana, que no era culpable de nada, pero en cambio, al primer responsable lo dejara con vida.

—Supongo que si quería hacerme daño, mi progenitor no era el hombre adecuado. De todos modos, es algo que jamás entenderé. ¿Recuerdas la masacre de la Escuela Secundaria de Columbine?

—Claro. Cómo iba a olvidarlo.

—Durante el tiroteo en el que murieron doce estudiantes y un profesor, uno de los dos perpetradores encontró debajo de un pupitre a uno de sus compañeros. El chico aterrorizado no se llevaba nada bien con el joven que le apuntaba con una carabina Hi-Point 995 de 9 mm. En aquel instante, mientras la presa miraba a los ojos del desgraciado que había matado a sangre fría a varios de sus compañeros, supo que iba a morir. «Tú solías llamarme «maricón»», le dijo el tirador. «¿Quién es ahora un maricón?». Sin embargo, no apretó el gatillo. Había estado disparando a personas que apenas conocía, en cambio, a aquel muchacho que le llamaba «maricón» lo dejó con vida. ¿Por qué? Nunca lo sabremos: esos dos hijos de puta se suicidaron

cuando la policía se disponía a detenerlos.

»La mente humana es imprevisible. Que me lo digan a mí.

«Lo es.»

—¿Y si cambiamos de tema? —preguntó risueño, repantingado en su silla. Se le veía a gusto —. ¿Algún caso importante?

—Lo de siempre: un muerto por aquí, otro por allá... Pero nada demasiado intrincado. Ya sabes: ajustes de cuentas, maridos cabreados, exnovios celosos, peleas que acaban mal...

—No volverás a perseguir a un asesino tan «sofisticado» como yo.

Aquello nos hizo sonreír a ambos, aunque el tema no fuera para hacer bromas. Y ante mi sorpresa, sonreí de un modo desinhibido. La predisposición de Liam a hacer justicia me insuflaron fuerzas. Su lucha me devolvió las ganas de vivir.

La visita duró más de dos horas, incluyendo, a la despedida, la promesa de repetirla al menos una vez cada quince días.

Más adelante, el «bueno» de Liam me ayudó incluso a resolver algún caso.

De aquella primera reunión de amigos se me quedó un momento grabado: cuando, recordando viejos tiempos, los dos reímos a carcajadas.

Navidades de 1993

Cold Spring

3 meses antes de abandonar el pueblo

Los troncos crepitaban en la chimenea. Alison jugaba con sus muñecas sobre la alfombra, al lado de la lumbre. Logan, sentado a la mesa, le escribía una carta a su amigo Kevin, recientemente mudado a Nueva York por temas de estudios. Mi hermano le echaba de menos y no era de extrañar; en nuestra situación, perder a un amigo era perder un hombro sobre el que llorar.

Yo no tenía amigos.

Nuestro padre miraba la televisión con una cerveza en la mano. Yo, a su lado y en absoluto silencio, «disfrutaba» del partido de baseball.

Insistió en que me sentara a su lado. A veces le daba por hacer cosas así: pedirme que le ayudara a cambiar el aceite de la *pickup*, que le acompañara a cazar o, como era el caso, que viéramos un partido juntos. Desde afuera podían parecer los deseos de un padre por estar con su hijo, pero todo lo que hacíamos juntos acababa mal, a veces incluso recibiendo yo algún que otro guantazo. Lo que nunca faltaba en nuestras «reuniones» era la frase «Eres un completo inútil, Liam Jones Jenkins». Siempre me resultó curioso que usara nombre y apellidos para insultarme. Pero aquel día parecía haberse levantado de buen humor; con un poco de suerte, disfrutaríamos de un día tranquilo en «familia».

Afuera hacía un frío de mil demonios. Tanto, que sentado al lado del cabecilla de ese millar de ángeles rebeldes, disfruté de una estampa nada habitual: a mis dos hermanos, mi padre y yo, reunidos en el comedor. Casi parecíamos una familia feliz. Sin embargo, en aquella estancia se mascaba la tragedia; una inquietud que Logan y yo nunca —al menos mientras vivimos allí— pudimos quitarnos de encima; incluso lejos de Cold Spring tardamos en sentirnos libres.

—¡Batea, gilipollas! —gritó padre, sobresaltándome—. ¡Ese tío es un puto subnormal! —Me

miró. Asentí—. ¡Deberían traspasarlo, joder! —No dije nada. Con padre era mejor pecar de comedido—. ¿Sabes qué? Este partido me está poniendo de los nervios. Chicos —dijo en alto—. Este año no tenemos árbol de Navidad. —Lo cierto es que hacía tres que en aquella casa no se adornaba nada—. ¿Queréis que salga a talar un pino? —Se levantó enérgico, sin, por supuesto, soltar la cerveza—. ¿Me acompañas, Liam?

Me quedé sin habla entretanto Alison daba saltitos de alegría gritando «¡Un árbol de Navidad, un árbol de Navidad!».

En un segundo sopesé la situación: no deseaba ir con padre a ninguna parte, menos al bosque, pero si no aceptaba su invitación, tarde o temprano pagaría lo que él consideraría una falta de respeto.

—Si quiere le acompaño yo, tengo más fuerza —dijo Logan tras meter la carta en un sobre—. Así, de paso, me acerca usted a correos y la envío. —Alzó la mano que agarraba el sobre, mostrándoselo.

Padre le envió una de sus habituales miradas de desprecio.

—Se lo he pedido a tu hermano. Cuando te necesite, te lo haré saber, imbécil.

Logan no se achantó: le devolvió una mirada aún más asqueada. Padre ignoró aquel gesto desafiante; sabía que Logan ya no le permitía ciertas licencias. Tuve miedo de que se enzarzaran en otra de sus acaloradas disputas; riñas que a menudo acababan con Logan ensangrentado.

—¿Vamos? —preguntó padre clavándome la mirada.

Asentí temeroso. Él vio el miedo en mis ojos; sonrió. Logan, resignado, dejó caer el sobre encima de la mesa. No iba a conseguir nada insistiendo. Los dos sabíamos que el único modo de escapar de aquella angustia era alejándonos de Cold Spring.

—Vamos, entonces —dijo Padre con su característica voz ronca—. En la *pickup* tengo lo necesario.

Padre se puso su abrigo y yo hice lo mismo, además de un gorro y unos guantes de lana. Alison seguía jugando con sus muñecas cerca del fuego. Logan observaba pensativo cómo nos preparábamos.

Antes de salir le sonreí en un estúpido intento por apaciguar sus ánimos. Logan era consciente de que podía pasar cualquier cosa: un agradable paseo por el bosque, talar un pino y volver a casa para adornarlo todos juntos —improbable—; escuchar su «eres un completo inútil, Liam Jones Jenkins», pero quedarse todo en un par de insultos —más que probable—; o, en el peor de los casos, recibir una paliza al amparo de los árboles —improbable pero no imposible—. Nuestro padre era un hombre imprevisible, un artista del engaño y de la manipulación; de ahí que todo Cold Spring pensara que era un hombre corriente, un viudo que intentaba sacar a sus tres hijos adelante como podía. Para muchos era un padre modélico. Manda cojones.

Con el rostro pegado al cristal observé los troncos pasando como difuminadas columnas plumizas; soportes de un cielo despejado. Había estado lloviendo, pero las nubes ya no enturbiaban el azul. Encontraríamos un sotobosque húmedo y unas ramas mojadas, y a mí no me apetecía estar donde estaba.

De soslayo observé cómo conducía. Agarraba el volante con una mano; con la otra sujetaba la cerveza donde nadie, excepto yo, pudiera verla. En el maletero guardaba un pack de seis —como mínimo—; no necesitaba abrirlo para averiguarlo. Nunca entendí su potente propensión al alcohol. De no haberle conocido bien, hubiera pensado que ahogaba sus penas. Pero mi padre no amaba a nadie ni a nada; y quien no ama no tiene por quién ni por qué llorar.

«¿No puede soltar la cerveza ni para conducir? Un control de alcoholemia es lo que necesitamos; al menos me haría sonreír para mis adentros. Pero no caerá esa breva.

»Dios, ¿por qué le proteges?»

Recordé a mi madre. «Dios nunca se equivoca», solía decir. Costaba creerla.

«¿Cómo pudo enamorarse de un hombre así?»

—Tú cortarás el pino —dijo de pronto—. ¿Te ves capaz?

—Sí, señor.

Me viera o no capaz, ante él no podía mostrarse debilidad. Mi padre odiaba a los «blandengues» y a los «amariconados», como él llamaba a todo aquel que no formaba parte de su selecto club de machotes. Confundía la virilidad con la fuerza, la dureza y el atrevimiento. Desde su perspectiva, un hombre hecho y derecho amaba el deporte, le gustaba la cerveza y no se achantaba ante nada ni nadie. En cambio, lo que para él eran hombres para mí eran necios. Desde mi joven punto de vista, un hombre merecía ser llamado «buen hombre» cuando se hacía respetar: la cara opuesta a mi padre.

—Es por aquí —indicó antes de girar por un camino de tierra—. Cuanto más alejados del pueblo, mejor. —Sonrió. No era habitual verle sonreír; no al menos de forma no malévola—. Está prohibido cortar pinos para convertirlos en árboles de Navidad. Lo cierto es que está prohibido cortar cualquier árbol, sea para el uso que sea. Y no pienso pedir un puto permiso para un jodido pino de mierda. Lo hace todo el mundo, así que...

«¿Todo el mundo pega a sus hijos?»

Estacionó en un punto en el que se ensanchaba el camino. Bajó. Seguí sus pasos hasta la parte trasera de la *pickup*. Sacó una sierra de la caja de carga.

—¿No vamos a usar un hacha? —pregunté sorprendido. Desde su invitación a talar, me imaginé dándole hachazos a un fino tronco.

—Con la sierra el corte queda más limpio, y vamos a usarlo para decorar, ¿no?

Asentí.

Padre se encaminó hacia la ladera inmediata al camino. Subimos. Aquellos metros previos a encontrar el árbol de Navidad idóneo se me grabaron en las retinas. No ocurrió nada en especial: padre andaba a mi vanguardia mientras yo subía la empinada cuesta. Sin embargo, nunca olvidé aquel «paseo» previo a la tormenta.

Los troncos se hallaban lo suficientemente juntos como para dotar al bosque de una hermosa lobreguez. Las plantas parecían querer trepar los árboles en busca de los rayos que filtraban sus copas. El suelo estaba húmedo y frondoso, «refrescándonos» al pasar. Necesitaba unas zapatillas nuevas; las que llevaba —las únicas que tenía— dejaban entrar el agua por sus descosidos. Padre nunca tenía dinero para nosotros; en cambio, nunca le faltaban cuartos para cerveza.

Aunque allí se respirara paz, lo único que yo deseaba era cortar el pino, transportarlo a la *pickup* y volver con mis hermanos. Estar con aquel hombre era de todo menos pacífico.

—Este —indicó padre señalando un tronco demasiado grande. Aquel pino no entraba en nuestro comedor; no al menos de pie.

Entonces lo entendí: pretendía darme una de sus varoniles lecciones.

—Toma.

Me ofreció la sierra.

La cogí decidido.

«Solo hay que deslizarla sobre el tronco. No puede ser tan difícil.»

Me coloqué ante el pino con las piernas abiertas y la espalda encorvada, y empecé a serrar mientras padre me observaba sonriente con las manos cruzadas, deseando mi fracaso, aguardando la oportunidad de denigrarme.

Empecé bien: lento pero seguro. No obstante, sobre el veinticinco por ciento del trabajo la hoja empezó a engancharse. Los dientes se aferraban a la madera haciéndome sudar. Llegó un punto, sobre la mitad del cometido, en el que apenas avanzaba.

Y entonces escuché lo esperado:

—Eres un completo inútil, Liam Jones Jenkins.

Se acercó, apartándose de un empujón, tirándose al mullido terreno. Extrajo la sierra del tronco de un tirón y se acercó a mi cuerpo tendido. Se me colocó encima, arrodillándose sobre mis piernas, apretándome la hoja contra el pecho.

—¡Voy a hacerte un hombre, blandengue de mierda, aunque tenga que sacarte los cojones a hostias! —gritó fuera de sí. Pude oler su penetrante y rancio aliento.

Aun con ropa gruesa, sentí los dientes de la sierra clavándose en mi piel.

Grité.

Lloré.

Empecé a sentirme mareado, a notar cómo mi conciencia se desvanecía junto al dolor.

«Mierda. ¿Dónde estoy? ¿Es el bosque?»

Emergí en un lugar desconocido.

Tenía a padre encima, presionándome contra el suelo con la hoja de una sierra.

«Puto Liam. Otra vez no, joder.»

Sentí un dolor indescriptible.

«No pienso permitirlo.»

Me revolví.

Pataleé.

—¡A mí no!

Padre seguía presionándome la sierra contra el pecho. Sentí sangre resbalando por mi piel.

—¡Apártate de mí, hijo de puta!

Los ojos del cabrón que me agredía se abrieron de par en par.

Se levantó.

Retrocedió unos pasos.

Nunca olvidé su cara de asombro.

—¿Qué me has llamado? —preguntó apretando los dientes.

—Me has oído perfectamente —contesté desde el suelo.

Hizo ademán de abalanzárseme.

—¡Espera!

—No voy a esperar una mierda, desgraciado. —Dio dos pasos hacia mí dispuesto a molerme a palos.

—¿Amas o has amado a alguien en tu vida, padre?! —grité fuera de mí. Arrugó el ceño. Desconcertado, se detuvo; yo proseguí—. ¡¿Amas a Logan?! ¡¿A Alison?! ¡¿Amaste a madre?! ¡¿Me amas a mí?!

—¡Solo quiero a tu hermana! —vociferó a escasos centímetros de mi cara, sin andarse con rodeos.

Sonreí.

—Acabas de sentenciarla.

—¿Qué?

—Tu querida hija morirá a manos de un asesino. —Los ojos de mi padre parecían dos lunas llenas; su boca el abismo—. Y cuando eso ocurra, quiero que tengas una cosa presente: serás el único culpable de su muerte. Pero no te equivoques, padre: no hablo de Liam ni de Logan. Te dejaré vivir para que el peso de tu conciencia te hunda en el infierno.

Me miró con cara de repulsión, apretando los puños.

Estaba a punto de recibir la paliza de mi vida.

—Estás como una puta cabra, Liam Jones Jenkins.

—No me llames así, miserable: mi nombre es Luke.